3 1761 05400632 5





COLECCIÓN DE LIBROS

Y DOCUMENTOS REFERENTES A LA

HISTORIA DE AMÉRICA

Tomo XV

HISTORIA
DEL
PARAGUAY

ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL

P. PEDRO FRANCISCO JAVIER DE CHARLEVOIX

De la Compañía de Jesús

CON LAS ANOTACIONES Y CORRECCIONES LATINAS

DEL

P. MURIEL

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL

P. PABLO HERNÁNDEZ

De la misma Compañía.

TOMO CUARTO

152075

3-9-19

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

CALLE DE PRECIADOS, 48

1913



COLECCIÓN

DE

LIBROS Y DOCUMENTOS

REFERENTES Á LA

HISTORIA DE AMERICA

TOMO XV

HISTORIA DEL PARAGUAY

HASTA 1750

LOS JESUÍTAS

EN EL

RÍO DE LA PLATA

1586-1830

I

CHARLEVOIX.—IV

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Calle de Preciados, 48

1913

C6913

HISTORIA
DEL
PARAGUAY

ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL

P. PEDRO FRANCISCO JAVIER DE CHARLEVOIX

De la Compañía de Jesús

CON LAS ANOTACIONES Y CORRECCIONES LATINAS

DEL

P. MURIEL

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL

P. PABLO HERNÁNDEZ

De la misma Compañía.

TOMO CUARTO



MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, PRECIADOS, 48

1913

Madrid, Imprenta Clásica Española. Caños, 1.—Teléf.º 4430.

EL MAPA DEL PARAGUAY

(Hern.) El mapa del Paraguay que acompaña a este tomo es copia del original hallado entre los documentos que conservan los Padres de la Compañía de Jesús. Es este original manuscrito, de 40 × 27 cm., sin nombre de autor. Por los caracteres intrínsecos es manifiesto que fue hecho por un Padre Jesuita español, perteneciente a la provincia del Paraguay, y aun hay algunos indicios para conjeturar que fuera el Padre José Cardiel o el Padre José Guevara, pero no bastantes para atribuirlo con certidumbre al uno ni al otro. En cuanto a su fecha y al lugar de su composición, parece puede afirmarse que se hizo en Italia, después del destierro y expatriación decretada por Carlos III, y por los años de 1770 a 1780.

Comprende los países de que trata la presente obra de *Los Jesuitas en el Río de la Plata*, siendo manifiestamente su intento, el poner a la vista las misiones o reducciones de indios.

Para exponer con distinción los países de misiones que abraza (ya que el mapa no siempre tiene demarcaciones aparentes), se usará de la cuadrícula que forman los meridianos y paralelos trazados en él, procediendo de arriba abajo y de izquierda a derecha, y se llamarán 1, 2, 3, 4, 5 los rectángulos comprendidos entre los grados 10 y 15 de latitud, que son los que están en lo alto del mapa; 6, 7, 8, 9 y 10, los comprendidos entre 15° y 20°, 11, 12, 13, 14 y 15, los entre 25° y 30°, 21, 22, 23, 24 y 25, los entre 30° y 35° y 26, los entre 35° y 40°.

CIUDADES ESPAÑOLAS

RÍO DE LA PLATA

ASUNCIÓN, capital de la provincia del Paraguay, (18).

BUENOS AIRES, capital de la provincia de Río de la Plata o provincia de Buenos Aires, (23).

SALTA, capital de la provincia de Tucumán (12) (San Felipe de Salta).—Montevideo, (23).—Santa Fe (23).—Corrientes, (18).—Córdoba, (22).—San Luis de la Punta, (22).—Mendoza, (21).—San Juan de la Frontera, (21). Todos Santos de RIOJA nueva, (16).—San Fernando de CATAMARCA, (16).—San Miguel de TUCUMÁN, (17). SANTIAGO DEL ESTERO, (17).—San Salvador de JUJUÍ (12).

Destruídas ESTECO, (17).—CONCEPCIÓN del Bermejo, (18).

CHILE

SANTIAGO DE CHILE, (21).
CONCEPCIÓN de Chile, (26).
COQUIMBO, (16).
COPIAPÓ, (16).

PERÚ

CHUQUISACA, (7).—LA PAZ, (7).—SANTA CRUZ DE LA SIERRA, (7).—MISQUI, (7).—San Cristóbal de LIPES, (11).—AREQUIPA, (6).—ARICA, (6).—CHUCUITO, (6).

MISIONES

MISIONES DEL PARAGUAY,

así llamadas por antonomasia.—Son las 30 Reducciones de Guaranís, cuales existían en 1767, al ser expulsados los Jesuitas (nn. 18, 19.)

Nuestra Señora de Fe.—San Ignacio guazú.—Santa Rosa.—Santiago.—San Cosme.—Encarnación.—Trinidad.—El Jesús-Corpus.—San Ignacio miní.—Loreto.—Santa Ana.—Candelaria.—San Carlos.—San José.—Mártires.—Apóstoles.—Concepción.—Santa María la Mayor.—San Javier.—Yapeyú.—La Cruz.—Santo Tomé.—San Borja.—San Nicolás.—San Luis.—San Lorenzo.—San Miguel.—San Juan.—Santo Ángel.

OTRAS DOS REDUCCIONES DE GUARANÍS más recientes y no incorporadas a las 30 principales (nn. 13, 14).

San Estanislao de Tobatines.
San Joaquín.

REDUCCIÓN EN LOS GUAYCURÚS, que cesó hacia 1621.

Yasocá, (13).

REDUCCIONES EN EL GUAIRÁ, destruídas por los mamelucos del Brasil, de 1620 a 1631.—(nn. 14, 15).

Loreto.—San Ignacio.—San Javier.—San José.—Encarnación.—San Antonio.—Santo Tomé.—San Pablo.—San Antonio.—San Miguel.—Concepción.—Los Ángeles.—San Pedro.



REDUCCIONES DE ITATINES, destruídas por los mamelucos en 1632.—(n. 14).

San José.—San Pedro.—San Pablo.—Ángeles.

REDUCCIONES DE LOS MISMOS ITATINES, nuevamente fundadas y después trasladadas en 1669.—(n. 14).

San Ignacio.—Nuestra Señora de Fe.

REDUCCIONES EN EL TAPE, destruídas por los mamelucos de 1636 a 1638.—(nn. 19, 20).

Santa Teresa.—Jesús María.—San Cristóbal.—Visitación.—San Carlos.—San Pedro y San Pablo (1).—Cruz (2).

REDUCCIONES EN EL MISMO TAPE, que, acometidas por los mamelucos, se pudieron trasladar al paraje n. 18 y 19, quedando destruídos los pueblos antiguos desde 1636 a 1638.

Apóstoles.—San Nicolás.—Santo Tomé.—San Miguel.—San José.—Santa Ana.

REDUCCIONES DE ABIPONES, existentes en 1767 (n. 18).

El Rosario del Timbó.—San Fernando.—San Jerónimo.

REDUCCIÓN DE MBAYÁS o GUAICURUS, existente en 1767.—(n. 13).

Nuestra Señora de Belén.

REDUCCIÓN DE GUANÁS, existente en 1767.—(n. 13).

San Juan Nepomuceno.

REDUCCIONES DE MOCOVÍS, existentes en 1767.—(n. 23).

San Javier.—San Pedro.

REDUCCIONES DE GUENOAS, abandonadas.—(nn. 19, 24).

San Andrés de Guenoas.—San Antonio de Guenoas.

REDUCCIONES DEL CHACO, existentes en 1767.—(nn. 12, 17, 22).

San Ignacio de Ledesma, indios Tobas y algunos Mataguayos.—Miraflores o San Esteban, indios Lules.—Valbuena o San Juan Bautista, indios Isistines y Toquistines.—Ortega o Nuestra Señora del Buen Consejo, indios Omoampas.—El Pilar o Macapillo, indios Pasaines.—San José de Petacas, indios Vilelas.—Concepción, indios Abipones.—AL NORTE, región de Tarija. Rosario en el valle de Salinas, indios Chiriguanos.—Desposorios, (7).—Pueblo de Chiriguanos, (7).

REDUCCIONES DESTRUÍDAS

DE CHIRIGUANOS. La Presentación, (7).—Concepción, (12).—San Ignacio, (12).—Otro pueblo de Concepción, (12).

DE MATAGUAYOS, (12).
DE OCLOYAS, (12).
DE MALBALÁS, (17).
DE MATARÁS, (17).
DE ABIPONES, (17).
DE PAMPAS. La Concepción, (26).
Otro pueblo de Pampas, (26).
Otro pueblo de Pampas, (26).
DE CALCHAQUÍS. San Carlos, (16).
Otro pueblo de Calchaquís, (16).

REDUCCIONES TRASLADADAS

San Ignacio de Zamucos, (8).—Pueblos de Itatines trasladados, (13).—Santa María de Iguazú, (19).—Pueblo del Monday, (19).

REDUCCIONES DE CHIQUITOS (8)

SAN JAVIER.—CONCEPCIÓN.—SAN MIGUEL.—SAN IGNACIO.—SAN JOSÉ.—SAN JUAN.—SANTA ANA.—SAN RAFAEL.—SANTO CORAZÓN.

Reducción trasladada. Concepción antigua.

REDUCCIONES DE LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA DE LA PROVINCIA DEL PERÚ. MISIONES DE MOJOS (2, 6, 7):

Exaltación.—Santa Ana.—Los Reyes.—San Pablo.—San José.—San Borja.—San Luis.—Santo Tomás.—San Ignacio.—San Javier.—Loreto.—Trinidad.—Santa Rosa.—Magdalena.—Concepción.—San Martín.—San Simón.—San Miguel.—San Nicolás.

(1) (2) Así dice el mapa, pero parece equivocación. Pues *San Pedro y San Pablo* es el mismo pueblo llamado *Apóstoles*, que es cierto se trasladó; y con nombre de *Cruz* no se fundó ningún pueblo en el Tape.

HISTORIA DEL PARAGUAY

LIBRO DÉCIMOTERCIO

ARGUMENTO

Llévase a Madrid la causa del Paraguay.—Va el P. Díaz Taño a la Corte.—Prejuicios en España contra los Jesuítas.—Es consultado el Comisario franciscano, Visitador del Paraguay.—Su carta al P. Oliva.—Estado de la provincia.—Nuevo Obispo en La Asunción.—Servicio notable de los Itatines.—Sálvase la ciudad de Santa Fe con el auxilio de los indios.—Plan para la conversión del Chaco.—Dos Padres entre los Mataguayos.—Deponen las armas los Mocovíes.—Empréndese de nuevo la guerra.—Valor de los Chiriguanos.—Frústrase la paz.—Desastre de los enemigos.—Reducción en Esteco.—Piedad del Gobernador.—Expedición guerrera.—Vuelven las tropas a Esteco.—Estado de la reducción.—Destreza de las mujeres del Chaco.—Causa de la suspensión de la guerra.—Suerte de los cautivos.—Abandónase la reducción.—Rehusan los Padres recibir repartimiento de indios.—Los Calchaquis.—Intentos de los portugueses.—Colonia del Santísimo Sacramento.—Cuestión del español con el portugués.—Orden de arrojar de la Colonia a los portu-

gueses.—Auxilio llegado después de la batalla.—Fuerzas de los españoles.—Es desestimada la intimación por el portugués.—Declárase el sitio.—Asalto.—Múdase el plan por indicación de los indios.—Hazaña de una mujer portuguesa.—Pérdidas de ambas partes.—Generosidad del español.—Resultado de la expedición.—Crédito de las Reducciones con motivo de la guerra.

1660. El P. Díaz Taño en España.

Poco después de declarada en la junta de que hemos hablado en el libro antecedente, la ortodoxia del catecismo en que D. Bernardino de Cárdenas había hallado todos los errores que echaba en cara a los Jesuítas del Paraguay, había partido para España el P. Díaz Taño, no tanto para defender la causa de sus hermanos, cuanto para responder á las preguntas que pudieran hacérsele, dar las aclaraciones necesarias y solicitar una expedición de misioneros, cuya falta era cada día mayor en estas provincias. Por otra parte, habiendo avocado el Rey Católico á su Consejo de las Indias desde el año 1654 el gran asunto que tantos años llevaba revuelto el Paraguay, y dado orden de que le enviasen todos los documentos producidos por las dos partes; no podían los Jesuítas confiarlos á persona que de la espinosa materia tuviese más exacto conocimiento que aquel religioso. El Dr. Xarque da a entender (1) que

(1) Charl. *Xarque*, lib. II, pág. 50.

los mismos tribunales del Perú habían solicitado la avocación, conviniendo en esto con los Jesuítas, que esperaban les molestaran menos en el Paraguay, cuando el juicio definitivo no dependiese más que del Consejo y de los Tribunales superiores; teniendo muchas razones para procurar desembarazarse de un asunto que cada día se complicaba más, y cuyos documentos, según el autor que acabo de citar, subían ya a diez mil fojas de papel, aunque no había sino muy poco actuado por parte de los Jesuítas.

Cómo le reciben.

Al llegar á España, halló el Padre por todas partes un gran movimiento contra la Compañía, y se admiró mucho de la prohibición que se le notificó para que no fuese a Madrid, quizá por temer la Corte que su presencia diera nuevo pábulo al fuego que se trataba de apagar. Mas, luego que hubo hallado modo de hacer llegar al Consejo de las Indias las instrucciones que llevaba, no sólo se le dió licencia de ir a la capital, y obtuvo cuanto pedía, sino que el Consejo le hizo la honra de enviarle dos de sus miembros para atestiguarle, en nombre del Rey, cuán satisfecho estaba su Majestad de la conducta de la Compañía y de su celo por propagar el Reino de Dios en todas las provincias del Paraguay (1). No se dejó, con todo, deslumbrar por tan hermosas apaciennci as; y,

(1) Charl. *Xarque,* lib. II, pág. 50.

después de haber puesto sus asuntos en regla, se dirigió a Sevilla, para hacer allí sus prevenciones para el embarque de los misioneros que le habían hecho esperar se le concederían.

Movimiento en España contra la Compañía.

Apenas acababa de llegar, cuando supo que en Madrid había habido un terrible movimiento contra los Jesuítas; que el hermano Villalón y algunos otros religiosos esparcían allí una infinidad de libelos, y que esto continuaba aun después que el Consejo, de *proprio motu*, había puesto en reclusión en sus mismos conventos a aquellos religiosos; que lo menos de que eran acusados los misioneros del Paraguay era de herejías, robos y revelación de las confesiones: que muchos de aquellos libelos se anunciaban en cartelones, y en uno de ellos se leían estas palabras: «El Doctor Juan Espino, celoso católico, ha dicho que la Compañía merece ser mitrada (1), como que ha sido convencida de imposturas: ser expulsada por perturbadora del sosiego público: ser azotada por sus latrocinios: condenada a galeras por vaga y quemada por hereje». Otro tenía por título: «Resistencia católica a las empresas impías y públicas ejecutadas por los de la Compañía de

(1) Charl. Es decir, obligada a ponerse un gorro pintado en forma de mitra, como los reos que se sacan por la ciudad a ser azotados en castigo de ciertos delitos.— Mur. Semejante gorro se denomina en castellano *coroza*.

JESÚS CONTRA LA IGLESIA Y CONTRA EL REY EN LA PROVINCIA DEL PARAGUAY, QUE HAN SUBYUGADO POR LAS ARMAS, Y A FAVOR DE UNA DOCTRINA ERRÓNEA Y HERIDA CON ANATEMAS QUE ALLÍ HAN INTRODUCIDO, Y QUE COMIENZA A INFECTAR LAS PROVINCIAS VECINAS». Otro tercero se titulaba: «EXPOSICIÓN DE LA EPÍSTOLA PROFÉTICA DE SAN PABLO EN QUE EL APÓSTOL PREDICE LAS ACCIONES REPROBADAS DE LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, TRADUCIDA DE LATÍN A CASTELLANO PARA QUE LA ENTIENDA TODO EL MUNDO». Esto es lo que el P. Díaz Taño escribía al P. Asistente en carta fechada a 6 de Enero de 1661.

Forzoso es que sea muy desesperada una causa, cuando para defenderla se acude a tales medios; pero hay atrevimientos que producen buen efecto, a lo menos por algún tiempo, y los agentes del Obispo del Paraguay seguían sin ningún escrúpulo la máxima de los que dicen: CALUMNIA OSADAMENTE, QUE SIEMPRE QUEDARÁ ALGO (1). Por otra parte, el hermano Villalón había hallado protección aun en el Consejo, y hacía al P. Pedraza, Procurador general de los Jesuítas para las Indias, el honor de creer que obedecía, como en efecto obedeció, a la orden del Rey, que acababa de imponer silencio a las partes.

Había sido dada la orden por haber declarado

---

(1) CHARL. Calumniare audacter: semper aliquid haerebit.

el relator del proceso, D. Antonio de León (1), que en los escritos del Procurador de D. Bernardino, no había palabra de verdad. Mas, como el mismo Procurador no guardaba silencio, se quejaron al Rey el P. Pedraza, y luego el P. Jacinto Pérez; y el Rey mandó relegar a aquel religioso en un convento de su Orden junto a Sevilla; y ni aun eso bastó para contenerle, pues muy luego se fué a Roma, donde hizo lo mismo que había hecho en España.

Elevó nuevamente sus quejas al Rey el P. Pérez, pidiéndole estorbase que le diera protección alguna el Embajador de Su Majestad ante el Papa. Parece mucho que Felipe IV defirió a la petición, pues es cierto que a pesar de todos los medios que pusieron en juego los agentes de D. Bernardino de Cárdenas en aquella Corte para hacer anular la sentencia dada por el P. Nolasco, como Juez Conservador de los Jesuítas, contra el Obispo, no lo lograron, como ni tampoco persuadir al Sumo Pontífice (mejor enterado por las cartas del Obispo del Tucumán de lo que había pasado en el Paraguay), de que los Jesuítas fuesen tales como los pintaban los partidarios de D. Bernardino.

---

(1) Mur. Antonio de León Pinelo, bien conocido por los cargos que desempeñó y por los libros que tiene publicados sobre asuntos de las Indias.

Pide el Rey al P. General de los Jesuítas un Visitador para el Paraguay.

Por su parte el Rey Católico, que ninguna duda tenía ya acerca de la doctrina de aquellos misioneros, plenamente justificada por la Junta de la Asunción; ni sobre las minas de oro, de las que había hecho desaparecer hasta la más leve sospecha la primera sentencia de D. Juan Blásquez de Valverde; ni sobre las inmensas sumas que acusaba D. Bernardino de Cárdenas a los Jesuítas de haberse apropiado; ni, finalmente, sobre la usurpación de una gran parte de sus dominios del Paraguay: quiso ver si los otros puntos de acusación, de los que no creía tampoco capaz al cuerpo de los misioneros, tocaban a lo menos a algunos particulares que hubiesen dado pie para tales acusaciones; y tomó la resolución de escribir al P. General Juan Pablo de Oliva, que gobernaba entonces la Compañía como Vicario general, para decirle que juzgaba a propósito enviase al Paraguay un Visitador, con cargo de examinar ciertos capítulos que quedaban por esclarecer.

Quién fué el Visitador.

Recibió el P. Oliva como debía esta muestra de confianza que le daba tan poderoso monarca, y le rogó que nombrase él por sí mismo uno de sus súbditos, cuyas luces y rectitud le fuesen bien conocidas, a quien daría por su parte toda la potestad y medios necesarios para desempeñar tan importante comisión con que se dignaba honrarle Su Majestad. Pero Felipe IV quiso absolutamente que él hiciese la elección, y el Vicario general

nombró al P. Andrés de Rada, Provincial entonces del Perú, y que había ejercido el mismo cargo de Visitador en varias otras provincias de la América española.

Era ya muy conocido en Roma y en España; porque, siendo Provincial en Méjico, había tenido que soportar todo el fuego de la persecución que movió allí D. Juan de Palafox contra los Jesuítas, y la prudencia con que en ello se había portado, le había atraído las alabanzas de entrambas potestades, a cuyos tribunales había sido llevado aquel arduo asunto. No se acreditó menos en el Paraguay que en Méjico; y, después de haber gobernado allí la Compañía por seis años, en calidad primero de Visitador, y luego de Provincial, fué encargado al volver a España en 1670, del gobierno del Colegio Imperial de Madrid, donde murió poco después, de enfermedad contagiosa contraída en el hospital sirviendo a los enfermos, con tan gran opinión de santidad, que se disputaron el peligroso oficio de conducirlo al cementerio el cuerpo de Jefes Militares, apoyado por el Cardenal de Aragón, Arzobispo de Toledo, y el Consejo Real de las Indias (1).

---

(1) CHARL. *Xarque*, lib. II, cap. L, de quien se han tomado asimismo los documentos siguientes.—MUR. Que él había sacado del Archivo de Córdoba del Tucumán.—XARQUE fué contemporáneo de los sucesos que aquí se

Tal era el Visitador que el P. Oliva propuso al Rey Católico, y a quien el monarca dió cargo de examinar los capítulos de los asuntos del Paraguay, sobre los cuales no había aún suficiente noticia. No recibió el P. Rada las órdenes del Rey y de su Superior hasta 1663. En las instrucciones que acompañaban a las del Vicario general, se le recomendaba sobre todo que nada hiciese sino concordando con el P. Gabriel de Guillestigui (1), Comisario general de los PP. de San Francisco en el Perú, religioso de gran mérito, y que había sido Visitador del Paraguay en el tiempo en que D. Bernardino de Cárdenas alborotaba aquella provincia contra los Jesuítas. Nada podía ser más grato al P. Rada que tener que tratar con un hombre que había sido testigo de los hechos que se habían de investigar; pero al llegar a Lima, tuvo noticia de que el Comisario se hallaba entonces en Santa Fe de Bogotá, capital del Nuevo reino de Granada, distante 400 leguas de Lima. Fué preciso, pues, contentarse con preguntarle

1663. Consulta al Comisario de los PP. de San Francisco.

---

narran: por lo cual no se ha de entender que de él se tomaron los documentos de fecha posterior, sino únicamente los de aquel tiempo, que son las respuestas de Guillestigui.

(1) MUR. Don Fray Gabriel de Guillestigui, de la Orden de San Francisco, Obispo del Paraguay que sucedió al Ilustrísimo Cárdenas, y autor de la docta obra *El Terciario de San Francisco*.

por cartas; y la Providencia sin duda lo dispuso así, para que de este modo tuviésemos por escrito el parecer de una persona de tanta autoridad, en un asunto que tocaba á un Obispo de su propia Orden.

Expúsole el P. Rada, en la carta que le escribió, los capítulos en número de cinco, sobre los que quería ser informado el Rey Católico, y le envió una carta que había recibido del P. Oliva para él. A uno y otro respondió el Comisario. La respuesta al P. Vicario general fué la siguiente:

Carta del Comisario al Padre Oliva.

«Por este mes pasado de Agosto recibí una carta en ésta ciudad de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada (donde al presente me hallo) del R. P. Andrés de Rada, Provincial de la Provincia de Lima, en la cual me refiere una cláusula de carta que V. R.ma le escribió, la cual es en orden a que pase a la Provincia del Paraguay y de que le he tenido mucha lástima, por ser viaje tan dilatado, que para ir y volver a Lima, ha menester tres años, y en estos haber de pasar muchas penalidades que sé tiene dicho camino. Si bien porque V. R.ma se desengañe, me huelgo, pues dará claras noticias de las cosas del Paraguay. Dícele V. R.ma se informe de mí en dichas materias, y sentí hallarme tan distante, para de palabra haber comunicado a su PaternIdad, pero habrá quince días que caminó para Quito, y de allí pasará a Lima una que le escribo, respondiendo a la de su

Paternidad, y en ella remito la respuesta a cinco cargos que expresa un papel como el que remito á V. R.ma con esta, que así lo aviso a su Paternidad, conviniendo éste con el otro, y asegurando a V. R.ma que hablo con la satisfacción de haberlo manejado, y que lo siento así en Dios y en conciencia. Y solo puedo asegurar, que en comun y en particular vi mucha virtud en los Religiosos de aquellas partes, y que he reconocídolos por de mucha santidad, y que han merecido en aquellas cosas lo que unos apóstoles. Y de esta misma manera lo son en el modo de criar los indios y en que confrontan con los Doctrineros de mi Religión en aquellas partes, y de que me glorío mucho: pues en todas las Indias (las cuales he visto en todo este Perú) no hay Reducciones más evangélicas que aquellas, y que sienta yo que sean más del agrado de Dios. Y tengo y tendré siempre muy presente lo que dijo antes de morir el venerable y santo P. Fray Luis de Bolaños (de mi Religión) que fué de los primeros que plantaron la Ley evangélica (en aquellas partes) a aquellos indios: «Muero muy consolado y doy muchas gra»cias a Dios de ver los indios que he reducido en »poder de los PP. de la Compañía de Jesús» (1),

---

(1) Hern. «Este dicho, escribe el P. Lozano *(Historia de la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay*, lib. v, cap. xviii, núm. 17), se imputó falsamente a aquel

»que por ser pocos los ministros de mi religión, hubo de partir los indios con los Religiosos de la Compañía. Y en quienes, sin lisonja, se han mejorado las Reducciones. Y así en esto, como en todo lo demás en que me ocupare V. R.ma, acudiré con mucha voluntad a servirle. Santa Fe y Octubre 12 de 1663.=*Fray Gabriel de Guillestigui.*»

CARGOS HECHOS CONTRA LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA QUE ESTÁN EN EL PARAGUAY, CON LA RESPUESTA QUE SOBRE ELLOS DA EL R. P. GABRIEL DE GUILLESTEGUI, COMISARIO DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO EN EL PERÚ (1).

«I. Que habiendo sido los de la Compañía de aquella provincia de parecer que la consagración del Señor Obispo D. Bernardino de Cárdenas había sido ilícita e inválida, pudiendo y debiendo callarlo, lo publicaron como cosa cierta y definida, dando ocasión con esto a los disturbios y escán-

siervo de Dios, pues hubiera sido ajeno de su gran santidad, como opuesto a la verdad.» Y que sea opuesto a la verdad, consta, como se puede ver allí mismo, entre otras pruebas, por testimonio escrito no menos que del mismo P. Bolaños, ante el cual no puede tener valor alguno el dicho que se le atribuyó y creyó sinceramente verdadero el Ilmo. Guillestigui, que no fué contemporáneo, ni vino al Paraguay hasta veintidós años después de muerto le P. Bolaños.

(1) CHARL. *Xarque*, lib. II, cap. L y LI.

dalos que se han seguido sobre si eran válidas o no las funciones episcopales y administraciones de Sacramentos, con gravísimo desconsuelo de los fieles, y con gran riesgo de que se alzase y perdiese la tierra.»

«AL PRIMERO se dice que, siendo cierto, como lo es, que el dicho Señor Obispo determinó consagrarse sin Bulas, hubo de valerse para ello de pareceres de las Religiones y hombres doctos. Cada una siguió su opinión, y la Compañía fué de parecer que no lo podía hacer, fundada en opinión corriente y que está aprobada por el Consejo, y de ninguna manera fué definitiva del caso, sino llevó la dicha opinión en la ocasión de tomar parecer de ella. Y dos Religiosos que en aquel tiempo eran expulsos submisamente de la Compañía, y fueron los Padres Cosme Sofia (1) y Jerónimo Porcel (que ambos los conocí poco después fuera de la Religión: al Padre Jerónimo Porcel, de noticia en mi Religión, de vista, y al P. Sofia en la de nuestro padre Santo Domingo), dieron parecer que podía consagrarse. Y sabiéndolo algunos Padres graves, y entre ellos el P. Juan de la Guardia (que Dios haya) como tan celoso de la honra y cré-

(1) CHARL. Era el Rector del colegio de Salta, quien había dado su parecer como teólogo en favor de la consagración de D. Bernardino de Cárdenas.—MUR. Y el padre Porcel era en el mismo colegio súbdito del P. Sofia.

dito de su Religión, propuso en el Colegio y Universidad de Córdoba del Tucumán, se hiciese público que los dichos pareceres de los dichos dos Padres no eran ni se podían tener por de la Compañía, por las causas referidas. Y así esta opinión que hallaron los PP. de la Compañía en autores corrientes, con todos los requisitos para darse á la estampa, de ese modo se hizo pública por de la Compañía; y no porque la Compañía la definiese ni la hiciese, sino que la siguió por segura (1), sin sabiduría de los casos futuros del Paraguay, que parece que por este camino los quiso Dios prevenir para algún remedio suyo, sin que pudiesen soñar en ellos PP. Jesuítas, quienes corrieron, no obstante este su parecer, con el Señor Obispo en mucha amistad, benevolencia y gracia suya algunos años. Y celebrando órdenes en Córdoba el dicho Señor Obispo, consagrado con los pareceres que tuvo en esta ocasión misma, la Compañía envió sus jóvenes a Chile (2), a ordenarse, en con-

(1) Charl. Quizá no sabía aún el P. Guillestigui que la controversia se había decidido ya en Roma, y que el Papa había absuelto a D. Bernardino el año 1658 de las censuras en que estaba incurso por su ordenación irregular.

(2) Mur. Los candidatos para órdenes se habían enviado a menudo a Chile cuando había sede vacante; pero a la sazón había Obispo, y el Ilmo. Sr. Maldonado, que lo era. no había mostrado dificultad en ordenar a los Padres Jesuítas.

secuencia del parecer que dió sobre el punto, sobre el cual tuve yo disputas en el Paraguay con algunos señores prebendados.»

«II. Que habiendo los prebendados de aquella Iglesia alzado la obediencia al Señor Obispo, se fueron a oficiar a nuestro Colegio, donde fueron recibidos de los de la Compañía, y consintieron que hiciesen Catedral de nuestra iglesia cerca de dos años, ocasionando con esto grandes enconos e inquietudes, y que en sermones, de palabra y por escrito, se dijese que éramos cismáticos y se nos levantasen otros testimonios.»

«Respuesta: al segundo cargo: digo que, por ocasiones y causas que tuvieron y las supe en el Paraguay (1), se dividieron la mayor parte de los Canónigos más principales, y se fueron al colegio de la Compañía a valerse de su iglesia para cumplir con las obligaciones de sus Misas y rezo, para que en ningún tiempo se les hiciese cargo de omisión (2). Y de la misma suerte que acudieron a di-

---

(1) Charl. No adujeron otras causas los Canónigos, sino que ellos tenían por nula la toma de posesión del Obispo y su ordenación por ilícita, y que por tanto, estaba ligado por las censuras, como más tarde lo declaró la Congregación del Concilio de Trento. No se empezó a tratar a los Jesuítas de cismáticos hasta después que el Obispo se hubo declarado contra ellos.

(2) Mur. Y no sólo hubieran incurrido en la culpa de omisos, sino que en pena de la omisión quedaban priva-

cho templo, pudieron acudir a otro para el mismo efecto; y no admitirlos parece que fuera concurrir a los daños que de lo contrario se seguían, como se deja ver, porque se arrestaron totalmente los dichos prebendados. Y es cierto que los PP. de la Compañía en este tiempo hicieron el debido oficio (según su Instituto y costumbre notoria y patente donde quiera) para componer esta materia, que cada día fué tomando más esfuerzo por la mala calidad de ella y no por parte de los PP. de la Compañía; y de aquí nació y se originó el levantar que los PP. de la Compañía eran alborotadores, inquietadores y cismáticos, siendo así que esto tuvo su origen en la Catedral, que de la Compañía se valió para el remedio, esperándole por esta vía; y todo esto se lo previnieron al dicho Señor Obispo, pidiéndole los Canónigos excusase hacer las funciones episcopales hasta haber recibido las Bulas; escribiéndole a Córdoba antes de subir al Paraguay, para evitar escrúpulos.»

«III. Que habiendo consentido Su Majestad que los indios de nuestras reducciones tuviesen armas de fuego para defenderse de las invasiones de los del Brasil, los de la Compañía convirtieron indios y armas contra el Señor Obispo del Para-

---

dos de la renta, la cual, en virtud de la regla de las erecciones de Indias, consiste toda ella en las distribuciones cuotidianas.

guay, acompañándolos cuatro religiosos de la Compañía por orden del P. Francisco Díaz Taño, que era Superior, asistiéndoles él y ellos cuando se dió la batalla, en que mataron 18 de los contrarios y muchos indios de una y otra parte.»

«Respuesta: al tercero, que supe de persona de sana conciencia y de maduro juicio y de los mismos adheridos al Señor Obispo, y entre ellos el Síndico de San Francisco, nuestro Padre, Regidor de la ciudad, Juan de Villasanti, el mozo, Teniente general del Señor Obispo, que habiendo muerto el Gobernador del Paraguay, se hizo elegir por Gobernador el dicho Señor Obispo por una Cédula que tenía la ciudad del Señor Carlos V, con atenciones y fines a las materias y embarazos con los Canónigos y al templo donde asistían, que como dicho es, sin tener el remedio que se procuró, se fueron empeorando. Y nombrado Gobernador, y siéndolo dicho Señor Obispo, con el poder pleno de Gobernador y Obispo, echó del Colegio y de la ciudad del Paraguay á los religiosos de la Compañía, ignominiosamente; y quebró, derribó y quemó mucha parte del colegio, los cuales vestigios y señales vi yo con mis ojos; tomando por asidero, que estaban fundados sin licencia de Su Majestad (1). Y digo también que el incendio y

(1) Charl. Es bien extraño que eso dijera Villasanti al P. Comisario, siendo él mismo a quien se presentaron

ruinas de la iglesia, claustro y postes de la portería pudieron causar los que iban acompañando al Señor Obispo, sin quererlo su Señoría, pero lo cierto es que no lo estorbó, y todo se puso en efecto, y sobre todo el echar á los PP. de la ciudad por el río abajo. Y recurriendo los PP. por este servicio á la Audiencia de Chuquisaca, a tiempo que la dicha ciudad recurría a ella por Gobernador que les diese, proveyó la dicha Audiencia el gobierno en D. Sebastián de León (sujeto bien diferente de lo que algunos le han pintado), a quien le mandó dicha Audiencia, por punto principal, pusiese en posesión de su Colegio a los PP. de la Compañía, llevándolos consigo. Y haciendo presentación de sus títulos el dicho Goberdor en la parte conveniente para su seguridad y resguardo, llevando gente para ese efecto, guiándose por las órdenes que traía de la Audiencia, advertido de la resistencia que había de tener su recibimiento y el de los PP. de la Compañía, sucedió el caso de la batalla que se dice, donde murieron veintitrés españoles; porque ellos así lo quisieron, y no por culpa alguna del dicho Gobernador, que hizo sus amonestaciones como entendido, defendiendo la autoridad y jurisdicción real, pregonándola con cajas primero. Y menos

---

las letras patentes del Rey para la fundación del Colegio, cuando pasó a ejecutar las órdenes del Obispo.

culpa tuvieron los PP. de la Compañía, y es falso que venían guiando al ejército, sino que los traía el dicho Gobernador por mandato de la Real Audiencia para ponerlos en posesión de su Colegio; y puede ser que alguno de los soldados del Teniente general Juan de Villasanti, que salió a resistir con gente al dicho Gobernador, quisiese embestir a alguno de los PP., el cual también se quisiese defender, como lo hiciera yo, y cualquiera en la ocasión, sin pecar venialmente (1).»

«IV. Que siendo los indios de nuestras Reducciones tan vasallos de Su Majestad como los demás naturales de aquellos Reinos, los crían los de la Compañía sin este reconocimiento: tanto, que habiendo determinado Su Majestad que pagasen un corto tributo en señal de vasallaje, y constando que ellos mismos querían venir en ello, los de la Compañía se habían opuesto, representando tantas dificultades, que de hecho lo embarazaron, como lo escribió desde el Paraguay el mismo a quien el Consejo había cometido el asentar con efecto dicho tributo.»

---

(1) Charl. Los Jesuítas estaban demasiado lejos del combate en que fué derrotado Villasanti para estar expuestos a tales contingencias.—Hern. Entiéndase que no tomaban parte activa en el combate, pero yendo de capellanes, hace el Ilmo. Guillestigui la hipótesis de que alguno de ellos fuera asaltado.

«Al cuarto digo que los naturales de aquellas reducciones de la Compañía de Jesús están enseñados en el reconocimiento y vasallaje del Rey nuestro Señor, y que es embuste y testimonio lo que se dice en contrario. A lo cual no contradice que los PP. de la Compañía, sus Doctrineros, procuren aliviarlos en las cargas y tributos por medios lícitos y religiosos y de rendimientos cristianos y piadosos, representando a Su Majestad y Ministros la miseria y necesidad de ellos, para que con estas benignidades reales se arraiguen más en la fe y en el Real respeto y rendimiento. Que aun aquí en el Reino de Santa Fe, en las Misiones y reducciones que con tanto celo fomenta y esfuerza el señor General D. Diego Egues Beaumont, Presidente de esta Real Audiencia (1), de los mayores Ministros que tiene Su Majestad en su Monarquía, usa de estos propios medios para alcanzar mejor los dichos fines en servicio de ambas Majestades con mejores logros. Que no es malo sembrar de presente, disimulando y permitiendo, para coger después mucho á lo descubierto, para dar a Dios y al Rey nuestro Señor lo debido, que así lo dice el Evangelio de hoy Dom. 22 apropósito: *Reddite quae sunt Caesaris Caesari, et quae sunt &.*»

«V. Que los PP. Juan de la Guardia, ya difun-

---

(1) Charl. De Santa Fe de Bogotá.

to, y Francisco Díaz Taño, intervinieron (según consta de varios informes de Ministros y Prelados), con sus direcciones y consejos, en que el Gobernador de Buenos Aires, D. Pedro Baygorri, admitiese contra las Cédulas Reales, en diferentes tiempos, veintiséis navíos, enemigos de la Corona, cargados de mercadurías, con gravísimo daño de los comercios de Sevilla y Cádiz y de toda la Monarquía: pues de lo procedido de los géneros que llevaron escribió de Holanda a Su Majestad su Embajador, que habían entrado en aquellos países muchos millones; por lo cual el dicho Gobernador perdería la vida y hacienda y todos los que le asistieron.»

«Al quinto, habiendo llegado algunos navíos de holandeses, con patentes del Sr. D. Juan de Austria, en los cuales se les daba permiso para poder arribar á cualquier puerto de las Indias y al de Buenos Aires, por el interés de limpiar las costas de enemigos; hallándose la dicha ciudad con mucha necesidad de ropa para vestirse, determinaron proponer al dicho Gobernador D. Pedro Baygorri les permitiese trocar á los vecinos de la ciudad cueros de toro, harinas, carnes y sebo, por ropa, con los holandeses, y se valieron para proponerlo los dichos vecinos del dicho Padre Juan de la Guardia (era entonces su confesor), y desta suerte fué instrumento de esta piadosa acción, que se la convierten en veneno, cuando

en ella no tuvo más interés que hacer lo que podía cualquiera por piedad. Y lo que dicen del P. Francisco Díaz Taño es falso, porque cuando su Paternidad se vino a embarcar al dicho puerto, ya eran idos los navíos de holandeses y solo quedaba en el puerto uno de permiso, de Ignacio de Maleo, en el cual se embarcó dicho Padre para España. Y que este pecado que le motejan a D. Pedro Baygorri y al P. Juan de la Guardia, le cometió después D. Alonso de Mercado Villacorta, Gobernador de [Tucumán], que le sucedió cuando ya era muerto el P. Juan de la Guardia, con que se infiere lo que ciega la pasión, pues el mismo que lo calumnió y abominó se ve que lo cometió, como se verá claro en el dicho Puerto de Buenos Aires. De Santa Fe y Septiembre 21 de 1663.=Fr. Gabriel de Guillestigui, *Comisario General del Perú*. Por mandado de Su Paternidad muy Reverenda: Fray Juan de Avila, *Secretario General del Perú*.»

Estado en que halla el P. Rada la provincia del Paraguay.

Luego que el P. Rada hubo recibido esta carta, que el Comisario le dirigió a Lima y él envió al P. Oliva, salió del Perú para emprender la visita, acabándola por el Colegio de la Asunción, adonde llegó en 1665, y por más diligencias que hizo, no descubrió nada que hubiese podido dar lugar a las imputaciones hechas a los Jesuítas. Sin embargo, el fuego de la persecución que habían experimentado aquellos Padres no estaba aún del todo

extinguido. Continuaba D. Bernardino de Cárdenas en la Paz, sin haber habido medio de decidirle a aceptar el Obispado de Popayán ni a pasar a España. El ansia que tenía de volver a su Obispado no le dejaba sosegar, y mientras duraba su agitación y no había seguridad de que no volviese a aparecer de nuevo en la Asunción, siempre subsistían los temores de que introdujese allí de nuevo el alboroto.

Quiso, sin embargo, Felipe IV sacarlo de aquel 1665-66
Obispado, y lo nombró para el de Santa Cruz de la Sierra, dándole por sucesor en el Paraguay al P. Gabriel de Guillestegui, quien fué preconizado a 15 de Diciembre de 1666 para el Obispado de la Asunción, vacante «POR LA TRASLACIÓN DE DON BERNARDINO DE CÁRDENAS DE SANTA CRUZ A LA SIERRA» (1). Hallo, no obstante, en algunas Memorias que había muerto Obispo de la Paz (2).

---

(1) CHARL. Palabras textuales de los Registros del Consistorio en Roma, donde se notan las mudanzas de los Obispos de una Sede a otra.

(2) MUR. Moriría tal vez en el Episcopado de la Paz, pero siendo Obispo de Santa Cruz de la Sierra. Es cierto que estaba fuera de la ciudad de Santa Cruz cuando le sobrevino la muerte, como también estaba muy distante de la Paz y de Mizque, residencia ordinaria esta última del Obispo de Santa Cruz, aunque no sé de cierto en qué paraje murió. Del proceso hecho en la diócesis de Santa Cruz con autoridad del Provisor y Vicario general

Pudo muy bien ser que habiendo vacado aquel Obispado mientras D. Bernardino se hallaba todavía en la Asunción, juzgase a propósito el Rey Católico nombrarle para él. Añádese en la Memoria de que acabo de hablar que lo que determinó al Príncipe a este nuevo cambio era el ser más fácil contener a D. Bernardino en aquella ciudad, si

---

Sede vacante, y llevado a la Curia metropolitana de Chuquisaca, se sacó testimonio con las formalidades de derecho, a petición del Rector de Córdoba (cuyo nombre, si mal no me acuerdo, era Pedro Navarro), de una cláusula; y esta copia auténtica se guardaba en el Archivo que fué de los Jesuítas, en Córdoba del Tucumán. Consta de la cláusula que D. Bernardino había muerto lejos de las ciudades, y que quince días antes de su muerte había hecho un codicilo, en el que dejaba como manda piadosa a la Compañía de Jesús un pectoral de Obispo, un cáliz de oro, un ornamento sagrado y la imagen de la Santísima Virgen María que más estimaba el Obispo y llevaba al pecho, a la que llamaban *del corazón*. Allí excusaba sus pasadas acerbidades para con los religiosos de la Compañía, con otras significaciones de benevolencia. Esto fué lo que en el referido proceso atestiguó como testigo de vista el Sacerdote D. Domingo Morales, que era especial familiar y doméstico del Obispo. Con qué palabras estaba expresada esta tal cual satisfacción se ignora, porque a la muerte del Prelado desapareció el codicilo con los bienes dejados por el difunto y sus alhajas, siendo despojado de todo hasta tal punto, que apenas quedó con qué cubrir el cadáver y alumbrarlo. Motivo por el cual fué citado como reo en el proceso alguno de los familiares del Obispo.

le ocurriese intentar algo contra la jurisdicción civil, que en cualquier otra parte (1).

Hermosa acción de los Itatines cristianos.

Como quiera que sea, el nuevo Gobernador del Paraguay tuvo aun en aquel tiempo otra ocasión de reconocer que no había en la provincia recurso más seguro ni pronto contra los enemigos que la cercaban, que los indios de las reducciones formadas y gobernadas por los Jesuítas. Hallábase haciendo la visita a cien leguas de la Asunción (2), y habiéndose detenido en un lugar de indios, cuyos habitantes eran de encomenderos, y donde, por tanto, había pocos hombres, se vió de pronto acometido por un ejército de bárbaros. No tenía consigo sino unos pocos soldados; los víveres empezaban á faltarle, y ni podía salir por en medio de los enemigos, ni dar a nadie aviso del apuro a que se veía reducido.

---

(1) Mur. Tanto haciendo la traslación a la diócesis de Santa Cruz, como haciéndola á la diócesis de la Paz, era más fácil reprimir sus intentos que en la Asunción, porque entrambas ciudades están más cerca de la Audiencia.

(2) Mur. Por la semejanza de las relaciones, me temo que lo que aquí se cuenta y lo referido arriba al fin del libro precedente el año 1660 acerca de D. Alonso Sarmiento, sean una misma cosa. Tanto más, cuanto fuera de Itatí, donde estaban las Reducciones de los Jesuítas, casi a los veinte grados de latitud austral, hay otro pueblo del mismo nombre a los 28 grados, no lejos de la ciudad de Corrientes, hacia adonde se refiere haber ocurrido el primer hecho.

Así pasó tres días, en medio de una multitud de viejos, mujeres y niños, cuyos lamentables gritos bastaban para dar a conocer a los bárbaros que nada les impediría hacerse dueños del pueblo, y no quedaba al Gobernador más arbitrio que el de tomar una resolución desesperada para salir de allí, cuando una tropa de Itatines que por casualidad estaba en las cercanías y tuvo noticia de lo que pasaba, llegó a la vista del pueblo. Aguardáronlos a pie firme los infieles; pero apenas pudieron resistir a la primera carga de los Itatines, quienes tendieron un gran número de enemigos por el suelo. No aguardaron a la segunda, y huyeron, salvándose merced á los bosques. D. Alonso Sarmiento atestiguó su gratitud a sus libertadores con todas las muestras de benevolencia que merecía tan gran servicio, y no se cansaba después de publicar que si la Monarquía española tuviera por todas partes súbditos tan fieles y disciplinados, vencería sin dificultad a todos sus enemigos (1).

Visita el Obispo del Paraguay de ordeu del Rey las Reducciones de los Jesuítas.

Por otra parte, el Real Consejo de las Indias, al enviar al nuevo Obispo del Paraguay sus Bulas y las órdenes del Rey, le había recomendado que hiciese lo antes que le fuera posible la visita de todas las Reducciones de los Jesuítas, no sólo de

(1) Mur. Vale el aserto, si el enemigo no se halla en condiciones muy superiores de armamento.

su diócesis, sino también de la de Buenos Aires. Nada era más de desear para los misioneros, y esto por dos razones: la primera, para asegurar a los indios, a quienes tenía muy inquietos el temor de perder sus pastores, y, como consecuencia (que tenían por inevitable), el de ser dados en encomiendas; la segunda, por la esperanza de convencer una vez por fin al Consejo de las Indias de cuán sin fundamento habían sido sindicados de trabajar por apoderarse insensiblemente de toda la jurisdicción eclesiástica y real en sus misiones y de estorbar que se pagase el tributo (1).

Efecto de esta visita. Muerte del Obispo. 1665-1668.

Correspondió perfectamente a sus deseos el efecto de la visita. El Prelado, acostumbrado a las más rudas fatigas de la vida apostólica, hizo aquella larga y penosa excursión como verdadero Pastor. Nada halló que no le confirmase en la alta idea que ya tenía de aquella república cristiana, y sobre todo ello escribió al Rey y al Consejo de las Indias. Mucho menos le costó paɹa restablecer la calma en la capital del Paraguay, cuyos habitantes, no teniendo ya quien los atizase contra los Jesuítas, volvieron a tener para con estos religio-

(1) Mur. En aquel escrito que en otro tiempo leímos, entre otras cosas, se dice «que la causa de las contradicciones que se movieron contra los Jesuítas consistía totalmente en solo el amor que profesaban a los indios y el tesón que empleaban en defenderlos».

sos sus antiguos sentimientos de estima y confianza. Pero el gozo de poseer un Pastor que había ganado todos los corazones, fué muy pronto turbado por la noticia que se tuvo en el Paraguay de haber sido nombrado en 1666 para el Obispado de la Paz (1). Todavía se hallaba en 1672 en la Asunción, habiendo rehusado, según parece, el rico Obispado de la Paz, para el cual había sido nombrado; pero murió poco después. El sucesor, que se le nombró el mismo año 1672, no fué al Paraguay; y en 1674 fué preconizado Obispo del Paraguay D. Faustino de las Casas, religioso de la Orden de la Merced. Veremos luego que no necesitó para consolar a su diócesis de la pérdida experimentada en D. Gabriel de Guillestigui más tiempo que el que fué preciso para darse a conocer.

1665-68. Los indios de las Reducciones salvan la ciudad de Santa Fe.

Continuaban los neófitos por su parte justificando el buen informe que de ellos se había dado al Rey y a su Consejo sobre su celo por el servicio de S. M. En 1665, los Calchaquís, después de haber arrasado los alrededores de Santa Fe, se empeñaron en arruinar completamente aquella ciudad, y la tenían ya reducida al último extre-

(1) Mur. Quizá será más exacto decir que fué en 1669, porque es inverosímil que el mismo año que le nombraron Obispo le trasladasen a otra Sede. Pero después del trienio es muy común hacer la traslación.

mo, cuando, a la primera orden del Gobernador del Río de la Plata, acudió a su socorro un cuerpo de milicias de las Reducciones del Uruguay. El Maestre de campo, D. Antonio de Vera y Mujica, recibió orden de ponerse a su cabeza; y los Calchaquís quedaron tan escarmentados, que la ciudad se vió libre por largo tiempo de las inquietudes que desde años atrás le estaban causando aquellos bárbaros. D. Antonio, que más adelante fué sucesivamente Gobernador del Tucumán y del Paraguay, no se cansaba de elogiar a aquellos valientes indios.

Trabajos de los mismos indios.

Pero si los neófitos eran desde entonces los primeros en quienes se pensaba para oponerlos a los enemigos del Estado, no menos útilmente empezaban a ser empleados en las tareas que miraban al servicio del Rey, y hemos visto ya con qué afecto se habían ocupado, a una simple indicación de D. Alonso Sarmiento, en reedificar la iglesia de Santa Lucía. Algún tiempo después de haber librado los indios de que acabamos de hablar a la ciudad de Santa Fe del furor de los Calchaquís, habiéndose juzgado necesario trasladar aquella ciudad a paraje menos expuesto a las incursiones de los infieles, se encargaron gustosamente de la empresa, que ocupó sucesivamente a muchos de ellos durante varios años, y, conforme a su invariable costumbre, sin querer recibir ningún subsidio, ni para los gastos de los viajes ni

para su sustento. Otro tanto hicieron años después los del Paraná, encargados por D. Juan Díez de Andino de construir el fuerte de Tobatí.

En 1668 y en los siguientes años hubo continuamente 500 que, de orden de D. Juan Martínez de Salazar, Gobernador del Río de la Plata y Presidente de la Real Audiencia de Buenos Aires (1), fueron empleados en las fortificaciones del puerto y ciudadela de dicha ciudad. Contribuyeron también mucho a la edificación de la Catedral; y de este modo es como aquellos nuevos cristianos, que, por más que dijera D. Bernardino de Cárdenas, no habían sido ganados para España, sino por la virtud de la cruz, a pesar de lo módico del tributo que pagaban al Rey, eran quizá, entre todos los súbditos de la Corona, aquellos de quienes mayores servicios se reportaban; y servicios tanto más estimables cuanto en sus largas ausencias de sus casas, así para la guerra como para obras públicas, eran las mismas Reducciones las que les costeaban los viajes, y a veces hasta las que mantenían sus familias. Pero los súbditos naturales del Rey no disfrutaban de sus servicios como particulares, y en nada les agradecían que se consumiesen y expusiesen la vida por el bien público.

---

(1) Charl. Fué erigida esta Audiencia en 1663, y no subsistió muchos años.—Mur. Sólo duró diez años.

De las tres provincias en que trabajaban los Jesuítas del Paraguay, la de Tucumán era la única que no podía aprovecharse de las ventajas que sacaban las otras dos de las Reducciones de los indios, por no tener sus Gobernadores autoridad alguna sobre ellos. Sin embargo, aquella provincia, falta de auxilio, se hallaba incesantemente expuesta a nuevas alarmas de parte de los indios del Chaco. No se veía otro medio de hacerlas cesar, que el de mover a aquellos indios a abrazar el Evangelio; y apenas aparecía algún rayo de esperanza de lograrlo, se recurría a los Padres de la Compañía, quienes por su parte, aunque convencidos con numerosas experiencias de que sin uno de aquellos milagros de la gracia con los cuales no se puede contar, no era posible convertir pueblos tan persuadidos como lo estaban éstos de que no se intentaba hacerlos cristianos sino para reducirlos a la esclavitud, y por más que las atenciones espirituales en el Tucumán los tuviesen abrumados con tan continuos trabajos, que todos estaban admirados de que pudiesen sobrellevarlos; se hallaban, no obstante, siempre prontos a entrar en el Chaco cuando se les daba a entender que el servicio de Dios y el del país lo requerían.

1653-68. Nueva tentativa del Padre Pastor para establecer la fe en el Chaco.

Ni aun aguardaban siempre que los buscasen. Hemos visto que en 1641 había empezado el Padre Pastor entre los Abipones una misión que sólo había abandonado, forzado por la falta de opera-

rios; y que al volver de España, de donde se lisonjeaba de traerlos en buen número, se había hallado tan desprovisto de operarios como al salir del Paraguay, habiendo obligado la orden que prohibía emplear en aquella misión Jesuíta alguno que no fuera nacido en territorio sujeto al Rey, a sacar de allí al P. Berthold, francés, y al P. Benavides, portugués. Sin embargo, al ser encargado, poco después de su vuelta, del gobierno de la Provincia, su primer cuidado fué de conducir por sí mismo un religioso a los Abipones. Pero la guerra, que se había encendido más furiosa que nunca entre ellos y los Mataráes, le pareció ser para su intento un obstáculo que no podría vencer tan presto, y volvió todas sus miradas hacia la parte del Chaco que confina con Jujuí. Confió la ejecución de su plan al P. Medina, a quien hemos visto ya hacer por aquel lado una tentativa que no tuvo buen efecto; y le señaló por compañero al P. Andrés Luján, único misionero que había traído de España.

Quiso, sin embargo, antes de hacerles partir, consultar al Gobernador del Tucumán, D. Roque Nestares Marín, quien aprobó su plan. Presentó luego los dos misioneros a D. Melchor Maldonado, que sabía estar tan ansioso como él del buen éxito de la empresa, para que les echase la bendición; y de allí los llevó a Jujuí, y luego a un pueblo indio llamado *Omaguaca*, que depende de la ciudad y dista de ella 18 leguas. Encontró allí al

Maestre de campo D. Gabriel de Salazar, quien quiso acompañarlos al Chaco con cuatro indios, y emprendieron en seguida, en el mes de Agosto, es decir, en el corazón del invierno, que fué crudísimo aquel año, uno de los más penosos viajes que pudieran imaginarse (1).

Los Jesuítas en los Mataguayos.

Animaba a sus compañeros el Provincial, de edad de setenta y tres años, dándoles ejemplo para vencer obstáculos cuya sola vista era capaz de desalentar a los más animosos. Llegaron finalmente a los Mataguayos (2).

Quiso el maestre de campo con sus indios tomar la delantera para sondear a los bárbaros. Declaró a los primeros que encontró el intento que conducía allá a los PP. de la Compañía, y le parecieron bastante bien dispuestos a recibirlos. Hasta creyó poder contar con ellos, con tanto mayor razón cuanto uno de sus caciques, por nombre *Nao*, que estaba en Jujuí a la llegada de los misioneros, había parecido quedar muy satisfecho de su resolución. Efectivamente, de vuelta entre los suyos había empeñado a sus vasallos a hacerles un buen recibimiento, y había ido a encontrarles en Humaguaca.

---

(1) Mur. El camino no puede emprenderse en otra estación, por las inundaciones de las aguas.

(2) Charl. O *Mataguayes*.

Cómo son recibidos de ellos.

Habiéndose juntado en seguida el P. Pastor con el Maestre de campo, dirigió el cacique un discurso en extremo patético a muchos Mataguayos, que se habían congregado alrededor de ellos, exhortándolos a oir a los PP., y luego dió las gracias al Provincial, que a una edad tan avanzada había querido exponerse a tantas fatigas para instruirlos en los medios de asegurar su salvación eterna. Díjole luego que él y los Padres vivirían tan seguros en medio de su nación como si estuvieran en el Tucumán, y que en ellos hallarían toda la docilidad que podían apetecer. Después de responder el P. Pastor a aquel discurso como convenía, dió a los principales indios algunos regalos, que recibieron con muestras de gran agradecimiento. Arregló luego con los dos misioneros las providencias que convenía tomar para formar una reducción sólida entre los Mataguayos, y se volvió al Tucumán con D. Gabriel de Salazar.

Lo primero que hicieron los dos misioneros después de la partida del Provincial, fué buscar sitio para edificar una iglesia y trazar el plano del pueblo. Hecho esto, empezaron sus instrucciones. Acudieron los indios con asiduidad y hasta parecieron aficionarse mucho a los dos Jesuítas mientras pudieron esperar de ellos algo; más esto duró poco. Repararon los Padres asimismo, muy pronto, que sus sermones les hacían muy poca impresión, y que el temor de que la religión que les

predicaban fuese un lazo que les echaban para reducirlos a esclavitud, les hacía mirarla con desvío. Nada omitieron para disipar aquellas preocupaciones, y durante algún tiempo esperaban lograrlo. Pero se hallaban con las provisiones consumidas, y el P. Medina envió a su compañero a las vecinas habitaciones de españoles a comprar otras nuevas.

Niéganse los españoles á vender provisiones á los misioneros.

Habíanles prometido los españoles a aquellos religiosos cuando entraron en el Chaco, que no dejarían que les faltase nada: pero al tratar del cumplimiento de la promesa, todos se excusaron; y el padre Luján nada pudo obtener sino un saco de harina. Esto indujo al P. Medina a hacer un viaje a Jujuí, para representar la triste situación en que se hallaban él y su compañero, y el riesgo de ver frustrarse una vez más la empresa, uno de cuyos objetos era el de asegurar la tranquilidad de aquella frontera del Tucumán. El P. Luján, que había quedado solo con los cuatro indios que dejó el Maestre de campo a los misioneros, quiso acabar su alojamiento durante la ausencia del P. Medina; pero cuando se trató de poner manos a la obra, todo le faltó, y se halló pronto reducido, para no morirse de hambre, a pescar por sí mismo algunos peces, mientras que los Mataguayos, que tenían más de los que podían consumir, preferían dejar que se echasen a perder los sobrantes, más bien que dárselos a él. De este modo pasó unos

tres meses sin tener un día segura la vida en medio de antropófagos, que no guardaban miramiento alguno con él.

Conjuración contra los dos Misioneros.

Tuvo por fin aviso de que su muerte era cosa resuelta. Había ido uno de sus indios con la esperanza de que los Mataguayos le curarían de un mal de ojos que padecía, y para el cual decían que tenían ellos un remedio eficacísimo. Empezaban a aplicárselo, y creyeron que era bastante afecto a ellos para poder descubrirle lo que tramaban contra el misionero. Hasta le añadieron que no temían que los españoles quisieran vengar su muerte, porque habían hecho liga con los Tobas, y tenían intento de arrojarse todos a un tiempo sobre el Tucumán. Oyó el indio, que era buen cristiano, aquellos designios, mostrando indiferencia, lo que confirmó a los bárbaros en la idea de que no los descubriría; y para engañarlos mejor, les aconsejó que no procediesen con precipitación, sino que aguardasen para dar el golpe a que les hubiesen traído de Humaguaca caballos, de los que podrían valerse para alejarse y dar a los Tobas tiempo de juntarse con ellos.

Es descubierta.

Pareció bien el consejo: partió el indio para Humaguaca, y lo más singular fué que nada dijo al P. Luján de cuanto acababa de oir. Por su parte, los Mataguayos, mientras esperaban su vuelta, hicieron retirar todos los niños y viejos, que hasta entonces no habían cesado de asistir a las instruc_

ciones, según parece, para que no tuviese alguno de ellos noticia de lo que tramaban y avisase al misionero. Tan luego como el indio hubo llegado a casa de su amo, le dió noticia de cuanto sabía, y dió la casualidad de estar entonces el P. Medina en casa del Maestre de campo. Luego que supo el riesgo en que se hallaba su compañero, corrió a juntarse con él para participar de su suerte, si no podía salvarle, y aunque las lluvias habían hecho desbordar todos los ríos, y los campos estaban inundados, llegó en dos días a los Mataguayos.

Halló al P. Luján con la más perfecta seguridad, a pesar de que hacía ya un mes que los bárbaros no dejaban pasar día que no se juntasen, invocando a sus genios y tomando cada vez la resolución de ir inmediatamente a matarlo. Díjole el P. Medina al llegar que no quedaba otro remedio que retirarse, y ni aun había que perder un instante, siendo mucho más prudente el evitar así una guerra que no podía menos de traer funestas consecuencias, que no dar lugar a ella obstinándose en quedarse. Resolvióse, no obstante, que no se retirarían los dos a un mismo tiempo para no dar a conocer a los infieles que estaba descubierta su conjuración, y partió sólo el P. Luján con los tres indios del Maestre de campo que habían quedado en el pueblo so pretexto de ir a buscar algunos víveres. El P. Medina dió muestras de estar muy tranquilo durante dos días, y

1654-68. Retíranse los Misioneros.

luego enfardó la capilla por la noche y se retiró antes del alba.

Corría ya en el Tucumán el rumor de que los dos misioneros estaban presos entre los Mataguayos, y pronto se dijo que habían sido asesinados por aquellos bárbaros, quienes acababan de hacer una irrupción en la provincia.

Fruto de esta tentativa.

Fué tan grande la alarma en Jujuí, que D. Diego Íñiguez, que allí mandaba, envió a los dos Jesuítas, en el supuesto de que aun viviesen, una orden de parte del Rey para que saliesen del Chaco, y soldados para obligarles, si lo rehusaban, a obedecer por fuerza y para asegurarles la retirada. Pero los soldados los hallaron junto a la ciudad, donde fueron recibidos como hombres que ya habían llorado todos como muertos. Lo único que les consolaba a ellos del mal éxito de su empresa era el haber asegurado la salvación eterna de tres viejos que habían tenido la dicha de ver morir con la inocencia bautismal y con sentimientos que no les dejaban duda alguna de que Dios los había enviado como instrumentos de su misericordia para con estos tres predestinados.

Vuelven los Mataguayos á pedir á los Jesuitas.

Muy pronto tuvieron fundamento para creer que aquellos tres dichosos neófitos trabajaban desde el cielo en la salvación de sus compatriotas, porque al año siguiente, los Mataguayos, después de haber dado señales que no parecían equívocas de gran arrepentimiento de su traición,

hicieron las más vivas instancias al Provincial de los Jesuítas para obtener de él que les enviase nuevamente los dos misioneros; y estaba el Padre muy dispuesto a concederles la gracia, pero el Gobernador de la provincia se opuso a ello. Algún tiempo después consintió, pero con la condición de que fuesen acompañados de algunos soldados para defenderlos hasta que se viera si se podían fiar de aquellos infieles. Estaban a punto de partir, cuando una rebelión casi general de los indios del Tucumán, sublevados por D. Pedro de Bohórquez, que amenazaba acarrear a la provincia las mayores calamidades, obligó al Gobernador a hacer tomar las armas a todas las tropas; y como había motivo de recelar que los indios de la frontera del Chaco se juntasen con los rebelados, no creyó prudente el Gobernador entregarles los misioneros en tan críticas circunstancias.

Deciden dos Jesuítas á los Mocovíes á deponer las armas.

Apaciguóse, en fin, la revuelta con el suplicio de su autor, y pasó D. Alonso de Mercado (1) por Gobernador al Río de la Plata. En 1664 fué nombrado otra vez Gobernador del Tucumán *** *con*

---

(1) Mur. Es el mismo que arriba se llamó D. Alonso de Villacorta.—*** Mais il eut ordre de finir auparavant la guerre qu'il avait commencée contre les Calchaquis, ce qui le retint à Buenos Ayres plus longtemps qu'il n'aurait souhaité, parce qu'il ***—Hern. Es equivocación poner la guerra de los Calchaquís en el distrito de

orden de terminar cuanto antes la guerra de los Calchaquis, movida en su primer gobierno por los artificios de Bohórquez. Como, además, tenía *** gran deseo de reprimir las hostilidades de los Mocovís, que arruinaban todas las cercanías de Esteco. Para suplir lo que no podía hacer por sí mismo propuso al Presidente de la Audiencia Real de Buenos Aires que enviase Jesuítas á tratar con los Mocovís. Consintió en ello D. José Martínez de Salazar (1), y pidió al P. Rada que nombrase sujetos que fueran a hacer proposiciones de paz a aquellos indios. Nombró el Provincial a los PP. Agustín Fernández y Pedro Patricio, a quienes ordenó que fuesen inmediatamente a Esteco. Partieron al punto; pasaron hasta el fuerte de Pungo (2), que dista poco de Esteco, y a su

---

Buenos Aires: la guerra se hacía en el valle de Calchaquí, jurisdicción entonces de Tucumán, hoy provincia de Salta. (Véase el P. Lozano en su *Descripción corográfica del Chaco,* § 39, y en su *Historia de la conquista,* lib. IV, capítulo X.)

(1) MUR. No se llama arriba *José,* sino *Juan.*— HERN. Pudo ser *Juan José.* El nombre José es el que le dan los autores que escriben las listas de los Gobernadores del Río de la Plata, y también aparece en las Cédulas Reales en testimonio y originales que se conservan dirigidos a él.

(2) MUR. El nombre indio *Pongo* ó *Pungu,* común a otros parajes, significa lo mismo que en latín *Fauces* y *Portae;* en griego, *Pula* en castellano, *Angostura.*

llamamiento acudieron allí los jefes de los Mocovís, y pronto llegaron también los Diputados de sus aliados. Trataron con ellos; concluyóse la paz, y el Gobernador la ratificó al llegar a Tucumán, habiendo durado todo el tiempo que gobernó la provincia.

Vuelven á empezar la guerra.

Apenas hubo acabado su gobierno, cuando empezaron de nuevo los bárbaros sus hostilidades, saqueando un pueblo llamado *Offas,* que pertenecía a los habitantes de Jujuí, y cometiendo en él los mayores desórdenes y arruinaron la iglesia. El nuevo Gobernador, D. Ángel de Paredo (1), que había servido con crédito en Flandes y en Portugal, conoció que no convenía dejar a aquellos bárbaros entrar más adentro en la provincia; y mientras esperaba que se juntasen tropas suficientes para echarlos de ella, envió orden al Maestre de campo, D. Juan Amusátegui, de que levantase algunas partidas para contener sus correrías. Púsose luego aquel oficial en campaña, y para hacer entender a sus soldados que les habían hecho tomar las armas por la religión, les entregó dos estandartes, en uno de los cuales había hecho pintar la imagen de la Madre de Dios, y en el otro la figura de un Crucifijo, que los enemigos habían hollado con los pies en la iglesia de los Offas.

(1) Mur. *Peredo,* no *Paredo.*

Desaparecieron los indios luego que supieron que se habían puesto los españoles en marcha. Pero esa retirada no aseguraba la provincia, y el Gobernador continuó sus preparativos. Al año siguiente, las milicias de Jujuí, mandadas por el mismo Maestre de campo que había obligado a los bárbaros a retirarse, las de Salta, Esteco y valle de Tarija, todas muy mal armadas, y la mayor parte menos aguerridas aún, pero guiadas por buenos jefes, recibieron orden de hacer entrada en el Chaco. A 26 de Agosto, las del valle de Tarija, al mando del Sargento mayor D. Diego Porcel de Pineda, en número de 50 españoles, con 112 Chiriguanos (1) auxiliares, se juntaron con las de Jujuí y tomaron el camino del fuerte de San Francisco, desde donde caminaron hasta el río Bermejo, llevando por guía a un Mataguayo que se había ofrecido al Sargento mayor con intento de hacerle traición, y que, en efecto, le condujo, sin que él lo echase de ver, al medio de los enemigos.

Hermosa acción de treinta Chiriguanos.

Treinta Chiriguanos que iban de vanguardia se arrojaron con la cabeza baja sobre los primeros que encontraron, sin reparar en su número: los

(1) Mur. Son éstos los Chiriguanos de *Cuyambuyo*, aliados de los españoles de Tarija, mientras que los de la montaña, que llaman *Cordillerizos*, por la mayor parte son enemigos.

persiguieron hasta el río Bermejo, lo pasaron en pos de ellos y durante tres horas pelearon contra 300 Mocovíes, hiriendo y matando gran número de ellos, y no teniendo por su parte más que algunos heridos leves. La noche, que sobrevino, obligó a unos y otros a acampar; y al día siguiente al alba divisó el Maestre de campo un cuerpo de 500 hombres al otro lado del río. Disponíase a ir a combatirlos, pero le hicieron observar que luego que hubiese pasado el río podría lanzarse otro cuerpo sobre el fuerte de San Francisco, donde no había más que una corta guarnición, y si se apoderaban de él, ya no le quedaría refugio en caso de un contraste, siendo, por tanto, más prudente aguardar que hubiesen llegado las milicias de Esteco y Salta para entrar más adelante en país enemigo. Cedió a estas razones, y para estrechar siempre más a los infieles, ocupó sus soldados en construir un nuevo fuerte con el título de *Guadalupe*.

Desaprovéchase una buena ocasión de hacer la paz.

Mientras tanto, no parecían las milicias que ya se estaban aguardando hacía quince días, y su tardanza hizo perder una hermosa ocasión de asegurar la quietud en aquella frontera. Al otro día del encuentro con los Chiriguanos, un indio joven de la nación de la Tobas, que había sido hecho prisionero dos años antes, y servía a un religioso que acompañaba en calidad de Capellán a las milicias de Tarija, halló modo de hablar con un cacique

de quien había sido súbdito y ahora mandaba un cuerpo de su nación en el ejército enemigo, el cual le pareció muy dispuesto a la paz. Recibió de él orden de ofrecer al Maestre de campo la paz, y la restitución de la presa hecha en el saqueo de las habitaciones de españoles, como también los indios tomados y hechos esclavos.

Aceptóse la proposición; y el cacique, para mostrar cuán sincero era su proceder, fué solo al campo de los españoles, donde fué recibido como se merecía, haciéndole D. Juan algunos regalos y dándole víveres; y se volvió muy satisfecho, prometiendo ir de nuevo allá con los jefes de los aliados. Esperábase mucho de una negociación tan bien entablada; pero la demasiada confianza del religioso en su indio la hizo fracasar. Había advertido el Maestre de campo a aquel buen religioso que anduviese a la mira de los pasos de su esclavo, a pesar de lo cual continuó dándole plena libertad de ir donde quisiera. Al día siguiente, habiéndose presentado el cacique a la otra ribera del río, se buscó al indio intérprete para ver qué se le ofrecía, y no pareció.

Habíase escapado e ido a avisar a los de su nación que los españoles no tiraban más que a engañarlos, para echarse sobre ellos cuando menos lo pensasen. Persuadió sin dificultad a unos ánimos tan recelosos, y el cacique, al parecer, se había mostrado de lejos para que no le acusaran de

haber faltado a su palabra, y se retiró muy pronto. No hubo medio de volver a tratar con los Tobas, la nación más poderosa de aquella parte del Chaco, que ella sola bastaba para impedir a las demás el que inquietasen a los españoles. Pero el cacique dió tanto mayor fe al relato del joven esclavo, cuanto vió que el Maestre de campo se hallaba en estado de hacer la guerra, lo que le hizo pensar que no buscaba de veras la paz.

1671. Son derrotados los enemigos.

Perdida, pues, toda esperanza de negociación, pasó D. Juan el río, resuelto a acometer al enemigo, si podía hacerlo, sin demasiado riesgo, o a fortificarse mientras aguardaba el refuerzo que le había de llegar; mas no encontró sino algunos Mocovís, a quienes hizo prisioneros, regresando al fuerte de Guadalupe. Apenas había vuelto a entrar en él, cuando llegaron las milicias de Salta y Esteco. Viéndose entonces con fuerzas, hizo atravesar nuevamente el río a una parte de sus tropas, y poniéndose a la cabeza de la otra, caminaron en buen orden aquellos dos cuerpos por las dos riberas del río, siguiendo la corriente. Descubrió el primero una emboscada que le había prevenido el enemigo: la atacó y los indios huyeron por el bosque. Persiguiéronles tan lejos como fué posible, sin empeñarse demasiado, y se tomaron 14 Mocovís, dos Tobas, varios caballos y gran número de carneros.

Avisado de este buen lance el Maestre de cam-

po, pasó el río con su cuerpo, persiguió a los bárbaros hasta muy lejos, matando a muchos, cuyas cabezas hizo clavar en medio del camino, lo que fué tanto más sensible para los enemigos, cuanto estas gentes nada temen más que dejaque conozcan sus pérdidas, y, para evitarlo, arrebatan en cuanto pueden todos los cuerpos de los que han caído muertos. Por fin, el Maestre de campo, no hallando ya más que habitaciones desiertas, no pudiendo esperar proveerse de víveres en aquel país, y empezando a experimentar falta de ellos, emprendió la vuelta a su fuerte, donde, apenas hubo llegado, licenció las milicias de Tarija, Salta y Esteco y condujo las de Jujuí a esta ciudad. Contaba con sorprender a los Mataguayos, los más incómodos vecinos de la ciudad, pasando por las dos riberas del río Bermejo; pero tuvieron noticia de su intento, y, durante la noche, se refugiaron en sus montañas, dejando bagajes y provisiones a merced de los españoles. Sin embargo, algunos de ellos, que se habían puesto en emboscada, hicieron una descarga de flechas, de que quedó levemente herido el Maestre de campo en la espalda y más gravemente otro español en la cabeza, lo que obligó al primero a ocupar prontamente otro lugar más seguro denominado *Ramada de Ledesma*.

Fúndase una Reducción junto a Esteco.

No consideraba D. Angel de Peredo esta campaña sino como preludio de una guerra que se

proponía no cesar de llevar adelante hasta haber establecido sólidamente la religión cristiana en aquella parte del Chaco; y para ello quiso inducir a los Jesuítas a que le siguiesen. Mas ellos le representaron que, si aquellas naciones les veían entrar en su país con el ejército, nunca podrían ganar la confianza de ellas ni, por consiguiente, sujetarlas al yugo del Evangelio. Propúsoles luego que fundasen una reducción junto á Esteco, y allí juntasen gran número de indios que se había ganado él con su buen trato: y el P. Cristóbal Gómez (1), que era entonces Provincial de la Compañía en el Paraguay, consintió en ello, y nombró para la empresa *** *al P. Pedro Patricio* *** (2). Aceptó con gozo aquel religioso, que había encanecido en los trabajos de las más penosas mi-

(1) Mur. Conocido por la bibliografía de Sotwell, donde se consigna su obra intitulada *Elogia societatis Iesu*.

(2) *** Le Père Patricio Fernández (1) *** *** (1) Nous avons de ce missionaire une fort bonne Histoire des Chiquites ***—Hern. Una equivocación de nombre en el texto, ha traído otra en la nota, de ser autor de la *Historia de los Chiquitos*. Que el misionero nombrado para Esteco no era el P. Patricio Fernández, sino el Padre Pedro Patricio, antiguo doctrinero de los Calchaquis, se ve en el P. Lozano, *Descr. corográf. del Chaco*, § 41, de donde tomó sus noticias el P. Charlevoix. Ni podía ser autor de la *Historia*, pues él murió en 1672, y la misión de Chiquitos empezó en 1692.

siones; y se disponía a partir para ir a Esteco, cuando cayó enfermo y murió a 4 de Agosto de 1672. Hallóse entonces el Provincial muy perplejo, por no tener a la sazón nadie de quien disponer; pero, sabiendo el P. Diego Altamirano, que ocupaba la clase de prima de Teología, la dificultad en que se veía, le escribió pidiéndole con instancia que le emplease en esta buena obra, y no creyó que se lo debía de negar. Dióle más tarde por compañero al P. Bartolomé Díaz, que, por haber nacido en Tucumán, tenía gran facilidad para hacerse entender de las naciones indias de aquella frontera. Trazóse sin pérdida de tiempo el plano de la nueva reducción; y tuvo muy pronto habitantes, siendo puesta debajo de la advocación de San Javier.

Después de haber tomado el Gobernador todas las precauciones que le sugirieron su piedad y celo para darle sólidos fundamentos, entró en campaña con el mayor ejército que se había visto hasta entonces en Tucumán, aunque no constaba más que de 400 españoles y otros tantos indios. Dividiólo en tres cuerpos, mandados por tres Maestres de campo; los dos primeros cuerpos, que estaban a las órdenes de D. Pedro de Ávila y D. Pedro de Bazán, se componían de los destacamentos de las tropas regulares de la provincia, de las milicias de Córdoba y de las de Rioja. Fueron siguiendo el curso del río Dorado, por cuarenta

leguas, hasta su desembocadura en el río Bermejo, que en aquel punto lleva el nombre de Rio Grande. Don Diego Ortiz de Zárate, que llevaba asimismo un destacamento de tropas con las milicias de Salta y Jujuí, y el General, que le seguía de cerca con un cuerpo de caballeros y capitanes reformados, se encaminaron derechamente a Esteco.

Encontró allí D. Angel a los dos misioneros, y nada omitió para inducirlos a seguirle en esta campaña; y aun ellos mismos se inclinaron sin dificultad a apoyar sus razones. Pero el Provincial no se persuadió con ellas; y, recordando al Gobernador lo que ya le había representado sobre los inconvenientes de su resolución, le hizo convenir por fin en que ninguna ventaja podía compensarlos. Deseó por lo menos D. Angel que los dos misioneros, antes de encerrarse en su reducción, ejercitasen el celo en su ejército, que había juntado á dos leguas de Esteco, y lo hicieron con todo el fruto que podía esperarse del ejemplo que daba el general mismo a sus tropas. Prohibió luego, debajo de las más severas penas, las violencias, blasfemias y escándalos; y fué tan bien obedecido, que en dos meses que duró esta campaña, se hicieron en el ejército los ejercicios de religión con tanta regularidad como se hubiesen podido hacer en la más arreglada guarnición. **Piedad del Gobernador.**

A 2 de Julio se puso D. Angel en marcha hacia Río Grande, en cuya ribera hizo construír un fuer- **Operaciones de la campaña.**

te pequeño de madera, que se acabó el 25, y fué llamado Santiago, porque en ese día celebra la Iglesia la fiesta del Santo protector de Esapña. Formó luego varios destacamentos, á los que dió guías para descubrir las guaridas de los enemigos, con orden de tratar bien a los que se sujetaran de buen grado, y dar a entender a los demás que estaba resuelto y preparado a perseguirlos a todo trance. Muy pocos hubo de los primeros, y la mayor parte de los que no se hallaban en estado de resistir, se refugiaron en los bosques, en que no era posible perseguirlos. Muchos, no obstante, fueron sorprendidos, y el cuerpo de milicias de Salta y Jujuí hizo más de 1.800 prisioneros (1), que fueron enviados al fuerte de Santiago, donde se les trató con blandura.

Las milicias de Tarija, que habían sido reforzadas con un gran número de Chiriguanos aliados y con algunos soldados españoles, todos debajo de la conducta del sargento mayor D. Diego Martín de Armenta y Zárate, habían recibido orden de la

---

(1) MUR. *Dix huit cents,* dice el autor, en lo que tal vez haya error ó exceso.—HERN. La noticia está tomada exactamente de Lozano, que dice *(Descr. corogr. del gran Chaco Gualamba,* § 42, pág. 228 (Córdoba de España, 1733): «Haciendo reseña de todos, el Gobernador halló juntos hasta 1.800 infieles, pocos más o menos, que hizo guardar en el fuertecillo sin prisiones».

Audiencia Real de Charcas (1) para entrar al mismo tiempo en el Chaco. Hallaron en el camino una numerosa tropa de indios, que dispersaron después de haber matado muchos, tomado todo el bagaje y recobrado todos los caballos que aquellos bárbaros habían robado en las habitaciones de los españoles. A la noche siguiente volvieron a la carga, llevando a su cabeza un cacique Toba, que era tenido por uno de los mejores guerreros del Chaco. Aunque sorprendidos los españoles, los rechazaron, mas no fué sino después de haber hecho los mayores esfuerzos. Los mismos Chiriguanos se asombraron tanto de verse asaltar con tanta resolución, que se retiraron y no parecieron más, lo que impidió al sargento mayor penetrar más en el país enemigo.

Regresa el ejército a Esteco.

La resolución que tomó fué de edificar un fuerte, dejar en él las milicias de Tarija para guardar los prisioneros y el botín, e ir con 30 hombres resueltos y seis Chiriguanos que no le habían abandonado, a buscar al General. Vióse varias veces obligado a pelear con partidas enemigas: hizo unos 30 prisioneros, entre los cuales estaba el cacique Toba, de quien acabamos de hablar, que se

---

(1) Charl. Tarija no está en el Tucumán, sino en la provincia de los Charcas y diócesis de la Plata.—Mur. Y en lo civil se halla sujeta a un Corregidor propio, con el trecho de región circunvecina, que se llama de *Chichas*.

llamaba *Crisoe*. De él se supo que el General había tomado el camino de Esteco; y con esta noticia volvió pie atrás, retiró de su fuerte cuanto en él había dejado y condujo sus tropas al valle de Tarija, sin haber perdido un solo hombre.

1672. Estado de la reducción de San Francisco Javier.

Entretanto, la reducción de San Francisco Javier no se poblaba; lo que procedía principalmente de que D. Angel no había querido que los misioneros tuviesen allí su albergue, por no creerlos suficientemente seguros. Había exigido, pues, de ellos, que todas las noches se retirasen a Esteco; de modo que habían de caminar cada día más de ocho leguas (1) para ir a su misión y volver de ella. El tiempo que les quedaba no bastaba para instruir por sí mismos a todos los prosélitos que se presentaban, y así habían formado algunos catequistas, en quienes fiaban la instrucción de los niños. Mientras se edificaba la iglesia, habían plantado una cruz, alrededor de la cual congregaban a los adultos al toque de una campana para la oración y catecismo; y para animarlos a no faltar, tomaban aquel tiempo para

(1) Mur. Tal vez sean ocho millas, pues a esa distancia hay cerca del asiento de Miraflores un paraje en que se ven escombros, donde quizá estuvo situada la reducción; y en un trayecto de ocho leguas es inverosímil tanto tráfago cuotidiano.—Hern. El texto de Lozano, de donde se sacó la noticia, dice: «les era forzoso para ir al pueblo de San Javier, caminar cada día de ida y vuelta nueve o diez leguas». (*Descr. corogr. del Chaco*, § 44, pág. 218.)

repartir víveres, y nunca dejaban de hacer regalitos a los que los merecían por su atención, modestia y docilidad.

Un medio más eficaz aún empleaban para atraerse prosélitos, y era el de esmerarse en cuidar de sus enfermos. La mayor parte de los niños se veían acometidos de una especie de lepra, para la cual no conocían aquellos pueblos otro remedio que ciertas prácticas supersticiosas; sin que su ineficacia los desengañase en este punto. Diéronles los PP. remedios cuyo efecto era pronto. Pero como a pesar de eso, siempre morían algunos otros de otras enfermedades, y los misioneros no dejaban morir a ninguno sin haberle bautizado, se les encasquetó a los indios de tal modo que el bautismo era lo que les daba la muerte, que en viendo á sus hijos enfermos los escondían. Hasta corrieron los PP. riesgo de la vida en más de una ocasión yéndolos a buscar y queriéndolos bautizar, a pesar de sus padres, cuando los veían a punto de expirar.

Prudencia de las mujeres del Chaco.

Exponíalos asimismo la borrachera, que todavía no se había podido desterrar de aquel pueblo, a semejantes peligros de muerte. En una palabra, habían perdido los Padres toda esperanza de sacar ni un solo cristiano de todos los indios que se habían juntado en San Francisco Javier. Toda su esperanza estribaba en algunos jóvenes que hallaban más dóciles, y a quienes sus padres dejaban en

plena libertad de hacer lo que quisieran; en algunas mujeres, que eran muy asiduas a sus instrucciones; y en ciertos golpes de la gracia que triunfaban, a veces contra todas las apariencias, de los más obstinados corazones. Las mujeres, generalmente hablando, eran tanto más fáciles de convertir, cuanto en el Chaco son muy prudentes, las crían con gran recato, y si no vieran a las jóvenes continuamente ocupadas, sea en hilar algodón, sea en otro trabajo, difícilmente hallarían con quien casarse.

Daba también mucha ocupación a los dos Jesuítas la ciudad de Esteco. Habíanse introducido en ella muchos desórdenes, y era de temer que el contagio del mal ejemplo de los españoles llegase a la reducción, por la comunicación que aun no se había podido evitar entre el pueblo y la ciudad. Es verdad que la presencia del Gobernador, que hizo una larga demora en Esteco, favoreció mucho a los misioneros, por los buenos ejemplos que daba, para reducir a muchas personas a su obligación; pero este fruto no se extendió hasta la reducción, y nunca mejor que en esta ocasión se conoció cuán poco hay que fiar de los nuevos cristianos que ven a los europeos muy de cerca.

Porqué deja el Gobernador su empresa inconclusa.

No había hecho D. Angel de Peredo más que comenzar su expedición, y se había propuesto no dejar las armas de la mano hasta poner a todas las naciones indias de aquella frontera fuera de

estado de poder inquietar nunca más el Tucumán; pero diversas razones le obligaron a limitarse a lo ya hecho. No tenía ni bastante gente para guardar los prisioneros, ni víveres para sustentar la tropa. Por otra parte, estaban a fines del invierno, única estación en que se puede caminar por aquel país con el ejército, por pequeño que sea. Iban a comenzar las lluvias, haciendo con ellas el desbordamiento de los ríos impracticables los caminos, circunstancia que hasta le había forzado a recoger las tropas a Esteco, donde llegó a 3 de Septiembre. Trájole entonces a la memoria el Padre Altamirano, la palabra que le había dado de poblar la reducción de San Francisco Javier con los prisioneros que hiciese; pero el General le hizo observar que si en un pueblo sin defensa se juntaba tan gran número de bárbaros, llevados allí contra su voluntad, y que no había medios de retener por fuerza, se exponían a perderlos, y con ellos todo el fruto de la guerra; sin hablar del riesgo que corrían constantemente él y su compañero en medio de tantos infieles furiosos por haber perdido su libertad. Ni aun creyó que fuese prudente dejarlos en Esteco, que de una de las más florecientes ciudades del Tucumán, había venido a ser la más miserable, porque su territorio había sido siempre de los más expuestos a las correrías de los indios, y la ciudad misma no tenía ninguna fortificación.

Lo que hizo de los prisioneros.

Tuvo primero intención de ponerlos en el centro de la provincia, donde hubiera sido más fácil tenerlos en seguridad, pero no podía tomar esta resolución sin descontentar a los jefes que habían hecho la campaña debajo de su conducta, casi todos a costa propia, y con la esperanza de que les repartirían los prisioneros: y como tenía aún necesidad de ellos para continuar la guerra, luego que la estación permitiese entrar de nuevo en el Chaco, creyó que no podía menos de contentarlos. Pero les declaró que no se los daba sino con condición de que no los tratarían como esclavos, que tendrían cuidado de hacerlos instruir en las verdades de nuestra santa religión, y que nada omitirían para inducirlos a que se hiciesen cristianos de buena fe.

Abandónase la Reducción de San Francisco Javier.

Examinó luego si podía haber esperanza de sostener la nueva reducción, y habiendo reconocido que en los indios de que se componía no aparecía indicio alguno de que quisiesen abrazar sinceramente el cristianismo, y la mayor parte habían dado a conocer demasiado que eran irreconciliables enemigos de los españoles, los repartió como a los otros prisioneros y con las mismas condiciones. Sintiéronlo tanto menos los misioneros, cuanto no auguraban mejor que el Gobernador de una reducción tan mal colocada, ni podían esperar lograr para los neófitos, los mismos privilegios y libertad de que gozan los del Paraná y

Uruguay, sin atraerse de parte de los españoles del Tucumán las mismas persecuciones que habían sufrido y sufrían aún de parte de los del Paraguay y Río de la Plata. Pero obtuvieron del Gobernador que en el repartimiento que hiciese de los prisioneros tuviera todas las consideraciones posibles a los que las merecían; que no separase los maridos de sus mujeres, ni los hijos de los padres y madres, y que los que no estuvieran todavía casados tuviesen, antes de ser entregados a sus encomenderos, facultad para elegir sus esposas, para que, cuando hubiesen recibido el bautismo, se les pudiera administrar el sacramento del matrimonio.

1673. Rehusan los Jesuítas recibir indios en encomienda.

Ofreció D. Angel dar cuarenta indios en encomienda al colegio de Córdoba, no solo, decía, para reconocer con eso los servicios que diariamente hacían los PP. de la Compañía a la religión y a la provincia, sino también porque estaba persuadido de que los indios de quienes fueran amos serían mejor tratados, mejor instruídos y más fácilmente ganados a Jesucristo. Pero muchas razones obligaron a aquellos religiosos a no aceptar la oferta. La primera, porque no les convenía autorizar con el ejemplo el servicio personal, del que no faltaría luego quien publicase que abusaban, como lo hacían la mayor parte de los encomenderos. La segunda, que no habiendo bastantes prisioneros para dar a todos los que se creían con derecho de

reclamarlos, no querían aumentar el número de los descontentos. La tercera, que era indecoroso para ellos el parecer más interesados que el General, que no había querido reservar para sí ni uno solo de aquellos prisioneros.

Ganan muchos para Jesucristo.

Eligió, sin embargo, D. Ángel cierto número de niños de los más despiertos, que distribuyó entre los colegios de Tucumán para que fuesen educados e instruídos en ellos, y en adelante sirviesen a los misioneros de catequistas é intérpretes. Arreglado todo de este modo, el P. Díaz se retiró al colegio de Salta, y el P. Altamirano regresó a Córdoba. Pero antes de separarse, bautizaron los niños, en número de 77 (1), y enviaron la lista de sus nombres a los curas de las parroquias adonde habían de ser llevados, para que tuviesen cuidado de doctrinarlos cuando fuesen capaces de instrucción. Quedaban después del re-

---

(1) Mur. No veo que aquí se haga mención del consentimiento pedido a los padres de ellos para bautizarlos, siendo así que ni éstos eran bautizados, ni los había declarado el Gobernador por esclavos. Tal vez no pareció esto tan necesario: y es verosímil que no lo repugnasen los padres.—Hern. A lo cual se añade el peligro de muerte que expresa el P. Lozano respecto de muchos. *(Descr. corog. del Chaco,* § 47.) El número de bautismos en esta ocasión fué, no 77, sino que «pasaron de ochocientos setenta», y además de enviar padrón de ellos a los curas, se dió otro a los encomenderos.

partimiento muchos prisioneros de uno y otro sexo, a quienes la edad y los achaques habían dejado en estado de no poder hacer servicio alguno, y de quienes nadie había querido encargarse. Ofreciéronse los Jesuítas a suministrarles la subsistencia hasta que hubiesen hallado dónde colocarlos, y la caridad de que con ellos usaron los ganó a todos para Jesucristo.

1674. Lo que impidió la continuación de la guerra.

El éxito de las dos campañas, que no podían considerarse sino como preludios de una guerra, de la que se esperaban las mayores ventajas, hacía desear al Gobernador en gran manera no limitarse a solo aquello; y creía estar seguro de que a fuerza de debilitar los enemigos, si no los sometía del todo, por lo menos los haría más reportados y les quitaría hasta el pensamiento de volver a molestar más el Tucumán. Confiaba también en que los prisioneros que les hiciesen podrían dar lugar a negociaciones, de las cuales se pudiera sacar partido para hacer algunas buenas fundaciones en el Chaco, ó a lo menos servirían de rehenes para asegurar la vida de los misioneros, a quienes no se veía partir para entrar a aquellos bárbaros, sino como víctimas destinadas a la muerte; y que el mismo modo con que se tendría cuidado de que fuesen tratados por sus encomenderos, reconciliaría aquellas naciones con los españoles, y las haría desengañarse de la preocupación en que estaban de que no querían hacerlos

cristianos sino para hacerlos esclavos. Pero en este último punto juzgaba D. Angel demasiado por sí mismo. Empezaba, pues, a hacer los preparativos para la tercera campaña, cuando los interrumpieron algunos asuntos que le ocuparon más tiempo que había creído. Sobrevinieron otros los años siguientes, y se halló al fin de su gobierno sin haber podido ejecutar su designio.

1677-78. Tentativa frustrada para la conversión de los Calchaquís.

En esta inacción quedaron las cosas hasta el año 1677, en que el P. Altamirano, que a la sazón era Provincial de los Jesuítas, hizo nuevamente esfuerzos para introducir los misioneros en aquella provincia y restablecer la reducción de San Francisco Javier, que siempre había mirado con gran interés; pero halló tantos obstáculos, que se vió obligado a dejar esta empresa para otra ocasión. Al año siguiente, cierto religioso de San Francisco creyó que podía entrar en aquel país por Santa Fe, y pidió para ello licencia a sus superiores, al Gobernador de la provincia y al Obispo de Buenos Aires, quienes se la concedieron sin dificultad. Era su celo puro, había cumplido con los requisitos para la legitimidad, y creyó que esto le bastaba para lograr buen éxito; pero se engañó. Sin tomar ninguna de las precauciones que tal empresa requería, tuvo ánimo de entregarse a merced de los Calchaquís, y fué muy mal recibido. Declaráronle sin ambajes que no le querían oir, y que cuanto antes se volviese a Santa Fe. El

tono en que le hablaban le dió a entender que eran capaces de cometer con él alguna violencia si se obstinaba en quedarse entre ellos, y reflexionó además que se atraería justas quejas de la provincia, si con exponerse a un atropello de parte de aquellos indios ocasionaba una guerra, en la que había mucho que perder y muy poco que ganar. Juzgó, pues, que lo más prudente era retirarse, y así lo hizo (1).

1670. **Intentona de los portugueses contra el Paraguay.**

Nada efectivamente hubiera ocurrido más a destiempo que una ruptura con aquellos incómodos vecinos. A mediados del año siguiente, D. Felipe Rege Gorbalán, Gobernador del Paraguay, tuvo aviso de que en Río Janeiro se estaban armando catorce buques, en los que se embarcaban tropas, armas, municiones y cuanto era necesario para una gran fundación. Poco después supo que el intento de tanto armamento eran las islas de San Gabriel, o el vecino continente; que esto se hacía por orden del infante D. Pedro, Regente de Portugal, quien, para este efecto, había enviado al Brasil lo más escogido de las tropas del Reino, y nombrado para mandarlas a D. Manuel Lobo, Go-

(1) Mur. Cerca de la confluencia del río Tercero, donde estuvo en otro tiempo la Torre de Caboto, hay una reducción de Calchaquíes, bastante poco poblada, al cargo de los Franciscanos, cuyo principio tal vez se haya de referir a este tiempo o a esta empresa.

bernador a la sazón de Río Janeiro, y capitán esclarecido por nacimiento y mérito. Corrió al mismo tiempo en la Asunción el rumor de que un cuerpo de tropas portuguesas iba por tierra a invadir las reducciones del Paraná y caer luego sobre las de Uruguay, o por lo menos tenerlas en alarma, y con esto impedirles que enviasen auxilio alguno a Buenos Aires.

Diligencias de los Gobernadores del Paraguay y Río de la Plata.

Con tales noticias despachó D. Felipe dos correos, uno á los indios del Paraná, recomendándoles que estuvieran alerta, y otro a D. José de Garro, Gobernador del Río de la Plata, para comunicarle lo que había sabido. Respondióse al primer correo que no ignoraba el Gobernador que podían las Reducciones vigilar para evitar una sorpresa, pero que no se hallaban en estado de resistir a tropas regulares, habiéndoseles quitado el uso de las armas de fuego. Habíase hecho esto en virtud de decisión del Rey dada en 1661, a causa de los informes de D. Bernardino de Cárdenas y las declamaciones de su procurador en Madrid, el hermano Villalón, y ordenábase por la decisión que se depositasen aquellas armas de fuego de las Reducciones de los indios del Paraná en los almacenes de la Asunción, y que no se les diesen sino cuando fueran á ser empleadas en servicio de Su Majestad o para defenderse de los Mamelucos.

Es verdad que esta decisión había sido revocada más tarde; pero parece que las armas se habían

extraviado; y lo cierto, por lo menos, es que no se había devuelto a los indios sino un corto número de ellas; y en la ocasión de que voy hablando, el Gobernador no pudo enviar a las doctrinas sino 270 mosquetes, por no hallarse provistas suficientemente de ellos ni aun sus tropas propias. Todo lo más que pudo hacer para empeñarles más en defender sus pueblos, fué nombrar por Maestres de campo a dos de sus Corregidores, cuyo valor y capacidad le eran notorios. Recomendóles al mismo tiempo que enviasen partidas por el lado del Brasil, para observar los movimientos de los portugueses.

Salen á descubierta los indios de las Reducciones.

Ejecutóse esto con tanta inteligencia como prontitud. Tres destacamentos de unos 400 hombres cada uno emprendieron su marcha hacia el Brasil; el primero subió Paraná arriba en canoas ligeras. Los otros dos fueron por tierra; uno por el lado de San Pablo de Piratininga, y otro hacia el mar, que costeó largo tiempo, caminando siempre a mediodía. De este modo anduvo cada uno de ellos más de 300 leguas sin descubrir cosa alguna. Pero, siguiendo el último su exploración hacia el cabo de Santa María, tropezó con una parte de la tripulación de un navío portugués, que habiéndose separado de la flota de Río Janeiro, para tomar la delantera, había naufragado en la costa. El capitán, que se había salvado con toda su gente, había sido aún bastante dichoso para hallar un pequeño

barco, con el que había enviado parte de los suyos al Brasil, y se había puesto en camino con 24 hombres para llegar a Buenos Aires, donde no creyó que hubiese aún barruntos del proyecto del Gobernador de Río Janeiro.

1679. Hacen prisioneros a 25 portugueses y cómo los tratan.

Esta tropilla fué la que encontraron los neófitos; y a seguir los primeros sentimientos que naturalmente debía inspirarles la vista de un enemigo cuyos intentos sabían, y que les traía a la memoria los males que les habían causado los portugueses de San Pablo de Piratininga, no hubieran dejado uno con vida. Pero sus misioneros les habían recomendado sobre todo que no hiciesen acto alguno de hostilidad, contentándose con defenderse si eran acometidos, hasta haber dado aviso al Gobernador de la provincia de lo que hubiesen descubierto y recibir sus órdenes. Todavía llevaron más lejos la moderación. Después de tomar bien las providencias para que no se les escapasen aquellos prisioneros, viéndolos muy cansados de la larga y penosa marcha, casi desnudos y en la mayor necesidad de todo, como gentes que habían escapado del naufragio, repartieron con ellos sus provisiones, que eran bastante módicas; les ofrecieron mulas para llegar a la reducción más cercana, de la que distaban cien leguas; y hasta les dieron guías para conducirlos a ella; y fueron allí recibidos con una cordialidad que quizá no hubieran hallado en su propio país.

Supieron allí que D. Manuel Lobo había aportado a las islas de San Gabriel con su flota. Deseaba mucho ir a incorporarse con él, y la buena recepción que acababan de hacerles en Yapeyú (1) inspiró al capitán confianza para pedir al misionero, a cuyo cargo estaba aquella iglesia, que le diese víveres y guías para ir a buscar a su General. Mas el Padre le respondió que no podía él hacer lo que deseaba, que se dirigiese al Superior de las Misiones, que entonces se hallaba en la Reducción de Santo Tomé, distante quince leguas de aquella en que él estaba.

1679-80. Lo que pasó entre el capitán y el Superior de las Misiones.

Era el Superior el P. Cristóbal Altamirano, nacido en Santa Fe, descendiente de uno de los primeros conquistadores del Paraguay. Escribióle el capitán portugués una carta muy atenta; pero persuadido de que se necesitaba algo más que cumplidos para obligarle a darle gusto en lo que pedía, le dió a entender que no era indiferente para el Rey Católico el que le tratasen bien a él en aquella coyuntura; que la negativa pudiera bien ser la causa de una guerra que los españoles del Paraguay tendrían harta dificultad en sostener, y que le quedaría muy poco agradecido Carlos II de habérsela ocasionado por tan leve causa. Traíale asimismo a la memoria las gracias y favores de

(1) Charl. Yapeyú es el nombre indio de la reducción de los Reyes.

que había colmado a la Compañía el Rey de Portugal, que excedían con mucho a las que había recibido de otros soberanos de Europa. Respondióle el P. Altamirano que se había condolido mucho de su infortunio; que no ignoraba lo que la Compañía debía a los Serenísimos Reyes de Portugal, pero que no menores obligaciones tenía a la augusta casa de Austria; y que en lo demás, un simple religioso como lo era él, ocupado únicamente desde su juventud en las funciones propias de su Instituto, no estaba bastante al corriente de los asuntos de Estado para resolver lo que debía hacerse en la ocasión presente; que Su Majestad Católica tenía en Buenos Aires un Gobernador, a quien era más natural que se dirigiera, que le conocía bastante para poder asegurarle que de él obtendría sin dificultad cuanto no fuese contra el servicio del Rey su amo.

Es conducido el capitán a Buenos Aires.

El capitán, a quien no nombran mis memorias al tratar de esta negociación, pero que tengo motivo para creer que era el mismo D. Jorge Suárez de Macedo, de quien hablaremos luego, conoció por esa respuesta que no le quedaba otro partido que tomar sino el de ir a Buenos Aires, y resolvió hacerlo, aunque no dudaba que allí le retendrían como preso. Había dado orden el P. Altamirano de que le proveyesen de todo lo necesario para el viaje, dándole una escolta de 400 hombres, canoas para toda esta tropa, provisiones en abundancia y

previniendo que los encargados de conducirlo le hiciesen cuantos servicios dependiesen de ellos. Embarcáronse para bajar por el Uruguay, y después de un mes de navegación, tomaron puerto a la entrada del riachuelo de Las Conchas, que del Oeste viene a desaguar en el río de la Plata, a unas cuatro leguas de Buenos Aires.

Luego que tuvo noticia de su arribo el Gobernador, envió al Capitán su propia carroza, y al Sargento mayor D. Juan de Cabrera de Velasco que le cumplimentase y le condujera a la capital. Al llegar a la plaza Mayor halló toda la guarnición en armas, y fué saludado con una descarga de mosquetería. El Gobernador, después de haberle agasajado mucho, le llevó consigo a su morada, donde le había hecho prevenir alojamiento, y todos los de su comitiva fueron repartidos por las principales casas de la ciudad, y no tuvieron sino elogios respecto del buen trato que recibieron. Al día siguiente, el Gobernador, que había reconocido a su huésped como uno de los jefes que más se habían señalado en la guerra que se siguió a la revolución de Portugal, le obsequió con varias fiestas, y pasó en presencia suya revista a los 400 indios que le habían escoltado desde Yapeyú y lo habían traído. Quedó el huésped muy asombrado de verlos en las maniobras tan diversos de lo que le habían parecido en el viaje, y mucho más lo quedó del modo cómo procedieron en el ejercicio

1679-80. Cómo es recibido allí.

que les mandaron hacer y del combate simulado con que terminó.

Estaba dividida toda la tropa en dos bandas: una de portugueses y otra de españoles. Los dos Comandantes empezaron por enviar sus reyes de armas para exponer sus recíprocas pretensiones, y como no pudieran avenirse, se declaró la guerra en la forma ordinaria. Retiróse luego cada uno de ellos a su escuadrón; dióse el toque de arremeter, y vinieron a las manos, siendo tan vivo el combate, que casi era imposible imaginarse que aquello fuera simulado. Por fin, los que aparecían como portugueses se vieron forzados a retroceder, y poco después la retirada se convirtió en completa derrota. Muchos se dejaban caer como muertos; otros, a quienes querían arrancarles la bandera, después de grandes esfuerzos para defenderla, parecían no querer soltarla sino cuando perdían la vida. Los vencedores fueron a presentarlas al Gobernador, quien les mandó que hiciesen otro tanto con el capitán portugués, y éste dijo en voz muy alta que si aquellos indios en la pelea de veras tenían el mismo orden, pericia y aliento que allí, eran tropas invencibles.

Es detenido en Buenos Aires.

Acabadas las fiestas, el Gobernador dijo a su huésped que le consideraba como bastante caballero y enterado de las obligaciones que él tenía para que extrañase que le retuviera en la plaza con toda su gente, pues no podía, sin hacerse cul-

pable para con su Monarca, darle libertad para salir de allí. Quedó sorprendido aquel Capitán, porque no sabía que el Gobernador tuviese noticia del arribo de la flota portuguesa a las islas de San Gabriel. Pero habían ocurrido en el intermedio muchas cosas, de las que no tenía noticia él mismo. Cuando el Gobernador del Río de la Plata, de consuno con el del Paraguay, envió los indios a la descubierta, había hecho salir también un bergantín que visitara todas las ensenadas, bahías e islas que hay a los dos lados del río, al sur de Buenos Aires; pero el que lo mandaba, no pudiendo figurarse que los portugueses se hubieran atrevido a situarse tan cerca de la capital, no había dado vuelta a las islas de San Gabriel, y había regresado sin haber visto cosa alguna.

Principio de la Colonia del Santísimo Sacramento.

Algunos días después de su regreso, habiendo ido algunos particulares a cortar leña en una pequeña ensenada del continente que hay detrás de aquellas islas, más abrigadas de los vientos que el mismo puerto de Buenos Aires, y frente a frente a la mayor de dichas islas, extrañaron mucho ver allí edificios recién levantados. Fueron al punto a avisar de la novedad al Gobernador de Buenos Aires, quien luego mandó un Oficial en un bergantín para preguntar a los que allí se habían alojado quiénes eran y cuál era su intento· Llegado el Oficial a la principal habitación, alzó bandera de parlamento. Acudieron adonde él es-

taba y dieron respuesta a todas sus preguntas. Pidió él hablar al Comandante, y le enviaron un salvoconducto con una chalupa, siendo suma su extrañeza de ver un fuerte edificado en toda regla, con murallas, cañones, esclavos y almacenes llenos de armas, municiones, víveres, toda clase de herramientas; en suma, cuanto es menester para edificar una ciudad; y cuatro navíos al ancla.

Lo que trataron el Gobernador español y el General portugués.

Dejóle plena libertad el Comandante portugués en jefe, que era D. Manuel Lobo, para examinar todas las cosas y levantar sumarios, con los que se volvió aquel Oficial a Buenos Aires. Al día siguiente envió el Gobernador a preguntar al Comandante portugués, de parte del Rey su amo, con qué derecho se había establecido en un terreno que pertenecía a la Corona de España; y don Manuel respondió que los portugueses del Brasil estaban autorizados por el Rey su soberano á hacer nuevas poblaciones en todos los parajes de aquel continente que no estaban habitados, y que, habiendo tratado con la Cámara Suprema de Río Janeiro, no había hallado puesto más cómodo ni ventajoso para fundar que el que ocupaba, y que miraba como parte del Brasil. Hasta dió la respuesta por escrito, y, habiéndola leído el Gobernador, replicó con una intimación en toda forma de que evacuase cuanto antes aquel terreno, de que estaba en posesión el Rey Católico más de un siglo hacía, y no quebrantase el pacto de paz

que acababa de restablecer la buena inteligencia entre Francia, España y Portugal. A todo esto no respondió más D. Manuel sino que él estaba en tierras del Rey su amo, y allí se quedaría. Para no tener el Gobernador nada que echarse en cara, y quizá también para ganar tiempo, quiso tentar las vías de la negociación. Reunió una gran Junta, a la cual invitó a D. Antonio de Azcona Imberto, Obispo de Buenos Aires, con cuantos teólogos y juristas había en la ciudad, y todas las personas que conocía que fuesen versadas en la cosmografía.

Examináronse los derechos de la Corona de España sobre el terreno de que acababan de apoderarse los portugueses, y se compuso una Memoria razonada, a la que se agregaron las cartas holandesas de que se valían los portugueses mismos para navegar, y el Tratado de paz firmado en 1668, en que se decía que la provincia de San Vicente debía servir de límite al Brasil por la parte del Paraguay. Envió el Gobernador copia de todos estos documentos a D. Manuel Lobo, valiéndose de las personas que mejor pudieran hacerle percibir toda su fuerza, y le hizo rogar de nuevo que no le redujese a la triste necesidad de emprender de nuevo una guerra que había costado tanta sangre, y que haría siempre con sentimiento contra una nación a la que estimaba y amaba.

Pretensiones de los portugueses.

Firme siempre D. Manuel en su primera respuesta, mostró a los enviados del Gobernador un mapamundi hecho en Lisboa en 1678, según el cual, las 300 leguas de costa desde Río Janeiro hasta la embocadura del Río de la Plata y el continente del otro lado hasta Tucumán, pertenecían a la corona de Portugal. Hasta se encerraban en una línea que allí habían trazado las dos provincias de Paraguay y Río de la Plata, y todo el terreno del continente, desde la ribera occidental del río hasta el Tucumán, con todas las ciudades que allí estaban fundadas, como formando parte del Brasil; por más que todas aquellas ciudades hubiesen sido edificadas por los españoles. Y hubo portugueses que tuvieron el desenfado de afirmar que el dominio de S. M. portuguesa se extendía hasta las minas del Potosí, fundándose, al parecer, en el viaje de Alejo García de que hemos hablado al principio de esta historia.

Tan excesivas pretensiones asombraron extrañamente a los españoles. Preguntaron en qué se fundaban; les opusieron las mismas cartas marinas con que los portugueses habían navegado siempre, y el último tratado de paz que había fijado los límites de las dos potencias de modo que no dejasen lugar a disputas. Probaron que en todos tiempos el cabo de Santa Catalina (1) había

---

(1) Mur. *Santa Catalina* es nombre, no de un cabo,

pertenecido a la corona de Castilla; que habiéndose querido establecer allí algunos portugueses, habían sido echados por los españoles, sin que el Rey de Portugal hubiese formulado queja alguna, y que si los castellanos habían abandonado el establecimiento que allí tenían, era por haber juzgado a propósito hacer pasar los habitantes a otras provincias que les importaba más poblar.

Recibe el Gobernador de Buenos Aires orden de arrojar de la Colonia á los portugueses.

Pareció sentir D. Manuel la fuerza de estas razones, y se redujo a decir que él nada había hecho sino por orden de su Rey y señor, a quien únicamente tocaba revocarlo. Esta respuesta llevaron a Buenos Aires los enviados de D. José de Garro, y el Gobernador conoció que no había que perder tiempo, sino prepararse a una guerra que veía inevitable. Despachó dos expresos, uno a Lima y otro a la Plata, con cartas, por las que avisaba al Virrey y a la Real Audiencia de los Charcas de la empresa de los portugueses, y de los pasos que inútilmente había dado para obligarles a retirarse de los dominios de S. M. Católica. Antes de responderle, quisieron entrambos Tribunales examinar los derechos de la corona de Castilla al país en que se querían establecer los portugueses, y, habiéndose juzgado el derecho incontestable, se expidieron órdenes al Gobernador

---

sino de una isla hacia los 28 grados de latitud austral, entre Río Janeiro y Río de la Plata.

para asaltar cuanto antes la nueva colonia, a la que habían puesto el nombre del Santísimo Sacramento.

Tropas que se destinan para la empresa.

Lo primero que hizo D. José de Garro luego que las recibió fué comunicarlas a D. Manuel Lobo, y no pareciendo este General menos resuelto a ponerlo todo en contingencia primero que abandonar la plaza, el Gobernador del Río de la Plata hizo hacer levas de soldados, no sólo en su provincia, sino también en el Tucumán, conforme a la facultad que para ello le había dado el Virrey. Las ciudades de Santa Fe y Corrientes, que eran de su gobierno, no pudieron poner en pie más que una compañía cada una. D. Martín de Garayar, caballero vasco, Sargento mayor y Teniente general del Tucumán, le envió cuatro de Córdoba, debajo de la conducta del Maestre de campo D. Francisco Gómez de Tejeda. Nada costó al Rey el equipo; la provincia suministró hasta los caballos, y habiendo dado Garayar cuenta de lo que había hecho a D. Juan de Andino, Gobernador del Tucumán, no sólo se lo aprobó este General, sino que lo hizo publicar en todas las ciudades de su gobierno para excitarlas a seguir en cuanto pudiesen el ejemplo de Córdoba.

Llama el Gobernador 3.000 indios de las Reducciones.

Había escrito asimismo con tiempo D. José de Garro al Superior de las Reducciones del Uruguay pidiéndole que le enviase 3.000 de sus neófitos y los hiciese llegar prontamente; pero su

emisario, que tenía que caminar 250 leguas para llegar adonde estaba el Superior, tardó más de lo que hubiera sido de desear. Este inconveniente se remedió con la prontitud en la ejecución de la orden que llevaba. En once días estuvieron prontos los indios a emprender la marcha. Los infantes iban repartidos en compañías de á 100 hombres; las de los jinetes, arqueros, lanceros y honderos eran de a 50. Todos iban provistos de suficientes víveres, llevando las provisiones 500 mulas, y siguiendo 500 bueyes para el servicio de la artillería, con un hospital bien proveído, y 4.000 caballos domesticados para romper las filas de los enemigos, caso que la batalla se diera en llanura.

Había de juntarse en Yapeyú aquel pequeño ejército, y allí llegaron todos con banderas desplegadas y tambor batiente el día que se les había señalado. Pero no encontraron a los oficiales españoles que los habían de gobernar. Aguardáronlos inútilmente muchos días, y como se les consumían los víveres, y el rigor de la estación empezaba a causar entre ellos enfermedades, creyeron los Padres Misioneros que los acompañaban que debían hacerles emprender la marcha. Pasóse revista antes de la partida, y se halló que faltaban ya 200 hombres, unos que habían muerto y otros que estaban inútiles para el servicio. Reemplazáronles otros al punto, y todavía se juntaron 300 hombres más para rehacer las compañías a

medida que fuese preciso. La marcha desde Yapeyú se hizo en tres columnas, mandadas por tres Maestres de campo indios; y como Yapeyú se halla a la ribera del Uruguay, una de las tres columnas se embarcó en treinta balsas, y las otras dos fueron siguiendo la ribera del río por los dos lados, a fin de aliviar a los que no pudiesen caminar.

Llegan al campo.

Llegaron por fin a tres leguas de la Colonia. Hallóse allí para recibirlos el Maestre de campo D. Antonio de Vera y Mujica, que estaba encargado del sitio; y, por no tener aún congregadas todas las tropas españolas, y mientras aguardaba que llegasen, se dedicó a hacerles hacer el ejercicio, para habituarlos a una clase de guerra que no conocían todavía. Logrólo en tan poco tiempo, que quedó maravillado. Era esto fruto de su docilidad. Por su parte, el general portugués había aprovechado todo el tiempo que le habían dado, añadiendo nuevas fortificaciones a la plaza, poniendo en buen estado las baterías, que se veían por todas partes. Casi todos los soldados, y la mayoría de los jefes, eran sacados de aquellas antiguas compañías portuguesas que habían asegurado la Corona de Portugal a la casa de Braganza.

Llega demasiado tarde un socorro enviado a los portugueses.

El general era digno de estar al frente de aquellas tropas. Mas no se había figurado al principio que iba a tener que habérselas con un crecido ejército. Estaba muy inquieto aguardando el soco-

rro que había tardado demasiado a pedir a Río Janeiro, y para colmo de desgracias, su empresa, cuyo objeto no se conoció bien en el Brasil hasta después que él hubo partido, había parecido a algunos injusta, y a la mayor parte temeraria; de modo que en Río Janeiro no se encontró quien quisiera alistarse para el socorro. En vano el Comandante que había dejado en su lugar durante su ausencia hizo las más lisonjeras ofertas a los que fueran a la expedición; y aun hizo embarcar a su propio hijo, que era caballero de la Orden de Cristo, esperando que este ejemplo despertaría la emulación de los jóvenes nobles. No se presentó capitán alguno, y fué preciso recurrir a la autoridad y aun a la fuerza; todo lo cual hizo emplear mucho tiempo, y fué causa de que la expedición llegase demasiado tarde.

Fuerzas de los españoles.

Aunque el Gobernador del Río de la Plata se hallaba mejor servido, no obstante, no había podido juntar más que 4.000 hombres, entre españoles, negros, mulatos e indios, que por la mayor parte estaban encomendados; pues no había querido hacer salir la guarnición de la capital, por no haber a la sazón ningún navío español en la rada, pudiendo ocurrir que los portugueses, que tenían cuatro, a los que no había quien impidiese la entrada, quisieran intentar un desembarco para dividir las tropas. Pero D. Antonio de Vera Mujica creyó que con 300 españoles y los 3.000 indios de

las Reducciones daría cuenta de la plaza, y pidió licencia de emprender el ataque.

Nueva intimación del Gobernador a los portugueses.

Antes de dársela, quiso D. José de Garro probar si era posible evitar una guerra, de la que ninguna ventaja podía resultar para su provincia, y que preveía sería interminable, si la corte de Portugal tomaba a pechos el proseguirla. Hizo representar nuevamente a D. Manuel de Lobo la imposibilidad en que se hallaba de defender la plaza contra fuerzas tan superiores a las suyas. Protestóle que nada habría que no estuviese él dispuesto a hacer para ayudarle a salir del mal paso en que se hallaba, y que si quería tomar el partido más razonable, que era el de volverse a su gobierno, le haría suministrar todas las provisiones necesarias para el viaje, y le devolvería todos los prisioneros que los indios de las Reducciones habían tomado. Conjuróle a que se ahorrase el arrepentimiento de haber rechazado un consejo que la religión, la razón y el honor le impulsaban a darle, y de haberse dejado deslumbrar de la pasión de sostener una empresa que aún los más sensatos de su nación desaprobaban.

Es nuevamente rechazada.

Envió la carta al Comandante de su ejército, a quien sólo había permitido bloquear la plaza, pero que había dispuesto las tropas de tal modo, extendiendo sus alas, haciendo apearse la caballería y ordenando detrás los caballos en forma de escuadrón, que su ejército parecía casi doble de lo que

era. Por lo cual muchos oficiales portugueses expusieron que era temeridad empeñarse en sostener un sitio contra fuerzas tan desiguales; y cuando se presentó el emisario del Maestre de campo y dió el mensaje que estaba encargado de llevar, no hubo casi nadie que no se persuadiese que el General se avendría a proposiciones tan razonables. Pero D. Manuel sacó por consecuencia que le tenían miedo, y las rechazó con altanería.

Orden del asalto.

Después de haber dado cuenta de ello al Gobernador el Maestre de campo, le hizo presente que por poco que se aguardase a entrar en acción, no respondía de que el rigor del frío y las otras incomodidades de la estación no obligasen a sus tropas a dejar el campo. Esta representación produjo efecto, y D. José le respondió que obrase como le pareciese convenir. Recibida esta respuesta, se puso el ejército en marcha a punta de día. Detúvose luego para oir Misa, en la que, según se dice, todos comulgaron. El resto del día se empleó en disponer el orden del asalto; y al día siguiente, 6 de Agosto, volvió a ponerse en marcha el ejército a media noche. A la cabeza iban los 4.000 caballos sin montar; seguían las tres columnas de indios de las reducciones, mandadas por sus tres Maestres de campo y por tres oficiales españoles: D. Juan de Aguilera, D. Alejandro de Aguirre y D. Juan Frutos. Esto formaba el cuerpo de bata-

lla, y en la retaguardia iban las tropas del Gobernador.

Iban todos a pie, y había imaginado el comandante aquel orden, para que luego que la artillería de la plaza hubiese hecho la primera descarga sobre los caballos, pudiesen dar el asalto las tropas, que no habrían padecido nada o casi nada, antes que los sitiados hubieran tenido tiempo de volver a cargar de nuevo los cañones. Pero los tres Maestres de campo indios que mandaban a los neófitos, le hicieron observar que con semejante disposición llevaba todas sus tropas al matadero. Que al disparar la artillería de la plaza contra los caballos, no había conductores que bastasen para contenerlos, y que desordenados los animales, introducirían la confusión en el ejército, que sería imposible volver a ordenar, y, aprovechándose de esto los portugueses para hacer una salida, habrían conseguido completo triunfo (1). Halló D. Antonio muy sensato el razonamiento, y se sorprendió de que unos indios, que por primera vez se hallaban en expedición de esta naturaleza, hubieran advertido desde el primer momento lo que ni él ni sus

---

(1) Mur. Tal vez algún misionero advirtió a los indios para que hablasen al General sobre aquel dañoso error, no porque la cosa excediese a la capacidad de ellos, sino porque en semejantes casos, la costumbre de los Guaraníes es obedecer ciegamente y sin representar.

oficiales habían previsto. Hizo recoger al punto los caballos a las alas y a la retaguardia, para servirse de ellos cuando hubiese necesidad, y las tres columnas de indios se hallaron en la vanguardia del ejército, que llegó al pie de la muralla al romper el día.

Había hecho publicar el comandante una prohibición de empezar el combate hasta que hubiese dado él la señal con un tiro de carabina. Mas, habiéndose aventurado un neófito a subir a un baluarte, donde no se veía nadie, halló dormido al centinela y le cortó la cabeza. Otro soldado que lo vió, disparó al punto un tiro de carabina para avisar que el enemigo estaba allí, y los neófitos, que en la oscuridad no habían podido distinguir de donde había salido el tiro, creyeron que era la señal del combate, y al instante una de sus columnas, mandada por el cacique D. Ignacio Amandaú, saltó toda ella sobre el baluarte. Acudieron en gran número los portugueses, que pensaron con la sorpresa que todo el ejército estaba allí, y empezaron por disparar una culebrina, pero resultó estar tan cargada, que reventó. Entre tanto penetraron por otros dos parajes distintos las dos restantes columnas de los indios, y antes que pudiesen echarlo de ver los sitiados, se hallaron asaltados en el fuerte y con el almacén de pólvora en poder de los sitiadores. Asalto.

Tan grande fué entre ellos la consternación, que

uno de sus capitanes, llamado Simón Farto, con diez o doce soldados de su compañía, se lanzó a una chalupa, con intento de llegar a uno de los buques que estaban en la rada. Pero tropezaron con un gran barco español, en que iban 30 soldados, que a todos los hicieron prisioneros. No fueron tan afortunados otros portugueses, que también se habían querido escapar. Habían entrado en tan crecido número en una chalupa, que no les fué posible valerse de los remos, y quedaron como inmóviles. Echáronse a nado unos indios que lo advirtieron, hicieron volcar la chalupa para obligarles a rendirse, y todos perecieron ahogados.

Hazaña de una señora portuguesa.

Al llegar los neófitos al pie del fuerte, repararon en que no tenían escalas. Traíanselas ya, pero sin aguardar a que llegasen, se arrimaron a las murallas e invitaron a los españoles a subir sobre sus espaldas, como lo hicieron muchos, y entre otros D. Juan de Aguilera, que fué el primero que apareció en el bastión, y quitó la bandera de Portugal, enarbolando la española, aunque en el mismo instante recibió un tiro de carabina que le rompió el brazo. Vueltos los portugueses de su primer asombro, se habían empeñado en la batalla, defendiéndose con gran valor. Uno de sus capitanes, llamado Manuel Galván, corría por todas las filas, animaba con la voz y el ejemplo a los soldados a acordarse de que eran portugueses, nombre tan amenudo formidable a los españoles,

e hizo tales hazañas, que sus mismos enemigos al verle caer muerto de resultas de sus muchas heridas, no pudieron menos de lamentar y aun llorar su muerte. Tenía aquel valiente capitán por mujer a una heroína que, con espada en mano, combatió a su lado mientras él vivió. Luego que hubo muerto, los españoles, llenos de admiración de su valor, le gritaban que se rindiese; pero ella, ocupada únicamente en el deseo de vengar a su marido, se arrojó a lo más fuerte de la pelea, donde halló la muerte que parecía buscar.

Combatíase por todas partes con igual encarnizamiento, pero de parte de los portugueses ya no era sino por la honra; y este estímulo les hizo hacer tales esfuerzos, que llegaron hasta hacer retroceder la columna del maestre de campo don Ignacio Amandaú. Mas aquel valiente jefe, desesperado de ver que sus tropas volvían las caras al enemigo, corrió a ellas con el sable desenvainado, y las condujo nuevamente al asalto. Entonces, como si la vergüenza de haber huído les hubiera vuelto aborrecible la vida, se arrojaron con tal furia sobre los portugueses, que en un momento cubrieron la tierra de cadáveres, y pidiendo los otros cuartel, ellos, que no entendían la lengua, o no los distinguían de los Mamelucos, hubieran muerto hasta el último, a no acudir los jefes españoles para contenerlos.

El número de muertos de parte de los portu-

gueses fué de algo menos de 200; todos los demás quedaron prisioneros. El General no combatió por hallarse enfermo. Habíanle buscado los indios para matarlo, porque lo miraban como al autor de esta guerra, y se vió obligado D. Antonio de Vera a ponerse a la puerta de su alojamiento para estorbarles la entrada. Fué luego a visitarle en su aposento, le trató con gran cortesía, y le ofreció cuanto le pertenecía a él en el botín. En el repartimiento que se hizo de lo restante, fué fácil el arreglo. Los indios, que no conocían el precio de muchas cosas, dejaron sin dificultad a los españoles lo más precioso que había. Hasta hubo quienes hallando canutos de latón o de cobre llenos de ámbar gris, arrojaron lo que contenían, sin guardar más que el canuto, cuyo brillo los había deslumbrado. Los españoles no perdieron en la jornada más que seis hombres. Entre los indios hubo más de 30 muertos y mucho mayor número de heridos.

Efecto que produce esta expedición en favor de las Reducciones.

Los misioneros que habían ido con los neófitos estuvieron siempre cerca para acudir a socorrer a los moribundos, sin distinción de amigos ni enemigos; lo que fué tanto más honroso para ellos entre los dos partidos, cuanto por cumplir con este deber, se vieron expuestos al fuego de los unos y de los otros. Pero la mayor ventaja que sacaron de su expedición, fué abrir los ojos a gran número de personas prevenidas contra las Re-

ducciones, haciéndoles reconocer los importantes servicios que de ellas se podían reportar en ocasiones semejantes. El P. Provincial recibió las felicitaciones de D. Melchor Liñán y Cisneros, Arzobispo de Lima y Virrey del Perú, de los Tribunales superiores, de los Gobernadores de provincia y de gran número de personas de consideración.

Toda la América española resonó mucho tiempo con los elogios de los neófitos que habían ido la mayor parte desde una distancia de 200 leguas a exponerse casi desnudos al rigor de un gran frío; pues cuando iban a la guerra no llevaban consigo más que un simple calzón, y muchos de ellos no tenían armas de fuego, aunque iban a combatir con tropas aguerridas y bien armadas, tratándose de escalar una plaza cuyas fortificaciones estaban coronadas de fusileros y defendidas con buena artillería. No se podía, sin embargo, negar que ellos eran los que habían tenido la principal parte en la toma de aquella fortaleza. En lo demás, se sabía que no habían costado al Rey Católico ni un solo maravedí (1).

---

(1) Charl. Moneda pequeña de España, que vale poco más de *un dinero* de Francia. Los españoles cuentan casi siempre por maravedís.—Mur. Sobre los maravedises y sus diversos valores, véase Mariana, *De los pesos y medidas*, cap. xxiii. En el caso presente y semejantes se toma proverbialmente como expresión de un valor mínimo, como si dijéramos, un óbolo.

Lo que sobre todo hizo apreciar el servicio que acababan de hacer á la corona, fué que en el mismo tiempo un pirata inglés, con un solo buque robado junto al Panamá, y a pesar de que para perseguirlo se habían armado en Lima cinco barcos, acababa de hacer gran destrozo en todas las costas del mar del Sur; había pasado luego el estrecho de Le Maire, y llevádose a Inglaterra inmensas riquezas; porque no se dejó de decir que si en el Perú y en Chile se hubieran tenido indios de las Reducciones del Paraguay para defender las costas, no hubiera ocurrido aquella desgracia. El Arzobispo-Virrey avisó del comportamiento de los indios en la Colonia al Consejo Real de las Indias, y D. Andrés de Robles, que en aquel tiempo llegó de España para suceder a D. José de Garro, escribió, a 3 de Septiembre, al Virrey para pedirle con instancia que no dejase sin recompensa el servicio que aquellos nuevos cristianos acababan de hacer a la Corona con tan gran desinterés.

Opónense los Jesuítas al establecimiento de una reducción cerca de Buenos Aires.

Hasta pensó en hacerles uno que hubiera resultado flaco servicio, por darles muestra de cuanto los estimaba. Escribió al Rey que juzgaba necesario formar un pueblo numeroso de aquellos neófitos junto á Buenos Aires, y habiéndose leído la carta en el Consejo, se decretó que se sacasen 1.000 familias de las Reducciones para hacer aquel nuevo establecimiento. Sabemos este hecho por un decreto de Felipe V de 12 de Diciembre de

1716, dirigido a D. Bruno Mauricio de Zavala, Gobernador del Río de la Plata, en el que añade el Príncipe: «Informado el Señor Rey Carlos II de las finas demostraciones de lealtad con que servían estos indios en todas las ocasiones que se ofrecían de su real servicio, y que estando connaturalizados en temple contrario, les podía ser de mucho desconsuelo y daño el mudarlos al de Buenos Aires, se sirvió Su Majestad de mandar revocar esta orden por Cédula de 1683.» Ni es dudoso que esta revocación fuese el efecto de las representaciones de los misioneros, quienes escribieron a Carlos II que los nuevos cristianos del Paraguay no serían mucho tiempo lo que habían sido hasta entonces, si se establecían cerca de una gran ciudad, sobre todo de tanto tráfico como la de Buenos Aires, ni aun en las cercanías de las habitaciones españolas (1). Reconociólo sin dificultad el Príncipe con las razones que le dieron, y Felipe V, que le sucedió, y el Consejo Real de las Indias, se han mostrado siempre persuadidos de ello.

---

(1) Charl. *Cartas edificantes,* tomo xxi, pág. 326.—Mur. La causa aquí expresada de la salud de los naturales, se toma en cuenta muchas veces en el *Derecho español de Indias,* particularmente en el libro iv, para prohibir el que los indios sean transportados a España o a otros climas fuera de su suelo natal. El peligro de las costumbres es razón igualmente verdadera, pero ménos propia para ser invocada en memoriales.

LIBRO DÉCIMOCUARTO

ARGUMENTO

Negóciase en Madrid y Lisboa sobre la colonia del Sacramento.—Tratado provisional.—Misión al Monday.—Región y nación de los Guenoas.—Misión a los Yarós frustrada.—Expedición al Chaco.—Monte de Centa.—Conspírase contra los misioneros.—Dos mártires.—Honores que se les tributan.—Noticia que se tuvo de la muerte de ellos en Cerdeña.—Frústrase la empresa.—Calamidad en el Tucumán.—Colegio en Tarija.—Es enviado el P. Arce a los Chiriguanos y a Santa Cruz de la Sierra.—Advertencia del Gobernador acerca de los Chiquitos.—Abandónanse las Reducciones de los Chiriguanos. — País de los Chiquitos. — Enfermedades.— Costumbres.— Sentimientos religiosos.— Idioma. — Situación de Santa Cruz. — Primera reducción.—Enfermedad del P. Arce.—Va a Tarija.— Los Mamelucos en los Chiquitos.—Sálenles al encuentro los españoles con los Chiquitos.—Destrozo de los maloqueros.—Aumento de la cristiandad.— Búscase la comunicación entre las provincias.—Su dificultad.—Intentos frustrados.

Negociaciones de las Cortes de Madrid y Lisboa acerca de la Colonia del Sacramento.

Con harto disgusto supo el Príncipe Regente de Portugal la toma de la Colonia del Sacramento. Hizo presentar grandes quejas al Rey de España,

y un historiador reciente del Brasil (1) pretende que D. Pedro amenazó con empeñar de nuevo la guerra si no se le daba satisfacción por aquella hostilidad, y que Carlos II, temeroso de la amenaza, le envió al Duque de Jovenazzo para apaciguarlo, sin haber podido obtener audiencia este Embajador sino después de declarar que llevaba orden de pasar por todo lo que su Alteza Real exigiese, con lo que, satisfecho D. Pedro, tuvo por bien contentarse con la restitución de la plaza, de todos los efectos tomados en ella y la entrega de los prisioneros, recobrando a consecuencia de este tratado la libertad D. Francisco Naper de Lancastre y regresando a Portugal, donde el Príncipe Regente, para indemnizarle de sus pérdidas, le dió el gobierno de Río Janeiro y el de la colonia del Santísimo Sacramento, que se restableció y puso en mejor estado que antes de ser tomada.

Pero este autor manifiestamente no estaba bien informado, y confunde dos acontecimientos muy distantes uno de otro. Porque es cierto que don Manuel Lobo, fundador de la colonia, murió prisionero en el Perú, adonde había sido trasladado después de la toma de la plaza; y si D. Francisco Naper de Lancastre, que era quizá su Teniente, o el Comandante de los cuatro buques que le habían

---

(1) Rochapita. *Historia da America portuguesa.*

traído socorro (1), fué después Gobernador de Río Janeiro y condecorado con el título de Gobernador de la Colonia, eso no prueba lo que el historiador del Brasil afirma sin fundamento. No es menos cierto que el Duque de Jovenazzo hizo entrar en razón al Príncipe Regente de Portugal y le obligó a desistir de las pretensiones que en el Brasil había sobre la extensión de aquel reino (2), y que el Príncipe se limitó a pedir que se concediese a los portugueses una estación en la Colonia o en sus cercanías, para que, si se veían obligados por los vientos a entrar en el río de la Plata, pudiesen tener un refugio donde estuviesen al abrigo de las tempestades y en seguridad contra los piratas.

---

(1) Mur. O tal vez Naper había pagado los gastos de la guerra.

(2) Mur. Lo que aquí asienta como cierto el P. Charlevoix consta ser menos exacto por los artículos del Tratado provisioual de que algo más abajo se habla, cuyo texto tenemos a la vista, y son los siguientes:

«Art. 1.° Su Majestad Católica mandará hacer demostración con el Gobernador de Buenos Aires condigna al exceso en el modo de su operación.

»2. Todas las armas, artillería, municiones, herramientas y demás pertrechos de guerra que se aprehendieron en la fortaleza y Colonia del Sacramento, se restituirán enteramente al Gobernador, D. Manuel Lobo, o a la persona que Su Alteza enviare en su lugar.

Concedióse esto a condición de que la propiedad del suelo quedaría para la corona de Castilla; que allí no podrían vivir más que 14 familias por-

---

»3. Toda la gente que estaba y se sacó de la Colonia del Sacramento, hallándose todavía en Buenos Aires o en sus confines, se restituirá a la misma Colonia, y no hallándose en dichos parajes, otra tanta gente portuguesa en su lugar, y en ella se podrán detener y habitarla hasta la determinación desta causa, y hacer reparos de tierra solamente para cubrir su artillería, y cubiertos para la habitación de sus personas, en caso de no haber quedado bastantes para dicho efecto de las fábricas antiguas de aquel sitio. Y no podrán hacer algún otro género de edificios de dura y permanencia.

»4. No se pueda aumentar el número de gente que allí se retribuyere, en poca o mucha cantidad, ni se acrecentarán las armas, municiones, ni otros pertrechos de guerra, ni entrar mercaderías de ningún género a ella durante la controversia, hasta ser determinada.

»5. Los portugueses que en el sitio referido residieren el tiempo que se ha declarado, se abstendrán de molestar, solicitar, tratar y comerciar con los indios de las Reducciones y Doctrinas que son de la obediencia de S. M. Católica; ni en ellas ni con ellos harán novedad alguna por trato, ni por fuerza ni de otra manera, ni enviarán a ellos ni a sus Doctrinas y Reducciones religiosos ni otros eclesiásticos, ni seculares, con pretexto ninguno, causa o razón.

»6. Para que de todo punto quede extirpada cualquiera causa o motivo de poca satisfacción entre estas dos Coronas, S. A. mandará averiguar los excesos que se han cometido por los moradores de San Pablo en las tierras

tuguesas; que se harían las casas de madera y se techarían de paja; que no se construiría fuerte alguno; que el Gobernador de Buenos Aires tendría

---

y dominios de S. M. confinantes, y los castigará severamente, haciendo, con efecto, restituír y poner en libertad los indios, ganados, mulas y demás cosas que se hubieren apresado, y prohibirá que en adelante se ejecuten semejantes hostilidades en perjuicio de la amistad y paz destos dos reinos, como se contiene en el artículo antecedente.

»7. Los vecinos de Buenos Aires gozarán del uso y aprovechamiento del mismo sitio, sus ganados, maderas, caza, pesca, labores de carbón, como antes que en él se hiciese la población, sin diferencia alguna, asistiendo en el mismo sitio todo el tiempo que quisieren con los portugueses en buena paz y amistad, sin impedimento, para que se pasarán recíprocamente las órdenes necesarias.

»8. Del puerto y ensenada usarán como antes los navíos de S. M. Católica, teniendo en él sus surgideros y estancias libres. Cortarán las maderas, darán las carenas y harán todo aquello que hacían en él, su costa y campaña, antes de la nueva población, sin limitación alguna y sin ser necesario consentimiento ni licencia de otra cualquiera persona de ninguna calidad que sea, porque así lo han acordado ambos los Príncipes.

»9. Las prohibiciones del comercio por mar y por tierra, así de los castellanos en el Brasil como de los portugueses en Buenos Aires, Perú y demás países de las Indias occidentales, quedarán en su entera fuerza y vigor, y se ejecutarán en los transgresores las penas establecidas por ambos reinos irremisiblemente.

»10. Toda hostilidad cometida por una y otra parte

derecho de hacer allí la visita, como también de los buques que arribasen para comerciar; que la corona de Portugal haría restituir los 300.000 in-

---

después del día 6 de Agosto del año pasado de 1680 se reparará y reducirá a los términos deste tratado sin duda ni dificultad alguna.

»11. Será lícito al Gobernador de Buenos Aires reformar y deshacer las fortificaciones que hubiere acrecentado, así en la fortaleza como en otro sitio, y las demás casas y edificios que de nuevo se hubieren labrado, desde el día que ocupó aquel sitio hasta el tiempo de esta ejecución.

»12. Todo lo referido se entiende sin perjuicio ni alteración de los derechos de posesión y propiedad de una y otra Corona, sino quedando los que a cada una pertenecen en su entero y legítimo valor y permanencia, con todos sus privilegios, prerrogativas de título, causa y tiempo. Porque este asiento se ha tomado por vía de medio provisional y en demostración de la buena amistad, paz y concordia que pasan entre sí ambas Coronas, por la recíproca satisfacción, durante el tiempo de esta controversia, y no para otro efecto alguno.

»13. Nombraránse Comisarios en igual número por una y otra parte dentro de dos meses, contados desde el día que se permutaren las ratificaciones de este tratado, en cuyo término se juntarán para la conferencia que se habrá de hacer en la misma forma que fué acordado y se ejecutó por los Comisarios del Emperador y Rey de Portugal el año pasado de 1524, y desde el día que dieren principio a la conferencia (habiendo precedido los juramentos acostumbrados) hasta los tres meses siguientes determinarán y declararán por su sentencia los de-

dios y los rebaños de ganados tomados por los habitantes de San Pablo de Piratininga en países pertenecientes al Rey Católico, y, finalmente, que

---

rechos de la propiedad de estas demarcaciones; y en discordia de los dichos Comisarios, desde luego se compromete esta declaración y determinación en la Santidad del Sumo Pontífice que es o fuere en el dicho tiempo para que dentro un año, contado desde el día en que hicieren sus declaraciones discordes los dichos Comisarios, determine y decida el punto referido; y lo que fuere declarado y determinado por los dichos Comisarios, de conformidad o por mayor parte de votos, y en caso de discordia, la sentencia dada por Su Santidad, se guardará, observará y cumplirá inviolablemente por ambas las partes, sin valerse de causa, pretexto ni razón en contrario.

»Art. 14. Continuaráse el cesamiento recíproco de todos los movimientos y demás actos militares entre una y otra Corona que se había acordado hacer desde el día del proyecto, manteniéndose la buena paz y amistad antecedente.

»Art. 15. El contenido en este Tratado se observará enteramente por unos y otros vasallos en la parte que a cada uno toca, sin contravenir a él en cosa alguna, y contra los que se excedieren directa o indirectamente, mandarán proceder con todo rigor ambos los Príncipes, y reformarán todo exceso, guardándose, en cuanto a esto toca, el art. 9.° de la paz general entre estas dos naciones, como parte expresa de este tratado.

»Art. 16. Desde el día que se permutaren las ratificaciones de este tratado hasta un mes siguiente, se entregarán recíprocamente las órdenes necesarias, por dupli-

se nombrarían Comisarios por ambas Cortes para examinar si el Rey de Portugal tenía o no derecho a establecer una colonia en la ribera del Río de la Plata, o que se remitiría el punto al arbitraje del Sumo Pontífice, y que, de un modo ú otro, todo había de quedar arreglado dentro de un año.

Tratado provisional.

Resueltas las cosas de la manera dicha, se firmó a 7 de Mayo un Tratado provisional, por el cual permitía el Rey Católico la estación que pedía don Pedro, con las condiciones que acabo de decir, y poco después hubo entre los comisarios de las dos Coronas una conferencia, en la que se convino en atenerse a la decisión del Papa en el fondo (1);

---

cado, para el cumplimiento de lo contenido en los artículos de este Tratado.

»Art. 17. Prometen los sobredichos Señores Rey Católico y Príncipe de Portugal, debajo de su fiel palabra real, de no hacer nada ni en perjuicio de lo contenido en este tratado provisional, ni consentir se haga directa ni indirectamente, y si acaso se hiciere, de repararlo sin alguna dilación. Y para observancia y firmeza de todo lo en él expresado y referido, se obligan en debida forma, renunciando todas las leyes, estilos y costumbres y otros cualesquiera derechos que puedan ser de su favor y procedan en contrario.»

Firmaron los Comisarios a 7 y el Rey Católico á 25 de Mayo de 1681.

(1) Mur. A esta conclusión no se llegó sino después de muchas e inútiles disputas, como se refiere en la obra española, titulada: *Manifiesto legal, cosmográfico, histórico,*

porque se trataba de arreglar las pretensiones recíprocas de las dos cortes conforme a la línea de demarcación. Mas parece mucho que el Tratado provisional no se cumplió, y hasta parece que el Consejo del Rey Católico no previó las consecuencias de lo que se concedía por el Tratado, ni reflexionó bastante que un establecimiento fijo en el Río de la Plata, cualquiera que fuese, no podía menos de llegar a ser un perpetuo origen de disputas de parte de un vecino emprendedor, que tan adelante llevaba sus pretensiones, que podría recibir cuando quisiera refuerzos de los enemigos de España, y a quien la proximidad del Brasil

---

en defensa del derecho de la Majestad Católica de Carlos II y de la sentencia pronunciada por los Jueces Comisarios en 20 de Febrero de 1682, en el Congreso de las dos Coronas, celebrado en Badajoz, para la decisión de las demarcaciones de la América, y sobre la situación de la nueva Colonia del Sacramento, que envió a fundar el Serenísimo Príncipe don Pedro en 1679, por D. Luis Cerdeño, del Consejo de Indias y Juez Comisario Plenipotenciario del Congreso. Allí se explica cómo los Comisarios castellanos juzgaron y pronunciaron su decisión de que la Colonia estaba situada dentro de los confines de la jurisdicción española; que la línea de Norte a Sur, trazada 370 leguas de la isla de San Nicolás, partía la América meridional por el Norte, tocando en la boca del río Flemián (nombre para mí desconocido, pero que parece corresponde al río por otro nombre llamado de Pinzón, de cuyo nombre hay asimismo, un cabo que otros llaman Boreal, y más comunmente

pondría en estado de ensanchar y fortificar su territorio. El curso de los sucesos nos hará ver que estas conjeturas no eran sino muy fundadas.

---

del Norte o de Humos, situado a un grado y 56 minutos de latitud boreal), y al Sur, en la costa del mar, a los 31 grados 30 minutos de altura de polo, a 83 leguas del cabo de Santa María. Y los portugueses únicamente declararon que el paraje de la Colonia estaba contenido dentro de los límites de la jurisdicción de Portugal. Mas porque la sentencia de los peritos no pasó a ser cosa juzgada, ellos reservaban a los Príncipes el derecho de restitución cuando fuesen más conocidas las longitudes de los lugares. Hallándose en discordia los Comisarios, quedó la causa devuelta al Sumo Pontífice, para que se definiese dentro de un año. Pero no alegando las partes, no se ha definido, a pesar de haber pasado ya casi un siglo.

Advierte Cerdeño, que la tarea encargada a los Comisarios, era que diesen su juicio sobre la propiedad de los lugares, y sostiene que los votos de los portugueses no respondieron a su cometido, porque a un tiempo dicen que pronuncian sentencia acerca de la propiedad, y que en lo que determinan reservan el derecho de restitución a los Príncipes. Demás de que, conforme a su comisión, debieron expresar por dónde había de pasar la línea de polo a polo, y no lo expresaron. Dicen que su Príncipe es posesor, pero es porque llaman posesión a una ocupación violenta, clandestina y resistida en tiempo oportuno por D. José Garro, Gobernador de Buenos Aires. El verdadero posesor era el Rey Católico, y por lo mismo, siendo el juicio sobre la propiedad, gana el Rey la causa, mientras no se pruebe hasta la evidencia el título

Mientras que la provincia del Río de la Plata pasaba por estas agitaciones, todo estaba muy tranquilo en la del Paraguay. Quedaba, no obs-

1683. Encarga el Obispo de La Asunción a los Jesuitas de una nación de indios.

---

del competidor, y eso aunque los títulos fueran ambiguos.

En lo demás, Portugal carece de títulos, pues según el Tratado de Tordesillas, queda la Colonia y casi todo el Brasil fuera de los confines de la jurisdicción de Portugal, de cualquier punto que se empiecen a contar las 370 leguas convenidas, sea desde la isla de la Sal, desde San Nicolás o desde San Antonio, y aun conforme a la viciosa carta geográfica de Teixeira, que produjeron en el Congreso los portugueses, y a la que quisieron referirse. Hay historiadores que dicen que la línea se trazó para que a Castilla perteneciese la parte occidental del mundo y a Portugal la oriental. Pero esto es inexacto. Diéronse primero solamente 100 leguas a occidente y mediodía a Portugal, habiéndoseles añadido, por el Tratado de Tordesillas, 270 más. Los títulos del Rey Católico son el de primer descubridor, Letras de Alejandro VI y tranquila posesión desde el 26 de Enero de 1500, en que llegó Vicente Yáñez Pinzón al Brasil. Dicen que el primer descubridor del Brasil fué Pedro Cabral, pero es hecho inexacto, y los autores que se alegan, fuera de Mariana (que se equivocó) convienen, es cierto, en que fué descubridor, mas nó el primero. (Y en efecto, Cabral dercubrió el Brasil dos meses más tarde que Pinzón, como contra Bruzen de la Martinière lo notaron los autores de las *Memorias de Trévoux*, año 1737, art. 7.)

En cuanto a la medida de las 370 leguas, se ha de empezar desde la isla de San Nicolás, que entre las de Cabo Verde, fijadas por el Tratado de Tordesillas, es la del

tante, en la Asunción, una levadura de prevención contra los Jesuítas, y D. Faustino de las Casas había reparado bien desde el principio que no les veían de buen grado fundar nuevas Reducciones

---

medio, y no desde la de San Antonio, la cual, por hallarse más al occidente, es más del gusto de Portugal, ni tampoco de la isla de la Sal, que por estar más a oriente, favorece más a Castilla. Dicen los portugueses que se prescribió que se contasen al occidente. Pero con esto únicamente se significa que el término *ad quem* ha de estar al oeste. Y si no ¿cómo es que en 1524 pedían que se contasen desde la isla de la Sal? Dicen que las palabras *de, desde, a contar,* son exclusivas del término *a quo,* y este término son todas las islas de Cabo Verde. Pero esas palabras indican el término unas veces exclusiva, otras inclusivamente, como puede verse en *Barbosa,* Disc. 105, n. 13. Arguyen que los castellanos, ya que prefirieron el año de 1524 la isla de San Antonio, perdieron la facultad de elegir otra. Así sería si la primera elección hubiera tenido efecto; pero no lo tuvo, porque se empeñaron en la junta los portugueses en que se contase el número de leguas desde la isla de la Sal. (Esto pretendían, porque entonces se litigaba sobre si las Molucas estaban en la jurisdicción de Castilla o en la de Portugal.) Por fin, dicen que la Bula de Alejandro no constituye elector al Rey de Castilla. Pero la verdad es que lo constituye elector. La Bula dice *desde cualquiera de las islas.* La dicción *desde cualquiera* señala evidentemente alguna cosa que se ha de elegir, y la elección que se permite en una donación corresponde al donatario. Ahora bien, el Tratado de Tordesillas ratifica la Bula de Alejandro en todo lo que no se reforma. Esta es la sustancia del escrito de Cerdeño.

en su diócesis. Creyó que debía contemporizar en esto con ciertas personas que se declaraban con más empeño que los demás, y eso es lo que se vió, sobre todo en la ocasión que voy a referir. Junto al río Monday habían formado una aldea ciertos indios errantes, que se mostraban bastante dispuestos a recibir un misionero. Es el Monday un río que desagua en el Paraná, corriendo de Norte a Sur, como a los 25° 30′ de latitud austral. Luego que el Prelado tuvo noticia de ello, les envió un religioso de mucho celo, que fué allá inmediatamente; pero quedó muy sorprendido al ver que a su llegada se escapaban a los bosques. Siguióles, y ni siquiera le quisieron oir.

Hízolo saber al Obispo, quien juzgando que el buen Padre, aunque con mucha y buena voluntad, no tenía el talento necesario para el cargo que le había confiado, lo retiró; buscó entre su clero un hombre más propio para atraerse la confianza de los bárbaros, y no halló otro que le pareciese más a propósito que el Deán de su Catedral. Era un santo eclesiástico, de gran prudencia, que había gobernado la diócesis en la última vacante con mucha cordura, y a quien sobre todo hacía respetable un celo desinteresado. No fué menester que emplease el Obispo grandes empeños para decidirle a encargarse de aquella buena obra, que no tardó en aceptar con gozo, y se trasladó al Monday.

No halló allí a los indios, que todavía andaban

dispersos por los bosques, y se fué a buscarlos. Indujo con sus buenas razones a algunos a oirle, mas pronto reconoció que no le escuchaban sino por condescendencia, y sin deseo alguno de aprovecharse de sus instrucciones. Conoció que el temor de perder la libertad era la única razón de la poca confianza que tenían en él, y lo mandó a decir al Obispo, añadiendo que nunca los reducirían a la fe, como no les enviasen PP. de la Compañía de Jesús. Muy bien lo echó de ver el Prelado, y temiendo tener que responder a Dios de la pérdida eterna de aquellos indios si llevaba más allá sus miramientos, por atender a los habitantes de la Asunción, escribió al Superior de las Reducciones del Paraná, que siempre había estado persuadido de que su Compañía tenía particular vocación del cielo para la conversión de los infieles del Paraguay, y que le rogaba le enviase dos misioneros para una reducción que había resuelto establecer en el Monday.

Respondió el Superior que por mucha repugnancia que tuviesen los Jesuítas a anunciar el Evangelio a una nación que no les llamaba (1), pues era su costumbre no empeñarse sino con

(1) Mur. Esto no puede ser exacto, ni creo que aprobasen esta respuesta aquellos Jesuítas, pues no se ha de acudir únicamente a quien suplica y pide que le den auxiilo, sino también al necesitado, aunque lo rehuse, con tal que se vean esperanzas de convertirlo.

aquellos que habían sacado de la vida errante y les seguían voluntariamente; no creía, sin embargo, poder dejar de corresponder a la invitación de su Obispo, que miraba como una orden que no debía dispensarse de obedecer, y, que no teniendo a la sazón sujeto alguno de quien disponer, iba a pedirlo al Provincial.

Escribióle, en efecto, y obtuvo dos, que partieron al punto para la Asunción. Abrazólos tiernamente D. Faustino, y les dijo que sobre ellos descargaba su conciencia de la obligación en que estaba de trabajar por hacer entrar en el redil del Sumo Pastor aquellas ovejas salvajes, que le parecían dispuestas a dejarse conducir a él. Recibieron como debían los dos misioneros esta muestra de confianza que les daba el Prelado, y emprendieron sin dilación el camino del Monday, donde los indios acudieron todos apenas tuvieron noticia de su llegada; y Dios echó tan copiosa bendición a sus trabajos, que al cabo de dos meses contaban ya 2.000 catecúmenos. Mas antes de fundar reducción, quisieron conocer bien el país.

Descripción de aquel país.

No hay quizá en todo el Paraguay territorio más inhabitable que aquél. Son allí los calores excesivos, y aunque el país es muy montuoso, el aire se halla extraordinariamente cargado de humedad. Por otra parte, todo está cubierto de broza y malezas, tan espesas y erizadas de espinas, que únicamente aquellos indios, totalmente desnudos, cuya

piel se ha endurecido desde la infancia, son capaces de pasar por allí sin sacar todo el cuerpo ensangrentado. Además, los tigres y jabalíes se presentan en tan gran cantidad, que a no andar bien armados, se halla el pasajero siempre en peligro de ser devorado, y apenas puede darse un paso sin poner el pie sobre una víbora. Pero la mayor incomodidad que allí se padece, proviene de mil especies de insectos, que continuamente oscurecen el aire, lo que no es extraño en un país pantanoso y en que el espesor de los bosques apenas deja paso a los rayos del sol. Por otra parte, en ningún paraje se deja ver el suelo, pues por todos lados está cubierto de yerbas muy apretadas; de lo que se sigue que siempre se respira allí aire sofocado y malsano, ni es posible viajar de otro modo que a pie, y sería inutil llevar víveres, que en seguida se corromperían.

Reducción en el Monday.

No eran del todo desconocidos a los misioneros del Paraná estos inconvenientes, pero lejos de tener el Provincial dificultad en hallar operarios para esta misión, sólo la tuvo en elegir entre el gran número de los que se le habían ofrecido. Las primeras memorias que se recibieron en España acerca de la reducción del Monday, cuyo nombre no pone el Dr. Xarque, de quien tomo esta relación (1), decían que a ninguna otra cedía por el

(1) Charl. *Xarque*, lib. III, cap. XXII.—Mur. El nom-

número ni por el fervor de los neófitos; que tenían su iglesia bien edificada, estando bien albergados todos; que los dos misioneros, en un viaje que hicieron al Paraná, se presentaron allí tan desfigurados, que causaban horror, no cubriéndoles los vestidos desgarrados más que una parte del cuerpo, lleno todo él de cicatrices y que no se les conocía sino por la voz; pero que el fruto de sus trabajos les llenaba de tan gran gozo, que no hubiesen cambiado su misión por otra alguna.

Mientras en las partes septentrionales del Paraguay se fundaba bajo un clima sofocante una iglesia, se trabajaba en la parte más meridional por ilustrar con la luz del Evangelio a la nación de los Guenoas, que habita, o más bien, anda errante en una gran extensión de terreno entre el mar, el Uruguay y el Río de la Plata, donde el frío es muy crudo en el invierno, y los vientos soplan siempre con violencia en vastas llanuras, en que no se halla cosa que sirva de resguardo contra su furia, y en las que no crece un solo árbol. En verano son las lluvias casi continuas, y frecuentemente acompañadas de truenos. Sin embargo, la tierra, siempre húmeda y cubierta de gran número de arroyos y 1683. País de los Guenoas.

---

bre de esta reducción del Monday es *El Jesús,* y fué trasladada desde el río Monday a un paraje más próximo a las demás reducciones, junto a Trinidad. A las naciones o tribus de que se formó, se da comunmente el dictado de *Monteses,* y a ellos se agregaron algunos Gualacos.

lagunas, proporciona por todas partes excelentes pastos a una prodigiosa cantidad de toros y vacas, de que están cubiertas las campiñas.

Hallan asimismo los indios de qué alimentarse en todas las estaciones, y sin trabajar gran cosa para ello. Nunca les falta la caza, y sin cultivo produce la tierra muchas clases de frutas y raíces, de las cuales varias son comestibles. Cuando han agotado un territorio, pasan a otro, lo que no puede costar gran cosa a hombres que por todas partes llevan consigo todo lo que necesitan, sin andar demasiado cargados; en cualquier parte hallan de qué cubrirse y dónde albergarse, y no conocen ninguna otra necesidad de la vida. Su vestido consiste en una piel de tigre, cuyo pelo ponen en invierno hacia adentro. Pronto están edificadas sus cabañas. Forman la armazón cuatro palos, y las paredes unas esteras bastante trabajadas de una especie de gladiolo que sacan de sus lagunas, siendo los techos de la misma fábrica. Son tan pequeñas, que por poco numerosa que sea una familia, con trabajo tiene dentro espacio para acostarse. Su colchón es una piel, y otra piel su cobertor.

Carácter de aquellos indios. Tigres del país.

Hállanse siempre estos indios en guerra con sus vecinos, y nunca se les ve sin llevar las armas. Luego que temen tener que pelear con algún enemigo poderoso, se convocan todos. Para ello encienden hogueras, y a esta señal, los caciques juntan sus guerreros. Pero aunque no fuera sino

para defenderse de los tigres, sería para ellos una necesidad el andar siempre armados. Hállanse estos animales por todas partes en aquel país, y lo que los atrae son los grandes rebaños de vacas de que he hablado. Aquellos tigres son todos de la magnitud de un ternero de un año. Tienen la cabeza muy gruesa y redondeada, como la de los leones de África. Dícese que los huesos de sus canillas no son huecos, y lo que es indudable es que tienen una fuerza asombrosa. Su punto flaco son los lomos, y por poco que les hieran en ellos, fácilmente quedan vencidos. Cuando hacen presa de un becerro o ternera, que es su alimento ordinario, empiezan por cortarles el cuello; luego beben toda la sangre que mana y le comen los intestinos. En seguida se llevan el cuerpo y lo esconden enterrándolo, y no lo comen hasta que el olfato les advierte que las carnes están corrompidas. La afición que tienen a las carnes podridas, y la finura de su olfato, hace que a menudo vayan adonde han sido enterrados los hombres (1), lo que obliga a cubrir las fosas de grandes piedras o de gruesos maderos, que no alcanzan a quitar estos animales.

---

(1) Mur. Es voz bastante corriente entre los indígenas que, entre los que están durmiendo o ya muertos, el tigre se ceba primero en los negros, luego en los indios y últimamente en los españoles, guiándose por el olor.

Víboras y serpientes.

El veneno de las víboras de este país obra con tanta prontitud, que un caballo que haya sido mordido en el pie, se detiene al punto y muere poco después, echando sangre por todos los conductos de su cuerpo. No menos peligrosa es la mordedura de la serpiente de cascabel, tan conocida en la América septentrional, pero da tiempo de recurrir al remedio que se halla en todas partes. Tienen asimismo los Guenoas la costumbre de cortarse los dedos de los pies y de las manos a medida que van muriendo sus parientes. Son sutiles y osados ladrones, y si en las reducciones expuestas a sus correrías no se tiene mucha vigilancia, no dejan un solo fruto en los árboles. El modo más eficaz de guardarse de sus sorpresas, hubiera sido el de hacerles la guerra en toda regla; pero los misioneros juzgaron mejor tentar el ganarlos para Jesucristo, y con esto convertir en amigos a aquellos vecinos tan molestos.

Cuál fué el fruto de los trabajos empleados en convertirlos.

Partió para este fin el P. Francisco García, a 7 de Septiembre, de la reducción de Santo Tomás con una tropa de fervorosos cristianos, y después de tres meses de viaje, volvió con 50 Guenoas, entre los que había algunos caciques. Animado con aquel primer fruto, empleó cuanto tiempo pudo hallar libre al año siguiente en parecidas correrías. Bendijo Dios su celo, y en 1685 hubo bastante número de prosélitos para fundar una reducción, con esperanza bien fundada de que no

sería por mucho tiempo la única. Mayor esperanza todavía habían inspirado los Yarós, vecinos de los Guenoas, porque siempre habían parecido afectos a los españoles y a los indios de las Reducciones, donde se hallaba medio de traer algunos de tiempo en tiempo, y aun muchos de ellos se habían convertido sinceramente.

Misión infructuosa entre los Yaros.

Hasta había logrado el P. Francisco Ricardo formar una especie de pueblo de los Yarós, que había puesto debajo de la protección del Apostol San Andrés. Pero se había apresurado demasiado a separarlos de los antiguos cristianos. Justamente cuando más se fiaba de su perseverancia, un día de gran solemnidad, después de haber cantado el día antes las Vísperas con apariencia de la más sólida piedad, acudieron muy de mañana los principales a él, y le declararon que todos querían retirarse para volver a su antiguo modo de vivir. Sorprendido de aquella súbita resolución, les preguntó si les había dado algún motivo de disgusto, o si les faltaba algo qne él pudiera procurarles. Respondieron que no; que él se les había adelantado siempre hasta para adivinarles el gusto; que el único motivo de retirarse era el haberles dicho que el Dios de los cristianos está en todas partes y nada se le puede ocultar; que ellos no querían un dios tan sabio; que los suyos no los vigilaban tan de cerca; que en sus bosques tenían entera libertad de pensar, hacer y decir cuanto querían, y

pareciéndoles preferible esta libertad a todo, la querían conservar.

Pero, les respondió el misionero: «¿habéis olvidado lo que también os he repetido tantos veces, que el Dios de los cristianos es el único verdadero; que todos los otros son demonios, o no son nada; que no está en poder de nadie el sustraerse a su dominio, y que, aunque os escondiéseis en lo más hondo de vuestras cuevas, o en lo más intrincado de vuestros bosques, no se escapará de su penetración ni el más leve pensamiento vuestro, y nadie podrá libraros de su justicia; que os tratará con tanto mayor rigor, si abandonáis su servicio después de haberle conocido y adorado como a vuestro Criador y supremo Dueño, cuanto habéis pagado la gracia que os había hecho con la más negra ingratitud, y no podréis excusaros con la ignorancia?» Este razonamiento no hizo impresión alguna en ellos, y desde aquel mismo día no quedó ni uno siquiera en el pueblo.

No es posible imaginar, si no se ha experimentado, lo que siente un corazón apostólico al ver frustrados tantos trabajos que la sola esperanza de recoger sus frutos podía hacer llevaderos, y la ruina de tantas almas, que se obstinan en perderse por más que se haga para salvarlas. Nada hay más propio para hacer entender a los ministros del Señor, que en vano preparan ellos la tierra y la siembran, si Dios no hace fructificar la semilla;

y que cuando no lo quiere con voluntad eficaz, todo el remedio se reduce a adorar la profundidad de sus juicios, sin cesar de estar siempre prontos a no descuidar nada para secundar las vías de su misericordia, aun mientras hace estallar todos los rigores de su justicia. He aquí también otra nueva ocasión en que hubieron de traer a la memoria los Jesuítas del Paraguay esta importante verdad.

Dispónense dos Jesuítas á entrar en el Chaco.

Mientras por la parte del Paraguay y Uruguay se trabajaba con estas alternativas de buenos y malos sucesos, como los han de esperar siempre los operarios evangélicos, el P. Tomás de Baeza, Provincial de los Jesuítas, creyó haber hallado favorable ocasión de extender el reino de Dios en el Chaco. Tenía entonces el Tucumán por Gobernador a D. Fernando de Mendoza Mate de Luna, y de Obispo a D. Nicolás de Ulloa, de la orden de San Agustín, entrambos recomendables por sus cualidades, muy aptas para hacer respetar la virtud y procurar el bienestar de los pueblos encomendados a sus cuidados. No tuvieron dificultad alguna los Jesuítas en persuadirles que nunca sería el temor ni la fuerza lo que abriese la puerta del Chaco al Evangelio, y que no había que esperar establecer en él la dominación del Rey Católico, sino cuando sus habitantes, hechos cristianos, conociesen la ventaja de sujetarse a él voluntariamente.

Júntase a ellos un santo eclesiástico.

Hallándolos el P. Baeza en esta feliz disposición, les comunicó el designio que había formado. Aprobáronlo, y eligió para ejecutarlo al P. Diego Ruiz, aragonés, quien estaba enseñando Teología en la Universidad de Córdoba, y al P. Antonio Solinas, natural de Oliena en Cerdeña, quienes se encaminaron luego a Salta, donde residía de ordinario el Gobernador. Hallaron allí al Licenciado D. Pedro Ortiz de Zárate, de una nobilísima familia de Vizcaya, y cuyo origen hace subir el Dr. Xarque hasta el Infante Bela, hijo de Jaime, Rey de Aragón, y sobrino de Alfonso, Rey de Castilla. Era hijo y nieto de los que habían conquistado el valle de Jujuí, y su padre era el fundador de la ciudad de este nombre. Habíase casado a la edad de diez y siete años, con Petronila de Ibarra, heredera de las casas solariegas de Ibarra y Murguía, de la provincia de Guipúzcoa, y había tenido en ella dos hijos; mas, habiéndola perdido á los dos años de casados, por la desgracia de una torre que al caer la aplastó entre sus ruinas, tomó la resolución de consagrar el resto de sus días al servicio de los altares, y a la edad de veintiseis años, empezó los estudios en la Universidad de Córdoba. Luego que recibió las sagradas órdenes, volvió a Jujuí y aceptó el curato de la ciudad. Algún tiempo después fué nombrado Juez eclesiástico de diezmos y Comisario del Santo Oficio y de la Santa Cruzada. Finalmente, D. Francisco de Borja, sucesor de

D. Melchor de Maldonado en el Obispado de Tucumán, lo nombró Visitador de la Diócesis, empleo que desempeñó con tanto celo y desinterés, que el Real Consejo de las Indias se proponía presentarlo al Rey para un Obispado de importancia, cuando llegó la nueva de su muerte a España.

Este santo eclesiástico, al ver a los dos misioneros, a quienes tantas experiencias le hacían mirar como víctimas destinadas a la muerte, se sintió inspirado para participar con ellos de las fatigas y riesgos de tan hermosa empresa. Hacía tiempo que le andaba este pensamiento por la cabeza, y no cesaba de solicitar a los Tribunales superiores de América y al Consejo de las Indias para obtener licencia de entrar en el Chaco. Obtúvola por fin para acompañar a los Jesuítas. Como el intento era de fundar una reducción, o restablecer la que se había abandonado después de la expedición de D. Angel de Peredo, creyó el Licenciado que era a propósito hacerse dar escolta, y llevar consigo obreros y algunos sirvientes; y en esto y en algunas provisiones empleó lo que le quedaba de caudal de que pudiera disponer.

Habiéndose despojado así de todo, y reducido a la pobreza evangélica, que tanto recomendó el Salvador del mundo a sus Apóstoles, partió de Jujuí con sus dos compañeros a 20 de Abril de 1683, después de haber hecho ir delante a 24 españoles y 40 indios, a quienes alcanzó el 4 1683-85. Montaña de Centa.

de Mayo. El 6 llegaron a la cumbre de la montaña de Centa, desde donde se descubre casi todo el Chaco, cuando el cielo está muy puro, y a donde no se llega sino después de haber caminado diez y seis leguas siempre subiendo. Nunca cubren las nubes su cima, pero muchas veces se ve a los pies como un vasto mar que roba enteramente la vista de la tierra (1).

Habiendo visto este espectáculo los tres misioneros al llegar a lo alto del monte, lo tuvieron por un presagio de que no tendrian la dicha de disipar las tinieblas de la infidelidad en que se hallaba sumida aquella infeliz región; y que el único fruto de su empresa sería entrar en el cielo, cuyo esplendor y majestad descubrían desde allí mejor que se pueda ver desde ningún otro punto de la tierra. Para bajar luego al llano tuvieron necesidad de sumergirse, por decirlo así, en el espesor de aquella nube, que se deshacía en agua y producía una oscuridad tan cerrada, que para no separarse, se veían obligados a llamarse continuamente unos a otros. Mas la oscuridad les fué provechosa, porque les excusó la vista de gran número de preci-

---

(1) Henr. «La cumbre de la misma serranía, a la cual merecen pocas veces coronar las nubes, pero sí muchas veces a sus pies.» (Carta del P. Diego Ruiz al P. Provincial, desde el Chaco, a 25 de Junio de 1683.—Lozano. *Descr. corogr.*, § 49.)

picios y malos pasos, que los habrían atemorizado y hécholes parecer la bajada impracticable. Llegaron, por fin, a un valle estéril de cuatro leguas de extensión, y que dos circunstancias hacían casi inhabitable.

La primera es que quien allí vive, aun en invierno, es devorado de mosquitos y otros insectos semejantes, y en verano la persecución es tan terrible, que no se puede parar ni tomar descanso alguno. La segunda, que no se puede recibir ningún socorro cuando se desbordan los ríos, y se halla uno rodeado de salvajes enemigos de todos los demás hombres, a quienes no es posible domesticar. Había edificado allí D. Martín de Ledesma un fuerte que le sirviese de refugio cuando fuera necesario; pero ya no quedaban más que sus ruinas. Los bárbaros, de quienes no había tenido desconfianza, lo acometieron en tan gran número, que de 100 españoles que mandaba, se tuvo por milagro que lograse volver a Tucuman con unos pocos, y esos en su mayor parte heridos o enfermos.

Reducción de San Rafael.

Recibieron allí los misioneros la visita de un cacique de los Ojotás, quien los condujo a su aldea, y allí, al día siguiente de su llegada, se juntaron muchos otros indios de la misma nación y bastante número de Tobas y Taños, y los llevaron al llano de Ledesma. Pareciendo todos muy dispuestos a vivir debajo de su dirección,

empezaron inmediatamente una reducción, con el título de San Rafael, donde, en pocos días, hubo ya 400 familias. Los españoles e indios de la escolta de D. Pedro Ortíz fueron alojados aparte. Mas *** *acercándose la primavera, estación en que se empieza a cerrar la comunicación con el Tucumán* *** (1), fué preciso apresurarse a ir a buscar provisiones para evitar que los habitantes de la nueva Colonia se hubiesen de dispersar a buscar con qué alimentarse. Encargóse de esta penosa comisión el P. Ruiz, y durante su ausencia emplearon los otros dos misioneros todos los intervalos de tiempo que les dejaban libres las funciones de su ministerio en recorrer los alrededores de su residencia para hacer nuevas adquisiciones de prosélitos, en lo que fueron muy afortunados.

Algún tiempo después tuvieron noticia de que el P. Ruiz había salido de Salta con un convoy. El Gobernador, el Obispo y varias personas de importancia habían sufragado generosamente una

---

(1) *** Comme l'hiver approchait, et que dans cette saison toute communication avec le Tucuman est fermée ***—Mur. Se empiezan a cerrar los caminos en la primavera a causa del deshielo [y de las lluvias, que continúan en verano y parte del otoño]: y por eso en tiempo del invierno se ha de pensar en proveerse de los bastimentos si han de venir de otra parte. Por el mismo motivo hacen los españoles sus entradas o expediciones al Chaco ordinariamente en el invierno.

gran parte de los gastos, y el Padre iba escoltado por el Sargento mayor, D. Lorenzo Arias, con un destacamento de soldados. Creyeron que debían salir á recibirlos nuestros misioneros, y llevaron consigo alguno de los que el Licenciado había conservado en su compañía. Detuviéronse a seis leguas de la Reducción, en una Capilla que habían edificado a honra de la Santísima Virgen, y desde allí envió D. Pedro Ortíz un hombre al P. Ruiz para avisarle que no siguiese el camino ordinario del vado del río Bermejo, sino que tomase por más abajo una senda que él había hecho limpiar y conducía a la Capilla, donde le aguardaban.

Apenas había salido el enviado, cuando acudió un cacique mataguayo a avisarle en secreto que los Tobas y Mocovís habían jurado su muerte y la de su compañero. No había tenido siquiera tiempo de deliberar con el P. Solinas sobre aquel aviso, cuando de repente vieron salir de una selva cercana 150 Tobas y cinco tropas de Mocovís. Era (1) *** *el 27 de Octubre* *** al amanecer. Al verlos, el Licenciado despachó nuevo correo al Padre Ruiz para hacerle saber la situación en que se

Conjuración contra los Misioneros.

(1) *** Le dix-sept Mars ***—Hern. El hecho sucedió en el mes de Octubre y en el día 27, como, sin dejar lugar a duda, expone el P. Lozano en su *Descr. corog. del Chaco,* § 51, donde se pueden confrontar fechas y cartas que lo confirman. La misma fecha señala *Xarque,* lib. III, cap. XXXI.

hallaba y pedirle que no pasase el río mientras no tuviese noticias suyas, pues si los infieles sabían que venía con soldados, no dudarían de que los españoles tenían intento de subyugarlos y hacerlos esclavos, lo que no podía menos de hacerles tomar alguna siniestra resolución. Añadía que él y el P. Solinas iban a salirles al encuentro para disipar todas sus sospechas y darles tales muestras de amistad, que confiaban en hacerles deponer las armas e inducirlos a volverse a sus moradas si no podían ganarlos para Jesucristo.

Son muertos a traición.

Luego que hubo escrito esta carta se dispuso a decir Misa, por haber acabado la suya el P. Solinas, y apenas había salido del altar, cuando vió ya muy cercanos a los indios, por lo cual les salió al encuentro para preguntarles cuál era el motivo de su venida. Respondieron que venían con intenciones de paz. En aquel momento llegó el P. Solinas, y ambos hicieron a los bárbaros algunos regalos, que ellos recibieron con grandes muestras de agradecimiento. Empezaron luego a hablarles de la gran felicidad que se experimenta en el servicio de Dios verdadero, y aquellos pérfidos, como quien no quiere perder una palabra de un razonamiento que mostraban agradarles, los fueron rodeando por todas partes, y luego, repentinamente, lanzando horrorosos gritos, los acribillaron a flechazos y los remataron con las macanas. Dirigieron entonces las armas contra los

de su comitiva, que eran unos ocho o diez, y a ninguno perdonó su furor. Hecho esto, desnudaron los cuerpos y les cortaron las cabezas, que se llevaron como en triunfo para beber en los cráneos, según su costumbre cuando han obtenido alguna victoria.

Antes de ejecutar su detestable designio, habían hecho salir un destacamento que sorprendiese al P. Ruiz; pero, habiendo tomado aquella gente el camino que el Licenciado había recomendado al Padre evitase, erró el golpe en el instante en que el Padre recibía la carta de D. Pedro Ortiz. Sospechó lo que había ocurrido, y el 29 se lo confirmó un cristiano que se había escapado al principio de la matanza, y como no distaba más que 18 leguas de la Reducción de San Rafael, se apresuró a llegar allá con su convoy, pero no encontró a nadie. Los españoles e indios que allí había dejado el Licenciado se habían retirado a la llanura de Centa, y el temor del enemigo había dispersado a los indios de la aldea. Quería el sargento mayor que había acompañado al P. Ruiz perseguir a los asesinos de los dos misioneros, pero le disuadió el Padre, haciéndole ver que era demasiado tarde para esperar darles alcance. Deshácese la Reducción.

Tomaron, pues, el camino de la capilla, y llegados allá, encontraron los cuerpos enteramente cubiertos de flechas y casi del todo descarnados por las aves de rapiña, a excepción del de D. Pedro, Honores que se hacen a los confesores de Jesucristo.

que estaba a la entrada de la capilla, parte dentro y parte fuera, sin que se pudiese atinar quién lo había llevado allá. El del P. Solinas estaba a la entrada del bosque y no fué reconocido sino porque a su lado se encontró el ceñidor, el rosario y uno o dos libros de devoción. Fué llevado a Salta y el de D. Pedro a Jujuí. A uno y otro se hicieron en todas las ciudades del Tucumán los honores debidos, porque independientemente del motivo que los había inducido a arriesgar la vida, hubo suficientes pruebas de que los infieles no se la habían quitado sino a instigación de algunos hechiceros que los miraban como enemigos de sus dioses. Pero el P. Lozano nos hace saber alguna otra cosa (1). He aquí lo que se halla en su *Descripción histórica del Chaco*.

Sábese el martirio en Cerdeña el día que sucedió.

En Bitti de Cerdeña, donde tienen un convento los PP. Capuchinos, un religioso, natural de Oliena, que, como ya he dicho, era la patria del Padre Solinas, estando en refectorio con la comunidad, prorrumpió de pronto en extremos de alegría que causaron cierta especie de escándalo; y habiéndole dado el Superior, al salir de comer, una severa represión, le dijo que en aquel momento le había dado Dios a conocer que el P. Solinas, de la Compañía de Jesús, compatriota suyo, había

(1) Charl. *Descripción geográfica* [*sic* por *corográfica*] *del Gran Chaco*, § 51.

recibido la corona del martirio en el Chaco, una de las provincias del Paraguay, y no había estado en él contener la alegría que había experimentado. El P. Guardián le mandó que pusiese por escrito lo que le acababa de decir. Hízolo en presencia de todos los religiosos de la casa y lo firmó con juramento. Firmaron asimismo el Guardián y toda la comunidad y el original fué enviado a la casa de los Jesuítas de Oliena, donde se conserva. Al año siguiente se recibió del Paraguay todo el relato del martirio.

Entretanto, inquieto en gran manera el Gobernador del Tucumán por la suerte del Sargento mayor y del P. Ruiz, se había puesto en campaña para acudir a su socorro. Pero se le adelantó el Teniente de Jujuí, y trajo a uno y otro con su convoy a aquella ciudad. Por otra parte los Jesuíttas, animados con el ejemplo de sus hermanos, se persuadían de que a fuerza de regar el Chaco con sus sudores y sangre, lo harían fértil en verdaderos cristianos y suspiraban más que nunca por esta misión. Pero las órdenes del Consejo de las Indias, que limitaban la elección de los misioneros a los súbditos naturales de los Reyes Católicos, habían disminuído considerablemente su número, y no quedaban siquiera bastantes para llenar las misiones ya establecidas, o para fundar otras nuevas en pueblos de quienes pudiera esperarse más que de los del Chaco.

Nueva empresa infructuosa.

El Virrey del Perú y el Gobernador del Tucumán por su parte creían empeñado el honor del nombre español en vengar la perfidia de los Tobas y Mocovís, cuya insolencia crecía a proporción que con ellos se empleaban la blandura y las consideraciones para mantenerlos tranquilos. El primero, que era el Duque de la Palata, resolvió hacer entender de una vez a aquellos bárbaros que no se ofendía impunemente una nación que se hallaba en estado de hacerse respetar; y con este intento, sabida la muerte de *** *D. Juan Díez de Andino* *** (1), Gobernador del Paraguay, nombró por su sucesor interino a D. Antonio de Vera Mujica, y le mandó que pasase inmediatamente al Tucumán y tomase el mando de las tropas para ir a castigar por su perfidia a los matadores de D. Pedro Ortiz de Zárate y del P. Solinas.

Luego que D. Antonio hubo recibido esta orden, partió para el Tucumán con 400 españoles y 500 indios, y escribió al P. Baeza que le enviase dos de sus religiosos, agregando que no los pedía sino para tenerlos a mano, caso de encontrar indios que sinceramente se hallasen dispuestos a vivir debajo de su dirección. No creía el Provincial que se hallase D. Antonio en muy buena ocasión para emplear los religiosos, persuadido de que no era buen medio de inducir a los infieles

(1) *** Don Joseph Endino ***.

a abrazar el cristianismo el presentarse con las armas en la mano. Hizo, sin embargo, lo que le pedía el nuevo Gobernador del Paraguay, y le dió al P. Ruiz con un hermano llamado José de la Estrada, buen catequista, los cuales fueron a Esteco, desde donde salió el ejército a 5 de Julio de 1685.

Apuro a que se ve reducido el Tucumán.

No referiré los detalles de esta expedición, que no fué afortunada, y de la que no sacaron más ventaja los españoles que el hacer un centenar de prisioneros. Hasta se dejaron quitar, por negligencia de algunos oficiales, 300 caballos a vista de 300 hombres bien atrincherados, y tuvieron tan poco cuidado con los víveres, que a la vuelta padecieron muchos soldados cuanto tiene el hambre de más espantoso. Por lo mismo esta campaña, en la que se habían fundado grandes esperanzas, no sirvió más que para persuadir a las naciones del Chaco de que nada tenían que temer de los españoles, y de que impunemente podían insultarlos y devastar sus fronteras. Hízose luego, durante varios años, cuanto podía confirmarles en semejante opinión. Los Gobernadores de Tucumán, totalmente ocupados en sus intereses, les dejaron ejercitar los mayores insultos contra la provincia, y las cosas llegaron a punto que las ciudades más expuestas a los asaltos, no se atrevían a apartarse de lo edificado para remediar la indigencia a que las reducía la desolación de sus campos.

Frústrase una orden del Rey.

Nada era, sin embargo, más fácil que remediar este desorden. Para ello bastaba seguir el plan que había señalado el Rey en su Consejo. Informado de las circunstancias de la muerte de D. Pedro Ortiz de Zárate y del P. Solinas, había echado de ver que lo único que faltó a los dos misioneros para asegurar sólidamente el establecimiento comenzado, fué el poder persuadir a los pueblos del Chaco de que en nada menos se pensaba que en atentar contra su libertad, y que se pretendía sólo procurarles el conocimiento del verdadero Dios, hacerlos dichosos y ponerlos debajo de la protección de los misioneros y al abrigo de las alarmas que tan frecuentemente turbaban su reposo. Quiso, por tanto, S. M. tomar las más acertadas providencias para hacer entender a los infieles que no buscaba sino su verdadero interés.

Para esto firmó a 6 de Diciembre de 1684 una Real Cédula, en la que encargaba al Gobernador de Tucumán que hiciese saber a los PP. de la Compañía de Jesús, que su intención era de que continuasen trabajando con su buen celo ordinanario en la salvación de aquellas naciones; que podían asegurar a cuantos se mostrasen dóciles a sus instrucciones, y quisieran vivir debajo de su dirección, que desde entonces quedarían también defendidos por la protección real, y gozarían de los mismos privilegios de los que se habían suje-

tado voluntariamente al Rey, esto es, que estarían como los que componían las Reducciones del Paraná y Uruguay.

Sin embargo, siendo al principio necesario proveer a la seguridad de los que tuviesen ánimo de exponerse al furor de aquellos bárbaros irritados, y naturalmente pérfidos, quería Carlos II que entrasen escoltados por 20 o 25 soldados, que escogerían ellos mismos entre los que juzgaran dispuestos a portarse con los infieles de modo que, asegurándoles de sorpresas y traiciones, disiparan con su cordura y piedad las desconfianzas y borrasen las malas impresiones que, con daño de la religión cristiana, les habían inspirado la conducta poco edificante de los españoles y la dureza con que trataban a los indios convertidos. Pero órdenes tan sabias no produjeron el efecto que debía prometerse de ellas el Príncipe, y los Jesuítas conocieron muy luego que era preciso emprender otro camino y tomar otras disposiciones, si se quería hacer algo sólido en el Chaco.

Fundación d colegio de Tari

Después de formar para ello varios planes, se resolvieron a adoptar el siguiente, aunque no tuvo feliz éxito para el fin que ellos se habían propuesto. Tenían ellos sus miras, y Dios tenía las suyas. Pronto numerosas naciones, que ahora no conocían sino de nombre, habían de aprovecharse de los esfuerzos siempre inútiles que no cesaban de hacer en favor de los pueblos del Chaco. Des-

de hacía algunos años se había fundado en la provincia de los Charcas, a 41° y 43′ de latitud (1) austral, una ciudad que llevaba el nombre de Tarija, que es el del valle en donde se halla situada. Confina su territorio con las principales habitaciones de los Chiriguanos, algunos de los cuales eran aliados de los españoles. Esperando los Jesuítas que por su medio podrían hacer fácilmente entradas en el Chaco, habían puesto los ojos en la nueva ciudad para que sirviese de estación y refugio a los misioneros que se empeñaran en penetrar en aquella provincia. Pero no tenían allí casa, aunque fueran muy deseados, y los habitantes hubiesen dado ya muchos pasos para tenerlos en su ciudad.

1690. Una misión que dieron allí el P. Ruiz y otro Jesuíta en 1690 tuvo tan gran éxito, que toda la ciudad se movió para obtener que se fundase en ella un colegio. La dificultad estaba en hallar fundador; pero D. José Campero de Herrera, caballero de Alcántara, y que muy luego fué Marqués del Valle de Tojo, en unión con su esposa doña Juana Clemencia Bermúdez, se encargó de serlo. Empezó por asegurarse de la aprobación de la Real Audiencia y del Arzobispo de la Plata, y ambas autoridades dieron la licencia, con que se

(1) Mur. No, sino a los 21° y 43′.

obtuviese la del Rey, a quien escribieron inmediatamente el Presidente de la Audiencia, D. Cristóbal de Messía y el Arzobispo. Puede verse en los documentos la carta del Arzobispo.

Aprobó Carlos II que se estableciese un colegio de Jesuítas en Tarija, y el P. Donvidas, que había sido encargado de aquel establecimiento, se prometía recoger de él los primeros frutos. Ya se disponía a ir a visitar a los Chiriguanos, que eran los más inmediatos a aquella ciudad, y cuya conversión era el primer fin a que se había mirado en la fundación del colegio, cuando recibió orden del P. General de pasar a Chile por Visitador. Había elegido el Cielo a otro para cumplir el intento que tenía en la fundación de aquel colegio, intento que era aún el secreto de la Providencia, que por medio de grandes pruebas y virtudes preparaba para él, al hombre apostólico de quien quería servirse para realizarlo.

Quién era el primer Apóstol de los Chiquitos.

Era el P. José de Arce (1) natural de Palma, una de las islas Canarias, donde desde su tierna edad se consagró a Dios en la Compañía de Jesús. Muy joven aún pasó al Paraguay, y habiendo reconocido el P. Provincial en él un talento especial para el púlpito, lo destinó a la predicación, a pesar de sus ruegos y solicitudes de ser empleado en las

---

(1) Mur. José Agustín.

más penosas misiones. No se desalentó ni aun con todas las negativas que le dieron: recurrió al Santo Apóstol de las Indias para obtener la gracia que pedía y fué escuchado. Algunos accesos de fiebre que le sobrevinieron obligaron al médico a purgarlo; más habiéndole dado el enfermero por descuido la medicina de otro enfermo, lo redujo en poco tiempo a punto de muerte. Su Provincial, que era el P. Baeza, no aguardando sino del Cielo la conservación de un sujeto que tan querido le era, no pudo negarle la licencia de hacer voto, si sanaba, de consagrarse el resto de sus días a la conversión de los infieles. Hízolo, valiéndose de la mediación de San Francisco Javier, y en el mismo punto se reconoció que estaba fuera de peligro.

Misión en las tierras de Magallanes.

Hablábase por entonces mucho de enviar misioneros a la extremidad del continente de América meridional que termina en el estrecho de Magallanes. Algunos años antes el P. Nicolás Mascardi, Jesuíta italiano, había ido allá desde Chile. Había recorrido casi todo el país en que los geógrafos ponen a los Patagones, que hoy ya no son conocidos por este nombre ni por la talla gigantesca que les atribuían los viajeros; había anunciado allí a Jesucristo y nada había recogido de sus trabajos, sino la palma del martirio. Poco después de su muerte, sus asesinos, movidos de arrepentimiento sincero, al parecer, de su crimen, pidieron

que les enviasen misioneros; y aun aseguraron, a lo que se dice, que se les había aparecido el confesor de J. C., les había consolado y prometido que pronto irían algunos de sus hermanos a doctrinarlos en las verdades que no habían querido recibir de su boca.

Como los Jesuítas que trabajaban en el Tucumán hacían a veces excursiones muy lejanas por aquella parte, parece que fué a alguno de ellos a quien se dirigieron los indios. Lo cierto es que en el tiempo de que voy hablando se pensaba seriamente, en el Paraguay, enviarles misioneros, y que el modo como había recobrado la salud el P. Arce, hizo poner en él los ojos para aquella misión. Pero cuando estaba para partir a ella, se recibieron noticias que obligaron a los Jesuítas del Paraguay a renunciar a aquella empresa. Ciertos españoles de Chile, más atentos a sus intereses que a los de la religión, con pretexto de vengar la muerte del P. Mascardi, entraron a mano armada en el país donde había sido muerto el misionero, y hasta censuraron como un crimen en los Jesuítas del Paraguay el haber querido invadir los derechos del reino de Chile. No he llegado a saber lo que sucedió al fin; sólo sí que en 1703 algunos Jesuítas de aquel reino empezaron una misión en el mismo paraje en que el P. Mascardi había tenido la suya, y por cartas escritas desde el Paraguay sé que los PP. de esta provincia están actualmente ocupados

en adelantar sus conquistas espirituales hasta el Estrecho (1).

Es destinado el P. Arce a la misión de los Chiriguanos.

No se pensaba por entonces en el Tucumán en otra cosa sino en los Chiriguanos; y el P. Arce, que era destinado para misionero suyo, recibió orden de encaminarse al punto a Tarija para tomar posesión del colegio que ya estaba terminado. Apenas había llegado allá, cuando ciertos Chiriguanos, salidos de las riberas del Pilcomayo, y con su cacique a la cabeza, fueron a suplicarle con las mayores instancias que hiciese una reducción entre ellos, asegurándole que estaban resueltos a vivir debajo de la dirección de los PP. de la Compañía. No se dudó que Dios le había devuelto la salud para trabajar en la salvación de aquella nación; él mismo parece que lo creyó así también; pero esta empresa no fué sino la ocasión de otra en que no se pensaba.

Disposición en que los halla.

Correspondió con gozo el P. Arce a las invitaciones de los Chiriguanos; más como no ignoraba que aquellos infieles a una dureza de corazón que sólo el interés podía ablandar por algún tiempo, juntaban una versatilidad que con nada se había logrado fijar hasta entonces, encargó a algunos Guaranís que le habían dado para que sirviesen de

(1) Mur. Cuando esto se escribía, se estaba haciendo la exploración de las costas magallánicas, de que se dirá en el libro XXII.

catequistas e intérpretes, que sondeasen sus verdaderas disposiciones, y si las hallaban tan sinceras como a él le parecían, nada omitiesen para mantenerlas. Cumplieron muy bien los neófitos su cometido; nada omitieron para hacer entender a los Chiriguanos la dicha de que disfrutaban ellos mismos desde que vivían sujetos á la ley del Evangelio. Extendiéronse mucho en ponderar el esmero de sus pastores en proveer a todas sus necesidades, y su tesón en no permitir que se atentase a la libertad de los indios, ni los molestasen de ningún modo.

Pareció al principio al P. Arce que aquellas conversaciones habían hecho impresión en los Chiriguanos; aunque el gozo que tenía no estuvo mucho tiempo exento de inquietud. Pocos días después, algunos Chiriguanos establecidos en el Río Bermejo fueron a Tarija, y por más que se hizo para ganarlos, respondieron que toda su nación temía mucho que los PP. de la Compañía, al establecerse entre ellos, tuviesen intento de sorprenderla con artificiosas caricias para entregarla más tarde a los españoles. Nada omitió para disipar aquellos recelos; pero la prisa que mostraron aquellos bárbaros por volverse a sus moradas, le hizo creer que no lo había logrado.

Hacen varias expediciones el P. Arce y otro Jesuíta.

No pareció, sin embargo, haber cambiado nada aquel ejemplo en el modo de pensar de los primeros, que no quisieron salir de la ciudad sin que,

mientras llegaban los misioneros que les habían prometido, les diesen Guaranís en prenda de la promesa hecha. Ninguna dificultad hubo en satisfacerles, con la esperanza de que aquellos rehenes harían entre ellos el oficio de catequistas, y estarían aún en mejor estado para conocer sus verdaderos sentimientos. Siguióles al cabo de dos meses el P. Arce con el P. Miguel de Valdolivas. El maestre de campo D. Diego Porcel de Pineda, que debajo de su traje militar abrigaba el celo de un apóstol, y desde hacía mucho tiempo se había conciliado la estima y confianza de los Chiriguanos, les había prometido que les seguiría de cerca. Púsose efectivamente en camino con su hijo; pero cayó enfermo en un pueblecito de Mataguayos, de donde fué preciso trasportarle a su casa.

El hijo, tan virtuoso como su padre, no quiso abandonar a los misioneros, quienes en la corta estancia en aquella aldea, ganaron para Jesucristo algunas familias de aquellos indios, y las enviaron al valle de *Las Salinas*, adonde muy pronto fueron ellos con el joven Porcel. Está situado este valle entre el Pilcomayo y el río Bermejo; y no se podía hallar, á lo que parece, lugar más aparente para la reducción. Pero era menester asegurarse de si vendrían bien en ello los Chiriguanos. Llegaron, pues, los dos Jesuítas y su fiel conductor hasta la primera aldea de aquellos indios, donde se les hizo un recibimiento que les dió las mayo-

res esperanzas de feliz éxito para su empresa. Mas sabiendo que otros indios parientes de un cacique muy acreditado en aquella nación, habían sido muertos poco hacía en una refriega con los súbditos de un cacique cercano, juzgaron que era menester empezar por reconciliar los dos partidos. Pusiéronse, por tanto, en camino para ir a ver al cacique ofendido; pero al ir hacia allá supieron que guardaban todos los pasos unos Tobas confederados con su enemigo, y que no podían menos de caer en sus manos si pasaban adelante. Contentáronse, pues, con enviarle un expreso para significarle el deseo que tenían de verle y lo que los detenía para no ir a su morada. Hízoles responder que tendría mucho gusto en saber de boca de ellos mismos el fin de su viaje; que él hubiera ido a encontrarlos, si no fuera por detenerle una herida que había recibido queriendo vengar la muerte de sus parientes; y que se hallaba en tal situación, que no podía evitar su ruina si ellos no movían a los españoles a que le socorriesen. No fué menester más para hacer que los dos Padres resolviesen volver a Tarija, y Porcel quiso acompañarles. Al pasar por una aldea llamada *Chimeo* hallaron a los habitantes muy enojados contra ellos, porque dos caciques les habían persuadido que su entrada en el país no tenía otro fin que el de hacerlos esclavos de los españoles; pero Porcel les habló tan bien, que los desengañó. Estaban

también en dicha aldea los Guaranís que habían sido enviados para examinar el estado de los Chiriguanos, y dijeron que por donde quiera que habían pasado, habían hallado a aquellos indios en excelentes disposiciones.

Reconcilian los Misioneros a dos caciques.

Muy cerca de aquella aldea hay otra, denominada *Tariquea*, cuyos habitantes estaban resueltos, según se decía, a quemar vivos a los primeres Sacerdotes españoles que se atreviesen a entrar en su territorio. Quisieron certificarse de ello los Padres por sí mismos, y quedaron muy sorprendidos de ver que salía a su encuentro el cacique en persona seguido de una multitud de indios, quienes los abrazaron todos, y les mostraron los más vivos deseos de vivir debajo de su dirección. Y aun les costó gran trabajo el lograr que les dejasen continuar el viaje hasta Tarija, de donde no tardó a salir el P. Arce en compañía del P. Juan Bautisma Zea, por lo que le habían referido los Guaranis de la acogida que les habían hecho; habiendo antes obtenido el socorro que acababa de pedir a la ciudad, y reconciliado a los dos caciques, lo que no le costó sino sólo el hacer el viaje.

Lo que fué más extraño y pareció un prodigio en estos indios, entre quienes, después del amor por la libertad, la mayor pasión es la venganza, fué que el P. Arce lograse comprometer a los parientes de los que habían sido muertos, a sacrifi-

car su resentimiento en beneficio de la paz. El cacique agresor fué luego quien más deseos mostró de ser instruído en la Doctrina Cristiana; los mismos sentimientos adoptaron todos sus vasallos, e instaron al P. Arce para que no les dejase. Para empeñarle en que les concediese esta gracia, el cacique le rogó que bautizase a su hijo, qne era chiquito. Consintió el siervo de Dios; pero persuadióle de que, antes de quedarse de asiento en aquella aldea, necesitaba ir a ver en qué disposición estaban las aldeas cercanas con respecto a la religión cristiana.

Despidió luego los soldados españoles que con él habían venido de Tarija, y tomó con el P. Zea el camino del Guapay, siguiendo siempre la cordillera chiriguana. Padecieron en el viaje cuanto se puede imaginar, porque no tenían guía, y el hambre era extrema en todas partes. Pero tuvieron el consuelo de hallar pueblos que los veían con placer, los escuchaban con respeto y se empeñaban en que se quedasen con ellos. Hasta bautizaron algunos moribundos que se lo rogaron con instancia. Llegados a la ribera del Guapay, vieron que iba hacia ellos una mujer que se deshacía en lágrimas. Era la hermana de un cacique Chiriguano, y les dijo que su hermano había sido condenado a muerte por el Gobernador de Santa Cruz de la Sierra, quien lo hacía buscar, y de quien no podría escapar; que, sin embargo, era

inocente del crimen de que le acusaban, y que les suplicaba que empleasen su valimiento con el Gobernador para inducirle a sobreseer en la persecución del acusado.

Los PP. Arce y Zea en Santa Cruz de la Sierra.

Pareció muy propia la ocasión a los dos misioneros para conciliarse el afecto de toda la nación Chiriguana, para la que se lisonjeaban ya de haber llegado el día de Dios. Respondieron a aquella afligida mujer que se encargarían de buen grado de ser los abogados de su hermano; que se lo presentase, y ellos se empeñaban en obtenerle gracia. Retiróse con esta respuesta, y no tardó en presentarse su hermano ante los misioneros, quienes partieron con él para Santa Cruz, llegando allá a 23 de Octubre. D. Agustín Arce de la Concha, que éste era el nombre del Gobernador, los recibió con las mayores muestras de amistad y les otorgó al punto lo que pidieron para el cacique.

Disuádeles el Gobernador de la misión de los Chiriguanos.

Como una parte de la nación Chiriguana estaba establecida en la jurisdicción de su gobierno, el P. Arce le comunicó la resolución que tenía de aprovecharse de las buenas disposiciones en que le parecía que se hallaban aquellos indios para hacerles abrazar la religión cristiana, único medio, añadió, de reconciliarlos sinceramente y para siempre con los españoles, y le rogó que contribuyese con todo su poder a empresa de tan gran importancia. Díjole D. Agustín, en quien se jun-

taba con la larga experiencia un gran fondo de religión, que no dudaba que su celo y el de los PP. de la Compañía fuera muy puro; pero que él estaba persuadido de que estaría mucho mejor empleado en otra nación diferente de la de los Chiriguanos, de quienes no podía ignorar que eran cualidades reconocidas la invencible aversión al Cristianismo, la versatilidad, la dureza de corazón y la desconfianza y perfidia.

Propóneles los Chiquitos.

Añadió que la esperanza del martirio que parecía animarle no era motivo suficiente para preferir un pueblo como aquél a muchos otros que no estaban tan apartados del reino de Dios; que los Chiquitos, sus vecinos, habían hecho poco antes con él paces, cuya sinceridad no era dudosa; que le pedían misioneros; que no le era posible lograrlos del Perú, pues los Jesuítas de aquel reino con dificultad podían dar abasto para los pueblos que ya habían puesto en ellos su confianza, y los solos Mojos ocupaban un gran número de ellos, y, en fin, que él era de parecer que, dejados los Chiriguanos, que no tenían sino motivos de interés para llamarlos, se encargasen de los Chiquitos; que respondía de su docilidad, y que iba a escribir a su Provincial, y, si preciso fuera, se dirigiría al P. Tirso González, General de la Compañía, antiguo amigo suyo.

Respondiéronle los dos Padres que ellos no tenían otro intento sino de ganar almas para Jesu-

cristo, y que con la misión de sus Superiores estarían prontos siempre a ir donde quisieran enviarlos; que actualmente la tenían para los Chiriguanos, y no dependía de ellos el cambiarla. Despidiéndose luego del Gobernador, volvieron al Guapay, donde el recibimiento que les hicieron los Chiriguanos, regocijados del servicio que acababan de hacer a uno de sus jefes, les hizo olvidar todo lo que el Gobernador de Santa Cruz les había dicho. No quisieron, sin embargo, contraer compromiso alguno con aquellos indios, que les urgían para que fundasen una reducción entre ellos. Contentáronse con prometerles que si perseveraban en sus buenos sentimientos, no los abandonarían, y como prenda de la palabra que les daban, les dejaron uno de sus Guaranís, a quien encargaron que empezase en su ausencia la instrucción de los niños.

Reducción trazada en el Guapay.

No quisieron, sin embargo, los Chiriguanos dejarles partir hasta conducirlos a un paraje que juzgaron muy a propósito para establecer en él la reducción. Aceptáronlo, y dieron por nombre a la futura Colonia el de la *Presentación de Nuestra Señora*, después de haber dicho allí Misa el mismo día que la Iglesia tiene consagrado a la Presentación de la Virgen en el Templo. Siete caciques prometieron juntarse allí con todos sus vasallos, y los dos Padres, no dudando ya de que tendrían pronto el consuelo de ver una iglesia flo-

reciente en el Guapay, se apresuraron a terminar los asuntos que los llamaban a otra parte para poder volver a dar la última mano a aquella nueva fundación. Caminaron juntos algunos días y luego se separaron. El P. Zea tomó el camino de la Plata, para conferir con el Arzobispo de aquella ciudad y con el Presidente de la Real Audiencia sobre la conducta que convenía observar con los Chiriguanos; y el P. Arce volvió al valle de las Salinas para impedir que la falta de sustento hiciera inútil cuanto había comenzado. El joven Porcel, que parece que no lo había dejado hasta entonces, y le había servido de mucho en las mayores dificultades que a menudo ocurrían, hizo todavía este viaje con él.

Opónense los españoles a la misión de los Chiriguanos.

Las primeras dificultades de que acabo de hablar fueron suscitadas por algunos apóstatas, que bajo mano trabajaron para contraminar todos los designios del misionero. Pero pronto hubo otras procedentes de españoles, y de las que tuvo más trabajo en desenredarse. Habían entrado en grandes recelos del intento de reducción en el valle de Las Salinas, porque, acostumbrados a hacer correrías por aquel lado para robar indios y hacerlos esclavos, conocieron que tal establecimiento iba a oponer a su codicia una valla que no habían de poder pasar. A fin de parar este golpe, echaron mano de las más negras calumnias. Esparciéronlas hasta en la Plata, donde la Audiencia

Real se indignó de ellas y dió órdenes eficaces para hacerlas cesar. Fué encargado de conducir las órdenes el P. Zea, que todavía se hallaba en aquella capital de los Charcas, y salió inmediatamente con el P. Diego Centeno para Tarija, adonde llegaron a mediados de Marzo de 1691.

Semillas de desconfianza entre los Chiriguanos.

Juntósele poco después el P. Arce y salió de allí al cabo de pocos días con ellos para visitar las aldeas de Chiriguanos de las cercanías, de donde esperaba sacar gran número de prosélitos para la Presentación. Fueron recibidos en muchas aldeas con grandes muestras de afecto sincero; más en algunas otras entrevieron que no estaba la gente tan bien dispuesta como lo parecía. Y aun descubrieron muy pronto algunos sujetos que no buscaban más que ocasión o de hacerlos perecer o de obligarlos a salir del país. Era esto efecto de maquinaciones de dos caciques apóstatas de que ya he hablado, quienes, anteviendo que si la religión cristiana llegaba a verse pujante, no podrían ellos conservar sus concubinas, o sería preciso que se desterrasen del país, cosa que los indios consideran como la mayor de las calamidades, todo lo ponían por obra para evitar aquella mudanza.

Mas como no se creían todavía bastante fuertes para proceder manifiestamente, se contentaban con sembrar por doquiera grandes desconfianzas de los españoles en general y de los PP. de la

Compañía en particular, afirmando que estos religiosos, por celosos que pareciesen en favor de la libertad de los indios, eran en realidad emisarios secretos de sus compatriotas para hacerles caer en el lazo que éstos le tendían. Fueron á esparcir estas sospechas por toda la cordillera Chiriguana; y algunos, pasando por Tariquea, trataron de atraer a su partido al cacique de aquella aldea, el más afecto de toda la nación a los misioneros; pero él les habló con tanta resolución, que creyó poder lisonjearse de haberles inspirado sentimientos más razonables.

Engañábase, y algún tiempo después tuvo aviso el P. Arce de que había una conspiración próxima a estallar contra él y contra los prosélitos que ya tenía congregados en el valle de Las Salinas. Hasta corrió la voz de que a solicitación de los dos caciques se encaminaba allá un ejército de Tobas, y que los PP. Zea y Centeno, que regresaban al Guapay, habían caído en manos de aquellos bárbaros y habían sido muertos. Habíanse puesto efectivamente los Tobas en campaña para arrojarse sobre el valle de Las Salinas, pero pronto se supo que se habían vuelto atrás, y que los dos misioneros, después de haber experimentado algunas descortesías de parte de un cacique que pretendía estorbarles el paso, se habían librado con felicidad de todos los lazos que él les armó, y habían llegado a la Presentación.

Descúbrese la conspiración.

Plan del Provincial de los Jesuitas para convertir a los Chiriguanos.

Entretanto recibió el P. Arce una carta del P. Gregorio de Orozco, su Provincial, quien le advertía que para proceder con más seguridad en sus empresas, convenía establecer una reducción lo más cerca posible de Tarija, a fin de que, cuando estuviera sólidamente entablada, y en estado de no tener nada que temer de parte de los infieles, pudiera facilitar los demás establecimientos que se habrían de hacer siempre unos cercanos a otros, adelantando hacia la parte del Chaco, ocupada por los Chiriguanos. No había cosa mejor pensada; y como para lo que se proponía el Provincial, el punto más conveniente era el valle de Tariquea, y se podía confiar en el cacique de aquel paraje, allá se encaminó luego el Padre Arce.

Junta de los Chiriguanos sobre este asunto.

Recibióle muy bien el cacique, y le renovó la plena seguridad del afecto inviolable que le profesaba; mas agregó que habiendo descubierto que algunos de sus vasallos y ciertos caciques vecinos no tenían los mismos sentimientos que él, juzgaba peligroso dar cualquier paso sin haberlo comunicado primero a los principales jefes de su distrito, que confiaba que por medio de esta condescendencia los induciría a seguir su parecer; y para ésto los iba a juntar, y le pedía que se hallase en la Junta. Prometióselo el P., y se fijó el día para 30 de Julio. Pero los preparativos y la forma de esta Junta hicieron temer al Padre que el éxito no

había de ser nada halagüeño, y bien consideradas todas las cosas, persuadió al cacique que era mejor que no asistiese él.

Aguardaron los indios para empezar la deliberación a que fuera de noche oscura, y lo primero que hicieron fué un gran festín, que muchas veces interrumpieron para bailar y cantar. Al fin de cada danza se bebía en círculo a la salud de todos los convidados; y luego se trató de los asuntos, lo que duró hasta apuntar el día. Entonces, aunque se hallaban en el corazón del invierno, fueron todos a bañarse en el río. Al salir del río se separaron: todos se adornaron las cabezas con plumas de aves, y se pintaron el cuerpo de diversos colores. En seguida se pusieron de nuevo a comer y beber, y todo se hizo en este desayuno como en la cena del día antecedente.

Éxito del Consejo.

Hasta habían invitado al misionero, quien respondió que el canto le gustaba mucho más de lejos que de cerca. Pasó lo restante del día en oración, como lo había hecho la mayor parte de la noche; y a la tarde fueron a decirle que la resolución que se había tomado en la Junta era que los PP. de la Compañía podían establecer una reducción en el valle de Tariquea, pero con estas tres condiciones: primera, que nunca los sacarían de aquel valle; la segunda, que a nadie se forzaría a ser cristiano, ni tampoco a dejar la pluralidad de mujeres y contentarse con una sola; la tercera, que

los niños no serían empleados en ningún servicio, ni siquiera en el de la Iglesia.

No quiso el P. Arce explicar lo que pensaba de aquellas condiciones, y respondió en términos genéricos que a nada le obligaban, y que los dejaron contentos. Esperaba fundadamente que con el tiempo, cuando hubiese prevalecido el número de los cristianos, no sería difícil hacer entrar en razón a los demás en cuanto a lo que contenían de contrario a la santidad de la religión, al buen orden y a la tranquilidad pública, o inducirlos a retirarse ellos mismos. Insistió la Junta para obligarle a explicarse más; y él respondió que era demasiado tarde, pero que el día siguiente iría a hablar a los caciques. Fué, en efecto, y los encontró todavía congregados; y entonces les dirigió un largo discurso que fué escuchado con gran atención y seguido de aclamación general.

Fúndase la reducción.

Tomando en seguida la mano el cacique de Tariquea, dió gracias al Dios de los cristianos de haber enviado un Padre tan celoso de la salvación de las almas y que tanto empeño tomaba en el bien verdadero de ellos. Luego que cesó de hablar, condujeron todos al varón apostólico al valle, donde se eligió el sitio para la reducción. Tomó posesión de él según las formas ordinarias, y le dió el nombre de San Ignacio, porque aquella fundación había sido resuelta el día de la fiesta del santo fundador de la Compañía. Pusieron luego mano

a la obra; y como faltaban aún algunos arreglos que hacer, que no exigían la presencia del Padre, creyó que podía ir a terminar ciertos asuntos en el valle de Las Salinas. Mas apenas había llegado a él cuando fueron a avisarle que la reducción estaba perdida sin remedio si no acudía él al punto a impedir su ruina.

Alboroto en la reducción y cómo lo remedia el Padre Arce.

Emprendió al instante la marcha con D. Diego, y llegaron con mucha oportunidad. Los mismos apóstatas que siempre se habían opuesto al establecimiento de una colonia, y algunos Chiriguanos a quienes habían atraído a su parecer, se aprovechaban de su ausencia para inspirar a los demás sus juicios, y habían ganado ya a muchos. La presencia del misionero y del Maestre de campo confirmó a los que vacilaban, hizo cobrar ánimo a los que se habían dejado intimidar, y obligó a los mal intencionados a retirarse o contenerse. Pero no era bastante haber detenido los progresos del mal; era necesario, además, arrancar hasta la raíz. Los más cuerdos opinaron que se debía dar a la nueva reducción una forma de gobierno en que hubiese autorización para reprimir con el temor del castigo a quienquiera que intentase turbar el buen orden. Y el P. Arce empeñó a los principales, que eran los que habían expuesto aquel parecer, a que al momento eligiesen su Corregidor. Cayó la elección sobre el cacique a quien principalmente se debía todo lo que se había hecho; y

se llamaba *Cambichuri*. Fué universalmente aceptado; y para darle una autoridad que le hiciese respetar y temer, persuadió el Padre al comandante de la ciudad que le entregase públicamente el bastón de Corregidor.

Nuevas instancias del Gobernador de Sta. Cruz sobre la misión de los Chiquitos.

Impidieron al varón apostólico volver a Tariquea con el Corregidor ciertos asuntos que tenía que terminar con el P. Provincial, y esto fué causa de que nunca más volviese. Porque en el intermedio, el P. Orozco había recibido una carta del Gobernador de Santa Cruz de la Sierra, que le rogaba con instancia se lo enviase para emprender aquella misión de los Chiquitos, en la que tanto empeño ponía, y que le representaba como el asunto más importante a la Religión y a los intereses del Rey, y por consiguiente el más digno del celo de la Compañía, que se había ofrecido desde su entrada en estas regiones. Muy perplejo puso esta carta al Provincial que, por falta de sujetos, no podría enviar al P. Arce a los Chiquitos, sin desperdiciar la ocasión de reducir al yugo del Evangelio a los Chiriguanos, cerrando juntamente y quizá para siempre el Chaco a los misioneros.

1692. Llega un gran número de Jesuítas a Peraguay.

Pero la Providencia, que tenía destinado al Padre Arce para ser el apóstol de los Chiquitos y el fundador de una nueva república cristiana en la América meridional, sacó de su dificultad al Provincial cuando menos se lo esperaba. Porque pocos días después recibió la noticia de la llegada

de 40 Jesuítas a Buenos Aires, y al punto avisó al Rector del colegio de aquella ciudad que hiciese partir luego cinco de ellos con dos misioneros antiguos para Santa Cruz de la Sierra, y al mismo tiempo recibió el P. Arce orden de encaminarse también allá, después de haber establecido al Padre Tolo en Tariquea. El error que cometió fué el de mandar al Rector que hiciese embarcar a los cinco misioneros recién llegados en el Río de la Plata, porque después de pasar aquellos Padres grandes fatigas y perder mucho tiempo en este nuevo viaje, se vieron obligados a deshacer el camino, por no hallar cómo llegar por tierra a Santa Cruz.

Por su parte el P. Arce no había diferido ni un momento la ejecución de la orden que recibió de acudir a Santa Cruz. Pasó por la Presentación y halló aquella iglesia en buen estado; mas, como no había en ella ocupación para dos misioneros, sacó de allí al P. Centeno y lo llevó consigo a Santa Cruz. Todavía permaneció algún tiempo más el P. Cea en la Presentación, y luego recibió orden de ir a juntarse con el P. Arce. Los Padres Suárez y Cavallero lo reemplazaron en la Presentación, donde pronto observaron que todo el bien que se podía hacer se reducía a bautizar niños en el artículo de la muerte, y que todos los adultos no hacían más que dar palabra de hacerse cristianos, sin resolverse jamás a cumplirla, habiendo

dejado pasar el momento de la gracia aun aquellos mismos que más habían urgido por esta fundación, y no dando esperanza alguna de abrazar el cristianismo.

Son abandonadas las reducciones de los Chiriguanos.

No por eso se desalentaban los dos misioneros, y con una longanimidad digna del Dios a quien servían, trabajaban por hacer volver aquellos corazones rebeldes a los primeros sentimientos que habían mostrado; cuando de pronto, habiéndose juntado todos aquellos bárbaros tumultuosamente, redujeron a cenizas la iglesia y la casa de los Padres, quienes para poner su vida en seguridad se vieron obligados a refugiarse en Santa Cruz. No se mantuvo tampoco la reducción de Tariquea, ni siquiera tanto tiempo como la de Presentación. Soportaron los misioneros mientras no se trató más que de sufrir insultos de parte de aquellos de quienes siempre habían desconfiado; pero cuando el mal llegó a ganar aun a aquellos en quienes más confiaban, les fué forzoso abandonar una tierra ingrata que se resistía a todo cultivo.

Retiráronse con el corto número de los que se les habían mantenido fieles, al valle de las Salinas; pero aun este último asilo les faltó muy pronto; y si no se desesperó entonces totalmente de la conversión de los Chiriguanos, fué porque no toca a los hombres, y menos a los ministros del Evangelio que a los otros, el poner límites a la misericordia del Señor. Por otra parte, los Chiquitos

empezaban ya a compensar a los misioneros la inutilidad de sus tentativas para hacer aficionar a los pueblos del Chaco a las verdades eternas; y se reconoció por fin que el Gobernador de Santa Cruz de la Sierra había juzgado con acierto a unos y otros. Pero antes de ir más lejos, es necesario hacer conocer bien una nación que en adelante va a figurar mucho en esta historia.

Descripción del país de los Chiquitos.

Debajo del nombre de Chiquitos se comprenden un gran número de naciones pequeñas esparcidas en la extensión del territorio limitado al Este (1) por los Mojos y Baures, y que al Oeste no tiene límites fijos. Cuanto más se sube al Norte, tanto más se ensancha el país, que tiene poca anchura en su parte meridional. Su mayor dimensión se extiende desde los 14° de latitud austral hasta los 21°. En la parte oriental lo riegan algunos riachuelos y se hallan también bastantes pantanos o lagunas (2). Su parte occidental la atraviesan dos ríos, que estando muy cercanos uno de otro, en sus fuentes se alejan luego dando vueltas del Sur al Norte por el Este, (3) **y luego desembocan en el*

(1) Mur. No al Este, sino al Noroeste.

(2) Mur. Hay pantanos mientras dura la estación de las lluvias; pero después queda la tierra seca.

(3) * *Puis se réunissent ensemble dans le Mamoré, avec lequel elles se déchargent, sous le nom de* Río de la Madera, *dans le grand Fleuve des Amazones.* *—Hern. Lo exacto es lo sustituído en el texto. Véase el estudio especial de

Mamore, el uno directamente, el otro por intermedio del Guaporé o Itenes, siendo por fin los dos grandes ríos Mamoré y Beni los que constituyen el Madera, *afluente principal del Amazonas. Los dos ríos ya dichos de Chiquitos son el* Guapay *y el* Parapití.*

El primero, después de llevar en su origen el nombre de *Río Grande,* que no merece ni aun en el paraje en que mayor anchura tiene (como sucede con varios otros a quienes gratuitamente se ha dado tal nombre en América), deja encerrada la ciudad de Santa Cruz de la Sierra en un semicírculo que forma, y allí empieza a llamarse *Guapay.* El Parapití al salir del Chaco para entrar en el país de los Chiquitos, cambia su nombre tomando el de *San Miguel* (1), luego el de *Sara* (2) ** *y finalmente el de Itonamas, que conserva hasta des-*

D. Juan Francisco Velarde *El Madera y ríos que lo forman (Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid,* tomo XXV), y el *Mapa general de Bolivia,* por el ingeniero Luis García Mesa, La Paz, 1905.

(1) Hern. Propiamente hablando, el *Parapití* y el *San Miguel* son dos ríos distintos; mas el *Parapití,* que de ordinario queda sumido en la laguna de Izozog, se extiende en las épocas de inundación más allá, y corre hasta la laguna de Concepción; por lo cual, siendo esta laguna el origen del *San Miguel,* vienen a parecer los dos ríos continuación el uno del otro (V. fuentes citadas).

(2) ** *Sous lequel il se joint au Guapay, après avoir tourné longtemps, et le conserve jusqu'á sa décharge dans le Mamoré***. Hern. (V. fuentes citadas).

aguar en el Guaporé *. Rodea el país de los Chiquitos una cadena de montañas por el Norte, y al Sur lo limita el Chaco. Por todas partes es país montuoso y cubierto de espesos bosques, en los cuales hay gran cantidad de abejas. Las que llaman *Opemus* de las que ya he hablado, son allí muy comunes. Por esto la cera y la miel constituyen la mayor riqueza de sus habitantes.

Las riberas de los ríos, arroyos y lagunas, están cubiertas de tortugas y de toda clase de caza. Las gallinas, monos, ciervos, búfalos, cabras montesas, abundan extraordinariamente en algunos parajes; pero menos que las culebras y víboras, que todas son venenosas, aunque unas más, otras menos. Hay algunas cuyo veneno, aunque no haya sido uno picado sino en la extremidad de un dedo, sube al punto a la cabeza, causa el delirio, luego una debilidad general del cuerpo entero, y poco después la muerte. El veneno de la mayor parte de las víboras no es mortal, se evapora con la sangre que hace salir por todos los conductos del cuerpo y se sana a costa de un poco de debilidad. Las tierras de este país son casi en todas partes malas; y sería absolutamente estéril (1), si desde

(1) Mur. Con dificultad me persuado que una tierra de bosques como la de los Chiquitos sea estéril, aunque quizá exija ser preparada y cultivada con esmero especial, y rechace ciertas semillas, compensando esta falta con la fertilidad de las demás.

el mes de Septiembre hasta el de Mayo no cayeran las lluvias en tanta abundancia, que no sólo se inundan con ellas los campos, sino que por todas partes se forman lagunas y grandes arroyos, que pronto se hallan llenos de pescado. Luego que se han escurrido las aguas, se siembra maíz, algodón, caña de azúcar, arroz, tabaco y muchas otras clases de legumbres y de frutas, pero no se conocen la vid ni el trigo. Los calores son grandes en todas partes, y excesivos en muchos puntos; y el clima es muy variable, lo que produce frecuentes y peligrosas enfermedades. Son sobre todo muy comunes allí los accidentes apopléticos, y la peste reaparece todos los años; pero si mueren de ella no es tanto por la fuerza del mal, cuanto por la ignorancia de los médicos, cuyo arte entero consiste en dos remedios para toda clase de enfermedades. El primero es chupar la parte enferma; el segundo hacer morir una mujer que nombran, por haberse encasquetado los Chiquitos infieles que aquel sexo es la causa de todos nuestros males; y en esta persuasión, muy cómoda para los maridos que quieren deshacerse de sus mujeres, les es muy fácil inducir al médico a pronunciar contra ellas la sentencia de muerte, de la cual no hay apelación, pues es el cacique mismo de la aldea el que hace oficio de médico y de ejecutor de su receta. Empieza de ordinario por alimentarse bien a expensas del enfermo, a quien da por todo sustento un

poco de maíz. Si no quiere comer, lo deja morir de hambre, y dice que él mismo es quien se mató.

Lo primero que examina con la mayor atención es si acaso ha echado al suelo la chicha, especie de cerveza hecha de arroz (1), sumamente fuerte, y que es la bebida favorita de todos los indios de aquel continente; si ha echado a los cerdos carne de tortugas o de cualquier otro animal. En el primer caso, si se confiesa culpable, empieza el médico por chupar la parte del cuerpo en que más vivo es el dolor; si esto no da resultado, es, dice el doctor, el espíritu que preside a la chicha, que te castiga; es menester aplacarlo. En el segundo, da grandes golpes en el suelo alrededor del enfermo para echar el espíritu malhechor (2).

Retrato del carácter de los Chiquitos

El nombre de Chiquitos, que los españoles dieron a estos indios, podría dar lugar a creer que son de menor estatura que todos los demás habitantes del Nuevo Mundo; pero sería una equivocación el creerlo así. Su estatura es ordinariamen-

---

(1) MUR. No se hace la chicha ordinaria del arroz, sino del maíz o trigo de Indias; y no llega a ser tan fuerte y espirituoso género de bebida, si no es que se la deje acedarse y fermentar mucho tiempo.

(2) MUR. Según esto, es menos exacto que conste de dos solas clases de remedios el arte de aquellos médicos, como el autor escribe: serán por lo menos tres, a saber: el chupar, el matar las mujeres y el golpear la tierra cerca del enfermo.

te más que mediana. El origen de este nombre, a creer al P. Fernández (1), viene de que sus cabañas tenían puertas tan bajas, que para entrar en ellas era preciso abajarse hasta el suelo. La razón que tenían para hacerlas así, era para estar más a cubierto de las flechas de sus enemigos, y menos expuestos a la persecución de las moscas y otros insectos de esta clase, de que continuamente está lleno el aire en aquel país. En lo demás, son extrañamente fuertes y robustos, tienen buen juicio y mucha penetración en el entendimiento. Son veraces, y participan poco de los defectos más comunes entre los otros americanos meridionales, como la inconstancia, indolencia y pereza. Son laboriosos o lo llegan a ser fácilmente, en lo cual tienen una ventaja sobre los Guaranís, que evitó muchas fatigas y cuidados a los primeros misioneros. Ni aun se ha observado entre ellos ninguna indignación viciosa, como no sea la borrachera,

---

(1) Charl. *Relación Historial de los Chiquitos*, excelente historia de las misiones de aquel país, escrita por el P. Patricio Fernández.—Mur. El P. Patricio Fernández es el que figura como autor en la portada del libro y fué Misionero de Chiquitos. Pero el verdadero autor es el P. Domingo Bandiera, natural de Sena en Italia, quien dió al P. Pedro Lozano el original italiano para que la tradujese en español, que es la lengua en que se publicó. Más tarde se retradujo al italiano de la edición castellana.

cuyo hábito contraían desde la infancia, y quizá son, de todos los indios de aquel continente, los menos expuestos a la lujuria, y los más fáciles de ser corregidos.

Los rasgos de su fisonomía no tienen cosa alguna muy extraña con respecto a los europeos, y sería muy difícil distinguirlos de los españoles, a no ser por el color oliváceo. En pasando de veinte años se dejan crecer el cabello, lo que hasta aquella edad no les es permitido, y entre ellos es parte de belleza el tenerlos muy largos. No tienen casi nada de barba, y lo poco que tienen les empieza a crecer muy tarde. Las mujeres llevan una especie de camisola de algodón, cuyas mangas no pasan de los codos; los hombres visten casi lo mismo; los jóvenes estaban absolutamente desnudos cuando entraron allí los misioneros. Pero en las fiestas y actos de ceremonia adornaban la cabeza con plumas de pájaros de diversos colores. Son ágiles, animosos y muy hábiles en el manejo de las armas, que son las mismas que las de todas las naciones del Paraguay.

1692. Su gobierno, guerras y matrimonios.

No había entre ellos ninguna clase de gobierno regular, sino que se guiaban siempre por el parecer de los ancianos. La dignidad de cacique no era hereditaria. Dábase a los más valientes, pero no llevaba aneja ninguna autoridad. Poco necesitaban los Chiquitos para resolverse a la guerra, pues a ella se decidían por el solo motivo de mos-

trar su valor. Por esto se habían hecho formidables a todos sus vecinos. Comúnmente trataban bien a sus prisioneros, mirándolos como a sus propios hijos, y les daban sus hijas en matrimonio. Unicamente los caciques podían tener dos mujeres; los particulares no tenían más que una; pero tenían por facultativo el despedirla y tomar otra. Un joven difícilmente podía casarse si no había dado pruebas de valor o de ser buen cazador. En cuanto a sus hijos, no les daban educación alguna.

Su modo de vivir.

Sus pueblos estaban generalmente en los bosques, y las cabañas eran de paja. Sus festines, sobre todo cuando querían obsequiar a un extranjero, duraban dos o tres días. Empezaban por conjurar a los demonios que no turbasen su alegría en ellos, y acompañaban la súplica con grandes gritos, golpeando fuertemente en el suelo con sus macanas. Casi toda la comida consistía en beber chicha, que pronto los embriagaba, y entonces la fiesta no era más que una bacanal. Casi nadie salía que no llevase alguna herida, y ordinariamente quedaba alguien muerto en el lugar del banquete. No por eso dejaban los convidados de dar las gracias al que los había invitado, y no se conservaba resentimiento alguno de cuanto había sucedido en la borrachera.

Levantábanse estos indios muy de madrugada, y a punta de día se desayunaban. Divertíanse

luego en tocar ciertos instrumentos que se parecen mucho a nuestras flautas. Duraba esto hasta que el sol había secado el rocío, porque creían que es dañoso mojarse con él. Entonces trabajaban hasta mediodía en sus campos o en otra labor cuando los campos estaban inundados, y lo restante del día se pasaba sólo en juegos y visitas. Todo el trabajo de las mujeres consistía en traer leña y agua a sus cabañas, hacer cocer el arroz y maiz, hilar el algodón para las camisolas y hamacas, sirviendo las hamacas sólo para las personas casadas, pues todas las demás tenían por cama una estera extendida sobre pedazos de madera bastante mal trabados. De ordinario cesaban a puesta de sol, e inmediatamente después los hombres y las mujeres se iban a dormir; pero los jóvenes pasaban una parte de la noche en bailar al son de los instrumentos, del un lado los jóvenes y del otro las doncellas. Después de la cosecha iban a cazar, y para ello se dividían en muchas tropas: curaban al humo y al aire las carnes para conservarlas, y todos estaban de vuelta en el mes de Agosto para hacer la sementera.

Sus ideas sobre la relig ón y los eclipses.

No se encontró entre los Chiquitos rastro bien claro de religión; pero temían a los demonios que, según decían, se dejaban ver de ellos en figuras horribles. Creían en la inmortalidad del alma, y al enterrar los muertos les ponían con qué sustentar el alma, y armas para cazar, para que pu-

diese proporcionarse de qué vivir cuando se le hubiesen acabado las provisiones. A la luna llamaban su madre, y cuando se eclipsaba se figuraban que eran cerdos que la mordían, cubriéndola totalmente de sangre, porque de ordinario es un poco rojo su color en estos casos; para librarla de aquellos animales, no cesaban de tirar flechas al aire, hasta que había vuelto a su estado natural. El trueno y los relámpagos, según ellos, eran formados por las almas de los muertos que habían ido a vivir en las estrellas, con las cuales peleaban. Miraban a los hechiceros como enemigos del género humano, y despedazaban a cuantos sospechaban que lo eran.

Eran en extremo supersticiosos, y continuamente andaban buscando en el grito de los animales, y en el canto de los loros, presagios de lo que les había de suceder. Hasta en sus armas pretendían que venían figuras de lo futuro. Cuando se creían amenazados de una irrupción de sus enemigos o de cualquier otro desastre, se les veía ponerse pálidos, huir a los bosques, el marido por un lado y la mujer por otro, sin mirar lo que sería de sus hijos, si no podían seguirlos. No pensaban ni aun en llevar qué comer, de donde resultaba que era bastante un terror pánico para hacer perecer a un gran número de ellos de hambre y de miseria.

Estos apuros eran causa de que hubiesen criado un odio implacable contra los españoles y estu-

viesen persuadidos de que los que caían en sus manos eran muy maltratados. No ponían dificultad en venderles por vil precio las personas que les habían de ser más queridas, el marido a su mujer, el padre a los hijos, el hermano a su hermana, por un cuchillo o cosa de igual valor. Lo que no es menos extraño es que aquellos hombres a quienes hacía tan tímidos la superstición, y a quienes tanto desconcertaba la más leve sospecha de riesgo, eran, en cambio, intrépidos cuando no habían tenido tiempo para reflexionar sobre el peligro en que se hallaban, y entre ellos nunca era razón la desigualdad de las fuerzas para dejar de acometer al enemigo.

La lengua Chiquita.

La lengua Chiquita es muy difícil de aprender. Además, cada comarca, y a veces cada aldea, tiene su idioma particular, de modo que los primeros misioneros que trabajaron en formar aquella nueva iglesia, confesaron que, comparado el trabajo que les costaba aprender tanto dialecto con todos los otros, los miraban todos como nada, por pesados que fuesen. Tal diversidad de lenguaje y los diferentes nombres que llevan los indios, pues cada ranchería tiene el suyo propio, no son las únicas cosas que los distinguen unos de otros. Advertíanse, además, notables diversidades en los usos, en el carácter, y con respecto a la religión. Unos eran más fáciles de civilizar, otros, más supersticiosos: éstos eran blandos y dóciles; aqué-

llos casi intratables. Había algunos que tributaban culto formal a los demonios, que se imaginaban que veían u oían, y tenían sacerdotes. Finalmente, los había que eran del todo bárbaros y tenidos en muy mal concepto por su mala fe.

Primeras noticias que se tuvieron de los Chiquitos.

Los primeros conquistadores del Perú conocieron a los Chiquitos, y nunca pudieron sujetarlos. Puédese ver lo que de ellos dice el P. José de Acosta en la excelente obra que compuso en latín sobre el modo de trabajar en la conversión de los indios (1), al célebre jurisconsulto D. Juan de Solórzano en el capítulo IX de su *Política indiana* (2), y a D. Alonso de la Peña, obispo de Quito (3), en el prefacio del segundo libro de su *Itinerario*. Parece que Nuflo de Chaves, de quien hemos hablado muchas veces en el segundo libro de esta historia, y que tuvo que pelear con los Chiquitos, vivió algún tiempo en buena armonía con ellos, después de haber edificado la ciudad de Santa Cruz la Vieja; pero se me hace difícil de creer lo que algunos han dicho, que había logrado

(1) CHARL. «*De promulgatione Evangelii apud barbaros*», *sive de procuranda indorum salute, libri duo.*

(2) MUR. Entiendo que del libro primero, si se trata de la Política escrita en castellano, pues la obra latina *De iure indico seu de Indiarum gubernatione* tiene otra distribución de mano del mismo autor.

(3) MUR. Es el Ilmo. Montenegro en su obra *Itinerario de párrocos.*

inducirlos a pagar tributo a la corona de Castilla (1). Lo que está averiguado es que desde que se trasladó Santa Cruz al sitio que actualmnnte ocupa, lo que hizo D. Francisco de Toledo, virrey del Perú (2), estos indios estuvieron casi siempre en guerra con los españoles, hasta el año 1690, en que D. Agustín Arce los convirtió a la fe católica. La ocasión era tanto más favorable cuanto los Mamelucos empezaban a hacer correrías por su país, y con esto se hallaban aquellos indios entre dos fuegos. D. Agustín se aprovechó de ello.

No era ésta la primera vez que había sido anunciado Jesucristo a los Chiquitos; pero habían sido abandonados, no se sabe por qué razón, y en el tiempo de que estoy hablando no quedaba entre ellos rastro alguno de cristianismo. Habían sido ganados algunos para Jesucristo antes de la transmigración de Santa Cruz; pero como este cambio no había gustado a algunos de sus habitantes, hubo cierto número de ellos que quedaron entre los Chiquitos, y al pie de una montaña formaron una aldea que denominaron San Francisco; otros se retiraron a los Mojos, y los hubo que se embarcaron en el Mamoré, bajaron por él hasta el Mara-

(1) Mur. Entre tanta diversidad de Chiquitos es verosimil que, como sucedió entre los Guaranís, unos fueran tributarios y otros no.

(2) Mur. Fué virrey Toledo desde el año 1569 hasta el de 1581.

ñón, y de allí pasaron a España. Lo que fué más de lamentar es que los *Penoquis,* una de las naciones Chiquitas, en la que había muchos cristianos, y habían sido dados en encomienda a los vecinos de la antigua Santa Cruz, se aprovecharon de la transmigración de aquella ciudad para sacudir el yugo, perdieron la fe al recobrar la libertad y se hicieron furiosos enemigos de los españoles.

Situación de Santa Cruz La Nueva.

Santa Cruz la nueva está situada a los (1) *** 17° 40′ *** de latitud austral, al pie de una cadena de montañas que termina al Norte en el país de los Chiquitos, y al Noroeste se extiende hasta el lago de los Jarayes. Diósele al principio el nombre de *San Lorenzo* (2), y parece que todavía se le da en algunos papeles públicos.

No he hallado en parte alguna cuál fué la causa que movió a D. Francisco de Toledo para cambiarla de sitio. Algunos conjeturaron que fué para ponerla más resguardada de las hostilidades de los Chiquitos; pero habiendo continuado la guerra entre los españoles y aquellos indios después de la traslación, no me parece fundada la conjetura. Santa Cruz la Nueva es capital de una provincia que, en cuanto a lo civil, es de la jurisdicción de

---

(1) *** *quatorze degrés vingt minutes.* ***

(2) Mur. Llámase igualmente *San Lorenzo de la Barranca.*

la Audiencia Real de los Charcas, y su Obispo es sufragáneo del Arzobispo de la Plata.

Volviendo al plan de D. Agustín de Arce, 1692.
este Gobernador, que con su buen trato había ganado a los Chiquitos, creyó que estaban bastante dispuestos a abrazar el cristianismo, y para impulsarlos más, les hizo esperar que no tendrían otros misioneros que los Jesuítas, y, por consiguiente, que nada tendrían que temer por su libertad. Tales fueron las trazas de la Providencia para la fundación de la segunda república cristiana que han formado aquellos religiosos conforme al modelo de la primera; a la que es cierto que hoy sólo cede en el número de las reducciones; y así es también cómo el P. Arce, por caminos para él desconocidos, se vió conducido a aquella provincia para que se cumpliesen los designios que Dios tenía sobre ellos.

Opónense los españoles a la misión de los Chiquitos.

Pero en el momento en que los conoció, echó de ver que sólo el brazo todopoderoso de Aquel que le había elegido para la ejecución de tan hermosa empresa era el que podía hacer factible el buen éxito de ella. No encontró ya en Santa Cruz al marqués de la Concha, y el Gobernador que le había sucedido no parecía que tuviese ni con mucho el mismo celo que él para la conversión de los Chiquitos. Por otra parte, esta empresa no era del gusto de muchos de los habitantes de la ciudad, y nada omitieron para apartar de ella al misionero.

Empezaron por exagerarle las dificultades de ella. Mas como vieron que no hacían en él impresión alguna, intentaron persuadirle de que la inutilidad de sus trabajos le obligaría muy luego a renunciar a ella. Representáronle que no había probabilidad alguna de poder sujetar al yugo del Evangelio a unos bárbaros que de hombres no tenían más que la figura, a quienes en más de un siglo no se había podido domar, que nacían con manifiesta oposición a toda especie de religión, no habiendo querido nunca seguir ni aun las de sus vecinos, aunque más favorables a sus pasiones; cuyo carácter era la enemistad contra la nación española y la crueldad; que no aparentaban en aquella ocasión deseos de ser cristianos, sino para entretener a un enemigo a quien temían desde que les había sobrevenido otro nuevo, contra el cual necesitaban todas sus fuerzas, y que apenas se hubiesen desembarazado de los Mamelucos, caerían otra vez sobre los españoles con más furor que antes; que los misioneros serían sus primeras víctimas, y lo menos que podía sucederles, sería pasar tristemente lo restante de sus días en el más rudo cautiverio; finalmente, que aun escapando de la rabia de aquellos tigres, la Compañía tendría el pesar de ver perecer a causa de la intemperie de un clima apestado, operarios que en cualquiera otra parte podrían servir útilmente a la religión.

Tenía el P. Arce demasiada experiencia para no descubrir los verdaderos motivos que les hacían hablar de aquel modo. No ignoraba tampoco que en Santa Cruz se había formado una compañía para el comercio de los esclavos, que siempre tenía en campaña una tropa de aventureros para robar cuantos indios pudiera sorprender, y los enviaba a vender al Perú y a las provincias cercanas, donde su prodigiosa multitud había abaratado el precio de ellos, de modo que una mujer con su hijito se daban por una oveja con su cordero. Sabía asimismo que cuando en una comarca ya no se hallaban esclavos para mantener aquel detestable comercio, se buscaba motivo de guerra con cualquiera otra nación que estuviese desprevenida, y so pretexto de vengar una imaginada injuria, caían sobre ella de improviso, pasaban al filo de la espada a cuantos se atrevían a defenderse, y obligaban a los demás a comprar la v da al precio de la libertad.

1692. Violencias que ejecutan contra los indios.

Veían con dolor las gentes honradas cómo de este modo se desacreditaba la nación española, y se deshonraba la religión cristiana, por la avaricia de algunos particulares y la impunidad que aumentaba desorden tan escandaloso; pero los magistrados no se atrevían a emplear la severidad de las leyes para detener su curso, por no dar lugar a revueltas que podían tener consecuencias todavía más funestas. Hasta llegó a suceder poco des-

Remédialo el Virrey del Perú.

pués que, habiendo elevado sus quejas los misioneros de Mojos y los de Chiquitos a la Audiencia real de los Charcas, una persona rica y poderosa fué allá a tomar la defensa de los culpables, y habló con tanta arrogancia, que aquel Tribunal no creyó deber comprometerse pronunciando sentencia como lo hubiera deseado, y remitió el asunto al Príncipe de Santo Bono, Virrey del Perú, quien no juzgó que debía diferir un instante el usar de toda su autoridad para contener tamaño escándalo. Hizo, pues, publicar un edicto en que imponía pena de muerte contra quien vendiese o comprase un indio tomado por fuerza, y de deposición contra cualquier Gobernador que tolerase tan vergonzoso exceso.

Prepárase el P. Arce a entrar en el país de los Chiquitos.

Pero este remedio llegó algo tarde (1), y de él no pudieron valerse los primeros misioneros de los Chiquitos. El P. Arce había conocido, desde luego, cuánto le costaría de desmontar el campo inculto que empezaba a cultivar; pero la vista de los obstáculos que calculaba haber de hallar, no hacía más que aumentar su ánimo. Y aun sentía crecer su confianza con el pensamiento de que los mayores esfuerzos que hace el infierno para estorbar una empresa de esta naturaleza son casi siempre

(1) Mur. Más de veinte años después de empezadas las Reducciones de los Chiquitos: pues el Príncipe de Santo Bono fué Virrey de 1716 a 1720.

augurios del buen éxito que ha de tener, y tomó el expediente de contentarse al principio con las amonestaciones, ruegos y hasta súplicas para mover los corazones de aquellos de quienes podía temer más que se le opusieran. Hizo más; porque les previno y les habló con tanta mansedumbre y eficacia, que casi no dudaba de haberlos ganado.

No los conocía bastante. No quisieron, es verdad, declararse desde luego chocando de frente con un ministro del Señor de tanta fama, con riesgo de ser tildados de irreligiosos; hasta aparentaron aprobar lo que les decía, y le entretuvieron con buenas palabras, que estaban resueltos a no cumplir. Habíanse persuadido de que sucumbiría muy pronto con las excesivas fatigas, a las que le veían pronto a entregarse sin miramiento en un clima malsano, o que no tardaría en perecer por mano de los bárbaros; quizá se lisonjeaban también de que al fin se desanimaría en aquel trabajo estéril e ingrato; o, finalmente, que muy luego desesperaría de poder vencer los obstáculos que se proponían suscitarle. Pero no le conocían.

Estado en que halla a aquellos indios.

No teniendo ya el hombre apostólico nada que lo detuviera en Santa Cruz, sino la dificultad de hallar guías, encontró finalmente dos que lo condujeron a las primeras habitaciones de los Chiquitos *Piñocas*, y llegó a ellas a fines del año 1692, después de tres semanas de penoso camino. Casi no podía sostenerse cuando entró en la primera

aldea, y a sus ojos se presentó, desde luego, el más triste espectáculo. Era general la peste, y muy pronto se halló en medio de difuntos, a quienes había tenido la dicha de regenerar con las aguas del bautismo, de enfermos y de moribundos expuestos sin socorro a todas las inclemencias de un aire apestado y faltos de todo.

Lo que le sorprendió y le causó doblado sentimiento, mezclado, no obstante, de dulce consuelo, fué que la mayor parte le parecieron únicamente afligidos por los que habían muerto antes de llegar él sin haber recibido el bautismo, y daban infinitas gracias a Dios de no correr ya el peligro de verse privados de tanta dicha. Eran estos sentimientos en gran parte fruto de los razonamientos que con ellos había tenido el virtuoso marqués de la Concha después de haberles concedido la paz para inducirlos a recibir en sus tierras a los misioneros. Presentaron al siervo de Dios los frutos del país, que era cuanto tenían por entonces; le conjuraron que no los abandonase; prometieron edificarle casa e iglesia, y no dejar que le faltase nada mientras pudiesen ir a cazar.

Primera reducción de Chiquitos.

Tuvo, sin embargo, dificultad en aceptar sus ofertas, porque sus instrucciones le ordenaban que luego que hubiese reconocido la disposición en que se hallaban, se acercase hacia el lago de los Jarayes para salir al encuentro de los misione-

ros que le enviaban. Pero miradas todas las circunstancias, juzgó impracticable el camino que se le señalaba, como lo era, en efecto, entonces; y no creyó que para tentarlo sin esperanza de ningún provecho, debía dejar a los Chiquitos en el estado en que los había encontrado. Tomó, pues, la resolución de quedarse acompañando a aquella buena gente, que dió grandes muestras de alegría al saberlo. Y hasta pareció haber contribuído el gozo al restablecimiento de la salud de los enfermos, quienes pocos días después corrieron al bosque a cortar un árbol, del que hicieron una gran cruz. Plantóse el último día de Diciembre en el paraje donde tenían intento de fabricar la iglesia. Prosternáronse todos para adorarla, y el Padre cantó el *Vexilla Regis* y la letanía de la Virgen, y puso solemnemente a toda la nación de los Chiquitos debajo de la protección de la Madre de Dios.

Docilidad de aquel pueblo.

Trabajóse luego en el edificio de una iglesia, que fué dedicada al apóstol de las Indias, y donde al cabo de diez días dijo misa el Padre. La conducta posterior de los indios correspondió a tan felices principios. El empeño que todos ponían en ser doctrinados y bautizados, no dejaba al misionero momento de reposo. La iglesia no se desocupaba desde la mañana hasta la tarde, y una parte de la noche se pasaba en repetir lo que se había dicho veinte veces durante el día a gentes que no lo entendían sino a medias y en seguida

lo olvidaban, pero cuya docilidad y sincero deseo de aprender endulzaban mucho un ejercicio tan penoso y repulsivo. Bien hubiera querido el siervo de Dios no diferir el bautismo más tiempo a catecúmenos que lo pedían con las lágrimas en los ojos; pero una larga experiencia de la versatilidad de los indios había hecho a los Jesuítas tomar la resolución de no administrar este Sacramento a los adultos sino después de largas pruebas. Contentóse, pues, el P. Arce con bautizar a los enfermos cuando estaban en peligro de muerte, y a los niños pequeños.

Cae enfermo el P. Arce.

En este intermedio los Penoquis, cuyos antepasados habían sido cristianos, y estaban establecidos cerca de Santa Cruz la Vieja, enviaron a pedir al siervo de Dios que los fuese a visitar; o si no podía otorgarles esta gracia, les permitiese ir adonde él estaba. Respondió que podían ir, y que los recibiría como a hijos suyos. Partieron luego en gran número, y todos en llegando quisieron ser puestos entre los catecúmenos. Hallóse entonces la iglesia demasiado pequeña para contenerlos a todos; y el misionero, que se veía obligado a empezar muchas veces al día las instrucciones, sucumbió con tan excesivo trabajo. A una flaqueza total, producida por la falta de sustento, pues no tenía momento de reposo de día ni de noche, se había añadido una fiebre ardiente, que le hizo creer que llegaba su última hora. No obstante, tendi-

do en una cabaña abierta por todas partes y absolutamente desprovisto de todo socorro, se halló de pronto sin fiebre y sin ninguna debilidad.

Es llamado a Tarija.

Prometíase economizar menos aún que antes sus fuerzas, recobradas de un modo tan poco natural, cuando recibió orden del Provincial para que fuese a encontrarle sin pérdida de tiempo a Tarija. Aunque estaba muy persuadido de que su superior, al darle aquella orden, ignoraba las circunstancias en que se hallaba, hizo que viniesen bien los Chiquitos en dejarle partir, asegurándoles que nunca los abandonaría; les aconsejó que se acercasen al río de San Miguel, donde es más sano el aire y donde estarían más seguros, y partió entre las lágrimas y sollozos de sus queridos hijos. Díjole el Provincial que juzgaba necesaria su presencia en la Presentación del Guapay, y que destinaba a los PP. Diego Centeno y Francisco Hervás para reemplazarle en los Chiquitos. Nada replicó, y se puso en camino para donde le destinaba la obediencia.

1694. Irrupción de los Mamelucos en el país de los Chiquitos.

Entre tanto, cuando menos se pensaba, aparecieron los Mamelucos a la entrada del país de los Chiquitos, y se encaminaron desde luego hacia los Penoquis, los cuales fueron avisados de su llegada con tiempo para poder prevenirse. Armaron al enemigo una emboscada, en que cayó; matáronle mucha gente sin dejarse ver, y le obligaron a tocar retirada. Al año siguiente, otro cuerpo de aquellos bandoleros cayó sobre los *Taus*, otra nación Chi-

quita, la cual fué sorprendida, y de la que se llevaron gran número de cautivos. En seguida revolvieron contra los Penoquis, los cuales fueron avisados de que llegaban, pero no lo quisieron creer. Sin embargo, aunque no estaban prevenidos, hicieron al principio buena resistencia a la vista del enemigo. Mas no habían reparado en que mientras parte de los Mamelucos les atacaban de frente, otra parte los había rodeado para quitarles las mujeres y niños, como lo ejecutaron, enviando a lugar seguro aquellos prisioneros. Enterados de esta desgracia, no pensaron más que en huir, y no fueron perseguidos. Creyeron los Mamelucos que para no verse separados de lo que más querían en el mundo, irían muy pronto a entregarse en sus manos, y así sucedió. Trataron bien a aquellos prisioneros, les hicieron regalos, dieron a los principales muestras de especial honor, y prometieron a todos un establecimiento en el Brasil, donde nada les faltaría. Así procedían para comprometerlos a que les sirviesen de guías a fin de ir a sorprender la Reducción de San Francisco Javier, que se había puesto al otro lado del río San Miguel.

Segunda reducción.

Supo el P. Arce estas tristes nuevas en la Presentación, que estaba resuelto a abandonar, porque no había que confiar ya en los Chiriguanos, y corrió en seguida a auxiliar a sus queridos Penoquis, sin considerar que se exponía a un riesgo casi inevitable de caer él mismo en manos de los

Mamelucos. Atravesó muchas comarcas de los Chiquitos, y en todas ellas fué acogido como el ángel tutelar de la nación. Muchos Penoquis, escapados de las manos de los Mamelucos, fueron a su encuentro, y los condujo a un llano, donde proyectaba fundar una nueva Reducción a la ribera del riachuelo *Jacopó*. Estando aquél lugar rodeado de bosque, esperaba que en él estarían bastante menos expuestos a las correrías de los mamelucos, y se prometió congregar allí crecido número de Chiquitos, como en efecto lo logró. La nueva colonia fué puesta debajo del amparo de S. Rafael. Detúvose en ella el P. Arce algún tiempo, bautizó muchos niños, y dejó a los indios en las mejores disposiciones que podía desear.

Continuó luego su viaje, y después de haberse informado bien de la marcha de los Mamelucos, fué a dar aviso a S. Francisco Javier, para que estuviesen alerta. De allí pasó a Sta. Cruz para pedir socorro. Diéronle 130 soldados mandados por un valiente jefe, que los condujo primero a S. Francisco Javier. Juntáronseles 300 Chiquitos, y esta tropa fué a acampar a la ribera del río de S. Miguel, después de haber evacuado la Reducción cuya situación no se tuvo por bastante segura. Envió luego exploradores para tener nuevas del enemigo, y al día siguiente supo que había ido a asaltar la Reducción, donde nada había encontrado. El mismo día le entregaron una carta

1094. Van españoles y Chiquitos contra los Mamelucos.

del jefe de los Mamelucos dirigida al misionero de aquella aldea, que estaba escrita en estos términos:

Carta del comandante de los Mamelucos.

«Mi R. P. Aquí he llegado con dos banderas de »soldados de mi nación. No traemos intento de »hacer el menor daño, pues sólo venimos a »buscar a algunos de los nuestros que se han re»fugiado en este país. Puede V. R. regresar a su »aldea y traer todos sus neófitos, que estarán en »plena seguridad. Ruego a Dios que le guarde.» —*Antonio Ferraez.*»

Leída esta carta, se puso en marcha este pequeño ejército para salir al encuentro del enemigo; pero este se había retirado; porque, advirtiendo huellas de caballos, entendió que había españoles en campaña. Sin embargo, enterado por algunos indios de que se había visto pasar el ganado mayor de la Reducción de S. Francisco Javier, la esperanza de apoderarse de él hizo que se acercase. Súpolo el comandante español, y le siguió tan de cerca, que el 19 de Agosto, como a las tres de la tarde, llegó a vista de su campo. Como había hecho una marcha forzada, juzgó conveniente dejar descansar sus tropas todo lo restante del día, tanto más cuanto estaba muy contento de que se preparasen a hacer sus devociones el día siguiente, que era el de S. Lorenzo, patrón de Sta. Cruz. El P. Arce y los dos Misioneros de S. Francisco Javier, que acompañaban a sus neófitos, confesaron a todos, y al día siguiente muy

de madrugada, dijeron Misa. Todos comulgaron y el ejército rompió la marcha a punto de día.

Derrota de los Mamelucos.

Habíase resuelto primero intimar rendición de armas a los Mamelucos, y caso de rehusarla, acometerles a la señal de dos disparos de fusil, pero no habiéndola aguardado un español, fué muerto por un indio del ejército enemigo. Su muerte fué vengada al punto con la de los Mamelucos, y trabado así el combate, se entreveraron y pelearon con furor. A los primeros disparos, fueron muertos Antonio Ferraez y Manuel Frías, que mandaban las dos banderas, y sus soldados quedaron tan espantados, que se arrojaron con precipitación en el río para salvarse a nado; mas disparando los nuestros contra ellos multitud de balas y saetas, no escaparon más que seis Mamelucos, de los cuales tres que estaban heridos, fueron tomados luego prisioneros. Los españoles no perdieron más que seis hombres; y no se dice el número de muertos de la otra parte.

Consecuencias de la victoria.

Hablóse luego el ir a librar a los Penoquis, que habían sido hechos prisioneros en número de 1500, y para guardar los cuales había dejado Ferraez un destacamento; pero la discordia que se introdujo entre los jefes españoles frustró el plan, y los españoles regresaron a Sta. Cruz con algunos prisioneros que el Gobernador D. Luis Antonio Calvo envió a la Real Audiencia de la Plata. Por otra parte, los tres Mamelucos que se

habían salvado a nado, habían corrido a toda prisa a avisar de la derrota a los que guardaban los prisioneros, y, como no sabían que se hubiesen retirado los españoles, dieron a entender al qne mandaba el destacamento que no tardarían en tenerlos encima; con lo que todo el cuerpo emprendió la huída, y no pudo llevar consigo sino corto número de aquellos prisioneros.

1694-95. Otros Mamelucos derrotados por los Indios.

A marchas forzadas llegó el enemigo al río Paraguay, en el que se embarcó. Mientras hacía fuerza de remos para alcanzar algún otro río que le aproximase al Brasil, encontró otra banda de Mamelucos, que también iban a sus correrías; y sin dificultad la empeñó en que se le juntase para ir a desquitarse. Presto hallaron Chiquitos a quienes acometieron; pero que después de haber matado un gran número de Mamelucos, obligaron a los demás a tomar la huída. Acaeció además que los Guarayos que acompañaban a los Mamelucos vista la poca utilidad que podían sacar de su alianza, y los riesgos a que se exponían, se pasaron al partido de los Chiquitos, y a ejemplo de ellos abrazaron nuestra santa religión. Y aun parece mucho que los vencedores recobraron a los Penoquis que se habían visto forzados a seguir a los Mamelucos en su fuga.

1695-99. Nueva transmigración de la reducción de San Francisoo Javier.

Así como el temor de aquellos bandoleros había hecho acercar a Sta. Cruz la Reducción de S. Francisco Javier, así el que muy luego se tuvo

de los españoles obligó a los misioneros a alejarla de nuevo. Algunos habitantes de aquella ciudad no se avergonzaban de ir a tomar indios para trabajar en sus campos, y hasta maltratar a sus pastores que se les querían oponer. Por otra parte, escandalizaban con su vida licenciosa a aquellos nuevos cristianos; y estas razones hicieron tomar al P. Arce la resolución de trasladar la aldea 18 leguas más al norte. El P. Lucas Cavallero fué el encargado de esta nueva transmigración, que ciertamente era tiempo de que se hiciese. El número de los habitantes disminuía cada día; muchos se habían refugiado en las montañas para librarse de las persecuciones de los españoles; y hubo muchos también que allí perecieron de hambre y de miseria.

Al finalizar el año 1696 acabaron de formalizar los PP. Hervás y Zea la Reducción de S. Rafael; mas, habiendo hecho la peste en ella grandes estragos dos años seguidos, se retiró hacia el Este, y se puso al lado del riachuelo *Guabis* que entonces se creía que desembocaba en el Paraguay, y pronto se reconoció que no era navegable. Fundóse luego la tercera con el nombre de *San José*, y fué el Marqués del Valle de Tojo quien hizo los gastos. De ella fueron encargados los PP. Felipe Suárez y Dionisio de Ávila. Las grandes fatigas que tuvieron que soportar y la carestía de víveres que duró mucho tiempo hicieron

Nueva reducción.

temer sucumbiesen; y se les envió al P. Antonio Fideli, recién llegado de Europa que les ayudase.

Muerte de un joven misionero.

No disfrutaron mucho tiempo de este auxilio. Habiendo pasado este joven misionero sin intermedio del hermoso clima de la Calabria al más malsano de toda la América, y entregándose desde luego sin consideración a los más penosos trabajos, fiado de su juventud, sin tener casi otro alimento que un poco de casabe, cayó en una flaqueza que muy pronto lo puso fuera de combate, y en dos años lo condujo a la sepultura. Fué llorado de los Chiquitos con lágrimas muy sinceras, pero al perder sus instrucciones, echaron de ver que habían granjeado un poderoso protector en el cielo. Hasta entonces no había sido posible hacerlos enmendar de su borrachera; mas apenas cerró los ojos el P. Fideli, todos de consuno se privaron en adelante de cualquier bebida que les embriagase.

Rápidos progresos de esta república.

Estaba compuesta la Reducción de S. José de Chiquitos de tres parcialidades, que se distinguían con los nombres de *Boxos, Taotos y Penotos*, á los que se juntaron algunas familias de *Piñocas* y de *Jamarós*. Los PP. Zea y Fernández, autor de la historia de esta república cristiana, fundaron luego otra Reducción que fué la cuarta, con el nombre de *S. Juan Bautista*; pero, habiendo sido nombrado el primero Superior de las Reduccio-

nes guaranies, no pudo el P. Fernández en los tres primeros años emprender ninguna de aquellas correrías evangélicas por medio de las cuales se han poblado todas las reducciones. Para colmo de desdichas, la peste le quitó la mayor parte de los neófitos que ya tenía juntos; lo que le obligó a trasportar su pueblo 25 leguas al Este de S. José. Trabajábase al mismo tiempo en formar otra reducción, y se lisonjeaban los Padres de que pronto se hallaría poblado de cristianos todo el país que se extiende desde el Norte del Tucumán hasta el Paraguay. Lo que a todos maravillaba, era la prontitud con que se formaba esta nueva iglesia en la nación de aquel continente que más alejada había permanecido por largo tiempo de Dios, y el grado de perfección a que en breve habían llegado algunos neófitos. Porque en ellos se echaba de ver ya la más pura y perfecta caridad ejercitada por hombres que, aunque tuviesen el mismo origen, y hablasen la misma lengua, no estaban unidos sin embargo entre sí, y tenían intereses muy contrarios.

Llevaban ya aquellos cristianos que acababan de ser regenerados en Jesucristo, el espíritu apostólico hasta el punto de desafiar la muerte por ganarle adoradores, y de no quererse defender siquiera cuando aquellos a quienes deseaban hacer participantes de su dicha no les respondían sino a flechazos, y envidiar la suerte de sus herma-

nos que habían derramado la sangre por tan hermosa causa; finalmente, era inalterable su paciencia en todos los accidentes de la vida; cosa que quizá es más difícil a hombres nacidos en la barbarie; y se les veía recibir con la más perfecta resignación las pruebas con que el cielo muy amenudo ponía a prueba su constancia. Cambio tan maravilloso no podía proceder sino de la diestra, del muy Alto, y nadie lo conocia mejor que los que eran instrumento para efectuarlo; sobre todo cuando comparaban aquel rápido éxito con la inutilidad de los redoblados esfuerzos que desde tanto tiempo atrás se estaban haciendo para procurar la misma gracia a los Chiriguanos y a muchos otros pueblos del Chaco.

1696-99. Plan de comunicación entre la provincia del Paraguay y la del Tucumán.

Una de las mayores ventajas que se esperaban del establecimiento de las Reducciones de Chiquitos era una comunicación más corta y fácil entre el Paraguay y el Tucumán, (1) pues no se podía pasar con seguridad de una a otra de estas dos provincias, sino bajando el río hasta Sta. Fe para atravesar luego aquellas inmensas llanuras

(1) MUR. Mucho se aparta de lo cierto en este punto el historiador: porque no se trataba de la comunicación entre el Tucumán y el Paraguay, sino entre las Misiones de Guaranís y las de Chiquitos, o entre Tucumán y Chiquitos por el Paraguay. Del Paraguay al Tucumán es fácil el camino río Paraguay abajo. Por lo menos no se hallará otro mejor con el progreso e incremento de

que separan esta ciudad de la de Buenos Aires y Córdoba. Mirando el mapa parece que sería fácil la comunicación por el Pilcomayo; pero antes de llegar a este río, habría que pasar una grande extensión de terreno poblado de nación enemiga, y que ni aun era bien conocida; fuera de que el Pilcomayo no tiene bastante agua siempre, ni aun para los barcos de menor calado.

En cuanto a los países que hay al norte de los Chiquitos, se creía por entonces imposible el atravesarlos; y además, nada se hubiera ganado con tomar aquel camino, así por los grandes rodeos que se habrían de dar para no tocar en las naciones bárbaras que se encontrarían en él, como porque desde los 21 grados, subiendo hasta el lago de los Jarayes, casi toda la ribera del Paraguay por una y otra parte es pantanosa hasta muy adentro del Chaco. Finalmente, la navegación del río en aquellas alturas es poco segura, pues casi a cada paso se hallan Payaguás, que se lanzan sobre los viajeros cuando menos se piensa; y por aquella parte se temía, además, abrir camino a los Ma-

---

las Reducciones de Chiquitos, ni tampoco por el Pilcomayo, lo cual no advirtió Charlevoix en lo que apunta más abajo. Ni los que han de ir de Santa Fe a Tucumán tienen necesidad de penetrar en las inmensas planicies que se denominan *Pampas*, las cuales quedan muy a la izquierda, sobre todo si se hace el viaje pasando por *El Tío*.

melucos para que fuesen por él con mayores fuerzas contra los Chiquitos.

1700-02. Primera tentativa y su poco fruto.

Al principio, los misioneros que cultivaban aquella nueva república cristiana, después de visitar con toda diligencia el país de que convenía tener conocimiento perfecto para ir colocando en él las reducciones a medida que se multiplicaran los cristianos, habían querido penetrar hasta el Paraguay; pero por todas partes hallaron indios armados que les obligaron a deshacer el camino. Algún tiempo después, uno de aquellos mismos indios, catecúmeno en una reducción de los Chiquitos, fué a buscar a sus compatriotas para inducirles a seguir su ejemplo y creyó haberlo logrado. Con su relación, partieron en su compañía los PP. Miguel de Yegros y Francisco Hervás, acompañados de 12 neófitos, y fueron bastante bien recibidos en tres aldeas. Continuaron caminando, y creyendo haber llegado a la ribera del río Paraguay, plantaron una cruz que se podía divisar desde muy lejos; pero habían tomado por río Paraguay un lago que está muy distante de él, y todo el provecho que sacaron de su viaje fué que ciertos indios que habían resuelto matarlos, enterados por otros de sus buenas intenciones, les salieron al encuentro, los colmaron de muestras de amistad, y los acompañaron hasta San Rafael, donde se quedaron.

1703. Segunda tentativa.

No pudiendo, sin embargo, persuadirse el Pa-

dre Hervás de que no hubiese llegado hasta el río Paraguay, fué a hablar al P. Núñez (1), que era el Provincial, y recibió de él orden de que se juntasen con el P. Zea, a quien el Provincial mandaba al mismo tiempo que tomase consigo misioneros del Paraná y un hermano Coadjutor, y con ellos subiese por el río Paraguay, navegando siempre cerca de la ribera occidental hasta que hubiera encontrado la cruz plantada por el P. Hervás. Embarcáronse todos juntos en la Asunción, a 27 de Junio de 1703, y corrieron muchos riesgos de parte de los Payaguás, que a su vista mataron a uno de los neófitos del Paraná que los acompañaba, mientras que para empeñarlos en que les dejasen paso libre, les estaba ofreciendo un presente de parte de los Padres.

Cruz plantada por los infieles.

A 21 de Agosto quedaron muy sorprendidos de ver a su derecha una Cruz muy elevada cerca de una especie de fuerte con empalizada, y mucho más de saber que había sido plantada por los Payaguás, quienes habiendo oído a los cristianos hablar de la gran virtud de aquel signo adorable y objeto de veneración de los fieles, esperaban por su medio librarse de los tigres, de los que se veían muy molestados. El último día de Octubre entraron en el lago de los Jarayes, y después de emplear tres semanas en costear el lado occidental

(1) Mur. El P. Lauro Núñez.

sin hallar lo que buscaban, se volvieron a la Asunción, adonde llegaron el 6 de Enero de 1704, y allí supieron la muerte del P. Juan Bautista Neuman, uno de los dos misioneros del Paraná, a quien habían enviado días antes en un bote ligero por hallarse enfermo.

El mal suceso de esta segunda tentativa no descorazonó aun al Provincial.

Tercera tentativa.

Ordenó al P. Fernández, que estaba encargado de la reducción de S. Rafael, que se hiciera llevar por buenos guías al paraje donde habían plantado la cruz los PP. Hervás y Yegros, que examinase bien su situación y bajara luego por el río Paraguay, a cuya ribera no dudaba que estaba, hasta la Asunción. Púsose en camino el misionero en el mes de Octubre de 1704 con el P. Enrique Adami y una comitiva de Chiquitos. A los tres días tuvo noticias ciertas de que lo que habían tomado por el río Paraguay era un gran lago terminado por una selva de palmeras, y caminó todavía 80 leguas para hallar algún río que fuese a parar al Paraguay; pero no dió con él.

Algunos indios que encontró le dijeron que desde el punto en que estaba podía llegar al río en ocho días de camino; y aunque le añadieron que tendría que abrirse casi por todas partes camino a hachazos, y la estación de las lluvias, que ya comenzaba, le hacía temer el ver muy pronto todo el país inundado, quiso correr todos estos

riesgos. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y tuvo que volver atrás, caminando casi siempre por agua, lo que hizo contraer a su compañero una enfermedad, de que murió al año siguiente en San Rafael. Pudo, sin embargo, consolarse el P. Fernández del poco feliz resultado de su viaje, porque, habiendo ido un día sus guías a la descubierta, hallaron 62 Guarayos de toda edad y sexo, a quienes persuadieron a seguirles a S. Juan Bautista, donde todos se hicieron cristianos.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

ARGUMENTO

Dos cartas de Felipe V.—Temor de una invasión francesa.—La Colonia.—Son excitados los infieles contra las Reducciones.—Sitio de la Colonia.—Es tomada.—Generosidad de los neófitos.—Son visitadas las Reducciones.—Progresos en los Chiquitos.—El P. Cavallero va a los Manacicas.—Los indios del Chaco molestan el Tucumán.—Ruina de Esteco.—Es asaltada Salta, morada del Gobernador.—Prepárase la guerra.—Tropas de los españoles.—Fuerte de Valbuena.—Vanse los Mocovís y Aguilotes con los Abipones.—Apuro de los enemigos.—Encuentro con los Malbalaes.—Asiéntanse en Valbuena.—Alianza con los Malbalaes.—Error que se cometió.—Fruto de la expedición.—Rendición de los Ojotaes.—Temor del Gobernador con ocasión de los Malbalaes.

1700-05. Cartas del Rey Católico al Provincial de los Jesuítas.

Mientras la España y la religión adquirían en esta extremidad septentrional del Paraguay una nueva provincia que se poblaba de verdaderos cristianos, había subido al trono de los Reyes Católicos Felipe de Francia, Duque de Anjou, con el nombre de Felipe V. Mas este príncipe tuvo muy pronto ocasión de temer que la fama de las mi-

nas del Potosí atrajese las potencias marítimas aliadas de la casa de Austria, a aquella parte de América, y creyó que no debía diferir el fortificar el puerto de Buenos Aires. El primer año de su reinado envió al Gobernador del Río de la Plata apretadas órdenes para que trabajase inmediatamente en poner dicha plaza fuera del alcance de un golpe de mano; y por la misma vía escribía al Provincial de los Jesuítas carta de ruego y encargo para que cada cuatro meses enviase a lo menos 300 indios de las Reducciones al mismo Gobernador, a fin de que los emplease en todo lo que juzgara necesario a su Real servicio, agregando que en ejecutar puntualmente esta orden, como de él se esperaba, le daría las mismas pruebas de celo que nunca había cesado de dar la Compañía a los Reyes sus predecesores en cuantas ocasiones se habían ofrecido.

En otra segunda carta de 5 de Marzo, le avisaba el Rey que acababa de descubrir que sus enemigos tenían miras sobre la provincia del Paraguay; que con intento de apoderarse de ella iban a enviar dentro de poco ciertos religiosos españoles, encargados de asegurar a sus habitantes que la casa de Austria estaba muy resuelta a mantenerlos en la religión católica, si se declaraban en favor suyo; que ya estaban en Londres dos Trinitarios, uno de los cuales era español, y el otro alemán, quienes debían embarcarse para Buenos Ai-

res, y si podían, introducirse en el país, disfrazados como iban, para tomar allí de nuevo el hábito de su orden, repartir en secreto manifiestos, apoyándolos en público y en privado con sus conversaciones, y tentar la fidelidad, no sólo de los súbditos de su corona, sino aun de los indios, a los cuales dirían que eran misioneros apostólicos, aunque no lo eran; finalmente, que les habían de seguir dos legos, uno de los cuales era secretario del conde de Harrach, que había sido embajador del Emperador en la Corte de España.

Ordénale luego que si sabe que en aquellas provincias (1) han entrado religiosos extranjeros o

---

(1) Hern. La Cédula, como es manifiesto por sus circunstancias, se envió a fin de dar noticia de lo que se había mandado ejecutar al Gobernador, como muchas veces se hacía con los Prelados para que diesen a la ejecución el apoyo moral que convenía, y aun el apoyo de derecho en el fuero canónico; y por eso se añade al fin: «en la parte que os tocare»; si no está más expreso ese fin de la Cédula, ha de atribuirse a descuido del Secretario del Consejo. La frase «esas provincias» significa la provincia del Río de la Plata y sus vecinas del Paraguay y Tucumán, y de ningún modo las Misiones de Guaranís. que jamás se han llamado así, ni allí había Prelados de religiones a quienes requerir o amonestar, ni tocaba al Superior de Misiones o al Provincial prender y castigar seglares, hacerles procesos, enviarlos a la Casa de Contratación de Sevilla, etc. Por lo cual se omite la nota de Charlevoix, que dice: *** *Il parait que par ces Provinces Philippe V entend les Réductions.* ***

españoles, o cualesquiera otras personas sospechosas, de cualquier estado o condición que fueran, las haga embarcar para que sean conducidas a España; que en su nombre requiera a los superiores de las demás Órdenes para que hagan lo mismo, y que para este efecto y para la ejecución de lo que está prescrito por las leyes, implore el auxilio de los que son depositarios de la autoridad real. Quiere, además, que por su parte haga las diligencias necesarias para averiguar si en aquellos reinos aparece alguno que no lleve pasaporte firmado por él, y que quien quiera que llegase a Buenos Aires sin él, le haga detener y enviar con buena guarda a la cámara real de Sevilla con todos los papeles; que haga que los Superiores de los Regulares le den cuenta de sus religiosos que llegan a aquellas provincias; que examine bien a todos los seglares que allá vayan o salgan de allá sin tener las circunstancias requeridas, y contra ellos proceda conforme a las leyes, sin distinción de extranjeros y españoles, y sea firme en hacer que sean castigados según la naturaleza de su delito, o enviados a España con todas las piezas de su proceso.

«De todo lo cual, le dice el Rey al acabar, he »querido avisaros para que lo tengáis entendido, »para que en la parte que os tocare cuidéis de su »puntual cumplimiento, como lo espero de vues»tro celo al servicio de Dios y mío, y del recibo

»de este despacho me daréis cuenta en la primera »ocasión que se ofrezca. Fecha en Madrid, a 5 de »Marzo de 1703.»

Cuando el Rey de España daba estas órdenes, no creía, según parece, tener nada que temer de parte de Portugal, cuyo soberano le había reconocido por legítimo sucesor de Carlos II. Mas aunque las precauciones de que acabamos de hablar no fuesen sino contra la casa de Austria, y contra los que pudieran intentar en su favor las potencias marítimas, que se habían declarado por el Archiduque; no obstante los trabajos que Felipe V había ordenado se hiciesen para asegurar de asaltos el Puerto de Buenos Aires, no eran menos necesarios en caso de que, por parte del Brasil, se quisiera intentar algo contra el Paraguay. Sabemos por un decreto del mismo Felipe V, fechado a 12 de Noviembre de 1716, que el año de 1698, don Agustín de Robles, Gobernador del Río de la Plata (1) *** ... ***, había temido un desembarco de los franceses en el Puerto de Buenos Aires, por haber tenido aviso de que en Francia se hacía un armamento considerable, acerca de cuyo destino se guardaba gran reserva. Pero el aviso que recibió

1700-05. Precauciones que se toman en el Paraguay contra Francia.

(1) *** *Pour la secunde fois* *** Hern. No, sino por primera vez, habiendo empezado su gobierno en Marzo de 1691 y acabádolo en 1698. El otro Robles, que fué Gobernador desde 1674 hasta 1678, era D. Andrés, diferente persona y diferente nombre.

era tardío, pues los preparativos de que se trataba eran para el sitio de Cartagena, que fué tomada el año 1697.

Generosidad de los Indios de las Reducciones.

Sin embargo, había enviado a pedir ya dos mil indios de las Reducciones de su Gobierno, que partieron al punto, y permanecieron seis meses acampados fuera de la ciudad con sus Misioneros. Al cabo de este tiempo, viendo el Gobernador que no había ningún indicio de que hubiese de ser asaltado el Puerto, les permitió que regresasen a sus pueblos; pero no creyó que debía enviarlos sin ninguna recompensa; tanto más, cuanto habían venido trayendo consigo como de costumbre todas sus provisiones, y no habían costado al Rey un maravedí. Calculó cuál podía ser su sueldo, a razón de un real por día (1), que era el sueldo ordinario de los indios en tiempo de guerra, y halló que por el tiempo que habían estado ausentes de sus casas, y el que tenían que emplear en volver a ellas, subía la suma a 84.000 pesos, y se los ofreció; mas ellos los rehusaron, diciendo que se emplearían mucho mejor en llenar de municiones los almacenes del Rey, que estaban harto desprovistos de ellas.

---

(1) Charl. *Cartas edificantes*, tomo xxi, pág. 417. —Mur. No un real, sino real y medio es lo que se paga al indio, como se dice más abajo y en el decreto de Felipe V de que luego se hablará.

Pero mientras se precavía este Gobernador con tanta diligencia contra un enemigo lejano, que no pensaba en el Paraguay, tenía en su vecindad otro del cual no desconfiaba bastante. Apenas supieron los portugueses del Brasil la muerte del Rey de España, y que le había sucedido su resobrino el Duque de Anjou, cuando se persuadieron de que, siendo desconocido este Príncipe por muchas de las mayores potencias de Europa, no querría él contender con el Rey de Portugal, que lo había reconocido, y oponerse al restablecimiento de la Colonia del Santísimo Sacramento. Pero antes de intentar nada abiertamente, juzgaron apropósito tomar sus providencias para que el Gobernador del Río de la Plata no pudiese sacar partido alguno de las Reducciones hasta haber ellos ejecutado su designio.

1703-05. Restablecen los portugueses la Colonia del Sacramento.

Habían hecho alianza con indios idólatras colocados entre las Reducciones y el paraje de la Colonia del Sacramento; diéronles armas de fuego, y los proveyeron abundantemente de cuanto necesitaban. Aquellos bárbaros, por enemigos que fuesen de los cristianos, y aun estando seguros de ser apoyados por los portugueses, pasaron algún tiempo sin atreverse a mover guerra a los neófitos, ante los cuales sabían que no estaban seguros los mismos Mamelucos, yendo al descubierto. Pero por fin, solicitados por sus nuevos aliados, hicieron una irrupción en el pueblo de los Re-

1703-05. Hacen alianza con los infieles y los incitan a atacar a neófitos: arruinan a Yapeyú.

yes (1), lo sorprendieron, lo saquearon, profanaron la Iglesia y todo lo que servía al culto divino, robaron las tropas de bueyes y todos los caballos; y los neófitos, que no habían tenido tiempo ni aun de tomar las armas, hallaron no poca dificultad en salvar su vida y libertad con la fuga.

Son derrotados.

Refugiáronse en las reducciones más cercanas; presentaron las quejas por esta hostilidad al Gobernador de la provincia, y le pidieron socorro. Envióles socorro muy corto, pero que les bastó. Formaron un cuerpo de dos mil hombres y fueron a buscar al enemigo, que muy luego encontraron. Peleóse largo tiempo, y de una y otra parte se derramó mucha sangre; por fin empezaron a cejar los infieles, y sólo huyendo lograron evitar su completa derrota. Acudieron a pedir socorro a los portugueses, quienes se lo dieron; y volvieron a buscar a los cristianos, quienes les aguardaron a pie firme. Acometiéronles al principio con mucho orden y resolución; pero fueron recibidos debidamente, y el primer encuentro no fué decisivo. Volvióse a pelear los cuatro días siguientes. No cesaban de combatir sino para rehacerse y para tomar un poco de descanso. Por fin, el quinto día se declaró la victoria por la parte de los neófitos,

---

(1) Mur. El asalto y destrucción sucedió, no en el mismo pueblo de Yapeyú, sino en una granja perteneciente a él.

y fué tan completa, que no quedó ni uno de los enemigos, así indios como portugueses, que no fuera o muerto o prisionero.

1705. Segundo sitio de la Colonia.

Durante todo este tiempo habían repoblado los portugueses la colonia del Santísimo Sacramento, sin que en buenos Aires se echase de ver que se habían fortificado en ella, de modo que no temían que nadie los arrojase de allí, y empezaban a no guardar ya miramiento alguno con los españoles. D. Alonso Juan de Valdés Inclán, que acababa de suceder a D. Agustín de Robles en el gobierno del Río de la Plata, recibió muy luego de D. Melchor de Portocarrero, Conde de lo Moncloa, Virrey del Perú, orden del Rey, fecha el 9 de Noviembre de 1703, de juntar todas sus tropas y las que le enviarían de Tucumán, y arrojar a toda costa a los portugueses de la Colonia del Santísimo Sacramento. No perdió tiempo para ponerse en estado de obedecer, y empezó por escribir al P. José Mazó, Superior de las Reducciones del Paraná, y al P. José Saravia, Superior de las del Uruguay, que con toda la prontitud posible le enviasen cuatro mil de sus neófitos.

Despachó al mismo tiempo un expreso al Provincial, que se hallaba en Córdoba, para entregarle una carta del Rey, en la que S. M. le decía que no dudaba contribuiría en cuanto de él dependiese a la ejecución de las órdenes que enviaba al Gobernador del Río de la Plata. Luego que

el P. Núñez recibió esta carta, partió para las Reducciones, donde halló muy adelantados los preparativos para la expedición de los neófitos. A 8 de Septiembre, todos estaban en estado de emprender la marcha debajo de la conducta de (1) **tres* maestres de campo, todos ellos caciques, con cuatro misioneros y (2) ***tres*** hermanos cirujanos. Iban divididos en tres cuerpos, dos de los cuales se embarcaron en el Uruguay, y el tercero, que no tenía sino 150 leguas que recorrer, emprendió el camino por tierra.

Fué el primero que llegó al campo español, a 14 de Octubre. Hallábase el campo a vista de la plaza que se había de asaltar, y estaba compuesto de tropas regulares y de milicias recién reclutadas; sin que digan mis memorias su número. A 4 de Noviembre llegaron las otras dos divisiones de los indios con seis mil caballos y mulas de carga, después de haber padecido mucho, porque en aquella estación no podía hallarse ni forraje, ni ninguna especie de refrigerio, y había sido forzoso economizar las provisiones que se habían embarcado y que habían de servir para la ida y vuelta, y aún hubieran faltado totalmente, si al llegar, no hubieran ido los indios a recoger vacas. Pero por fortu-

---

(1) * Quatre *

(2) ** Quatre **—Hern. Véase el doc. núm. 18 al final de este tomo.

na, mataron tantas, que pudieron compartirlas con los españoles.

Es tomada la plaza.

El sargento mayor D. Baltasar García Ros, que fué el General en este sitio, declara en un informe impreso dirigido al Rey, al Consejo real de las Indias, al Virrey del Perú, a todos los tribunales de la América española y a los jefes de tropas; que los indios de las Reducciones del Paraná y del Uruguay se habían encargado de todos los trabajos hasta llevar a fuerza de brazos los cañones para las baterías; que siempre estuvieron en el primer puesto en las operaciones de guerra, y que soportaron con la mayor intrepidez todo el fuego de la plaza. Por lo cual, los sitiados se espantaron de modo, que cuando los vieron ir a dar el asalto, se embarcaron en cuatro navíos que acababan de llegar con socorro que no pareció suficiente para hacer levantar el sitio a soldados tan valientes, o no tuvo tiempo de desembarcar, dejando en la Plaza toda la artillería y municiones de que la tenían muy bien proveída. Esta expedición costó muy poca gente a los españoles, y fueron doscientos los heridos.

Nuevas muestras de desinterés de los indios.

A 17 de Marzo de 1705 recibieron licencia de partir para retirarse a sus casas, después de haber rehusado 180.000 pesos que les ofreció el Gobernador, y se les debían, a razón de real y medio por cabeza, por todo el tiempo que habían estado ausentes de sus pueblos. He aquí todo lo que

he podido hallar acerca de esta expedición en las memorias españolas. El difunto abate Dubos (1), Secretario perpetuo de la Academia francesa, tan conocido por sus obras, me refirió algunas circunstancias de ella que será gustoso conocer, y las había oído de un testigo ocular. No me fijó el tiempo; pero lo que me dijo no podía convenir sino al segundo sitio de la Colonia del Santísimo Sacramento, y me aseguró que lo sabía por el comandante de un navío francés que se hallaba a la sazón en el puerto de Buenos Aires.

Anécdota de este sitio.

Había entrado allí al tiempo que se hacían los preparativos para el sitio de la Colonia; y el Gobernador dijo que lo que más cuidado le daba era el carecer de ingeniero. Ofrecióse el capitán a desempeñar este oficio, y le fué aceptada la oferta. Pidió el plano de la plaza que querían asaltar y se lo dió el Gobernador. Informóse luego de qué tropas se habían de emplear en aquel sitio, y quedó muy sorprendido, cuando en la reseña que se le hizo, pareció el Gobernador tener gran confianza en los indios de las Misiones de los Jesuítas, que habían de llegar al día siguiente. «¿Qué va V. a hacer, señor,—le dijo—de semejante tropa? —Aguarde V. para juzgar de eso—respondió el Gobernador—a verlos en la acción, y yo le aseguro que si ellos asaltan se tomará la plaza.»

(1) Mur. Murió el año de 1742, a 23 de Marzo.

Pocos días después avisaron al gobernador que aparecía la primera división de aquellos indios. Montó a caballo para recibirlos e invitó al ingeniero a que fuese con él. Vino en ello el capitán, y muy luego vieron los neófitos que salían de dos en dos de un desfiladero, y que, a medida que iban saliendo, cada batallón se formaba en la llanura, teniendo todos las armas en buen estado y algunas piezas de artillería que venían detrás. El orden, el silencio, la expedición con que todo aquéllo se hacía, y el continente altivo y resuelto que se descubría en ellos, dejaron sorprendido al capitán francés. Quiso hablar a los que formaban la primera línea, y lo hizo en español; pero no le respondieron sino con estas palabras: *Los Padres,* mostrándole los Jesuítas que iban tras de ellos. Dirigióse a uno de aquellos religiosos, quien le dijo que aquellos indios no hablaban otra lengua que la suya; que cuando se les quería dar una orden, estaban ellos allí para servir de intérpretes, y que podía estar seguro de que ejecutarían puntualmente todo lo que se exigiese de ellos.

Con esta seguridad les señaló el punto que se hallaba más expuesto de todos al fuego de los cañones de la plaza. Empezaron muy pronto a responder a él; y después de algunas descargas pidieron licencia de ir a dar el asalto. Díjoseles que no era todavía bastante grande la brecha, y respondieron que eso iba por su cuenta, y que con-

fiaban que la ganarían. Permitióseles, pues, hacer lo que quisieran, y como empezasen a desordenarse, les tiraron desde la plaza una rociada de cañonazos, que aguantaron sin que ninguno abandonase su puesto. Ni les detuvo más la mosquetería, luego que estuvieron a su alcance, por más que les matase mucha gente; y la intrepidez con que avanzaban sin cesar, obligó por fin a los portugueses a emprender la huída. Añade el capitán que no menos le admiró la sangre fría de los Misioneros, quienes sin tener otra defensa que sus breviarios en las manos, no veían caer a ninguno de sus neófitos que no corriesen a él, aun exponiéndose a un fuego vivísimo, para exhortarlos a bien morir, lo que hacían con la misma tranquilidad que si hubieran estado en su iglesia.

1705-07. Visita el Gobernador del Paraguay las Reducciones.

Lo cierto es que el feliz resultado de este sitio aumentó mucho la fama que ya había cobrado aquella milicia india; y el certificado del Sargento mayor confirmó al Rey de España en la opinion que ya tenía de su fidelidad, y acabó de persuadirle de que no había en toda la América tropas con las que pudiera contar con más seguridad. Recompensó este príncipe el servicio que acababa de hacerle el Sargento mayor con nombrarle Gobernador del Paraguay; y al mismo tiempo le recomendó que empezase el ejercicio de su cargo visitando las Reducciones de la provincia. Hízolo, y envió los autos de la visita a S. M. con una car-

ta en que le decía que había encontrado todos aquellos pueblos en un estado que no parecería verosímil a quien no lo hubiera visto por sus propios ojos; que nada era posible añadir a la policía y buen orden que en ellos se observaba; que era inexplicable la inocencia de costumbres, la piedad y unión que allí reinaban; el tierno afecto que mostraban aquellos nuevos cristianos a sus pastores; que no había ni uno que no estuviera dispuesto a sacrificar con gusto su vida y cuanto poseía en el mundo por el servicio de Dios y el de S. M.

Progresos de la iglesia de los Chiquitos.

Podía decirse ya otro tanto de la nueva República de los Chiquitos. Es verdad que el cielo había derramado allí las bendiciones sin medida para hacer eficaces los trabajos de los misioneros, hasta empleando los más señalados efectos de la Omnipotencia de Dios. Tenemos por fiadores de ello a testigos oculares, y tanto menos recusables cuanto según la sentencia de San Agustín, sería mucho más glorioso a aquellos religiosos haber cambiado el carácter de aquellos infieles y haberles persuadido que adorasen a un Dios crucificado sin auxilio de milagros. Parece desde luego que el Señor, dando a aquel pueblo, todavía novicio en la fe, muestras sobrenaturales de una protección particular, no tenía otro intento que el de animar su confianza. El agradecimiento que mostraban aquellos neófitos por sus beneficios, la sencillez de corazón con que le servían, el celo que

mostraban en todas ocasiones para procurarle nuevos adoradores, hasta privarse aun de lo necesario para tener con qué adornar los altares, y atraer con ésto los infieles a su culto, le empeñaron muy luego en premiar virtudes tan puras y darles el céntuplo de lo que sacrificaban por la honra de la religión. He aquí algunas muestras de ello.

Algunas muestras de la Providencia en favor de los Neófitos.

En la reducción de San Juan Bautista urgía el tiempo de hacer la provisión de alimentos; pero no estaba acabada la iglesia, y no fué posible persuadir a ningún neófito que interrumpiese los trabajos para ir adonde los llamaba la necesidad. Declararon todos que más querían que les faltasen los alimentos que dejar la casa de Dios imperfecta. Apenas le hubieron dado la última mano, cuando de los bosques inmediatos se vieron salir tropas de jabalíes, que sólo parecían acercarse al pueblo para ponerse a disposición de los habitantes, quienes no tuvieron más trabajo que el de matar a aquellos animales. Ni aun se escaparon cuando les empezaron a tirar flechazos.

Durante una sequía que ya no podía durar sin dejar reducida a otra aldea a la más extrema miseria, se postraron todos delante del Santísimo Sacramento para pedir a Dios lluvia, y, contra todas las apariencias, fueron oídos instantáneamente. Otra vez, empezando la peste en San Rafael de modo que hacía temer que pronto se hallase la

reducción sin habitantes, quedaron curados todos los enfermos sin exceptuar ninguno, luego que el pequeño número de los que no habían sido contagiados se postró ante el altar, pidiendo al Señor que tuviese misericordia de sus hijos. Al año siguiente, faltando los víveres en el mismo pueblo, fueron algunas mujeres a la iglesia a representar a Jesucristo la extremidad a que se veían reducidos; y el mismo día les llegó socorro de tantas partes, que nunca se habían visto con tan gran abundancia de todo.

En otro pueblo cayó enfermo un neófito llamado Diego, trabajando en la fábrica de la iglesia, y en pocos días quedó reducido a la última extremidad. Estaba muy contento de morir; pero deseaba mucho ver la casa del Señor terminada y contribuir con su trabajo hasta el fin. Dirigióse para obtener esta gracia a la Madre de Dios, y al día siguiente se admiraron todos de verle hacer con los demás trabajadores cosas que difícilmente pudieran los más robustos, y con gran facilidad. Algún tiempo después se arrojó sobre él un tigre, lo derribó, y lo tenía asido entre las garras de tal modo, que no podía ni defenderse ni desasirse. Invocó los sagrados nombres de Jesús y María, y al instante lo soltó el tigre, sin haberle hecho más que algunos rasguños.

Algunos ejemplos de la justicia divina.

A estos milagros de bondad juntó el Señor algunos otros de su justicia, que no eran menos

necesarios, ni fueron menos eficaces, así para fijar la inconstancia natural de aquel pueblo, como para preservarle de la seducción y de los malos ejemplos. Los misioneros, por su parte, creyeron que debían usar en ciertas ocasiones de una prudente severidad, y no vacilar en cortar algunos miembros podridos para salvar el cuerpo. No tuvieron por qué arrepentirse: el lugar de un incorregible que habían expulsado, era al punto ocupado por gran número de prosélitos dóciles; y las Reducciones se poblaron tan extraordinariamente, que fué preciso pensar en fundar otras nuevas.

Celo de la salvación de las almas entre los Chiquitos.

Ningún pueblo había de donde de tiempo en tiempo no saliesen tropas de neófitos, que recorrían las provincias cercanas, y rara vez regresaban sin numerosas bandas de prosélitos. Iba ordinariamente a la cabeza uno de ellos, llevando una bandera en que habían hecho pintar la figura de la cruz o la de la Madre de Dios. Entraban en todas las habitaciones de indios que se hallaban a su paso. Hacían conocer a los infieles la dicha que hay en servir al verdadero Dios y el consuelo de vivir en sociedad. Explicaban luego los principales artículos de la doctrina evangélica; y se les vió regresar a veces con más de sesenta familias de diversas naciones, que no tenían afinidad alguna con los Chiquitos, y que, no obstante, pronto se hallaban connaturalizados con ellos.

Muchos de aquellos neófitos tuvieron la dicha de derramar su sangre por Jesucristo; y la nueva de su muerte no excitaba entre sus hermanos sino una santa emulación por el martirio. Condújose cierto día a San Juan Bautista un cristiano herido en el vientre de un flechazo, que había abierto llaga muy profunda. Luego que se empleó, aunque inútilmente, cuanto remedio tenían para curarlo, creyó el misionero que debía administrarle los sacramentos, y para disponerle le dijo que, ante todo, era preciso perdonar su muerte al que se la había dado, y hasta agradecerle que le hubiese procurado la mayor dicha que le podía suceder en su vida, cual era la de dar la vida por Jesucristo. Respondióle el enfermo que por la misericordia de Dios, no sólo pensaba así, sino que de buen grado ofrecía a Dios el sacrificio de su vida por la conversión del que le había herido. Después de haberle administrado el Padre los sacramentos, se retiró, recomendando a los que le velaban que le avisasen cuando lo vieran próximo a expirar. Al día siguiente, muy de madrugada, se levantó para ver en qué estado se hallaba, y le vió que no había sentido ningún dolor, y su llaga se había cerrado en el mismo instante en que había recibido el cuerpo de Jesucristo.

Martirio de muchos.

Puede creerse fundadamente que la vista de las bendiciones que tan abundantemente derramaba Dios sobre aquella iglesia naciente, y de la fideli-

dad de los nuevos cristianos en corresponder a las gracias del cielo, hubieran avergonzado a los operarios que trabajaban en tan preciosa porción de la viña del Señor, si hubiesen rehuido las fatigas para secundar tan dichosas disposiciones.

Este pensamiento les comunicaba en verdad fuerzas que nunca hubieran hallado en sí mismos para soportar los trabajos de tan penosa misión, que eran extremos. Porque sobre tener que sufrir de continuo la intemperie de un aire siempre infecto, estaban incesantemente rodeados de enemigos crueles, que habían jurado su ruina, y de cuyo furor tenían que preservar su grey. «Cuando yo »estaba en Europa, escribía uno de ellos, me figu»raba que bastaba traer a estas misiones un gran »celo de la salvación de las almas; pero desde que »he tenido la dicha de trabajar en ellas, entiendo »que, además, es preciso haberse ejercitado muy »de antemano en una completa abnegación de sí »mismo; en un perfecto desprendimiento de las »cosas de aquí abajo; en una continua mortifica»ción de los sentidos; en el menosprecio de la »vida, y en abandonarse sin reserva a la divina »Providencia.»

1705-07. Carácter y trabajos del P. Cavallero.

He dicho que había sido encargado el P. Cavallero de la reducción de San Francisco Javier. Quizá nunca ha tenido el Apóstol de las Indias más perfecto imitador que este religioso. En una de las correrías que frecuentemente emprendía

con una escogida tropa de sus más fervientes neófitos, llegó cierto día a unos indios cuya conversión deseaba ardientemente, tan fatigado y desfigurado, sin tener siquiera para cubrirse más que algunos girones de su vestido desgarrado, que los bárbaros preguntaron a los que le acompañaban si era algún esclavo que se hubiese huído de los españoles. Por otra parte, lejos de procurar suavizar los rigores de la vida que llevaba, añadía todavía a ellos austeridades que más de una vez se vieron obligados los Superiores a prohibirle; pero a falta de las penitencias que le prohibían, su amor a la cruz le hacía ingenioso en inventar cada día nuevos modos de padecer.

Lo que le sucedió con unos españoles.

Supo en 1704 que unos indios llamados *Puraxis* se habían refugiado en el fondo de una espesa selva para ponerse a cubierto de las persecuciones de los españoles. Partió en seguida para buscarlos y conducirlos a su iglesia. No había caminado mucho, cuando halló unos españoles, quienes por su parte recorrían el país para hacer esclavos, y cuyo jefe, dirigiéndose a él con señales de estar lleno de furor, le mandó que se volviese al pueblo, haciéndole las mayores amenazas, si no lo verificaba cuanto antes. El Padre le dió una respuesta prudente y prosiguió su camino. El español muy admirado, le dejó irse. No halló los Puraxis que le habían dicho; pero un poco más allá vió dos o tres indios jóvenes que se habían subido

a los árboles para observar la ruta de los españoles, y le enseñaron el refugio de los que buscaba.

Obtiene lluvia con sus oraciones

Fué allá; los encontró algo dispersos, pero no tuvo dificultad en juntarlos alrededor suyo. Hablóles del Dios de los Cristianos y le escucharon atentos; empleó todo el tiempo necesario para doctrinarlos y bautizó algunos niños que le presentaron. Luego se echaron todos a sus pies, pidiéndole que tuviese compasión de sus miserias, y les obtuviese del Dios que les anunciaba un poco de lluvia para regar sus campos. Enternecióse su corazón, y la fe de ellos le hizo confiar que Dios los oiría. Plantó en el suelo el crucifijo que siempre llevaba en la mano, y mandó a los indios que lo adorasen y repitiesen con él la oración que iba a pronunciar. Apenas la hubo acabado, cuando cayó en abundancia la lluvia. Pero una breve excursión que hizo el misionero a los *Tapacuras*, estuvo a pique de hacarle perder todo el fruto de cuanto acababa de entablar con tanta felicidad entre los Puraxis.

1705-07. Acción indigna de unos españoles.

Los mismos españoles que había encontrado, noticiosos de que había dejado aquellos indios, publicaron por todas partes que aquel pretenso Jesuíta era un Mameluco disfrazado, y que no había aparentado el viaje a los Tapacuras, sino para ir a buscar la tropa con que le verían muy pronto caer sobre los Puraxis, encadenarlos y llevárse-

los al Brasil. Estas razones, que le refirieron muy luego, hicieron alguna impresión en ellos; mas, quisieron ver si los españoles prendían al misionero a su vuelta para llevarlo preso a Santa Cruz, como de ello se habían jactado. En este intermedio llegó; los Puraxis no dejaron de decirle cuanto se había publicado contra él, y no tuvo gran trabajo en hacerles percibir cuál era el motivo que tenían los que les hablaban de aquel modo.

Frustrado este ardid, resolvieron aquellos mismos españoles pasar a la violencia, a fin de obligar al P. Cavallero a salir del país. Y habiéndole hallado su jefe solo, le dijo que traía órdenes superiores en virtud de las cuales le mandaba de parte del Rey que se presentase a dar cuenta de su conducta ante el Gobernadar de Santa Cruz. «Se ha equivocado V., le dijo tranquilamente el »misionero, si ha creído que me intimidaría, o se »lisonjea de que ignoro sus intrigas e intentos cri»minales. Espera V. que estos apartados lugares »y la espesura de los bosques ocultarán sus injus»ticias de los ojos de quienes tienen la autoridad »en la mano para castigarle. Pero ¿escaparán acaso »de la vista de Dios, a quien roba V. almas resca»tadas con su sangre? Y aun el castigo que le tie»ne preparado no está tan lejos como V. se figura. «En cuanto a mí, no temo esas amenazas, ni seré »juguete de los artificios de V. Permaneceré aquí, »a pesar de V., e impediré que V. atente a la liber-

Firmeza del padre Cavallero.

»tad de pueblos que están debajo de la protección »del Rey.»

El español no osó replicar, y se retiró. Poco después, los Puraxis llevaron al siervo de Dios un indio de la nación de los *Manacicas,* que se había escapado de las manos de los mismos españoles de quienes he hablado, y entendía bastante bien la lengua de los Chiquitos. Quiso tratar con él en particular, y le agradó mucho su carácter; hablóle del Dios de los cristianos, y le pareció que le entraba bien lo que le decía. Estudiaba todas las acciones del santo varón y procuraba imitarle en todo. Postrábase en tierra como él; como él alzaba las manos al cielo, y con él rezaba las oraciones que decía en alta voz. Tan hermosas disposiciones hicieron formar al misionero idea favorable de su nación, y desde entonces formó el designio de ganarlos para Jesucristo.

Por su parte, los Puraxis, gozosos de verse asegurados del temor de caer en manos de los españoles, atestiguaron su reconocimiento a su libertador por boca de su cacique, el cual lo convidó luego a visitar a los *Aruporés,* sus vecinos, ofreciéndose a acompañarlo. «Nos juntaremos también, dijo, con los *Tubacís*, antiguos aliados »nuestros; y todos juntos formaremos un pueblo »numeroso; tú nos harás conocer la ley del verdadero Dios, y no quedarás descontento de nues»tra docilidad.» Convino en todo el hombre apos-

tólico; partió luego con el cacique, y halló tan bien dispuesto a los Aruporés, que después de haberlos instruído en los puntos más esenciales de nuestra santa religión, no pudo negarse a bautizar más de 80 de sus niños más pequeños.

Quería pasar de allí a otra aldea de la misma nación; pero cayó en el camino en tal fatiga, que inútilmente se esforzó por seguir adelante. A esta debilidad se juntó muy luego una ardiente fiebre, que le hizo pensar que se llegaba su última hora. En tal estado, tendido al pie de un árbol, sólo aguardaba la muerte, y los indios que le acompañaban estaban inconsolables por verse imposibilitados de aliviarle. Hizo la casualidad que encontrasen una gallina. Hiciéronla guisar, y se la presentaron; pero no la quiso, y la hizo dar a uno de sus neófitos, que estaba casi tan enfermo como él. En aquel instante viniéronle al pensamiento los Manacicas, y se sintió inspirado a hacer voto de consagrarse a doctrinarlos, si Dios le volvía la salud, aunque para ello fuera preciso verter la última gota de su sangre. Siguió la inspiración, y en el mismo instante se halló sin fiebre y sin flaqueza; le parecieron agradables los más insípidos manjares de los indios, y nada le impidió continuar el viaje.

Cae enfermo y sana por milagro.

No creyó que debía dispensarse de comunicar su propósito al cacique de los Puraxis, que no le abandonaba; y el jefe, que le había cobrado ex-

Pretenden estorbarle que cumpla el voto.

traordinario afecto, no dejó de tentar nada para disuadirle de él. Díjole que se veía bien que no conocía a los Manacicas; que eran una nación muy numerosa, muy temida por su valor, irritada más de lo que se podía imaginar contra los españoles, quienes recientemente habían ejercido grandes violencias en su país; que habian jurado no dar cuartel a ninguno de cuantos cayesen en sus manos; que habían hecho impracticables los caminos que llevaban allá, y los tenían erizados de puntas de madera dura que no se veían, de forma que no se podía caminar por allí sin estropearse; que hablaba sabiendo lo que decía, pues habiendo querido el año anterior visitar a aquellos indios, se había visto forzado muy luego a volver atrás.

Su respuesta.

«En fin, Padre mío, agregó abrazándolo y con »los ojos bañados en lágrimas, ¿qué podrás oponer a su furor si se precipitan sobre tí?—Les pon»dré de por medio mi Dios y el suyo, respondió »el hombre de Dios mostrando el crucifijo; nada »temo cuando se trata de obedecer a mi Salvador »y Maestro, y publicar su ley; sus enemigos no »pueden arrancarme un cabello de la cabeza sin »su licencia; y en lo demás, ¿qué cosa más dicho»sa puede sucederme que expirar a los golpes de »ellos mientras hago lo que él me ordena? Pero »no pretendo que tú te expongas al mismo riesgo »que yo: tú puedes retirarte; si me reciben bien,

»te lo participaré, y podrás venir a buscarme si »te parece conveniente.»

No pudo el cacique oirle hablar así sin sentirse inflamado del mismo ánimo que él; y le afirmó que ni él ni nadie de los suyos le dejaría ir solo; que si no podían salvar su vida, vengarían su muerte, o morirían de pesar; y al acabar este razonamiento, golpeó sus armas, lo que para estos indios es una especie de juramento, y eligió una tropa de sus mejores guerreros, quienes hicieron al siervo de Dios la misma protesta. Conjuráronle después a que les concediese aún algunos días para acabar de doctrinarlos, bautizar a sus hijos y pedir a Dios agua, de la cual tenían extrema necesidad sus campos. Convino en ello; hizo plantar una cruz, al pie de la cual se postraron todos con él; hizo en alta voz su oración, y no fué escuchada.

Quieren seguirle los indios y morir con él.

Acordóse entonces de haber oído que estos indios habían cometido en una guerra injusta crueldades que clamaban venganza al cielo. «¿Cómo »podéis esperar, les dijo, que Dios escuche vues»tras súplicas, después de lo que hicisteis en aque»lla ocasión? Empezad arrepintiéndoos sinceramen»te de vuestros delitos, aplacad la ira del cielo jus»tamente indignado contra vosotros; reconciliaos »de buena fe con vuestros enemigos, reparando la »injuria que les habéis hecho, y Él os perdonará.» Prometieron todos hacer lo que mandaba, y par-

Milagro singular.

tieron al instante a cumplir su palabra. Apenas habían caminado el espacio de una milla, cuando empezó a cubrirse el cielo, y pocos momentos después caía la lluvia en abundancia; continuaron caminando; hicieron lo que habían prometido, y la tierra, regada lo bastante, les correspondió con abundante cosecha.

Llega el P. Cavallero á los Manacicas.

No tardó el P. Cavallero más que algunos días en seguirles con el cacique de los Puraxis, quien se hizo acompañar de todos sus soldados. Después de algunos días de marcha, pasaron un río, vieron luego una aldea muy bien defendida con empalizadas, y hallaron todos los caminos que a ella conducían del modo que lo había advertido el cacique al misionero. Al ver ésto, se apoderó de ellos el miedo. No les dijo el siervo de Dios más que dos palabras, y continuaron caminando en gran silencio. Llegados al pie de la empalizada, se pasmaron de no ver a nadie; y confiesa el misionero en una de sus cartas, después de pasado el caso, que también él se sintió entonces embargado de temor; y que lo que lo disipó fué la visita de un joven neófito, bautizado poco tiempo hacía, quien levantando las inocentes manos al cielo, ofrecía sus fatigas a Dios por la salvación de los infieles, y hasta le rogaba que aceptase el sacrificio de su vida por tan precioso objeto.

Estado en que halla la primera aldea.

Entraron por fin en la primera aldea, donde no hallaron más que cabañas quemadas, y la tierra

cubierta de cadáveres. Al ver ésto, los indios fueron todos de parecer de retirarse; pero el Manacica, que se había juntado con el misionero, y se llamaba *Izú*, les dijo que muy cerca de allí había otra aldea: y habiendo hecho el P. Cavallero cobrar ánimo a los indios, volvió a ponerse en marcha para ir allá. Viéronla pronto, y continuó adelantando solo el Padre con su intérprete. Este, después de haber caminado unos pasos, dijo al Padre que se exponía demasiado; pero el varón apostólico no hizo sino andar más de prisa; y entraron en la aldea cuando empezaba a ir cayendo el día. Luego que los manacicas los vieron, hicieron salir las mujeres y los niños, y se adelantaron hacia el siervo de Dios con ademán amenazador y con los ojos centelleantes de furor.

Gritóles el intérprete que no hiciesen mal a un hombre que en manera alguna era enemigo suyo. «No, agregó el siervo de Dios; no lo soy. Yo ven»go a anunciaros la ley del verdadero Dios y a »enseñaros el modo de vivir dichosos.» Llegaron entonces los Puraxis, y su cacique advirtió al Padre que empezaban a cercarle los Manacicas. Ya lo había reparado él; y hasta le habían disparado algunas flechas: pero nunca se había sentido con más ánimo. «Una voz interior, dice él en una carta que ya he citado, me decía que no había llega»do todavía mi hora; y cuando me vi cubierto de »una nube de flechas, estaba en la plaza, con mi

Pasa á la segunda.

crucifijo en la mano, tan tranquilo como si hubiese estado en medio de mis neófitos.»

Hace deponer las armas á los indios el intérprete del P. Cavallero.

Habíase adelantado su intérprete con una intrepidez igual a la del Padre hacia el grueso de los Manacicas, haciendo señas de que tenía alguna cosa importante que decirles: escucháronle, y él les habló con tanta firmeza sobre la necesidad de abrazar la religión cristiana para ser dichosos en vida y después de la muerte, que se les cayeron las armas de las manos. El Espíritu Santo, que hacía tan elocuente la lengua de un neófito de pocos días, cambió repentinamente el corazón de los infieles de tal suerte, que fueron todos uno tras otro a postrarse ante el hombre de Dios, y besar respetuosamente el crucifijo que tenía en la mano mientras el cacique de los Puraxis no cesaba de exhortarles a adorar al Salvador del mundo. Hablando así, avanzaba siempre con su tropa, y con pasmo igual de una y otra parte, se vieron mezclarse las dos naciones, y tratar la una a la otra como si siempre hubieran sido pueblos amigos.

Mientras tanto, Izú, axiliado por alguno de sus parientes, trabajaba en hacer una gran cruz, que se plantó en medio de la plaza. Luego que estuvo colocada, hizo el P. Cavallero, valiéndose del intérprete, una instrucción sobre la muerte del Salvador de los hombres, que fué oída con gran atención. Los principales del pueblo le instaron luego a que se quedase con ellos, y él también lo de-

seaba mucho; pero iban a entrar en el invierno, que le hubiera imposibilitado por largo tiempo la vuelta a San Francisco Javier, donde sabía que era necesaria su presencia. Dijo, pues, a los Manacicas, que tenía que dejarlos por algunos meses, y les dió palabra de que la siguiente primavera iría a verlos.

Providencia de Dios con el Misionero.

Consoláronse con esta promesa, y le obligaron a aceptar un caballo; rivalizaban por darle cada uno mayores muestras de amistad, la cual parecía muy sincera; todos quisieron ir con él hasta muy lejos; y en el momento en que iba a ponerse en camino fueron a echarse a sus pies las mujeres y los niños, suplicándole que los bautizase. Pero fué traza de la Providencia que no se hubiese dejado cebar con el aliciente de tantas conquistas que le parecían fáciles. Apenas había salido de aquella aldea, cuando el Mapono de otra que no estaba muy lejana (llaman así entre los Manacicas a los ministros de la religión), habiendo tenido noticia de lo que acababa de pasar en aquélla, declaró a su cacique de parte de sus dioses que era su voluntad que fuese tras el sacerdote extranjero y lo hiciese morir por haber intentado destruir su culto.

Obedeció el cacique, y marchó con todos sus guerreros hasta las inmediaciones de la aldea de la que había partido el Padre. Entonces el Mapono que le acompañaba, al saber su partida, dijo al

cacique que tomase cierto camino que le señaló, para cortarle la retirada. Pero el cacique había reflexionado ya, y respondió que primero era menester informarse de quién era aquel extranjero, para qué había ido, y si había motivo de sospechar que tuviese algún mal intento; pues no era razonable quitar la vida a un hombre sin haberlo reconocido por culpable. Extrañado el Mapono de esta respuesta, tomó consigo los más celosos por el servicio de sus dioses que había en la tropa, y con ellos entró en la aldea. Allí, dirigiéndose al cacique del lugar, le preguntó por qué había recibido en su pueblo a un hombre enemigo de los dioses de la nación.

Respondióle el cacique que si el sacerdote extranjero hubiese merecido la muerte, no hubiera tenido él necesidad de nadie para castigarle; pero que aquel hombre a quien llamaba enemigo de los dioses, era su amigo; que se había entregado con confianza en sus manos; que lo había hallado digno de su amistad, y contaba con la de él; que entre otros beneficios que de él había recibido, había sido uno el de reconciliarle con los Puraxis y otros vecinos suyos, y que, sin hacerse culpable de una gran ingratitud, no podía perseguir a un hombre que acababa de hacerle tan importantes servicios. Al mismo tiempo, los indios que habían seguido al Mapono le declararon que eran demasiado pocos para ir más lejos, lo que le causó gran

desesperación. Quiso hacer derribar la cruz, que vió en la plaza, pero se opuso el cacique; y el otro se retiró diciendo que ya sabría vengar a sus Dioses. No tuvo tiempo de hacerlo, pues dentro de muy poco murió en un acceso de furor. Todos cuantos habían jurado con él la muerte del misionero, murieron también del mismo modo; lo que hizo juzgar a los demás que el cielo tomaba bajo su protección al ministro del Dios de los cristianos.

Descripción del país de los Manacicas.

Será indudablemente de interés el conocer más en particular una nación tan diversa de todas las otras de que se halla cercada; y que forma hoy día parte muy considerable en la república cristiana de los Chiquitos. Hallábase entonces compuesta de veintidós aldeas, que formaban como otros tantos cantones independientes unos de otros, y que tenían cada uno su nombre particular. Los moradores del primer pueblo en que entró el Padre Cavallero, se llamaban *Eirinucas;* y los del segundo *Sibacas.* El país que ocupaba esta nación está a dos jornadas al Norte de la reducción de San Francisco Javier, es decir, en el extremo septentrional del país de los Chiquitos. Tiene la figura de una pirámide cuya base está al mediodía; pero lo que tiene de particular es que en su centro se hallan indios que nada tienen de común con los manacicas, ni aun el lenguaje. Hállase regado aquél país por varios ríos bastante abundantes en

pesca, y rodeado de selvas que se extienden al Este y Oeste, y son tan espesas que nunca se ve en ellas el sol. Al otro lado de las selvas hay vastas soledades casi siempre inundadas.

Animales singulares que allí se hallan.

Produce la tierra por todas partes, aun sin cultivo, frutos de todas clases. Es muy común la vainilla, como también una clase de cocotero que no es palma, como todos los que se conocen en otras partes; su fruto, que es del grueso de un melón, está unido al tronco del modo que los demás cocos. Entre los animales que allí se encuentran hay uno llamado *Famacosio,* que tiene la cabeza de tigre, el cuerpo de mastín, y carece de cola. Es de una ligereza y ferocidad que no tienen semejante. En estando cerca, no puede nadie librarse de ser devorado, si no va bien armado, a no ser que suba con celeridad a algún árbol; y aun así no se logra seguridad sino por unos instantes, pues el animal, que no puede trepar al árbol, se pára allí y lanza un grito, al que acuden muchos otros. Todos juntos trabajan por arrancar el árbol, y pronto estaría todo terminado, si el refugiado no lograse matar a flechazos a todos los asaltantes. Pero si está desarmado, no puede dejar de perecer. Para que no se multiplique demasiado este animal, haciendo el país inhabitable, he aquí lo que han ideado los indios. Júntanse en un gran cercado bien defendido por empalizadas; y luego lanzan grandes gritos, que hacen acudir a los famacosios

de todas partes. Pero mientras todos están afanados en cavar la tierra para hacer caer la empalizada, los atraviesan a flechazos sin riesgo alguno. Los *Mapasinas,* que eran uno de los grandes cantones de los manacicas, no fueron tan afortunados para librarse de un enemigo mucho menos peligroso al parecer; pues no era más que una especie de gorrión pequeño; pero se arrojaba sobre ellos con tanta furia, que los mataba sin que pudieran defenderse. No explican cómo lo hacía; pero se dice que aquel pequeño animal (1) despobló casi enteramente el cantón.

Origen y carácter de los Manacicas.

Tienen los Manacicas el color aceitunado, y son comúnmente bien formados. Reina a veces entre ellos una enfermedad muy extraordinaria. Es una clase de lepra que les cubre todo el cuerpo y forma en él escamas semejantes a las de los peces; pero esta incomodidad no les causa dolor ni asco alguno. No se duda de que tienen el mismo origen que los Chiquitos. Son las guerras civiles lo que los ha separado; y el trato que han tenido con otras naciones ha modificado de tal modo su lenguaje, que casi no se entienden los unos a los otros. De su primer origen no han conservado casi más que la valentía. Introdújose entre ellos la

---

(1) Mur. Tal vez aquella ave fuera el dañino murciélago de que ya se ha hablado, que corta la vena a los dormidos y les hace pasar del sueño a la muerte.

idolatría, que entre los Chiquitos nunca se ha conocido; e igualmente la bárbara costumbre de comer carne humana. Ni se sabe tampoco de dónde han sacado sus dioses y el culto que les tributan.

Su Gobierno. Sus pueblos son bastante lindos; vense en ellos calles muy rectas, plazas públicas, tres o cuatro grandes casas divididas en salas y en muchos aposentos, donde habitan el cacique y los jefes principales. Las salas se destinan una a las juntas públicas, otras al culto de sus dioses; no hay otros templos. Edifícase todo de madera con gran celeridad, aunque no tienen estos indios más herramientas que hachas de piedra. Los pueblos están poco distantes unos de otros; visítanse y ofrecen banquetes muy amenudo, y allí como en otras partes, no salen del festín sin estar ébrios todos. En todas las juntas públicas el cacique tiene el primer lugar, el Mapono el segundo, el médico el tercero, los capitanes el cuarto; y todos los demás siguen, cada uno según su grado. Nunca se ve allí a menor confusión.

Los caciques son absolutos y siempre puntualmente obedecidos. Edifícanles la casa sus vasallos, y la reparan cuando amenaza ruina, cultivan sus campos, proveen su mesa de lo mejor que hay en el país, y les pagan su tributo por cabeza. Ellos solos pueden tener muchas mujeres; pero no hay más que una a la que se hacen los honores correspondientes a la calidad de esposa del caci-

que, que consisten en que todas las mujeres de la aldea le deben la misma obediencia, los mismos servicios y el mismo tributo que los hombres a su marido. El tributo consiste en el diezmo de la caza y pesca, a la que nadie puede ir sin licencia del cacique. Es dignidad hereditaria, y el heredero presunto tiene sobre todos los jóvenes no casados una autoridad cuyo ejercicio le sirva de aprendizaje para bien gobernar. Cuando se ha hecho capaz del gobierno, su padre abdica en favor de él, y no se entromete ya en nada; mas no por eso es menos respetado, ni menos bien servido. Cuando muere, se le hacen funerales con gran aparato, y su cuerpo se deposita en una cueva, cuya entrada se cierra bien con pared.

Sus ideas sobre la Religión.

Esta nación es muy supersticiosa: tiene antigua tradición de que el Apóstol Santo Tomás predicó el Evangelio en su país, o les envió alguno de sus discípulos. Lo que hay averiguado es que a través de las fábulas groseras y dogmas monstruosos de que está compuesta su religión, se descubren en ella bien los rastros del cristianismo. Parece mucho también que tienen confusa idea de un Dios hecho hombre para la salvación del género humano: porque una de sus tradiciones es, que una mujer de hermosura perfecta concibió sin haber habitado jamás con hombre, un hermosísimo niño; quien llegado a la edad de varón hizo muchos prodigios, resucitó los muer-

tos, hizo andar a los cojos, volvió la vista a los ciegos; y, habiendo congregado cierto día un gran gentío, se subió a los aires, convertido en ese sol que nos alumbra. Si no estuviera, dicen los Maponos, tan distante de nosotros, podían verse todos los rasgos de su fisonomía.

Tributan estos indios grandes honores a los demonios, que se dejan ver de ellos en las más espantosas figuras. Reconocen gran número de dioses: entre los cuales distinguen tres que son superiores a los otros y forman una trinidad compuesta del Padre, Hijo y Espíritu. Dan al Padre dos nombres *Omequaturiqui* y *Uragozoriso*, al Hijo lloman *Urasana* y al Espíritu *Urapo*. La mujer del Padre llamada *Quipoci*, es la que sin dejar de ser virgen fué madre de Urasana. El padre, añaden, habla con voz clara y distinta; el Hijo habla con voz nasal; y la voz del Espíritu, si no es el trueno se le acerca mucho. Quipoci se deja ver alguna vez resplandeciente de luz; el Padre es el dios de la justicia y castiga a los malos, el Hijo, la Madre y el Espíritu, hacen oficio de intercesores por los culpables: estos tres dioses son llamados también con un nombre común *Tinimaacas*.

Su Culto. En la sala que les sirve de templo, hay un local separado por una cortina, que es como el santuario, donde acuden a recibir adoración de sus adeptos las tres divinidades, y a dar oráculos. Sólo puede entrar allí el Mapono principal, pues

cada aldea tiene a veces más de uno, y todos los otros tienen prohibida la entrada sopena de muerte. Ordinariamente acuden aquellos dioses a sus santuarios en tiempo de las juntas públicas; y anuncian su llegada por medio de un gran ruido. Entonces los que están en la junta que no pensaban sino beber y en bailar, se detienen y gritan todos a una: *Padre ¿Has venido ya?* y oyen una voz que les responde: *Hijos míos, continuad divirtiéndoos: yo soy quien os procuro caza y pesca abundante: de mi tenéis todos los bienes de que disfrutais*. Oyen con respeto, y luego empiezan de nuevo a beber y a bailar; cuando todos están ébrios, ya no se conocen unos a otros: pelean entre sí, y pocas de estas fiestas hay en que no resulten muertos y heridos.

El Mapono que está detrás del velo, quiere también tener parte en el festín; óyese una voz que dice que los dioses tienen sed; y luego preparan un vaso adornado de flores y lleno de chicha, que se pone en manos de la persona, hombre o mujer, de más respeto del pueblo. Entreabre el Mapono la cortina y recibe la ofrenda. Tienen también hambre los dioses; y del mismo modo se les presenta de comer. Saben bien para quién es todo aquéllo; pero es preciso que viva, y no tiene tiempo o es contra su dignidad el ir a cazar o pescar. A veces sale del santuario para apaciguar las reyertas causadas por la embriaguez y empieza

imponiendo silencio; luego anuncia a la junta que los dioses prometen a todos el cumplimiento de sus deseos, y entra en esta materia en pormenores que hace escuchar con respeto. Cierto día se le ocurrió a un indio decir que la chicha había puesto a los dioses de buen humor. Entendió el Mapono lo que quería significar, y cambió al instante sus magníficas promesas en imprecaciones y amenazas.

Oráculos y Dioses inferiores.

El intérprete de los dioses ordena a veces de parte de ellos, tomar las armas e ir a asaltar alguna aldea, saquearla y llevarlo todo a fuego y sangre; es preciso obedecer; y ésto es lo que mantiene en este pueblo contínuos odios y le impide que se multiplique. Parece mucho que la primera aldea en que entró el P. Cavallero y donde hemos dicho que halló sólo cabañas incendiadas y cadáveres, había sido reducida a aquel estado por una orden semejante. Entre los dioses inferiores, los hay que presiden a las aguas, y esto es lo que significa el nombre de *Isituús* que les dan. Su ocupación es recorrer los ríos y lagos para llenarlos de pescados. Invócanlos en tiempo de pesca, y les inciensan con humo de tabaco. Otros son invocados para la caza, y nunca se deja de ofrecer a los unos y a los otros, es decir, al Mapono, que le está consagrado, caza o pesca de la que se ha tomado. En lo demás aquéllos falsos sacerdotes son muy conocidos como gran-

des embusteros, que hacen servir la religión a sus intereses; pero siempre se dejan engañar de ellos.

Los Manacicas creen que las almas son inmortales, y están íntimamente persuadidos de que al salir de sus cuerpos son transportadas al cielo por los Maponos para gozar alli eternamente. Luego que uno ha muerto y se han acabado las exequias, el Mapono que está encargado de su alma recibe lo que le presenta la familia; en seguida derrama agua para purificar aquella alma de sus manchas consuela a sus parientes, les hace esperar que muy luego tendrá buenas noticias que darles sobre el alma del difunto. Desaparece en seguida por un tiempo; y a su vuelta, congrega la familia, y con alegre semblante, manda a todos que enjuguen las lágrimas y dejen el luto, porque el alma del difunto ha llegado dichosamente al cielo, donde les aguarda para hacerlos partícipes de su dicha.

Sus Dogmas y su Paraíso.

Exagera luego cuánto le ha costado hacer aquel viaje; pues ha tenido, dice que atravesar espesos bosques, montañas escarpadas, ríos desbordados, pántanos lodosos; y después de haber salvado todo esto, se ha encontrado a la orilla de un gran río, sobre el cual hay un puente de madera guardado día y noche por el dios *Tatusiso*, que preside al paso de las almas, y hace entrar al Mapono con aquella de la que está encargado, en el camino que guía al cielo. Tiene aquél dios la cara pá-

lida, la cabeza calva, un semblante espantoso, y el cuerpo lleno de úlceras y cubierto de harapos. A veces detiene el alma al paso; sobre todo si es la de algún joven, para purificarla. Si intenta hacer la menor resistencia, la precipita al río, y los Manacicas están persuadidos de que siempre sucede con ésto alguna calamidad a la familia o a la nacion. Hasta creen que la mayor parte de los accidentes que les suceden son consecuencia de eso.

En lo demás, no es excesivamente halagüeña la idea que estos indios tienen de su paraiso. Dicen que se hallan en él grandes árboles de donde corre una goma que sirve de sustento a las almas; que se ven allí monos del todo negros, que hay mucha miel, pocos pescados; y una gran águila que vuela por todas partes, y acerca de la cual refieren gran número de fábulas muy mal digeridas; que todos los dioses tienen allí sus aposentos; que el de la Virgen Madre (así es como llaman siempre a la diosa Quipoci,) es el más rico y cómodo de todos; que por todas partes hay grandes bosques y grandes paseos, donde se va a tomar el fresco; que no falta el pescado para la mesa de los dioses; que son comunes los loros; que las almas están divididas en tres clases; en la una están las almas de los que se han ahogado; otra es la de los que han muerto en los bosques y la tercera la de los que murieron en sus cabañas. No hablan de los que murieron en la guerra o en la embriaguez;

y parece que la virtud no se cuenta por nada cuando se trata de entrar en aquel paraíso.

Tal era la nación que el P. Cavallero se había propuesto sujetar a las leyes del Evangelio. Los asuntos que le habían obligado a regresar a San Francisco Javier lo detuvieron más tiempo de lo que se había figurado; y no pudo salir de allí hasta el mes de Octubre de 1706. Hízose acompañar de una tropa de sus más fieles neófitos, a quienes había inspirado todo el ardor de su celo; y después de visitar los prosélitos que había hecho en aquel país, a quienes halló en las buenas disposiciones en que los había dejado, pasó a los Sibacas, cuyo Mapono había jurado el año anterior su ruina. Habiendo muerto aquel falso sacerdote, del modo que he dicho, los Sibacas se habían persuadido fuertemente de que la enfermedad que se lo había llevado había sido un castigo de sus dioses, de quienes era amigo el misionero, y que se atraerían los mismos efectos de su cólera si lo recibían mal.

1706-07. En qué disposición halló a estos indios el P. Cavallero.

Enterado el Padre de este juicio, empezó por hacerles conocer su falsedad. Logró primero desengañar al cacique, y hacerle entender que era el Dios de los cristianos quien había ejercido su justa venganza sobre el Mapono y sobre todos los que se habían declarado enemigos suyos; pero lo que hizo todavía más impresión en un gran número de aquellos infieles, fué que el hijo y sucesor

Conversión de los Sibacas.

del Mapono fué conquistado para Jesucristo por un joven Chiquito de la comitiva del misionero; y el mismo día que abrió los ojos a la verdad convirtió dos hombres de los más acreditados de la aldea. Entonces todos declararon que querían ser cristianos; y desde el siguiente día se juntaron en la plaza mayor para oir la instrucción del misionero, quien reparó en seguida que otro mayor maestro que él obraba poderosamente sobre los corazones de los que le escuchaban.

Terminada la instrucción, hizo plantar una cruz y erigir un altar, sobre el que expuso las imágenes de Nuestro Salvador, de la Santísima Virgen y de San José. Todo el pueblo se puso de rodillas, y postrado con el rostro en el suelo, repitió en alta voz, siguiendo al siervo de Dios esta oración: *Jesús, Señor Nuestro, sed nuestro padre. María, Madre de Dios, sed nuestra madre.* Desde aquel tiempo en adelante, no se oían casi en aquel pueblo más que las dichas palabras; lo que hinchó de tanto gozo celestial el corazón del santo hombre, que ya no lo podía contener ni expresar. «¡Dios mío —exclamaba— cuán bien pagado estoy de todas mis fatigas, viendo a este pueblo que os reconoce por su Criador y Señor! Que os adore, que os ame, que os sirva, he aquí toda la recompensa que os pido.»

Fervor de un Catecúmeno.

Había echado ya la fe tan profundas raíces en el corazón de los Sibacas, que pudo soportar la

prueba de las persecuciones; y hasta faltó poco para que el Mapono fuera bautizado con su misma sangre. Vióse asaltado inopinadamente por una tropa de infieles, que primero le hicieron las más sangrientas reconvenciones porque, siendo el ministro de sus dioses, y, por consiguiente, más obligado que nadie a mantener su culto, se hubiese dejado seducir por un impostor extranjero, y hecho vil instrumento de su impiedad; exhortáronle luego a pedir perdón de su apostasía, reparando el escándalo que había dado, a hacer volver de nuevo al cacique a la religión de sus padres, a trabajar de consuno con él para abrir los ojos a todos los que su ejemplo había inducido en error. Agregaron que si se negaba a seguir su consejo, debía esperar que los dioses se vengarían de un modo terrible, y que sus primeros golpes caerían sobre él.

No se conmovió el fervoroso catecúmeno ni por las reconvenciones, ni por las amenazas, ni aun hizo otra cosa que reir; lo cual irritó tan fieramente a los infieles, que se echaron sobre él, le dieron muchos golpes, le hollaron con los pies y le hicieron arrojar abundancia de sangre por la boca. Luego que se retiraron, uno de sus amigos, apesarado por el triste estado en que lo veía, le dijo que, según todas las apariencias, aquellos furiosos no pararían en eso: y le exhortó a aparentar por lo menos que conservaba algún respeto a los dio- Su constancia.

ses, y a que persuadiese lo mismo al cacique. Respondió que se guardaría muy bien de hacerlo; que su consuelo sería hacer al verdadero Dios el sacrificio de la vida en reconocimiento de la gracia que le había hecho de reconocerlo; y que estaba resuelto a defender hasta el último suspiro las verdades en que había sido instruído y de que estaba íntimamente persuadido. Su constancia hizo perder a sus perseguidores toda esperanza de volverle a ganar, y su virtud les obligó a respetarlo.

Debían, a lo que parece, haber retenido al P. Cavallero entre los Sibacas efectos tan felices y tan prontos, a lo menos hasta haber establecido una Fundación sólida. Pero él no era enviado sino para echar la simiente evangélica y preparar la tierra a recibirla; otros después de él la habían de regar y cosechar. Del mismo modo procedieron los Apóstoles doquiera que dirigieron sus primeros pasos; consistiendo toda su prudencia en muchas ocasiones en seguir el movimiento del Espíritu que los inspiraba; y la Escritura nos los representa unas veces recorriendo la tierra con la rapidez de un águila que hiende los aires; otras arrastrados como nubes ligeras adonde las empujan los vientos; dándonos perpetuamente a entender que no siempre son dueños de proceder por sus propias luces.

El P. Cavallero en los Quiriquicas.

Tomó, pues, el hombre apostólico, cuando menos se pensaba, la resolución de pasar a los *Qui-*

riquicas, que desde hacía mucho tiempo estaban en guerra con los Sibacas. El cacique de éstos, a quien propuso que le acompañase, hizo primero todo cuanto pudo para arredrarle de tal viaje; añadió que en cuanto a él, sería exponerse inútilmente presentándose ante sus enemigos, y que su misma presencia sería invencible obstáculo al plan que tenía el Padre de convertir aquellos indios. Replicóle el Padre que confiaba empezar reconciliando los dos pueblos; y la tierna amistad que le profesaba aquel cacique, venció todos sus temores. Partieron, pues, juntos; luego que llegaron a la vista de la aldea adonde se dirigían, envió el P. Cavallero dos de sus neófitos para observar en qué disposición se hallaban los habitantes.

Refiriéronle que en el pueblo se notaba gran perturbación; que un sujeto muy celoso por el honor de sus dioses había alarmado a la gente; y que de valde les decía su Mapono que habían de ser muy flacos sus dioses si un hombre solo y sin armas podía abolir su culto: pues a pesar de este razonamiento no había podido calmar los ánimos; y que el cacique había hecho tomar las armas a sus soldados y le aguardaba para inmolarlo a los dioses tutelares de la nación. Oyó el Padre este relato con sangre fría y siguió su camino, y el cacique de los Sibacas no le quiso abandonar. Apenas habían dado algunos pasos, cuando oyeron un gran ruido; y un instante después vieron a los in-

fieles que iban a ellos armados de todas armas, y se extendían como para envolverlos.

Cómo es recibido allí.

Entonces se le ocurrió al siervo de Dios levantar en alto una imagen de la Virgen que llevaba consigo a todas partes, y previniéndose los bárbaros para disparar sus armas contra él, quedaron tan flacos, que apenas podían sostener los arcos y flechas; lo que los espantó de modo, que precipitadamente se refugiaron en un bosque no muy apartado de allí. Comunicóse el espanto al pueblo mismo con tal rapidez, que en él no quedó ni un habitante, excepto sólo un individuo llamado *Sonema*, el cual fué más tarde uno de los instrumentos de que se sirvió Dios para la conversión de sus compatriotas. Entró luego el Padre allí, y recorriendo la aldea, halló dos de aquellos pretensos santuarios de que he hablado con los ídolos que en ellos adoraban. Inflamóse su celo al verlos; hizo pedazos los ídolos; derribó los altares, y habiendo hecho encender un gran fuego, redujo a cenizas todo lo que había servido para dar culto a aquellas falsas divinidades.

El cacique de los Sibacas le dijo entonces que bien veía que no podía tratar con los Quiriquicas; que ni siquiera era seguro quedarse en aquella aldea, y no veía otro partido que tomar sino retirarse. Respondióle el P. Cavallero que haría bien en volverse él a su pueblo, y hasta se lo suplicaba; pero que en cuanto al mismo Padre, había ve-

nido a predicar el Evangelio a aquellos infieles, y así los había de aguardar. Dijo luego a sus Chiquitos que a nadie quería detener; pero todos protestaron que le seguirían hasta morir. Hízole nuevas instancias el cacique para moverle a regresar con él a su pueblo; y no habiendo podido lograrlo, se despidió de él.

Luego que hubo partido el cacique, el siervo de Dios tomó el Breviario; y mientras estaba rezando el Oficio, vió a su lado un indio de alta estatura, que parecía seriamente absorto en mirarle. Habíase imaginado aquel hombre que el libro en que con tanta atención leía el misionero contenía el ensalmo que había hecho caer de puro extenuados los brazos de los que querían traspasarlo con sus flechas, y se esforzó por arrancárselo de las manos. El Padre, que conoció que aquel hombre era el cacique de la aldea, se figuró lo que le pasaba. Quísole desengañar, e hizo todo lo posible para hacerle entender que era el enemigo de las almas quien lo removía todo para mantenerle a él y a sus vasallos en su ceguedad.

Escuchóle el cacique sin interrumpirle; y luego, alzando las espaldas, fué a tomar un gran manojo de flechas, con que se fué al bosque donde estaban todos sus indios. A la noche siguiente se celebró un gran concilio, en que se halló Sonema. Hubo gran dificultad en resolver qué partido se había de tomar; y, aprovechándose Sonema de aquella irre-

solución, tomó la mano y dijo que cometerían un grave desacierto si algo intentasen contra la vida de un hombre cuya bondad y suavidad le habían parecido superiores a cuanto se puede expresar. Estas pocas palabras produjeron en un instante su efecto. Resolvieron recibir a aquel santo hombre y entregarse a su dirección. Todos fueron a buscarle y le hallaron en una mala cabaña, donde se había retirado. Recibiólos con los brazos abiertos, y con tan poca extrañeza, como si los hubiera estado esperando. Parecióles que tenía algo de superior a los demás hombres; echáronse a sus pies, le pidieron perdón de haber atentado a su vida, y se mantuvieron en aquella postura hasta que él les obligó a levantarse.

Conviértese todo aquel pueblo.

Fué luego el Mapono, y por cierto tiempo se estuvo delante de él con ademán modesto y respetuoso sin decir una palabra. El hombre apostólico le abrazó, le hizo sentar a su lado; y, viendo que todos los indios se quedaban alrededor de la cabaña, salió de ella y les empezó a explicar los principales artículos de la doctrina cristiana. Parecían estar todos muy atentos, pero de tiempo en tiempo dirigían los ojos al Mapono para ver qué juzgaba de todo lo que iba oyendo. No les dejó mucho tiempo en esta incertidumbre. Apenas hubo acabado de hablar el Padre, se echó á sus pies y le suplicó que le recibiese en el número de sus discípulos. Levantóse luego, y vuelto a los in-

dios, confesó en alta voz que hasta entonces había estado en error; que reconocía que Jesucristo era verdadero Dios; que su ley era la única que podía llevar a los hombres al fin para el cual han sido criados; que a todo el mundo exhortaba a que la abrazasen, y que, para reparar sus infidelidades pasadas, quería ir él mismo con aquel santo hombre a publicar por todas partes aquellas verdades tan importantes.

Estaba lleno de alegría el siervo de Dios, y los neófitos, gozosos de lo que acababan de oir, corrieron a abrazar al Mapono. Para no perder instantes tan preciosos, el P. Cavallero hizo labrar al momento una gran Cruz, y todos quisieron tener parte en esta tarea. Lleváronla como en triunfo por la plaza mayor, cantando los Chiquitos a dos coros las letanías de la Pasión. Hallábanse los Quiriquicas extasiados y fuera de sí, y luego que estuvo alzada la Cruz y todos la hubieron adorado, corrieron a buscar a sus hijos, los presentaron al P. Cavallero, y le suplicaron que los bautizase. Vino en ello; y era el número tan grande, que empleó todo el día; caíansele los brazos de fatiga más de una vez, y con dificultad pudo hallar un instante para tomar un poco de alimento, de que tenía extrema necesidad.

Vese obligado el P. Cavallero á volver a San Francisco Javier.

Bien hubiera querido recoger, desde luego, todo el fruto que prometía tierra tan bien preparada; pero la obediencia lo llamaba a su iglesia, y no

podía diferir más tiempo su partida sin exponerse a hacerla imposible. Muchas lágrimas se derramaron cuando se hubieron de separar. Todos quisieron acompañarle hasta muy lejos. Hiciéronle prometer al dejarle que no tardaría en irlos a ver, y conjuraron a los Chiquitos que se lo trajesen luego que lo permitiese el tiempo. Ofreciéronle muchos de sus niños para que los instruyese en el servicio de Dios, y aceptó tres. Estúvose en San Francisco Javier hasta el 4 de Agosto de 1707, en que salió con una nueva tropa de Chiquitos; pero quiso empezar visitando los Sibacas. Apenas supo el cacique que llegaba, fué a recibirle con buena provisión de pescado y mucho acompañamiento. Luego que se presentó en la plaza del pueblo, resonó todo él con aclamaciones y gritos de alegría; cercáronle todos, pidiéndole la bendición y queriendo besarle la mano. Supo luego que entre ellos y los *Zirituca*s había algunos motivos de guerra; hizo pedir a estos últimos que fuesen a verle, y fueron, fiados de su palabra. Oyó las quejas recíprocas de ambas partes, y no tuvo dificultad en reconciliarlos y hacerles que se jurasen perpetua amistad.

Al día siguiente los convocó a todos, les habló largamente de la santidad de nuestros misterios, y les dió cánticos traducidos en su lengua que contenían todos los artículos esenciales de la doctrina cristiana. Aprendiéronlos de memoria, y con ellos

hacían resonar incesantemente sus aldeas y campos. Era tan viva y sencilla su fe, que mereció ser recompensada con muestras visibles de protección especial del cielo. Luego, habiendo el P. Cavallero acabado de bautizar todos los niños que habían nacido durante su ausencia, le pidieron que fuese a los *Yurucarés,* que desolaban todo aquel país, saqueándolo y asesinando a cuantos caían en sus manos. Fué allá; y como carecía de guías, se halló a la entrada de la aldea de ellos cuando más lejos se creía de ella. Amonestó entonces a los Chiquitos, que nunca le abandonaban, que hiciesen un acto de contrición, y les dió una absolución general. Un instante después un yurucaré, que había sido testigo de este acto, fué a echarse a sus pies, y le protestó que quería vivir y morir con él.

Conversión de los Yurucares.

Había sido avisado el Mapono el día anterior de la llegada del misionero; y con el temor de perder su crédito si le recibían en la aldea, había ordenado de parte de sus dioses a todos los habitantes que se retirasen a los bosques. Así, al entrar el Padre, no halló casi a nadie, y aun los mismos que se habían quedado emprendieron la fuga, luego que le vieron, si no es un joven de aspecto muy amable. Dióle muchas muestras de amistad el siervo de Dios, y las acompañó con algunos presentillos. Recibiólos el indio con agradecimiento, y fué luego a buscar a sus compatriotas. Díjoles que el sacerdote extranjero, que les habían pintado como

un monstruoso hombre, nada menos era que eso; que no era posible ver aspecto más afable y suave, y que era forzoso que sus dioses fueran muy ignorantes en el conocimiento de los hombres, cuando de éste se espantaban.

No necesitaron más para determinarse a regresar a sus casas. El Padre, que los vió venir, les salió al encuentro, y de tal modo les ganó las voluntades, que no tuvo dificultad alguna en lograr que le escuchasen. Instruyóles; y como al mismo tiempo les hablaba con gran eficacia al corazón el Espíritu Santo, allí mismo renunciaron a sus falsas divinidades. Viéndolos el varón apostólico tan bien dispuestos, hizo que le llevasen a la plaza pública todo lo que había servido para su culto supersticioso, lo holló con los pies en su presencia, y lo arrojó al fuego. Persuadióles en seguida a que cesasen en sus hostilidades contra sus vecinos, y el cacique le prometió que luego al punto iría con sus principales jefes a ofrecer la paz a todos sus enemigos. Pero le representó que, siendo viejo, temía morir sin haber recibido el bautismo. El Padre, que todavía no le había podido instruir bastante, lo tranquilizó, y le prometió que le cumpliría su deseo a la vuelta. Rogóle el cacique que le diese una cruz como prenda de su palabra y para defenderse de los asaltos del demonio, y lo obtuvo sin dificultad. Bautizó luego el misionero un gran número de niños, y partió a

cumplir la palabra que había dado a los Quiriquicas.

Lo que sucedió entre los Quiriquicas.

Hiciéronle muy solemne recibimiento, y aun muchos se anticiparon a salirle al encuentro; pero pronto advirtió que aquellas demostraciones tenían algo de forzado, y no tardó en descubrir la causa. Reinaba entre ellos desde que los dejó una enfermedad contagiosa, y les habían persuadido que él era quien se la había enviado para castigarles porque a su primera entrada en la aldea le quisieron matar. Estaba ocupado en desengañarlos, cuando le fueron a avisar de que el cacique estaba a punto de expirar. Corrió a verle y le encontró en un delirio frenético. Púsose de rodillas, y deshaciéndose en lágrimas, rogó a Dios por los méritos de Jesucristo que aquella alma, rescatada con la sangre de su Unigénito, no quedase privada del beneficio de la redención. En el mismo instante cesó el delirio; el enfermo, vuelto en sí, oyó con respeto la instrucción que le dió el santo varón, pronunciando todos los actos que le sugirió, fué bautizado, y poco después expiró con todos los sentimientos que caracterizan la muerte de los predestinados.

Al otro día ordenó el siervo de Dios una procesión general, en la que hizo llevar la imagen de la Santa Virgen, cuya protección exhortó a todos a implorar para obtener de Dios que cesase la enfermedad. Visitó luego a todos los enfermos, rezó

al lado de ellos la salutación angélica, preguntándoles si creían en Jesucristo, aplicándoles luego su imagen. Unían sus oraciones a las de él todos los asistentes, que eran muchos, y fueron sus ruegos atendidos, viéndose muy pronto en pie todos los enfermos. Entonces se disiparon todos los recelos que se habían querido infundir a aquellos indios, y hasta su memoria se perdió.

El P. Cavallero en los Cozocas.

Creyó después de esto el P. Cavallero que se podía ausentar por algún tiempo, y pasó a los *Cozocas*. Apenas se acababa de poner en camino, cuando el cacique de otra aldea, seguido de sus vasallos, fué a hacerle grandes reconvenciones porque no había ido a su aldea. Recibióle el Padre amistosamente, y le invitó a seguirle a los *Cozocas*. Llegó allá primero el misionero con sus Chiquitos, y se presentó en la plaza pública con el Crucifijo en la mano. El saludo que le hicieron fué dispararle una granizada de flechas. Quedaron heridos al lado de él dos de sus Catequistas, uno de los cuales llevaba la imagen de la Santísima Virgen. En cuanto al Padre, las flechas caían a sus pies como si fueran detenidas por una mano invisible. Adelantaba, sin embargo, siempre; y asombrados los bárbaros, arrojaron por tierra sus arcos y flechas, o se les cayeron de las manos.

Vió entonces el varón apostólico al Mapono, y acercándose a él, con aspecto a un tiempo de nobleza y de afabilidad, le dijo: «¿No ves que nada

podéis contra mí mientras quiera Dios, cuyo enviado soy, libertarme de vuestros tiros? ¿Y todavía creéis que puedan algo vuestras falsas divinidades en favor de los que les ofrecen incienso, cuando me veis cómo desafío su poder? Reconoced, pues, vuestra ceguedad; adorad al Dios que hace a los vuestros tan impotentes, y que os castigará de un modo terrible si continuáis cerrando los ojos para no ver la luz que os pone delante.»

El Mapono, que a la primera nueva de que iba el misionero había enviado expreso a un cacique vecino para que fuese a defender a sus dioses, se halló repentinamente tan trocado, que se asombraba por no reconocerse ya el mismo que antes. Abrazó a aquel santo hombre, le condujo a su casa y le regaló lo mejor que supo. Algún rato después entró el cacique sin armas, dió al Padre las mayores muestras de estima y amistad, felicitó al Mapono del cambio que en él se había obrado, y de la dicha que le cabía en hospedar aquel hombre tan maravilloso, y le exhortó a perseverar en sus buenos sentimientos.

Curación milagrosa.

Fueron entonces a avisar al Padre de que los dos Chiquitos que habían quedado heridos estaban muy mal. Acudió a auxiliarlos, y los halló tendidos por tierra, devorados de mosquitos y sin tener otro remedio para las heridas qne algunas hojas de árboles; pero dando gracias al Señor por verse en aquel estado y tan cerca de morir por la salva-

ción de las almas. Uno de ellos no hacía más que algunos meses que había sido bautizado; pero la flecha le había pasado el brazo de parte a parte, y como estaban interesados los nervios, eran tan vivos sus dolores, que le hacían caer en repetidos síncopes. El otro estaba aún más en peligro; salíanle los intestinos por haber sido herido en el bajo vientre, y fué muy difícil reducírselos. Pero cuando más se desesperaba de su curación, recobraron de pronto sanidad perfecta.

Este doble milagro acabó de persuadir a los Cozocas de que sólo el Dios de los cristianos merecía ser adorado; y el santo misionero no tuvo más dificultad que la de instruirlos en lo que debían creer y practicar. No pudo luego negarse al cacique de los *Subarecas* (el mismo a quien el Mapono de los Cozocas había querido inducir a que fuera a defender a sus dioses, y, al parecer, el mismo a quien había hallado en el camino), que le pedía fuese a visitar su aldea.

En ella fué recibido con grandes demostraciones de estima. Parecían aquellos indios estar fuera de sí de alegría, y ante todo le protestaron que ya no querían tener otro dios que el Dios de los cristianos. Experimentaron al punto el premio de sus buenos sentimientos con la súbita curación de todos los enfermos del pueblo tan luego como el P. Cavallero hubo rezado sobre ellos el principio del Evangelio de San Juan. Permaneció, empero,

muy poco tiempo el Padre en aquella aldea, porque la estación del año le urgía para volver a su doctrina. Consoló a los indios, notablemente afligidos por su partida, prometiéndoles que volvería a visitarlos lo antes posible; y ya que no pudieron evitar su ida, dieron orden a todos los jóvenes de que acompañasen y siguiesen al Padre hasta llegar a San Francisco Javier, como lo hicieron.

Acaecimiento singular.

Hubo que pasar una gran selva, en la que lo introdujeron sus guías; encomendóse al santo arcángel conductor de Tobías y a los ángeles custodios de los Manacicas; y poco después se hallaba en los *Aruporecas,* a quienes había predicado ya el Evangelio en uno de sus viajes, y que lo recibieron muy bien. De allí pasó a los *Bohocas,* a quienes halló dispuestos muy de antemano, por un suceso muy extraño, a recibir el cristianismo. Había pasado ya por su aldea en una de sus correrías apostólicas y lo habían albergado en una cabaña muy limpia, donde se sorprendió mucho de hallar cierta especie de disciplinas armadas de espinas. Habiendo dado muestras de su asombro, le dijeron que en todas las cabañas las había iguales. Preguntó al cacique qué uso hacían de ellas, y he aquí lo que le respondió:

«Los indios *Borillos* nos suplicaron un día que les recibiésemos, y todos vinimos en ello. Era una nación fiera y huraña que usó con nosotros modales despreciativos, ridiculizando todas nuestras

acciones. Picónos esto en lo vivo, y resolvimos deshacernos de aquellos insolentes. En medio de una noche muy oscura, hicimos morir todos los hombres, y reservamos las mujeres y niños, de los cuales podíamos sacar algún servicio. Nuestro pueblo se vió en seguida acometido de la peste; y no dudamos que fuera un castigo del cielo, cuya ira procuramos luego aplacar. Habíamos oído decir que entre los cristianos el instrumento de penitencia que te ha sorprendido hallar en nuestras cabañas era empleado para expiar las faltas que ha cometido uno contra Dios, y tomamos la resolución de emplearlo para expiar nuestro crimen. Pintamos una cruz, al pie de la cual íbamos todos los días a postrarnos y a ensangrentarnos todo el cuerpo. Era, sin duda, el cielo quien nos había inspirado aquel medio de aplacarle; pues pocos días después cesó la enfermedad, y en adelante nadie murió de ella. Continuamos desde entonces adorando la cruz y conservando nuestros instrumentos de penitencia para no perder la memoria de nuestra curación.»

El Tucumán presa de los indios del Chaco.

Bien hubiera querido el P. Cavallero antes de volver a San Francisco Javier confiar a algún misionero durante su ausencia el cuidado de recoger los frutos de sus trabajos entre los Manacicas; pero no le fué posible obtener ninguno del Provincial. La triste situación en que a la sazón se hallaba el Tucumán y el aumento de ocupación que

durante muchos años dió a los Jesuítas, no permitía destinar ni uno para aquella santa obra. Desde que los Chiriguanos habían obligado a los Padres que se establecieron entre ellos a abandonarlos, no dejaban sosegar a los españoles; pero como si el Tucumán no hubiese tenido otros enemigos que aquéllos, se llevó la seguridad hasta la suma indolencia. Habíanse persuadido los españoles de que las demás naciones del Chaco en esta frontera, intimidadas con la última expedición de D. Angel de Peredo, no osarían moverse ya. Pero viendo ellos tal seguridad, creyeron que de nuevo les era permitido empezar sus latrocinios, y los llevaron adelante con exceso.

La desdicha de Tucumán en aquella época fué no tener ni Gobernadores ni Comandantes que velasen como debían por la seguridad de sus fronteras, y prefiriesen la utilidad pública y el servicio del Rey a sus propias utilidades. Echáronlo de ver los infieles, y se aprovecharon de ello. No habiendo despertado de su letargo a los españoles el destrozo de las habitaciones más expuestas a sus correrías, se arrojaron sobre los parajes que se creían más a cubierto de sus hostilidades. Después de haber llenado de horrores todas las campañas, acometieron a las ciudades, asolando sus cercanías; ejecutaron allí crueldades nunca oídas, y redujeron un gran número de habitantes a la mendicidad. La ciudad de Esteco quedó totalmente arruina- Es arruinada la ciudad de Esteco.

da (1); y de sus despojos no pudo hacerse más que una simple fortaleza, que ni aun duró mucho tiempo.

Es asaltada la ciudad de Salta.

En esta situación se hallaban las cosas, cuando llegó de España con provisiones del Rey como Gobernador de Tucumán D. Esteban de Urízar, caballero de Guipúzcoa, del hábito de Santiago, y que había servido muchos años en Italia con gran crédito. Apenas había entrado en Salta, que entonces era la morada ordinaria del Gobernador (2), cuando se acercaron algunos indios a atacar la ciudad. Este atrevimiento le dió a conocer la necesidad de asegurar las fronteras, y su primer pensamiento fué hacer una entrada en el Chaco con todas sus fuerzas; mas habiendo reconocido pronto que no las tenía suficientes para hacer conquistas, y menos aún para conservarlas, previó que todo el daño que podría hacer a sus enemigos no produciría otro efecto que exasperarlos más, si,

---

(1) Mur. Es fama que Esteco se arruinó por un terremoto; pero el no haberse restaurado después de aquella ruina hay que atribuirlo a las incursiones de los bárbaros y a lo malsano del clima.

(2) Mur. Lo era entonces y sigue siéndolo ahora.—Hern. Esto decía el P. Muriel en 1779. Por la Ordenanza de Intendentes de 1782, Córdoba se desmembró de Salta para formar Intendencia o provincia aparte: su primer Gobernador o Intendente fué el Marqués de Sobremonte, que más tarde fué Virrey.

después de intimidarles, no hallaba medio de suavizar sus costumbres y fijar su inconstancia, induciéndoles a abrazar el cristianismo.

No quiso, sin embargo, resolver nada antes de conferir con los que tenían mayor conocimiento del carácter de aquellos pueblos; y todos fueron de parecer que guerra puramente defensiva, que no consistiera más que en edificar fuertes y entablar negociaciones, no repararía el honor de la nación, que reclamaba un escarmiento manifiesto de los excesos a que se había arrojado la insolencia de aquellos bárbaros. Pero no quiso todavía tomar sobre sí la responsabilidad de una guerra ofensiva, que no podía hacerse sino con grandes gastos, y pidió autorización a la Audiencia Real, la que lo remitió al Virrey del Perú. Fué el primer asunto en que hubo de entender el Marqués de los Ríos (1) al tomar posesión de este cargo. Respondió al Gobernador de Tucumán que su parecer era que hiciese la guerra en forma a los Tobas, Mataguayos, Mocovís y sus aliados, y le envió la deliberación

(1) Charl. El mismo que era Embajador de España en Francia a la muerte de Carlos II, cuyo testamento presentó al Rey Luis XIV.—Mur. Su nombre era Manuel Oms de Santa Pau, antiguamente de Sentmanat, y de la Nuza, Marqués de Castel dos Rius; entró a ser Virrey de Lima a 7 de Julio de 1707, y lo fué hasta 22 de Abril de 1710, en que murió en la misma ciudad de los Reyes.

de los teólogos que consideraban esta guerra como justa y necesaria.

Preparativos para la guerra.

Lo primero que hizo D. Esteban, luego que hubo recibido esta respuesta, fué escribir al P. Antonio Garriga, Visitador de los Jesuítas del Paraguay, para pedirle cuatro de sus religiosos; y aquel Padre le envió inmediatamente a los PP. Francisco de Guevara, Baltasar de Tejeda, Antonio Machoni y Joaquín de Yegros. El intento del Gobernador al pedir los misioneros, era ofrecer la paz a los bárbaros después de haberlos humillado, con condición de que recibirían en sus moradas Padres de la Compañía, los tratarían bien y escucharían sus instrucciones. Retuvo a su lado al P. Machoni, a quien el Cabildo Catedral, Sede vacante, confirió toda la potestad de Vicario general del ejército (1), y distribuyó los otros tres a los diver-

(1) Mur. Parece que el oficio de Vicario general era ajeno al Instituto de los Jesuítas en virtud de las Letras de Urbano VIII *Vota quae*, fechadas a 25 de Enero de 1631 (Bulario de la Compañía, edición de 1757, tomo I del Instituto, pág. 142), en aquellas palabras: «Cualesquiera oficios cuyos oficiales ejerzan jurisdicción fuera de la dicha Compañía, declaramos y decretamos que se comprenden y comprendieron debajo del dicho voto.»—Hern. Añade el P. Muriel dos o tres conjeturas para explicar qué facultades llevaría el P. Machoni, y aquí se omiten porque consta del P. Lozano *(Descr. corogr.*, § 66, pág. 339) que el Gobernador, vista la repugnancia que pusieron las Pa-

sos cuerpos de tropas, que debían obrar separadamente.

Hiciéronse los preparativos de la primera campaña con suma prontitud. Todos los españoles que no podían asistir personalmente a la guerra, contribuyeron a los gastos, cada uno según sus facultades, y el Gobernador puso de su hacienda la mayor parte. Hallo en una relación circunstanciada que gastó de lo suyo 60.000 pesos. El ejército estaba compuesto de 780 españoles, sin contar los jefes; de las milicias de Tarija y Rioja, de una compañía del fuerte de Esteco, un cuerpo de Chiriguanos y 500 indios. La ciudad de la Asunción debía poner también en pie un cuerpo de 500 hombres; otro de 200 la de Corrientes, y otro de 300 la de Santa Fe; pero aquellos tres cuerpos estaban únicamente destinados a mantener en respeto los pueblos del Chaco más inmediatos a las dichas ciudades, para impedirles que enviasen socorros a los enemigos. 1709-10.

Entró el ejército en el Chaco por muchos puntos, a fin de causar por todas partes inquietud a aquellos bárbaros e impedir que se auxiliasen mu- 1709-10. **Entra el ejército en el Chaco.**

---

dres por razón de su Instituto, desistió de su primera idea de hacer nombrar a aquel religioso Vicario general del ejército; y el Padre fué como superior de aquella misión castrense y con facultades delegadas del Cabildo para todos los casos que pudieran acaecer.

tuamente. Había concertado el Gobernador muy bien las marchas de sus diversas tropas, proveyendo a todos los accidentes que pudieran ocurrir; de modo que nada dejaba encomendado a la casualidad en cualquier situación que se ofreciese. Había ordenado que se pasaran a cuchillo todos los indios que fuesen tomados con las armas en la mano; porque los que habían sido perdonados en la guerra anterior, se jactaron luego de que los habían respetado por temor de sus represalias; pero recomendó que se exceptuasen las mujeres y los niños de catorce años para abajo, contentándose con hacerlos prisioneros.

Poco antes se había sabido que en las cercanías de los Mocovís vivían los Lules, cuyo paradero se ignoraba desde más de un siglo atrás. Quiso el general saber en qué disposición se hallaban, y dió orden a D. Alonso de Alfaro, teniente de Rey de Santiago, y que más adelante fué Gobernador del Tucumán, de que les enviase dos compañías para invitarles a tomar las armas contra sus vecinos, o por lo menos a mantenerse neutrales. Hallábase acampado entonces en el fuerte de Esteco, y tenía consigo a los cuatro Jesuítas aún. Hízoles dar una misión al ejército, y terminó con una comunión general, de que nadie quiso dispensarse.

Hecho esto, recibieron orden las milicias de Jujuí y Salta de entrar en el país enemigo y adelantarse hasta el río Bermejo en el paraje en que lle-

va el nombre de *Río Grande*. Las de San Miguel, que la relación denomina *Milicias tucumanas* (porque al parecer es esta ciudad la más antigua del Tucumán), fueron enviadas al mismo tiempo por camino más corto al mismo río, donde habían de construir un fuerte y procurar entenderse con los *Malbalás*. Estaban debajo de las órdenes del Maestre de campo D. Antonio de Alurralde, que el año anterior había hecho prisionero un indio de aquella nación y lo había hecho instruir y bautizar. Este neófito, que se llamaba Antonio, era buen cristiano, muy afecto a su amo y muy aficionado a la nación española.

A 10 de Julio de 1710 partió de Esteco D. Esteban acompañado de un gran número de oficiales reformados, y quedó muy sorprendido de hallar buena parte de su ejército, que él creía que estuviese ya muy lejos, acampada a 18 leguas de Esteco, a la ribera oriental de un riachuelo (1), que junto a Esteco se llama *Río de Esteco*, y en el paraje en que se habían detenido aquellas tropas es conocido por *Río de Valbuena*. Hasta habían edificado allí un fuerte; siendo tres las razones que habían

1710. Edifica el fuerte de Valbuena.

(1) Mur. No un riachuelo, sino un verdadero río, y de los mayores que riegan el Chaco, es este que se denomina *Salado*, el cual unas veces toma el nombre de *Río del Pasaje*, en otras partes el de *Esteco* y en otras el de *Valbuena*.

determinado al oficial que las mandaba a no ir más lejos. La primera, que las partidas que había enviado a la descubierta, después de haber caminado 14 leguas, habían hallado todo el país talado (1) por los enemigos. La segunda, que los caminos eran impracticables (2) para carruajes, pues en todas partes se encontraban fosas muy profundas (3) en gran número. La tercera, que al llegar al valle de Valbuena había tenido aviso de que los enemigos se habían agrupado en gran cantidad en una selva vecina; pareciendo que su intención era dejar pasar a los españoles, y cuando estuviesen lejos, hacer una irrupción en el Tucumán, donde pensaban que no habían de hallar resistencia alguna.

Retíranse unos Mocovis y Aguilotes a los Abispones.

Aprobó D. Esteban estas razones. Pero los españoles no creían tener tan cerca los enemigos como lo estaban. Porque mientras que sus caballos estaban en el pasto, hubo muchos de ellos que fueron robados a vista de ellos mismos. Corrió D. Jerónimo de Peñalosa tras los que se los llevaban, y se vieron obligados a abandonarlos para ir

(1) Mur. Incendiando los pastos del ganado.

(2) Mur. Impracticables por estar obstruídos con la espesura de los matorrales.

(3) Mur. Hállanse fosas excavadas por las hormigas del país, y son de tal magnitud, que a veces queda enterrado en ellas un hombre a caballo, y tan disimuladas, que en apariencia son montículos y se da el paso en falso que hace caer en ellas.

a ocultarse en la espesura del bosque. Algún tiempo después D. Esteban de Nieva y Castilla, a quien había destacado el General con 50 hombres para reconocer el país, le refirió que no había podido encontrar ningún indio, y habiendo entrado en una aldea recién abandonada, pues halló en ella fuego y calderos llenos de comida, había creído al principio que los habitantes se habían refugiado en los bosques; pero luego supo que aquellos indios, que eran Mocovís, mandados por el cacique *Notiviri*, el mismo que había dado el asalto a la ciudad de Salta, sabiendo que el Gobernador estaba en campaña con un ejército, habian tomado el arbitrio de refugiarse entre los Abipones, y que casi todos los Aguilotes los habían seguido.

Mucho gozo causó al General la retirada de enemigo que tanto daño había hecho a los españoles; pero no preveía que la tormenta desviada del Tucumán con el terror de sus armas, iba a caer sobre la provincia del Río de la Plata; como lo veremos más adelante. Sin embargo, con esta noticia, mandó D. Esteban añadir nuevas obras al fuerte de Valbuena, al que denominó de *San Esteban*. Puso allí una fuerte guarnición, y confió su mando al sargento mayor D. Nicolás de Vega, y el P. Yegros recibió orden de quedarse allí.

Vense reducidos los enemigos a grandes angustias.

Como esta fortaleza se hallaba en el centro de todas las divisiones del ejército, permaneció allí el General hasta el 20 de Agosto; y en este tiempo

hubo muchos encuentros entre los españoles y los indios, que en todos fueron derrotados; y se vieron muy luego reducidos a grandes apuros, porque no osaban salir fuera de los bosques, donde les faltaban agua y víveres. Hiciéronse asimismo gran número de prisioneros, porque el General había declarado que quedarían para quien los hubiera tomado, sin otra condición que la de tratarlos bien y cuidar de que fuesen instruídos en las verdades de nuestra santa religión.

A 20 de Agosto, después de haberse cantado una Misa solemne de San Bernardo, a quien está dedicado aquel día, y que es uno de los patrones de la ciudad de Salta, se puso en marcha D. Esteban hacia el río Bermejo, adonde no llegó hasta el 27, después de haber padecido mucho de la sed, porque aquel país, que es el de los Aguilotes, aunque casi inundado en la época de las lluvias, llega a ser seco en extremo luego de retiradas las aguas, no obstante hallarse muy poblado de bosque. Por lo mismo fué preciso abrirse paso con el hacha a través de las selvas. Y no es mucho más cómodo el caminar en los parajes descubiertos, que están llenos de hormigueros tan anchos y altos, que se tomarían de lejos por colinas pequeñas. Como los caballos se hundían mucho, fué preciso aplanar los hormigueros, lo que hizo perder mucho tiempo.

Por otra parte, habiendo obligado la carestía de víveres a las milicias de San Miguel a separarse de

las de Salta, el Maestre de campo Alurralde, que las mandaba, se adelantó hasta el *Río Dorado*, de donde desprendió un destacamento a las órdenes del sargento mayor D. Simón García Valdés, a quien dió su fiel Antonio que le sirviese de guía y le hiciese conocer las huellas de los enemigos. Antonio le condujo al lugar donde había solido refugiarse su nación cuando era perseguida de sus enemigos; pero no se halló allí ningún Malbalá, lo que obligó al sargento mayor a volver a juntarse con el Maestre de campo, que caminaba para el río Bermejo. Hallólo detenido por falta de forraje y ocupado en construir un fuerte, para lo cual se había juntado con el resto de las milicias de San Miguel; y habiendo puesto todos mano a la obra, se terminó el fuerte en cinco días. Diósele el nombre de *San Juan*, y se dejaron allí los bagajes con un destacamento que los guardase. Continuóse luego la marcha hacia el Bermejo, y lo pasaron el 24.

Encuentro con los Malbalaes.

Dejábanse ver de tiempo en tiempo algunos indios, que, luego que divisaban a los españoles, se escondían en los bosques. Finalmente, el 28, después de haber caminado casi 16 leguas, se halló la vanguardia al ponerse el sol en presencia de un cuerpo de infieles que acababan de acampar. Eran Malbalás, quienes creyéndose seguros porque su campo estaba cercado de hoyas bastante profundas, desafiaron a los españoles a que fuesen a ellos. Pero mantuvieron mal su bravata. Tan bruscamen-

te se arrojaron los españoles sobre uno de sus atrincheramientos, que a la primera carga mataron siete y tomaron presos a ocho. No aguardaron segunda, y emprendieron la fuga, dejando a los españoles 50 caballos y algunas ovejas.

Trátase con ellos.

A ruegos de Antonio, trataron bien a los prisioneros; y él se ofreció a ir a negociar con su nación, lo que se le concedió. Entre los prisioneros había una mujer. Habiendo tenido Antonio una conversación con ella, dijo al Maestre de campo que si le quería dar libertad, esperaba que ella encaminaría bien la negociación. Convino en ello Alurralde; hizo algunos regalos a aquella mujer, y le dió un caballo. Poco después que ella había salido, divisó el centinela un indio a caballo, que llegaba al galope. Dió aviso al Maestre de campo, quien mandó que lo dejasen entrar en el fuerte, lo que hizo el jinete con mucha seguridad. Preguntósele qué le traía, y respondió que, habiendo ido a buscar víveres, había encontrado una mujer de su nación, que le había dicho que su hijo, a quien lloraba años hacía como muerto, estaba entre los españoles, y que acababa de verlo.

Feliz encuentro.

Era el padre de Antonio, quien le reconoció al momento; corrió a abrazarlo, y viéndolo enteramente desnudo, se quitó el vestido para cubrirlo. Dejáronlos un rato solos, y el hijo, después de haber informado a su padre de los buenos tratamientos que había recibido de su amo y de los otros

españoles, le habló de la felicidad que hay en vivir en la religión cristiana; y añadió cuanto se le ocurrió para persuadirle que era interés de su nación hacer alianza con los espoañoles, cuyo poder, decía él, aseguraba el sosiego de todos los que voluntariamente tomaban este arbitrio; que él se empeñaba en obtener del Maestre de campo, a quien pertenecía, que los Malbalás pudiesen establecerse en el río de Valbuena, donde en otro tiempo habían vivido y de donde los habían obligado a alejarse los Mocovís, lo que ahora ya no era de temer.

Fué luego a dar razón de este coloquio al Maestre de campo, quien le dijo que podía asegurar a su padre que si quería inducir a su cacique a que fuese a tratar con él, tendría plena libertad de ir y venir, y que hasta que tuviesen noticias haría cesar toda hostilidad. Corrió Antonio a dar parte dė esta respuesta a su padre, quien partió al punto a conferenciar con el cacique, y dijo a su hijo que no dudaba que este asunto se arreglaría a gusto del Maestre de campo. Volvió a 30 de Julio con su segundo hijo, de unos veinte años poco más o menos, y dijo al Maestre de campo que hubiera venido el cacique con ellos a no haberle obligado las desconfianzas de su mujer a esperar un poco más de seguridad sobre el asunto.

Los días siguientes acudieron muchos Malbalás a rendirse a los españoles, y poco tiempo después

Establécense los Malbalás en Valbuena.

se tuvo noticia de que todos los restantes, con el cacique a la cabeza, estaban en marcha para hacer otro tanto. Esperáronlos; y como las mujeres, los niños y los bagajes los obligaban a ir despacio, el cacique principal se adelantó. Recibióle con honor Alurralde, y para darle muestras de una confianza correspondiente a la suya, le dijo que podia ir a juntarse con su tropa, como lo hizo. Llegaron, finalmente, el 16 de Agosto en número de 400 familias, y se les hizo el más lucido recibimiento que fué posible. Correspondieron a él de un modo que acabó de disipar todas las dudas. El cacique principal pidió un sitio donde pudiese alojarse con toda su nación, y se le señaló junto al río de Valbuena.

Error cometido y sus resultas.

Algunos días más tarde, una mala inteligencia estuvo a punto de romper un ajuste tan felizmente realizado. Faltándoles víveres a los españoles, y no pudiendo proveer de ellos a sus nuevos aliados, que estaban todavía más necesitados que ellos, se vieron obligados los indios a ir a cazar a los bosques. En este intermedio, llegó el sargento mayor Valdés, a quien aguardaban tiempo había, trayendo un convoy, y no sabiendo nada de lo que acababa de pasar, al ver sus soldados unos indios en el bosque, los tomaron por enemigos y corrieron contra ellos; prendieron a algunos, y todos los demás se escaparon gritando que los españoles les hacían traición. Acudió al ruido el Maestre de

campo, detuvo a los españoles, que continuaban persiguiendo a los fugitivos, y enteró a éstos de la causa del error. Al mismo tiempo hizo distribuir a los Malbalás una parte de las provisiones que le habían traído los recien llegados, y esta liberalidad acabó por calmarlos.

Creyó entonces Alurralde que no debía diferir más tiempo el dar aviso a su General de lo que había hecho en el asunto de los Malbalás; y apenas hubo recibido la noticia D. Esteban, montó a caballo para ir a dar la última mano a esta buena obra. Cuando llegó a una jornada del campo, le salió al encuentro Alurralde con el cacique, el cual se hizo acompañar de buen número de sus guerreros. Tuvo lugar el encuentro en una gran llanura donde los indios podían percibir de un vistazo el hermoso aspecto de la escolta del Gobernador, que era muy numerosa. Iban los indios todos a caballo, desnudos hasta la cintura, menos el cacique principal, Antonio, su padre y su hermano. Pero los cubrían unas largas plumas perfectamente desde la cintura hasta las rodillas, y llevaban la frente ceñida de una banda con piezas de nácar que resplandecían mucho al dar en ellas el sol. Luego que apareció el Gobernador, los españoles de la comitiva del Maestre de campo lo saludaron con una descarga de mosquetería, y los indios dieron su grito metiendo dos dedos en la boca, que es su modo de significar la alegría y el respeto.

Adelantóse entonces el cacique principal, llevando en la mano una especie de dardo, a cuyo extremo iba una banderola, y en ella había hecho escribir con gruesos caracteres estas palabras en español: *Jonasteté, cacique de la belicosa nación de los Malbalás, viene en nombre de ellos a ofrecerte la paz* (1). Presentó su banderola al Gobernador, quien la recibió gravemente sin decir palabra, y luego abrazó al cacique y a todos los que le acompañaban; diciéndoles que en consideración a haber ido de su propia voluntad a rendirse, perdonaba a toda la nación los daños que habían hecho a los españoles. En seguida prosiguió la marcha, y, como para ir al fuerte de las milicias de San Miguel, donde había fijado su cuartel, era preciso pasar por la nueva habitación de los Malbalás, fueron las madres de familia, según la costumbre de aquella nación, las que le hicieron los honores

(1) Mur. Unas veces se dice que se buscaba paz y alianza, otras que era entrega y sujeción, y convendría desterrar la ambigüedad.—Hern. Con respecto a indios que no habían cometido hostilidades, como los Malbalás, era sujeción el Rey, pero no a los encomenderos, a lo menos en los primeros veinte años, como consta de la Real Cédula de 6 de Diciembre de 1684, y así se llamaba paz y alianza; mas si eran indios que poco antes habían ejecutado hostilidades y carnicería inhumana, como los Aguilotes y Mocovís, contra esos se hacía guerra y resultaban cautivos.

de la recepción, y se desempeñaron muy bien. Pasó de allí D. Esteban al fuerte de las milicias de San Miguel, que llevaba el nombre de *Rosario* (1); luego al de San Juan, donde estaban las milicias de Salta, que sólo distaba del primero dos leguas, y allí tuvo junta de guerra para deliberar si convenía dejar a los Malbalás donde estaban o más bien enviarlos a Buenos Aires, donde sería más fácil mantenerlos en seguridad, y darles misionero. Todos convinieron en que el Maestre de campo se había apresurado demasiado al concederles el sitio que pidieron ellos mismos; porque había grandes inconvenientes en dejarles tan cerca de los Mocovís, y aun hubo quienes juzgaron que era mejor enviarlos a su país que dejarlos allí. Pero, miradas todas las circunstancias, concluyeron que se les mantuviese la palabra dada, y se edificase un fuerte cerca de su pueblo con pretexto de defenderlos de los que los quisieran inquietar; pero en realidad para tenerlos en respeto, y

(1) MUR. Muchos fuertes hubo de este nombre; pero el que aquí se menciona no ha de ser otro que el mismo fuerte del Rosario de que se ha hablado arriba, construído por las milicias de Tucumán; a no ser que en territorio de Tucumán, que no era suyo, hubiesen establecido las de Salta alguna nueva fortificación. De otro castillo de *San Juan* se ven escombros enfrente de Jujuí, al lado del Pongo, que es un brazo del río Bermejo.

para la seguridad del misionero que se les había de dar.

Tomada esta resolución, el General les envió a decir que los recibía en el número de sus aliados, y como vasallos del Rey su amo; que confirmaba la donación que se les había hecho del terreno que ocupaban; conservando al cacique principal, a sus hijos y descendientes la dignidad de que estaba revestido, y añadiendo la de Corregidor; que daba a Antonio su cuñado el título de sargento mayor; que les enviaría personas que les enseñasen a cultivar la tierra, edificar casas y hacer buenas prevenciones para que nunca les faltase lo necesario, que los españoles que dejaría allí cerca estarían siempre prontos a socorrerlos contra quienquiera que pretendiese inquietarlos, y que en las reyertas que pudieran suscitarse entre ellos no les sería permitido recurrir a vías de hecho, sino que las partes llevarían sus quejas al comandante del fuerte, o, si mejor querían, al Gobernador de la provincia, sujetándose a lo que éste decidiese. Los encargados de declararles todo esto, después de haber desempeñado su comisión, distribuyeron al cacique y a los capitanes trajes distintivos de honor, conformes y proporcionados a su clase.

Respondió Jonasteté que los Malbalás nada omitirían para hacerse dignos de tantos beneficios; que ejecutarían puntualmente cuanto les fuera

mandado en nombre del Rey; que como aliados y vasallos de aquel gran príncipe, sus amigos y enemigos serían los de él; que no mantendrían trato alguno con los Mocovís ni los otros indios del Chaco sin licencia del Gobernador; que cuantas veces se viesen los españoles en la necesidad de hacerles la guerra, se juntarían a ellos y estarían debajo de las órdenes de sus Generales, que recibirían los misioneros que le diesen; los oirían con docilidad y los tratarían con respeto; que darían aviso al comandante del fuerte de cuanto ocurriese contra el servicio del Rey; finalmente, que todos cuantos tuvieran alguna autoridad entre ellos velarían sin cesar para apartar cuanto pudiese alterar la buena armonía entre las dos naciones e impedir la pronta ejecución de lo que les fuese ordenado por los Gobernadores de la provincia.

Consecuencias de las operaciones de la campaña.

No se tenían todavía noticias algunas de las milicias de Jujuí, que estaban a las órdenes del Maestre de campo D. Antonio de la Tijera; y el Gobernador envió a D. Juan de Elizondo con 600 hombres para saber qué había sido de ellas. Dióle por guía a un Mocoví, que era uno de sus prisioneros y uno de los más perversos hombres del mundo. Aborrecía aquel bárbaro a los españoles por pasión, y había ejercido con cuantos habían caído en sus manos crueldades que difícilmente se pudieran creer. Habíase diferido castigarle según se merecía, porque se esperaba sacar de él

algunos indicios para descubrir los refugios de aquellos de su nación que no habían seguido a los Abipones; y el Gobernador, al encomendarlo a Elizondo, le había recomendado que lo vigilase de cerca y estuviera siempre prevenido contra su perfidia.

Partió el destacamento que mandaba aquel capitán a 16 de Septiembre; pero pocos días después unos prisioneros Tobas que llevó a su campo el sargento mayor D. Gregorio Salazar, enteraron al General de parte de lo que deseaba saber. Había entre ellos una mujer que le dijo que cuatro caciques, con todos sus vasallos, se habían rendido a las milicias de Jujuí; y que en aquella ocasión había habido ciertas diferencias entre los españoles y algunos Chiriguanos que se les habían juntado; y como no sabía o no quiso decir más, el Gobernador, si bien algo tranquilo ya acerca de aquellas milicias, aguardó, no obstante, hasta recibir informes más positivos.

Por su parte Elizondo tuvo en el camino algunos encuentros con indios a quienes derrotó; y después de haber caminado unas sesenta leguas, se halló en el fuerte de San Francisco, que habían edificado las milicias de Jujuí, muy cerca del paraje en que estuvo la ciudad de Santiago de Guadalcázar. Supo allí que aquellas milicias habían entrado en campaña en unión con las de Tarija y con dos compañías de Chiriguanos, y que habien-

do éstos hecho prisioneros a un gran número de Tobas se habían retirado con ellos; que esta deserción había servido de pretexto a las milicias tarijeñas, que únicamente iban mandadas por un Corregidor, para retirarse; y que el Maestre de campo Tijera, reducido a las solas milicias de Jujuí, no se había visto con fuerzas para urgir a los enemigos tan vivamente como lo había hecho al principio. Parece, en efecto, que tanto aterró al principio a los Tobas y Mataguayos, que muchos habían ido a pedirle la paz, y hasta se habían ofrecido a hacerse cristianos. Los sucesos posteriores hicieron ver claramente que no pretendían sino ganar tiempo para refugiarse sin que los persiguiesen en parajes donde no tuvieran que temer el ser hostigados.

Sumisión de los Ojotáes.

Más felizmente había tratado Tijera con los Ojotáes, que fueron a entregarse a él de buena fe, y mostraron verdadero deseo, no sólo de vivir en paz con los españoles, sino también de unirse a ellos con el lazo de la religión. Hallólos Elizondo albergados cerca del fuerte de San Francisco, y con el aviso que despachó al Gobernador, este General mandó al Maestre de campo que procurase hacer consentir a los indios en que los trasladasen a Buenos Aires. Pensaba, y con razón, que para asegurar a aquellos pueblos tan inconstantes en la alianza con los españoles, era preciso apartarlos de la cercanía de los otros; pero qui-

zá ignoraba que no era menos necesario alejarlos de las habitaciones de los españoles, si se quería hacerlos verdaderos cristianos (1).

Precauciones del gobernador para asegurarse de los Malbalás.

Era entonces su principal cuidado asegurarse de los Malbalás, y en las instrucciones que dió a los Maestres de campo Alurralde y Nieva, a quienes había encargado de ponerlos en posesión del terreno que les había concedido, les recomendaba, ante todo, que los tratasen con mucha blandura, mostrando plena confianza en el cacique y los capitanes; dándoles en todas ocasiones muestras de estima para mejor establecer su autoridad y aficionarles más a la nación española; y haciendo el fuerte, que se había de edificar junto al pueblo de ellos, de tal modo que se acabase casi al mismo tiempo que los cimientos de la aldea misma; y colocándolo de suerte que sirviese para resguardar la frontera por aquel lado y para tener siempre puerta abierta por donde entrar en el Chaco; finalmente, que se hiciese entender bien al cacique que si quería mantener la abundancia en su pueblo y ponerlo en estado de no temer nada de los enemigos, era preciso que desde muy pronto ejercitase a la juventud en el trabajo de la tierra. Pero como había

(1) Mur. Hablando de la provincia de Buenos Aires y no de la ciudad, podían ser transportados allá los Ojotáes y colocados en tal punto, que no hubiese otro más distante de las habitaciones de los europeos.

habido razones de peso para poner el pueblo al otro lado del río, que estaba expuesto a las inundaciones, le mandó edificar otro segundo fuerte capaz para 50 hombres.

Cumplidas estas órdenes, los dos Maestres de campo se habían de incorporar a un destacamento del ejército para dar caza a los Mocovís que habían quedado en el río de Valbuena por la parte del Este, y el General les había recomendado que en esta expedición se hiciesen acompañar de cierto número de Malbalás. Era aquello una prueba en que se quería poner a aquellos indios para conocer si podía contar con ellos; y tuvo la satisfacción de saber que se habían presentado todos de buen grado, luego que se les hizo saber lo que se deseaba de ellos. La expedición de que se trataba no fué afortunada, porque los Mocovís a quienes pensaban sorprender fueron avisados, y tuvieron tiempo de ponerse en salvo. Sucedió esto por no haber llegado a tiempo el destacamento que se había prometido a los Maestres de campo, a causa de haberse extraviado el jefe que los conducía. Mas pronto hubo motivo de consolarse de haber errado aquel golpe.

LIBRO DÉCIMOSEXTO

ARGUMENTO

Alianza con los Lules.—Entrégase la nación.—Procura el Gobernador ganar otras dos.—Auxilio enviado de Buenos Aires.—Suceso singular de una joven española.—Entréganse los Chunipís.—Escápanse los Vilelas.—Reducción de los Ojotáes y de los Lules.—Alianza de los Malbalás con los Mocovís.—Traslación de los Ojotáes,—Los Lules.—Los Manacicas.—Martirio del P. Cavallero.—Los Morotocos.—Los Quíes.—Los Zamucos.—Matanza de los Padres y de los indios.—Los Chiriguanos.—Vicisitudes de los Lules.—Inténtase comunicar las provincias.—Estado de los Chiquitos.—Misión del P. Aguilar.—Las salinas.—Minas de Cuyabá.—Guerra de los Chiriguanos.

He dicho al hablar de los diversos pueblos del Chaco, que los Lules estaban divididos en dos tribus principales con los nombres de grandes y pequeños; y que unos y otros habían desaparecido por largo tiempo, sin que se hubiese podido averiguar el paraje donde se habían retirado; lo que no era extraño, habiendo en aquel vasto país muchas comarcas donde los españoles no habían po-

1710. Tratado con los Lules.

dido penetrar jamás. Súpose finalmente que no estaban muy lejos de la frontera de Tucumán; y el jefe de quien he hablado en el libro precedente, al echar de ver que se había extraviado, fué de parecer que no estaba lejos de las habitaciones de los pequeños Lules. Entonces, no pudiendo ya seguir su primera derrota, creyó que nada podía hacer mejor que intentar reducir aquellos indios al partido de los españoles, empeñarlos a que se declarasen contra los Mocovís, y de este modo hacer una diversión mucho más útil que lo hubiera sido el socorro que estaba encargado de llevar a los dos Maestres de campo. Continuó, pues, siguiendo el mismo camino en que lo había empeñado la casualidad, sin saber aún adonde le conduciría; y pronto halló un cacique de los Lules llamado *Galván*, que sabiendo que había españoles en las cercanías, acudía con una tropa de sus guerreros para estorbarles que pasasen adelante en el país. Efectivamente, luego que los vió, se acercó al jefe y le prohibió pasar adelante; porque no quería, añadió, que abriese camino a los Mocovís para irlos a inquietar. Declaróle además que si no se retiraba con toda presteza, se hallaba en estado de hacerle arrepentir. Respondió el jefe que se creía bastante fuerte para no temerle; pero que no tenía orden de hacerle la guerra; que, por el contrario, el Gobernador de Tucumán, su General, nada deseaba más que hacer alianza con su

nación; y que no lo rehusaría, si sabía entender sus conveniencias.

Esta respuesta produjo una negociación, de la que el jefe creyó que podía prometerse feliz resultado; pero una sublevación de sus soldados, que parece se cansaban de andar errantes por países desconocidos e incultos, y su poca resolución para reducirlos a su deber, le obligaron a cortar el tratado y volver atrás. Algún tiempo después, el sargento mayor Vega encontró unos Lules que huían por haber oído decir que los españoles se aproximaban a su país; habló con ellos, y les aseguró que no había plan alguno de inquietarlos, y que hasta estaban muy dispuestos a vivir en buena inteligencia con ellos; y se fueron al punto a avisar a su cacique, llamado *Coronel*, quien fué luego a verse con el sargento mayor.

Empezó por decirle que su nación conservaba mucho resentimiento de que un Gobernador de Tucumán llamado D. Gaspar de Barahona, no la había querido recibir en su provincia, donde estaba muy resuelta a vivir en paz con los españoles, y de que el Obispo D. Manuel Mercadillo (1), a

---

(1) Charl. Era este Prelado dominicano: fué preconizado a 8 de Julio de 1694: y estaba lejos de enviar como misioneros a los Jesuítas, a quienes persiguió con todo empeño mientras le duró la vida. Único de todos los Obispos de Tucumán en proceder de este modo.

quien había pedido misioneros, no se había dignado hacerles caso, aunque habían ofrecido reconocer al Rey de España por su Rey. Añadió que, a pesar de todo, permanecían en la misma disposición; y para convencer de ello al sargento mayor, le dió en rehenes a su hijo, y quiso acompañarle él mismo al fuerte de San Esteban de Valbuena.

D. Esteban de Nieva, que allí mandaba, le recibió con grandes demostraciones de amistad; y el cacique quedó tan prendado de sus buenas maneras, que sin poner condición alguna fué a buscar todos sus vasallos, y los condujo al fuerte. Hiciéronles solemne recepción el comandante y el Padre Yegros, que allí estaba. Todo procedió con igual satisfacción de una y otra parte. Declaró Coronel que su intención era hacer alianza eterna con los españoles; que quería trabajar por juntar toda su nación, que era la de los Lules pequeños, en una o dos Reducciones; que hasta procuraría atraer a los grandes Lules, y que para tener ocasión de hacerles su propuesta, se ofrecía a acompañar al Maestre de campo la primera vez que acometiese a los Mocovís.

Aceptó Nieva la oferta, y dijo al cacique que mientras el Gobernador de la provincia le señalaba el paraje donde se habían de establecer, podían alojarse con todas sus gentes cerca del fuerte, y que allí harían sus chacras con toda seguridad. Envió luego aviso de esta segunda entrevista a

D. Esteban de Urízar, y el Gobernador dió por bueno cuanto había hecho. Pero le ordenó dijese a los Lules que no los podía recibir por aliados suyos sino con las condiciones siguientes, que confiaba que no tendrían dificultad alguna en aceptar, si conocían bien lo que les convenía, pues no podían pedir otras más ventajosas: La primera, que serían incorporados a la corona de España como súbditos libres, y vasallos inmediatos del Rey, sin poder ser dados en encomienda, ni adscritos al servicio de ningún particular. La segunda, que aceptarían el lugar que les fuera señalado, prometiéndoles que se atendería en cuanto fuese posible a su comodidad. La tercera, que se reconciliarían sinceramente con los Malbalás, antiguos enemigos suyos; perdonarían y darían al olvido todos los motivos de queja que de ellos tuvieran como lo acababa de hacer él mismo, y que, a fin de establecer perfecta concordia, se verían los caciques de las dos naciones y tomarían juntos las providencias más convenientes para quitar todos los los obstáculos que pudiesen impedir esta reconciliación, y que si en adelante ocurría algún nuevo motivo de discordia, tomarían por árbitro al Gobernador de la provincia. La cuarta, que si los Lules grandes accedían a este tratado, dependería de él el juntarlos con los pequeños Lules, o separarlos, según lo estimase más a propósito, en lo que no miraría sino la ventaja de unos y otros.

Entrégase toda la nació 1 a los españoles.

No puso dificultad Coronel sobre ninguno de estos puntos; empezó reconciliándose con los Malbalás, lo que ejecutó en un gran festín, donde se cuidó de que nada ocurriese contra el buen orden. Pocos días después, Alurralde y Nieva recibieron orden de marchar contra los Mocovís, y llevar a esta expedición el primero un cuerpo de Malbalás; y el segundo, una tropa de Lules; y todos estuvieron contentísimos de que se les presentara una ocasión tan hermosa de dar pruebas de su fidelidad y valor. Púsose en campaña el pequeño ejército a 4 de Octubre; creyó que sorprendería a Notiviri, el cual, según se acababa de saber, después de haber tomado el camino del país de los Abipones, se había detenido en un paraje donde no sospechaba que le pudiesen descubrir; pero fué avisado con tiempo de que había sido descubierto, y continuó su camino a los Abipones.

No llegó, sin embargo, allá con toda la gente que tenía al salir de su país; porque los *Chunipís*, por cuyas tierras pasó, irritados de que hubiese atraído los españoles a aquella región, sorprendieron parte de su comitiva y la destrozaron. Tuvieron también los Maestres de campo motivo de consolarse, aunque se les hubiese escapado, porque adquirieron el cuerpo de pequeños Lules que mandaba el cacique Galván, y las tres tribus de que estaba compuesta la nación de los grandes Lules. Supo el Gobernador estas gustosas nuevas

mientras estaba ocupado de la parte de acá del río Bermejo en ganar otras naciones, que no hacían la guerra sino cuando les daban causa (1); y de quienes los españoles no habían tenido nunca motivo de queja.

Intenta el Gobernador ganar dos naciones.

Eran los Chunipís, de los que acabo de hablar, y los Vilelas, constantes aliados de los Malbalás, y enemigos de los Tobas, Mocovís, Aguilotes, Mataguayos y Palomos. Pero se contentaban con mantenerse a la defensiva, lo que ordinariamente les producía buen efecto, por haber entre ellos mucha unión, además de que tenían fama de valientes. La bondad del carácter que en ellos se descubría, era lo que, sobre todo, hacía desear a D. Esteban atraérselos. Hasta confiaba lograrlo con más seguridad por lo mismo que no tenían estos indios casi ninguno de los vicios tan comunes entre los demás pueblos del Chaco, y siendo muy pobres, se persuadía que fácilmente se lograría aficionarlos a la moral del Evangelio y reunirlos en reducciones, donde estarían seguros de que nunca les había de faltar lo necesario.

Recibe socorro de Buenos Aires.

Mientras pensaba en los medios de ejecutar este plan, tuvo noticia de que subían por el Río Ber-

(1) Mur. Entre ellos estaban los Chunipís, que otros llaman *Chunipíes,* los cuales, sin embargo, poco antes, contra su costumbre, habían acometido, según se dice, a los Mocovís, sin ser provocados de ellos.

mejo 200 españoles, enviados por D. Manuel de Velasco, Gobernador del Río de la Plata, para reforzar su ejército. Temió que estas tropas, que no estaban enteradas del plan que tenía, hiciesen algunas hostilidades contra las dos naciones que quería tomar por aliadas, y que, naturalmente, estaban en el camino de aquella tropa. Hizo, pues, salir dos destacamentos bajo la conducta de los dos Maestres de campo D. Fernando Lisperguer y D. Juan de Elizondo, con orden de asegurar a los Chunipís que le gustaría mucho tenerlos por amigos, y de ofrecerles sitio cerca de los Malbalás, antiguos aliados suyos, cuya dicha de seguro envidiarían, si llegasen a ser testigos de ella. Mandóles además, que si encontraban el refuerzo que venía de Buenos Aires, avisasen a los jefes que no diesen ningún motivo de queja a aquellos dos pueblos, y si no los encontraban, dejaran a los caciques de los mismos indios cartas que pudiesen servirles de salvoconducto, caso que los españoles entrasen en sus tierras. Partieron los Maestres de campo a 5 de Octubre. Lisperguer pasó el río, y Elizondo se quedó de este lado. Aquél halló muy luego a los Malbalás, que le dijeron que no estaba lejos la morada de los Chunipís; y les despachó dos de ellos para enterarles de que estaba encargado de parte del Gobernador del Tucumán de hacer alianza con ellos. Muy bien desempeñaron su comisión los dos enviados; y vino un capitán

chunipí a saludar al Maestre de campo, y significarle que su nación estaba muy dispuesta a vivir en paz con los españoles. Hízole muchos agasajos; pero le pareció descubrir que tenía algún recelo; y, en efecto, cuando el Maestre de campo le habló de poblarse cerca de los Malbalás, el cacique no le disimuló que su nación tendría gran repugnancia.

No insistió, y le entregó la carta del Gobernador para el comandante de los españoles que venían de Buenos Aires. Hizo luego plantar una Cruz en dos parajes diversos, por donde podían pasar los españoles, y allí colgó carteles que decían lo mismo que la carta; y sabiendo que los Mocovís estaban a la otra banda del río, tomó la resolución de volver al Gobernador, para darle cuenta de lo que había hecho. Por su parte, Lisperguer había caminado tres días sin hallar indio alguno; pero el cuarto, a la tarde, mientras daba orden para acampar, le avisaron que se habían visto huellas recientes de Mocovís. Mandó a los que le daban el aviso que las siguiesen, y pronto vieron una tropa de aquellos bárbaros, de los que unos estaban en sus cabañas y otros ocupados en pescar a la ribera del río.

Aventura de una niñita española.

Con la noticia que dieron al Maestre de campo, siguió la marcha para sorprenderlos; y a un tiempo hizo acometer a los de las cabañas y a los pescadores; pero unos y otros se echaron al río antes

que llegasen a ellos. Casi al mismo tiempo se arrojaron también al río los españoles; más, como estaban vestidos y armados, les obligaron sus jefes a volver a tierra. En aquel momento divisó Lisperguer, una niñita que se iba a fondo; llamó a un jinete y le dijo que fuese a socorrerla. Arrojóse al punto el jinete al agua; sin tomarse siquiera tiempo de desnudarse, aunque no sabía nadar: Cuando se acercaba a la criatura, que no sacaba mas que un brazo, no pudo ya tenerse en pie. Encomendóse a Dios, hizo un esfuerzo, asió el brazo de la niña y la sacó a la orilla.

No podía darse cuenta de cómo no se había ahogado; pero no se maravilló menos de oir a la niña con una serenidad como si nada le hubiese sucedido, y decirle en español: *Señor, vámonos a casa*; porque la creía Mocoví. Pero era una española llamada Francisca de Tobar, que tenía a la sazón diez años y había sido hecha prisionera muchos años antes, cerca de Salta por los Mocovís. Aquellos a quienes pertenecía, le habían rapado la cabeza y la habían marcado en el brazo, conforme a la costumbre de aquellos bárbaros; y viendo a los españoles que se precipitaban sobre ellos, la habían echado al río para que se ahogase, no fuera que, si caía en manos de los de su nación, descubriese sus refugios. Pero ella había acudido al cielo para que la salvase; pues en tan tierna edad no había dejado ni un día de rezar sus oraciones or-

dinarias; y cuando le preguntaban qué hacia, respondía que rogaba a Dios que la libertase de su cautiverio, y que esperaba obtener esta gracia por la intercesión de la Santísima Virgen, su buena madre.

Entréganse los Chunipís a los españoles.

Habíase hinchado de repente el río; los Mocovís que estaban en medio, se ahogaron todos, y los españoles salvaron las mujeres y niños que estaban aún cerca de la ribera. Luego pusieron fuego a las cabañas, donde no habían encontrado sino 20 caballos: Dos o tres días después hallaron a los Malbalás; y Lisperguer indujo a uno a que fuese a buscar otra tropa de Chunipís, que no estaban lejos, para convidarlos a que fuesen a tratar con él. Acudió la mañana siguiente el jefe acompañado de treinta y cuatro guerreros, preguntó al Maestre de campo lo que deseaba de él. Respondió Lisperguer que el Gobernador había juntado lo más escogido de sus tropas para castigar a los Mocovís y sus adherentes de los atropellos que habían cometido en su provincia; que no quería confundir con aquellos bárbaros a naciones tranquilas, a quienes no tenía que acusar de tales hechos; y siendo la suya de este número, tenía orden de decirle que de él sólo dependería el tener en las fronteras de Tucumán las ventajas que ya habían logrado los Malbalás, haciendo alianza con los españoles. Respondió el cacique que aceptaba con gusto la proposición; y al punto se fué a juntar sus

vasallos diciendo que haría todo lo posible por in ducir a toda su nación a juntarse yendo a ponerse a disposición del Gobernador.

Piérdese la ocasión de hacer paces con los Vilelas.

Faltaban sólo los Vilelas. Pero la demasiada confianza que Lisperguer depositó en el hombre en quien menos debía tenerla entre todos los del mundo, le hizo perder la ocasión de ganarlos. He dicho que el Gobernador había dado a este jefe para que le sirviese de guía un prisionero Mocoví, encargándole que le mirase a las manos; y hasta le había dado licencia de castigar con pena de muerte la menor perfídia en que le sorprendiera. Coquini, tal era el nombre del malvado, se portó muy bien al principio, o tal vez no halló tan pronto buena ocasión de hacer traición a los españoles, y Lisperguer, que no tenía otro intérprete que él para tratar con los pueblos del Chaco, creyó con demasiada facilidad que un hombre cuya vida estaba entre su manos no se atrevería a serle infiel.

No le conocía bastante. A Coquini no le importaba morir, con tal de saciar el odio que tenía a los españoles; y se aprovechó de la primera ocasión que le dieron permitiéndole tratar a solas con el cacique de los Vilelas. Pintóle los españoles con tan negros colores, que aquella nación, que estaba muy dispuesta a seguir el ejemplo de los Chunipís, no quiso oir hablar de ello; y se creyó haber logrado mucho induciéndola a dar su pa-

labra de que se mantendría neutral. Pronto descubrió Lisperguer cuál era el motivo de que los Vilelas rechazasen la amistad de los españoles; y condenó al pérfido intérprete a ser colgado. Recibió Coquini su sentencia de muerte sin cambiar de semblante, y pareció sentir menor pesar de perder la vida, que gusto de perderla por haber satisfecho su pasión.

Llegábase el fin de Octubre, y empezaban los ríos a desbordarse por todas partes. Después de haber puesto D. Esteban de Urízar en buen estado todas sus fronteras, hizo levas de nuevas milicias en todas las ciudades del Tucumán para guardarlas, y despidió las que habían estado en campaña. Ordenó a los jefes que habían de mandar las nuevas tropas que enviasen de tiempo en tiempo destacamentos para descubrir las guaridas de los enemigos y hacer prisioneros; pero sólo los Tobas osaron mostrarse. Fingieron primero que se querían someter; y hasta dieron rehenes; pero faltaron a todas sus palabras. Hiciéronseles prisioneros; los rehenes quedaron por esclavos, y pareció dárseles poco de tales pérdidas.

Providencias del gobernador para asegurar las fronteras.

Por otra parte, el Gobernador había creído que debía dejar al Maestre de campo Tijera dueño absoluto de los Ojotáes, pues a él era a quien se habían rendido; y no tuvo motivo de arrepentirse. Siguiendo aquel jefe sus intrucciones, había agregado nuevas obras a su fuerte. Propuso en seguida

Intento de formar una reducción de Ojotáes.

a los Ojotáes que hiciesen un pueblo cerca de la plaza; y de tal modo había ganado la confianza de aquellos indios, que se persuadieron que al hacerles esta proposición no llevaban otras miras, sino la ventaja de ellos. Aceptaron, pues, con agradecimiento lo que de parte de cualquier otro hubiera podido parecerles sospechoso; y esta facilidad hizo formar el designio de juntarlos en reducción tan luego como se pudiese disponer de un misionero para instruirlos.

Reducción de los Lules.

No fué tan fácil persuadir a los pequeños Lules a lo que de ellos se deseaba, aunque al principio se habían prestado de la mejor voluntad del mundo a cuanto se quisiera. Los que dependían del cacique Galván, quisieron establecerse en el río Valbuena, más abajo de donde estaban los Malbalás. El Gobernador, que ya no estaba muy contento de ver a estos últimos en el río, no quiso apesar de ello disgustar al cacique, el cual no era fácil de manejar. Por otra parte, las precauciones tomadas para poder vigilar a los Malbalás le parecieron suficientes para contener a los Lules; y no sólo consintió en lo que deseaban, sino que él mismo hizo todos los gastos. Agregáronse a los grandes Lules los vasallos de Coronel, y pidieron PP. de la Compañía. La misma petición habían hecho ya los Ojotáes; pero D. Esteban antes de concederles la gracia, quiso asegurarse de su constancia.

Otro tanto hizo con los Malbalás, y quizá los dejó demasiado tiempo sin pastores; porque el P. Yegros, que había sido encargado de instruírlos, no vivía en su pueblo de ellos, y repartía sus cuidados entre los Indios y la guarnición del fuerte de Valbuena, donde tenía la residencia. Avisado el Gobernador por muchas partes de que se habían dejado seducir por los Mocovís, y que entre ellos no se trataba de menos que de reunir las fuerzas de estas dos naciones y hacer una entrada en el Tucumán; estuvo muy tentado de hacer un escarmiento; pero, todo bien considerado, juzgó que valía más aprovecharse de la ocasión para sacarlos de Valbuena y hacerlos conducir con una escolta a Buenos Aires.

1711. Tratan los Malbalás con los Mocovis y lo que de aquí resultó.

Desgraciadamente no anduvo acertado en la elección del jefe a quien encargó de esta comisión. Los Malbalás, que parece que tenían su plan, no opusieron gran dificultad a salir de su pueblo; pero después de algunos días de marcha, los autores del mal, visto que no los vigilaban de cerca, resolvieron asesinar su escolta. Mataron de la primera acometida al comandante y cuatro soldados; pero viendo que los demás estaban puestos en defensa, se dieron a huir. Los españoles, aprovechándose de la falta que habían cometido, tomaron oportunas disposiciones para no dejarse sorprender de nuevo; condujeron los Malbalás a Buenos Aires, donde fueron dados en encomienda a

algunos particulares, que los trataron bien; y como el mayor número de ellos no había tomado parte en lo sucedido, todos se hicieron cristianos de buena fe.

Ojotáes y Lules.

Por este suceso conoció D. Esteban que no debía alejarse tan pronto de la frontera. Partió, pues, muy luego de Salta, donde había pasado el invierno, y fué a acampar al río de Valbuena, donde estableció su cuartel general. Nada importante ocurrió en esta segunda campaña; sólo sabemos por una carta del Gobernador al P. Garriga, Visitador de los Jesuítas, y de quien hablaré muy pronto, que los Lules y Ojotáes no sólo cumplieron muy bien los compromisos que habían contraído con el General, sino que mostraban entonces gran empeño en ser instruídos en las verdades de la salvación. El historiador del Chaco, que bajó a todos los pormenores de lo sucedido con ocasión de esta guerra, no dice nada de los Chunipís después de lo que hemos referido, lo que podria hacer pensar que si persistieron en la alianza (1) que habían hecho con los españoles, no parecieron dispuestos a abrazar el cristianismo.

Cuanto a los Lules y Ojotáes, el Gobernador pensó seriamente en formar dos Reducciones con

---

(1) Mur. Ni observaron su convenio, ni se hicieron más diligencias para hacérselo observar.

ellos. Escribió sobre el asunto a 4 de Septiembre de 1711 al P. Garriga, rogándole y requiriéndole en nombre del Rey que se encargase de ellas. Hallábase entonces el Padre en el curso de sus visitas; y el P. Mateo Sánchez, Rector del colegio de Córdoba, a quien fué dirigida la carta, (1) respondió a D. Esteban que le era imposible darle misionero para los Ojotáes; pues en trece años no había venido ninguno de España, por haber sido hecho preso por los holandeses, el P. Burgés (2), que traía una expedición numerosa. Era la que había partido de Europa con el Arzobispo de Lima, y de la que hablaremos en seguida.

En cuanto a los Lules, agregaba el P. Sánchez, el P. Machoni, que desde el principio de la guerra había trabajado constantemente en instruír a aquellos indios, podría encargarse de ellos. No ignoraba D. Esteban el accidente que causaba la carestía de misioneros; y con gran sentimiento suyo, se vió obligado a enviar también los Ojotáes a Buenos

---

(1) Mur. Enviósele la carta porque el Rector de Córdoba hacía las veces de Vice-Provincial, por estar entonces ausente en paraje lejano el Provincial.

(2) Mur. Fué llevado el P. Francisco Burgés a Lisboa con los Misioneros, y allí lograron que los pusieran en libertad, por empeños principalmente del P. Álvaro Cienfuegos, de quien había en aquella expedición uno que otro discípulo.

Aires, porque juzgaba peligroso dejar sin pastor a aquellos indios tan cerca de su país y de sus antiguos aliados. Dirigiólos a D. Juan de Arregui, a quien había dirigido ya los Malbalás, porque estaba bien seguro de que aquel caballero cuya virtud, desinterés y celo por la salvación de los indios le eran conocidos, tendría más empeño en procurar la conversión de aquellos de quien fuera dueño, que en la utilidad que pudiera sacar de sus servicios; y no se equivocó.

Precauciones del gobernador para fundar sólidamente la reducción de los Lules.

Dedicó luego toda su atención a los Lules, cuya reducción fué colocada en el río de Valbuena, con el nombre de San Antonio, y de la que ya había tomado posesión el P. Machoni. Como era de temer que estando tan cerca de las habitaciones de los españoles, fuera inquietada por aquellos vecinos siempre descontentos de los indios no sujetos a encomiendas; escribió al Rey, a fin de quitarles los medios de turbarla, suplicándole que confirmase lo que había hecho; y Felipe V expidió un decreto que fué notificado al P. Juan de Castañeda, procurador general de las Indias por los Jesuítas, en carta de D. Francisco Castejón, Secretario general del Consejo de Indias, fechada a 10 de Enero de 1710, y que el P. Lozano trae toda entera su historia del Chaco (1). En ella se

---

(1) Charl. *Descripción corográfica del gran Chaco,* página 426.

dice que la voluntad de S. M. C. es que no sólo la reducción de los Lules, sino cuantas en adelante se pudieren hacer en el Chaco, sean puestas debajo de la dirección de los PP. de la Compañia de Jesús, y gobernadas en la misma forma y con las cargas y privilegios, que las de Guaranís que hay en las gobernaciones del Paraguay y del Río de la Plata.

A esta precaución para asegurar la libertad a los indios, añadió D. Esteban muchas otras para resguardarles de la seducción de parte de los infieles, y ponerlos en estado de no haber de temer nada de parte de sus enemigos, y de tener asegurada la subsistencia; y no sólo procuró que nada les faltase hasta que se hallasen en disposición de procurarse lo necesario con su propio trabajo, sino que hasta quiso que los soldados que estaban de guarnición en el fuerte de Valbuena les ayudasen a acomodarse de habitaciones. Habíalos colocado muy cerca del fuerte, para que estuviesen defendidos por su artillería, e hizo rodear el pueblo de una muralla que los pudiera preservar de sorpresas. Había observado también en su última campaña que no había mucha unión y concierto entre grandes y pequeños Lules, y juzgó lo mejor separarlos. Hizo dividir la reducción en dos por una pared, y cada parte tuvo un misionero; pero a los Padres no se les dió alojamiento allí, por estar al mismo tiempo encargados de la guarnición del Su celo y desinterés.

fuerte, a la que no se le había podido poner capellán.

Por compañero del P. Machoni fué señalado el P. Yegros, y ambos recibieron orden de dormir en el fuerte. Todo esto se hizo a la vista y a costa del Gobernador, quien antes de volver a Salta, convocó todos los Lules y les dirigió un discurso muy tierno para persuadirles que recibiesen con docilidad las instrucciones de sus pastores. Prometióles además que les proporciaría todavía vestido y sustento para el año siguiente, con condición de que durante este tiempo se pusieran, mediante el trabajo, en disposición de no necesitar más aquel socorro. Todos le protestaron que le estarían inviolablemente unidos, le profesarían eterno agradecimiento y perfecta obediencia. No dudó de que fuesen sinceras aquellas promesas; pero los conocía bastante para fiar demasiado en su constancia. Por otra parte, reinaba entonces entre ellos una enfermedad epidémica de que habían muerto muchos, y bastante número se había refugiado en los bosques, de modo que al partir él, sólo quedaban en la reducción unas 1.200 personas.

Eran todavía bastantes para ocupar el trabajo de los dos misioneros, y aun para poner su paciencia a dura prueba. Era menester empezar por hacer a aquellos bárbaros capaces de reflexión y de vida social, y por persuadirles de la necesidad de tra-

bajar para procurarse el sustento. No se logró esto sino muy imperfectamente; y el Gobernador se vió forzado a alimentarlos mucho más tiempo de lo que se había figurado. Peor fué aún cuando se les hubo de instruir en nuestros sagrados misterios y darles a conocer la santidad de la moral cristiana. Como estaban sujetos a todos los vicios de que se puede imaginar que son capaces unos salvajes tan estúpidos cuales he explicado que eran estos, se necesitaba no menos que un milagro de la gracia para inspirarles horror de ellos; baste decir que la primera idea que se les dió de la santidad del Evangelio les produjo un espanto de que durante algún tiempo hasta se desesperó de sacarlos, por más que nada se omitiese para poner las máximas y preceptos de la religión al alcance de su flaco discurso.

A todo esto se añadió la preocupación ordinaria de que el bautismo era un veneno, y por más que no tuviera otro fundamento sino el de que a los principios no se administraba ni aun a los niños, como no fuera en caso de muerte cercana; lo llevaron los Lules tan allá, que no se podían acercar los Padres a un enfermo. Durante mucho tiempo miraron a sus misioneros como unos asesinos, y los mismos que en sus enfermedades carecían de todo, preferían morir sin auxilio a recibirlo de sus manos; y hasta se hacían transportar a parajes donde no tuviesen que temer ser descubiertos por los religiosos.

Conversiones milagrosas.

Por fin, movido el Señor de la paciencia de sus ministros y de su perseverancia en medio de tantos motivos de descaecer, empezó a hacer brillar a sus ojos algunos rayos de esperanza de que no siempre serían estériles sus trabajos. A veces, cuando menos se lo esperaban, hallaban alguna de esas almas predestinadas que se ha reservado Dios, aun entre las naciones más rebeldes a la gracia, en las que no tenían más que hacer que secundar las operaciones del Espíritu santificador. El P. Machoni tuvo cierto día el consuelo de ver morir en sus brazos un joven de veinte años asaltado de viruela, que le había cubierto todo el cuerpo de úlceras, en las que hormigueaban los gusanos, y del que la gracia hacía un ejemplar de paciencia y prodigio de amorosa resignación a la voluntad de Dios.

Más de una vez se sintieron este misionero y su colega fuertemente inspirados a prometer la curación a los enfermos, si recibían el bautismo, y el suceso daba a conocer que la inspiración era del cielo. Halló un día el P. Machoni una mujer que tenía en los brazos un niño a punto de expirar. Después de haberle hecho inútilmente muchas instancias para que le permitiese bautizarlo: se recogió un instante, rogando al Señor que honrase en aquel caso el ministerio que ejercía por la gloria de su nombre; oró al Apóstol de las Indias para que fuese abogado de aquella inocente cria-

tura ante Dios; y acabada su oración, dijo resueltamente a la madre que si consentía en que se bautizase su niño, estaba cierto de devolvérselo perfectamente sano. Entregóselo ella al punto, lo bautizó, y al instante mismo quedó curado. La madre, no cabiendo en sí de alegría, pidió en seguida ser instruída, y fué hasta su muerte una fervorosa cristiana.

Opónense tres apóstatas a la conversión de los Lules.

Pero el mayor obstáculo a la conversión de los Lules procedía de tres de entre ellos que mucho tiempo antes habían sido bautizados, y nunca habían tenido de cristianos más que el carácter, que deshonraban por los vicios más infames. Como tenían mucho crédito en su nación, nada había omitido el P. Machoni para ganarlos, y después de haber empleado los presentes, las caricias y los buenos oficios, se había lisonjeado de haberlo conseguido. Para atraerlos más, procuró que el de más crédito de los tres, llamado Fernando, tuviera el título de Maestre de campo, y los otros dos, que se llamaban Calixto y Gregorio, el de capitanes; pero las muestras de amistad y los beneficios hicieron en aquellos corazones lo que el fuego hace con ciertos frutos, que en vez de ponerlos blandos, los endurece. Fernando anduvo bien con el misionero mientras tuvo necesidad de él, para congraciarse con el Gobernador; pero luego que nada tuvo que esperar, cesó de enfrenarse.

Habiendo hablado el misienero cierto día en

público contra la lujuria y borrachera, tomó la mano aquel miserable y dijo en alta voz que no había que creer nada de cuanto decía el sacerdote español; que él había visto muchos indios que profesaban manifiestamente el cristianismo, y se embriagaban todos los días, y a quienes los curas no reprendían de eso como de delito. «En cuanto al »trato con las mujeres, añadió, el ejemplo de los »españoles prueba que la religión cristiana deja en »esto una gran libertad; porque no se puede negar »que estén muy apegados a su religión, y, sin embargo, nadie ignora que no se contienen en modo »alguno en esta materia. No hay sino ver lo que »sucede cada día en su fuerte.» Puede juzgarse cuál sería la impresión que produjo tal discurso en los que lo oyeron, muchos de los cuales habían visto demasiado los desórdenes que reinaban en aquella guarnición.

Retíranse muchos grandes Lules.

No había cundido aún el contagio a los grandes Lules; pero Fernando, no pudiendo corromperlos, trabajó por disgustarlos, de suerte que hubo un gran número de ellos que abandonaron la reducción. Y hasta faltó poco para que de una y otra parte viniesen a las manos y experimentase aquella nueva colonia todos los horrores de una guerra civil. Más de una vez estuvieron los dos misioneros a punto de ser víctimas de su celo para restablecer la paz. Hiciéronse respetar, finalmente, por su intrepidez y por la autoridad que supieron con-

servar a su ministerio, pero nunca pudieron llegar a hacerlo del todo fructuoso.

Calumnia contra el P. Machoni.

Mas, persuadido Fernando de que mientras estuviese en la reducción el P. Machoni, no conseguiría él su intento, que era de hacer que la desamparasen todos como lo había convenido con sus dos asociados, puso por obra todos los medios de desacreditarle, haciéndole perder la fama, con lo que le obligaría a que se retirase, o pondría al Gobernador en el caso de sacarle de allí. Publicaron, pues, contra él las más atroces calumnias, y tales que su misma enormidad estorbó que fuesen creídas. Habiéndoles salido mal este recurso, tomaron otro. Aparentó Fernando reconciliarse con los grandes Lules, y tomando ocasión de una enfermedad que corría por su barrio, y de la que se hallaba en peligro de muerte uno de los jefes, les dijo que el único arbitrio que les quedaba para salvar sus vidas era volverse a su antigua morada; «y para mostraros que os doy un buen consejo, añadió, voy a tomarlo yo mismo». Salió efectivamente del campo de la reducción con 50 familias, y su ejemplo fué seguido muy luego de muchos de los grandes Lules, quienes llevaron consigo a su jefe enfermo contra su voluntad, porque era catecúmeno y estaba muy resuelto a recibir el bautismo.

Bautismo de un jefe de los grandes Lules.

Súpolo el P. Machoni, al despertarse al día siguiente, que era el de la Ascensión, y al punto montó a caballo para seguir a los fugitivos, que se

habían alojado ya en un espeso bosque, cuatro leguas distante de la reducción. Penetró allí acompañado de un solo indio, y encontró a Calixto armado de una lanza, que le preguntó qué fin le traía. Respondió que iba a ver al enfermo y llevarle algunos remedios y refrigerios. «Ya está muerto y enterrado, respondió el apóstata, y así puedes volverte.» Dirigiendo el Padre los ojos a derecha e izquierda, vió como un cuerpo tendido en el suelo y cubierto de una ropa. Bajó de a caballo para ver qué era, y halló al pretenso muerto, que tenía aún todo su conocimiento, aunque se hallaba muy mal.

Abrazólo, díjole que había ido para buscarle y le preguntó s se mantenía siempre en la resolucir de recibir el bautismo, y habiendo respondido el enfermo que lo deseaba de todo corazón, le renovó en breves palabras la memoria de los principales artículos de la fe, y después de hacerle hacer los actos convenientes a la situación en que se hallaba, lo bautizó, y casi en seguida recibió su último suspiro. Luego, después de intentar inútilmente volver al redil las ovejas descarriadas, se retiró muy triste, con el único consuelo de haber asegurado la salvación de un alma rescatada con la sangre de J. C., y con la esperanza de que los que se quedaban en la reducción, no hallándose ya expuestos a las sugestiones de los tres apóstatas, serían en adelante más tratables y dóciles.

Era difícil, a la verdad, que aquellos bárbaros, del carácter que hemos visto, y que se habían allegado a los españoles más bien por miedo o interés que por verdadero deseo de asegurar su salvación eterna, estuvieran bien dispuestos a inspirarse en los sentimientos que se les querían infundir. Oponíanse a ello demasiados obstáculos, y el mayor de todos era la cercanía de los pueblos más apartados del reino de Dios de todo el mundo, y la de los antiguos cristianos, quienes, a pesar del brillo exterior que daban a la religión, la desacreditaban muy frecuentemente con su porte. Todo esto confirmaba a los misioneros en el pensamiento de que estas reducciones domésticas nunca formarían cristianos comparables a los Guaranís y a los Chiquitos, que no estaban expuestos a aquellos inconvenientes.

Inconvenientes de estas reducciones domésticas.

Pero sobre que tenían por principio no negarse jamás a lo que de ellos se deseaba para servicio del Rey, y contribuír conforme a su posibilidad a la tranquilidad de las provincias en que tenían casas; no pudiéndose tampoco lisonjear de recoger en todas partes frutos tan abundantes y duraderos de su celo como los recogían en los parajes en que no había obstáculo alguno; no perdían de vista que Dios tiene sus predestinados en todas las naciones; que debían estar siempre prontos a servir de instrumento a sus misericordias; que la recompensa del apóstol no está aligada al fruto de su apos-

tolado; y que cuando se ha recibido misión de aquel a quien se debe obediencia, no queda más para llenar toda la extensión del ministerio, sino estudiar bien el momento de la gracia y no dejarlo escapar por culpa propia.

1708-12. Nuevas expediciones del P. Cavallero a los Manacicas.

Mientras esto sucedía en las fronteras del Chaco y Tucumán, el P. Cavallero, que había vuelto a los Manacicas, pensaba seriamente en recoger y hacer durables los frutos de sus correrías en aquel país, formando reducciones en que pudiese congregar los prosélitos que ya había formado, y los que se proponía lograr en adelante. Como casi todo el país está cubierto de espesas selvas, no halló para el primer establecimiento que intentaba más que una vasta campiña pantanosa situada en la vecindad de los *Tapacuras* y los *Paunacas,* y trazó allí el plano de un pueblo que anticipadamente denominó de la *Concepción.* Había muy cerca de allí tres naciones pequeñas extraordinariamente salvajes, muy tímidas, y de consiguiente pacíficas, sólo ocupadas en trabajar la tierra, y que ni siquiera iban a cazar ni a recoger en los bosques la miel, que se halla en abundancia. Todos, hombres y mujeres, estaban enteramente desnudos; y daban a los demonios una especie de culto, que no tenía otro motivo que el temor o el interés; y estas dos pasiones, que los dominaban por igual, les hacían caer en las más extravagantes supersticiones.

Visitólos el varón apostólico, y los halló tan dó-

ciles como lo había esperado; curólos sin dificultad del temor de los demonios, inspirándoles otro más dulce y saludable. Hízoles comprender que, viviendo en sociedad, estarían siempre seguros de que no les faltara lo necesario; y sin trabajo los llevó a habitar en la reducción. Ni aun creyó que debía prohibirles, desde luego, la chicha, porque la bebían con moderación. Pero pronto advirtió que se había lisonjeado demasiado en creer que los había curado de sus prácticas supersticiosas, y los sorprendió una noche haciendo los funerales de una mujer con sus ceremonias acostumbradas. Dióles una severa reprensión; y el cielo, con un escarmiento en el Mapono que presidía, y desapareció de repente, sin que nunca más se supiese de él, acabó de inspirarles un verdadero horror a sus supersticiones.

Los Manacicas más cercanos al nuevo pueblo fueron allá a la primera invitación del siervo de Dios; los que distaban más, se reservaron para San Francisco Javier, y fué encargado de conducirlos allá el P. Hervás; pero, llegado a ellos, no halló más que huesos secos, por haber hecho morir la peste gran parte de sus habitantes y disipado los demás. Fuese a llevar estas tristes nuevas al P. Cavallero, que se había quedado en la Concepción, donde estos dos misioneros emplearon un año entero en dar forma estable a aquella nueva iglesia. Hecho esto, recibió orden el P. Hervás

de quedarse allí, y el P. Cavallero salió para ir a buscar a los fugitivos, y reemplazar los prosélitos que la mortandad le había hecho perder en San Francisco Javier.

Empezó por una nación cuyo nombre y situación no nos ha conservado el historiador de los Chiquitos (1), contentándose con decir que estaba continuamente en guerra con los Manacicas, y era mucho menos salvaje que todas las otras de que estaba cercada; que guardaba orden y policía en su gobierno; que sus aldeas estaban bien pobladas; las calles bien trazadas; las casas eran cómodas y bien adornadas; que los soldados tenían unos escudos de tejido de plumas entrelazadas artificiosamente; las mujeres trabajaban con delicadeza las telas de que hacían sus vestidos, y los adornaban de flores bordadas con arte.

Representaron al Padre que se exponía mucho entregándose al arbitrio de un pueblo guerrero, enemigo de los Manacicas, con quienes no podía ignorar sus relaciones; pero no era fácil intimidarle, y hasta supo empeñar un buen número de cristianos nuevos a correr los mismos peligros que él. Al acercarse a la primera aldea, salió a su encuentro un escuadrón de indios, y sin quererle

(1) MUR. Llamábanse *Paiconés.* El idioma de aquella nación era afine al de los Baures (Cristóbal Rodríguez).

oir, disparó contra él todas sus flechas. Ninguna le hirió; lo que les sorprendió extrañamente; y se aumentó su sorpresa, cuando vieron que seguía adelantándose con paso firme, y así tomaron el arbitrio de aguardarle. Su trato los dejó prendados. Presentáronle algunos de sus más hermosos escudos, le ofrecieron toda clase de refrigerios, lo llevaron a su pueblo y lo alojaron junto a su templo, que caía a la plaza.

Suceso singular.

Aquel mismo día a boca de noche se había de hacer un entierro, y el misionero tuvo la curiosidad de examinar lo que hacían en semejantes ceremonias. Condujeron primero el cuerpo al medio de la plaza, donde los parientes y amigos del difunto fueron á abrazarlo y a darle el último adiós. Pusiéronlo luego sobre una hoguera, a la que se prendió fuego, y luego recogieron las cenizas con grandes ceremonias, acompañadas de gemidos y lloros, y las encerraron en una urna de tierra. Un instante después aparecieron muchos jinetes, que se formaron en la plaza; luego se separaron y fueron a ocupar todas las avenidas de las calles que daban a ella, guardando siempre profundo silencio. Al ver esto, los neófitos que acompañaban al P. Cavallero, poseídos de terror, le hicieron tantas instancias para obligarle a retirarse sin aguardar al día, que se vió obligado a condescender con ellos, no fuera que le abandonasen y no osasen regresar a Concepción.

Roban y destruyen los españoles toda una nación.

Confiaba en volver a aquella aldea el año siguiente; pero poco después de su partida, habiendo dado los españoles en aquellos indios, mataron en las aldeas a cuantos quisieron hacer alguna resistencia; encadenaron a todos los demás, y los trataron tan mal, que en el camino murió gran número de ellos. No supo esta triste nueva el Padre Cavallero sino al volver de San Francisco Javier, adonde había hecho un viaje. Bien hubiera querido recorrer todo aquel país, para procurar juntar los restos dispersos de aquella nación; pero estaban tan fieramente irritados contra los españoles, que conoció que, exponiéndose a las iras de aquel pueblo, las cuales indudablemente habían de recrudecer con su presencia, no haría más que enconar una llaga, a la cual era preciso dar tiempo para que se cicatrizase.

1711-12. Valentía del P. Cavallero.

Tomó, pues, el camino de Concepción, cuyos habitantes le rogaron que los librase del mal aire que respiraban; y por fin halló una hermosa llanura, que tenía al Este a los *Puizocas*, los *Cozocas* al Norte, y los *Casiricas* al Oeste. Estos últimos le habían enviado diputados para suplicarle que fuese a doctrinarlos; pero se sentía interiormente movido a empezar por los *Puizocas*. No quiso, sin embargo, resolverse sin haber hecho todo cuanto de él dependía para conocer la voluntad de Dios. Oraciones, ayunos, lágrimas, penitencias, todo lo puso por obra para lograr que el cielo le ilumina-

se acerca del partido que debía tomar, y creyó finalmente que su misión era para los Puizocas, aunque de todas las veces que había tratado con el Señor este asunto, ni una sola había pensado en aquellos bárbaros sin sentir los estremecimientos, el sudor frío y los desfallecimientos que causa de ordinario la vista repentina de un gran riesgo.

Estos accidentes produjeron tal trastorno en su mismo cuerpo, que cayó enfermo, y se vió obligado a guardar cama. Quedó humillado de esto; dió gracias a Dios de haberle hecho sentir su flaqueza, y aceptó con perfecta resignación cuanto su Divino Maestro quisiera disponer de él. Sintió en seguida que renacía su aliento; y partió de Concepción con 30 neófitos, aunque tan débil, que de tiempo en tiempo era necesario llevarle en peso. Fué recibido en el primer pueblo de los Puizocas no de otra suerte que lo hubiera sido en uno de cristianos muy afectos a él. Pasó luego a la segunda aldea, donde se extremaron en el recibimiento más aún que en la primera. Fué albergado con limpieza; sus neófitos lo fueron también muy decentemente, pero separados, de dos en dos, o a lo más de tres en tres, y en todas partes muy regalados.

Es asesinado por los Puizocas.

Recibió luego el misionero la visita del cacique, quien lo entretuvo algún tiempo, hablando del motivo que allí lo conducía, y luego le dejó con algún pretexto. Tomó aquel tiempo el siervo de

Dios para rezar el oficio; y aún no había concluido, cuando algunos de sus neófitos entraron donde él estaba, muy espantados, para avisarle de que la mayor parte de los otros acababan de ser asesinados, y no había instante que perder si quería evitar la misma desgracia. Viendo uno de ellos que los escuchaba impasible, lo tomó acuestas y se puso a huir con los otros. Cargado como andaba, no pudo seguir a sus compañeros. Perseguíanlos de cerca, y el Padre fué herido de un flechazo entre los dos hombros. Hízose poner al punto en tierra, y mandó al caritativo neófito que se escapase. Estaba herido de muerte, y perdía toda la sangre; más todavía tuvo fuerza para plantar en el suelo el Crucifijo y ponerse de rodillas; y mientras que ofrecía a Dios por sus matadores la sangre de que estaba cubierto, lo remataron aquellos bárbaros a macanazos, el día 10 de Septiembre de 1711. Veinte de sus neófitos le habían precedido en ir al cielo, y fueron los primeros Manacicas que tuvieron la dicha de sellar su fe con su sangre. Cinco de los que habían huído murieron de sus heridas en Concepción, y todos atestiguaron hasta el postrer suspiro que reconocían el valor de muerte tan preciosa ante el acatamiento del Señor.

Lo que sucedió después de su muerte.

El P. Cavallero fué llorado amargamente por todos los que lo habían conocido. Disponíanse en el pueblo de Concepción para ir a recobrar su

cuerpo de manos de los Puizocas; pero aquellos bárbaros, que temieron se juntasen los cristianos para vengar su muerte, quisieron anticipárseles. Enviaron primero a observar lo que se hacía en Concepción, y habiendo hallado los que fueron encargados de esto a unos neófitos en el campo, mataron a uno y robaron dos mujeres. Llevada la noticia a la reducción, causó tal espanto, que muchos se refugiaron en los bosques; lo que obligó al P. Juan de Benavente (1), a cuyo cargo estaba aquella iglesia, a pedir socorro a Santa Cruz. El Gobernador envió una compañía de soldados, que fueron directamente a la aldea donde había sido muerto el P. Cavallero; y llegaron a ella a puesta de sol.

En qué estado se halló su cuerpo.

Como llevaban orden de recoger el cuerpo del siervo de Dios, acamparon, aguardando el día. A media noche vieron bastante cerca de ellos una luz que a veces parecía apagarse y luego se volvía a encender. Acercáronse al rayar el alba al paraje de donde salía, y hallaron el cuerpo que buscaban con la rodilla derecha en tierra, el pie derecho en una fosa llena de agua, la cabeza apoyada sobre la mano derecha, y frente a frente de su Crucifijo, al que parecía mirar, y sin ninguna muestra de co-

---

(1) Mur. Nacido en Villafranca del Bierzo: murió en los Chiquitos después del año 1750.

rrupción en el cuerpo (1). Cargáronle sobre una mula, tomaron el Crucifijo y cuanto hallaron cerca de su cuerpo, y se encaminaron a Concepción, donde el P. Benavente no pudo menos de repartir con ellos sus vestidos y cuanto había sido de uso del difunto. Tal fué el fin de uno de los primeros fundadores de la república de los Chiquitos.

Caracter y gobierno de los Morotocos.

Estaba ya compuesta de cinco Reducciones, en las que nada había que echar de menos en cuanto al fervor y buen orden; y se trató aquel mismo año de fundar la sexta. Hallándose en San Rafael el P. Zea, sacó de allí muchos neófitos del país de los *Boxos* para ir a expedición; y en ella tuvo casualmente noticia de una nación a la cual fué de gran utilidad este encuentro; y era la de los *Morotocos*. En muchas cosas difieren estos indios de todos sus vecinos, y aun el lenguaje es diferente. Son de muy alta estatura y de complexión muy robusta. Hacen sus dardos y lanzas de madera

(1) Mur. Parece que la incorrupción duró sólo por algún tiempo, y con afirmarla, únicamente se quiso dar a entender el haberse preservado de la hediondez, pues preguntado el P. Benavente siendo ya muy anciano, respondió que el cadáver tenía las cualidades de los demás. En cuanto a hallarse con las circunstancias que se han referido cuando fué encontrado por primera vez, lo atestiguó como testigo de vista un vecino de Santa Cruz (Cristóbal Rodríguez).

muy dura; manejan con gran destreza estas armas, y tiran las flechas con puntería muy certera.

Entre ellos tenían toda la autoridad las mujeres, y no sólo les obedecían sus maridos, sino que hasta estaban encargados de todo lo perteneciente al arreglo doméstico. Nunca conservaban estas mujeres más que dos hijos; uno de cada sexo, y hacían morir los demás antes de nacer; y esto no era solo para desembarazarse del cuidado de sustentarlos y educarlos, sino también para ocultar su libertinaje. Aunque en esta nación, como en las demás, había caciques y capitanes, no se veía entre ellos forma alguna de gobierno; la autoridad de las mujeres no se extendía fuera de sus familias, y los caciques y capitanes no eran sino para la guerra.

Es aquel país, que se halla a los 22°30′ de latitud austral, seco y estéril y rodeado enteramente de montañas. Hállanse en él bosques enteros de palmeras, cuyos troncos encierran una médula esponjosa; exprimen el jugo y les sirve de bebida. Aunque en el invierno hiela mucho, andaban hombres y mujeres desnudos, por lo cual se dice que tenían el cuero muy duro y de dos dedos de espesor (1). Lleváronse de allí los Boxos dos niños Van a San José.

(1) Mur. Téngase por hipérbole. A la verdad, muchas cosas se transcriben en esta traducción sin acabar de

que les confiaron de buen grado, para enseñarles la lengua Chiquita. Luego que se pudieron dar a entender un poco, el P. Suárez los volvió a llevar a sus padres para que les sirviesen de intérpretes; por medio de ellos instruyó a toda la nación en los primeros principios del cristianismo; fué escuchado con respeto, y antes del fin del año le siguieron todos a San José.

Conversión de los Quíes.

Aquellos nuevos prosélitos hicieron conocer al misionero algunas naciones, y sobre todo la de los Quíes, que envió a visitar por algunos de los más antiguos neófitos, los cuales trajeron también dos niños para aprender la lengua. Pronto tuvieron sus padres curiosidad de saber si los trataban bien, y si estaban contentos. Halláronles tan contentos de la vida que llevaban, y lo quedaron ellos mismos del recibimiento que se les hizo, de tal manera, que no sólo resolvieron quedarse ellos, sino que indujeron a lo mismo a casi toda su nación.

Algunas familias no habían podido resolverse a dejar sus antiguos hogares; pero en 1715, al pasar el P. Suárez por su país, deshizo todas sus repugnancias, y se entregaron a su dirección.

País de los Zamucos.

Tenían por entonces los misioneros de los Chiquitos intención de extenderse al Sur; persuadidos

---

creerlas; porque ni me resigno a afirmar las cosas de que dudo, ni a mudar o mermar lo que de otros he recibido *(Quinto Curcio)*.

de que acercándose al Chaco y dando luego vuelta al Este, llegarían más fácilmente a establecer en sus reducciones un intermedio y con escala para lograr la comunicación que tiempo hacía se deseaba entre el Tucumán y el Paraguay. Dieronles sus nuevos prosélitos conocimiento de muchas naciones cuya posición parecía favorable a la ejecución del proyecto. Y la principal era la de los *Zamucos*, compuesta de diez aldeas bastante lejanas unas de otras, de modo que ocupaban una gran extensión de terreno. Tomóse, pues, la resolución de ir allá a anunciar a J. C.

La mayor dificultad era tener operarios, pues la carestía de ellos era tan grande, que se habían visto forzados algún tiempo antes a repartir los habitantes de la reducción de San Juan Bautista entre las inmediatas, por no haberles podido dar pastor. Pero fué preciso muy luego hacerlos volver, por presentarse en tan gran número los infieles en aquellas reducciones, donde habían sido repartidos, que ya no cabían allí. Sin embargo, no se estableció la reducción en el primer paraje, sino que se puso a ocho o diez leguas hacia el Sudeste de San José, en una hermosa llanura denominada *Naranjal* (1). El P. Juan Bautista Xan-

(1) *Naranjal* es nombre castellano que significa arboleda o bosque de naranjos. Hay de esta clase de arboledas, nacidas espontáneamente, no sólo en los Chiqui-

dra quedó encargado de ella, y en espacio de muy pocos años estuvo tan poblada como cualquiera otra.

Tentativa para fundar en Zamucos una reducción.

Hecho esto, se puso en campaña el P. Zea en el mes de Julio de 1716 con un gran número de Chiquitos escogidos. Soportó primero tempestades y torbellinos de viento tan terribles, que esto, junto con el desbordamiento de los ríos; no le dejó caminar catorce leguas en dieciocho días. Vió entonces algunas aldeas arruinadas, donde no encontró más que unos treinta indios de la nación de los *Tapuyquias*, a los que ganó para J. C., y condujo a San José. Algunas leguas más adelante se halló a la entrada de un bosque muy espeso, y a través del cual fué preciso abrirse paso con el hacha en la mano. Su ejemplo y el afecto que le tenían sus neófitos les hicieron hacer esfuerzos de que quizá no se hubieran creído ellos mismos capaces. En nueve días pasaron todo el bosque, a pesar de que los tábanos y otros insec-

---

tos, sino también en el Paraguay. Pero como el fruto no tiene nombre propio en la lengua de aquellos bárbaros, se concluye no ser fruto indígena; y comúnmente se cree que en una y otra parte nacieron tales arboledas de los huesos arrojados por los españoles abandonados al acaso, y que se dilataron con los excrementos de las aves; pues es tanta la multitud de los naranjos, que excede a lo que podían haber cultivado los colonos.

tos semejantes no dejaban a los trabajadores de día ni de noche un solo instante de sosiego.

Al salir del bosque, hallaron una vasta campaña estéril y terminada por otro bosque, donde tuvieron que emprender de nuevo el penoso trabajo que acababan de dejar, y eso en un país que no proporciona ninguna clase de caza, en el que ni aun se halla miel, tan común en todas las otras regiones. No produce la tierra mas que algunas raíces, cuya amargura hizo que las dejasen aun los más hambrientos. Descubrieron finalmente dos aldeas; pero a nadie hallaron en ellas, por haberse dispersado todos los habitantes por los bosques para buscar qué comer. Fuélos a buscar el Padre Zea, y sin dificultad persuadió a muchos a irse a San José, a donde los hizo llevar. Algún tiempo después se vió obligado a regresar él mismo con toda su comitiva por faltarle absolutamente las fuerzas para seguir más adelante.

Conversiones de muchos Zamucos.

Tenía demasiados deseos de dar cima a su empresa para diferir demasiado tiempo el volver a tentarla; y así, ni siquiera aguardó a que hubiesen cesado las lluvias, y salió de San Juan Bautista con 12 Chiquitos, en el mes de Febrero de 1717. Mas, después de emplear quince dias en abrirse camino a través del bosque, se vió de repente en peligro de perecer por una crecida de agua, que aumentaba por instantes; y le obligó al fin a volver atrás. Tornó a ponerse en marcha en el mes de Mayo, y

a 10 de Julio llegaba a la primera aldea de Zamucos. La alegría que causó su llegada a aquellos indios le hizo olvidar todas sus fatigas; verdad es que se la mostraron por todos los medios que pudieron imaginar y que les permitía su pobreza. A la primera propuesta que les hizo sobre reconocer al Dios de los cristianos, respondieron que era el más ardiente de sus deseos, y que si no lo habían adorado aún, era porque nadie se lo había dado a conocer como él lo había hecho.

«Si así es, dijo el Padre, empezad por levantar un templo al Señor, y juntáos en en él para adorarle y servirle». Dos caciques declararon que estaban pronto a trabajar en aquella obra; pero agregaron que era necesario buscar un sitio más conveniente que el que ocupaban; y que no dudaban que después de hallado, se agruparían allí todos los Zamucos. Aprobó el misionero su designio; y les dijo que mientras ellos disponían todo para el establecimiento, iba él a buscar lo que era necesario para el servicio divino; pero no quería partir sin que hubiesen tributado los primeros homenajes a Jesucristo. Luego hizo plantar una Cruz, que todos adoraron de rodillas, mientras los Chiquitos entonaban *Vexilla* y las Letanías de la Virgen. Declaró en seguida que la reducción en la que iban a trabajar estaría debajo de la protección de San Ignacio; después de lo cual se despidió de ellos prometiéndoles que no tardaría en volver. Encontró

en el camino unos cien indios que se le entregaron y le siguieron a San José.

El P. Yegros y el H. Alberto Romero en los Zamucos.

Apenas había llegado allá, cuando recibió una carta del P. General que le encargaba el gobierno de la provincia. Sintiólo mucho; porque había resuelto en 1718, sacrificar lo restante de su vida a guiar a los Zamucos por el camino de la salvación. Pero hubo de obedecer, pues no era posible proponer, hallándose a tan gran distancia. Encargó al P. Miguel de Yegros (1) de la empresa que él había comenzado; y este misionero partió a principios de Abril de 1718. Mas, aun cuando tomó la precaución de adelantarse a la estación de mayor sequedad, se halló tan desprovisto de agua, que para no exponerse a perecer de sed, con todos sus neófitos y los animales de carga, se vió forzado a deshacer el camino.

Volvió a emprenderlo en Septiembre con el H. Alberto Romero, y muy luego tropezó con el inconveniente contrario al que había hecho inútil su primer viaje. Corrió grandes peligros de ahogarse, y sólo a costa de increibles fatigas logró llegar al bosque más cercano a los Zamucos. Hizo

(1) MUR. Tres *Yegros* hermanos cuenta la Compañía del Paraguay; *Miguel*, de quien se está hablando; *Joaquín*, misionero en el Chaco, de quien se ha dicho arriba; *Sebastián*, benemérito de los Chiriguanos y de los Tobatines.

entonces tomar la delantera a algunos Chiquitos que avisasen a los indios de su llegada, y llevasen al cacique un bastón muy pulido y un vestido de color. Era un regalo de importancia, atento el gusto de los indios. Recibiólo el cacique con mucho agradecimiento y trató muy bien a los Chiquitos.

Cómo son recibidos.

Al día siguiente salió a encontrar al misionero con los principales de la aldea, y le halló a la salida del bosque. Tributóle grandes respetos. Luego caminaron juntos hasta el paraje en que estaba plantada la Cruz, y donde los aguardaba todo el pueblo. Pintábase la alegría en todos los semblantes, y tomando la palabra el cacique, dijo que apesar de la grande carestía de víveres que tenían, no había permitido que nadie se ausentase hasta la llegada del P. Zea; que lo habían aguardado con la mayor impaciencia; había enviado a menudo gente a buscarlo y había ido él mismo; y que por ese empeño se podía juzgar del gozo que le causaba la llegada del que había de reemplazarlo y cumplir su palabra.

A pesar de todo, nada se había hecho de cuanto se prometió al P. Zea; ni siquiera estaba elegido el sitio para la reducción. Pero no juzgó el P. Yegros apropósito hacer recriminaciones al cacique. Después de haber visitado todas las cercanías de la aldea, halló un paraje que le pareció muy bueno: propúsolo al cacique, quien lo aprobó; pero dijo al misionero que le faltaban aún mu-

chas cosas sin las que no podía pasar, que no hallaría en el país, y era necesario ir a buscarlas a otra parte; que podía de consiguiente volver a San Juan Bautista a hacer sus últimas prevenciones, y que por su parte iba él a disponer a sus vecinos a juntarse en la reducción que hallaría enteramente construída a su vuelta.

Partió el Padre en seguida; no permaneció más que algunos días en San Juan Bautista; hizo adelantarse a algunos Chiquitos y les siguió de cerca. Pero cuál sería el asombro de aquellos neófitos, cuando al llegar a la aldea de los Zamucos, no hallaron allí a nadie; y ni una cabaña vieron que no hubiese sido reducida a cenizas. No menos sorprendido quedó el P. Yegros, que llegó poco después. Enviólos por todas partes para enterarse de qué se habían hecho los Zamucos, y averiguó finalmente que se habían congregado a algunas jornadas de allí a la orilla de un lago muy abundante en pescado; y que custodiaban con mucha diligencia todos los pasos por donde se podía llegar a allá. Ofrecióse el H. Romero, que no le había abandonado, a probar de penetrar hasta ellos: consintió el Padre y lo hizo acompañar por algunos Chiquitos. Tomaron caminos extraviados que los condujeron hasta el refugio de los Zamucos, quienes parecieron muy contentos de verlos.

El H. Romero y 12 Chiquitos asesinados por los Zamucos.

Preguntóles el Hermano si habían olvidado los compromisos contraídos con el P. Yegros y con el

Dios de los cristianos. Respondieron que no, y que estaban pronto a seguirle para buscar al misionero. Muchos partieron efectivamente con él, y a la cabeza de estos se puso el cacique. No le hablaban en el camino sino del ardiente deseo que tenían de recibir el bautismo y vivir como verdaderos cristianos. Nada se les había escapado que pudiera despertar en aquel religioso la menor sospecha, cuando a 1.° de Octubre se arrojaron de repente sobre los Chiquitos, doce de los cuales fueron asesinados antes que pudieran darse cuenta de nada. Al mismo tiempo asió el cacique al H. Romero; le hendió la cabeza de un hachazo; lo dejó luego desnudo y se retiró con sus gentes al fondo de un bosque. Dos Chiquitos, los únicos que habían escapado de aquella carnicería corrieron a dar aviso al P. Yegros, a quien no le quedó más arbitrio que regresar con ellos a San Juan Bautista.

Estado de la religión entre los Chiquitos.

Déjase entender la consternación que causaría en todas las iglesias Chiquitas su vuelta con tan infaustas noticias. Lo que consoló a los misioneros de un desastre tan poco esperado, fué por una parte la esperanza de que la sangre con que acababa de ser regado el país de los Zamucos lo haría fertilísimo en fervorosos cristianos, como en efecto sucedió; y por otra, la vista de las bendiciones que derramaba el cielo sobre los Chiquitos y otros indios que contínuamente acudían a aumen-

tar el número de los adoradores del verdadero Dios. El fervor que reinaba en aquellas nuevas iglesias, el celo de la salvación de las almas de que todos estaban animados, su inocencia, su piedad y todas las virtudes cristianas eran llevadas a un punto que rayaba en prodigio. Parecía como si estos neófitos no tuviesen otra pasión que la de procurar a Dios nuevos servidores; nada hallaban difícil para esto; y la esperanza del martirio hacía nacer entre ellos una santa emulación para ser empleados en aquellas correrías apostólicas de las cuales rara vez se les veía regresar sin una numerosa tropa de neófitos.

Verdad es que, como muchas veces los traían de distintas naciones, cuya lengua no era conocida, o cuyas costumbres o carácter nada tenían de común con los de los cristianos, había que pasar muchos trabajos y emplear gran paciencia antes de domesticarlos y hacerles entender lo que se les había de enseñar; pero todos los neófitos, hasta las mujeres y los niños, compartían este trabajo con los misioneros. Uno de los mayores cuidados de éstos era asegurar a sus cristianos de las irrupciones de los Mamelucos; y a veces de los españoles, contra los que todavía no podían los Chiquitos combatir con armas iguales; y acostumbrar a aquellos pueblos a un trabajo arreglado, que pudiese hacerles procurarse lo necesario; pues en cuanto a los de nación propiamente Chiquita, ya he dicho

que no se tuvo gran dificultad en hacerlos laboriosos; y su ejemplo era el más eficaz estímulo para inducir a los demás a vencer su nativa pereza.

1715-10 Son muertos por los Payaguas los Padres Arce y Blende.

En el mismo tiempo en que se trabajaba para buscar una comunicación entre el Tucumán y el Paraguay por el país de los Zamucos, se encargaba a los PP. Arce y Bartolomé de Blende que la buscasen mucho más al norte. Era el P. Blende un joven misionero de una de las mejores familias de Bruges, y que acababa de llegar al Paraguay. Habíase embarcado, no obstante, mucho tiempo antes con otros 29 Jesuítas debajo de los auspicios de D. Pedro Levanto, Arzobispo de Lima. Mas, apesar de ir provisto de un pasaporte en toda regla de la reina de Inglaterra el barco que los traía, había sido preso por los holandeses, y conducido a Lisboa, donde se dejó a los misioneros libertad de aprovechar la primera ocasión que se presentase para pasar a Buenos Aires. Sin embargo, el capitán holandés retuvo a bordo de su buque al Arzobispo y al P. Blende, que servía de intérprete a aquél Prelado, y los llevó a Holanda. Tuvo que arrepentirse de lo hecho; porque habiéndose quejado D. Pedro a los Estados generales del modo indigno con que el capitán había tratado a los Jesuítas, y de la poca consideración que había tenido con el pasaporte de S. M. Británica, fué depuesto con todos sus oficiales.

Entretanto, el Arzobispo fué llamado a la corte

de España (1), y quiso llevar consigo al P. de Blende, a quien había tomado por confesor; pero el religioso logró de él que se contentase con dejarle seguir la voz del Señor, que lo llamaba al Paraguay. Aprovechó luego la primera ocasión de pasar a Cádiz, donde pronto halló nuevo barco, y llegó a Buenos Aires en 1712. Fué enviado a una de las Reducciones del Paraná, donde trabajaba hacía dos años con un fruto que lo hacía mirar como un operario de grandes esperanzas, cuando recibió carta del P. Provincial, quien le mandaba se juntase al P. Arce con 60 Guaraníes. Obedeció al punto y partió para la Asunción, donde le aguardaba el P. Arce, y el Rector del colegio les había hecho preparar una barca y dos chalupas en las que se embarcaron a 24 de Julio de 1715.

El Gobernador de la provincia, que conocía de cuanta importancia era el descubrimiento que trataban de hacer, así para el servicio del Rey, como para facilitar los progresos del Evangelio, los condujo al puerto, al frente de toda la nobleza, y se expuso en la Catedral el Santísimo Sacramento para pedir a Dios el feliz éxito de la empresa. Habían navegado ya más de cien leguas Paraguay

---

(1) Mur. Fué nombrado Arzobispo de Lima a 7 de Abril de 1710. Más luego fué trasladado a la diócesis de Badajoz, sin haber llegado a Lima.

arriba, sin hallar ni un solo indio, cuando unos Payaguás, que parecían ir sin armas, y aparentaban andar huyendo de los Guaycurús o de los Mamelucos, llegaron a su barca diciendo que iban a echarse en brazos de los Padres de la Compañía, muy resueltos a hacerse cristianos y vivir debajo de su dirección; aunque uno de ellos advirtió en secreto al P. Arce que no se fiase. Aprovechóse del aviso, y los bárbaros, no viendo probabilidad de poder dar el golpe, se retiraron.

Algo más arriba se vieron los Guaycurús, que menos disimulados, no dejaron duda de que querían apoderarse de la barca; pero un viento fuerte que se levantó de repente y la hizo adelantar mucho en poco tiempo, desconcertó su plan. Fueron menester luego casi seis meses para llegar al lago *Manioré*, que desagua en el río Paraguay por la parte del Poniente, a los 18° de latitud. Entró por fin en él la barca; pero los vientos contrarios no la dejaron llegar a la orilla septentrional, donde el P. Fernández, que había tomado el lago por el río mismo, había plantado una Cruz, y dejado otras señales para marcar el camino que había seguido desde San José hasta allí.

Entonces el P. Arce desembarcó en la orilla occidental, resuelto a caminar hasta llegar a los Chiquitos. No dejó al P. Blende más que 15 Guaraníes y dos españoles, y le recomendó que le aguardase en el lago. Más de dos meses gastó en

recorrer un país desconocido, en que no se hallaba casi nada ni para apagar la sed, ni para acallar el hambre, manteniéndose con gran trabajo y en continuo peligro de extraviarse, o de caer entre las manos de los bárbaros. Por fin la Providencia guió hacia allí a su Provincial, quien hallándole en el más deplorable estado, lo condujo con no pequeña dificultad a San Rafael, adonde llegó más parecido a un esqueleto que a un hombre vivo. Vióse no obstante el P. Zea obligado a usar de toda su autoridad para hacerle permanecer allí unos días, y salió de San Rafael más débil aún que había llegado. Tomó un camino más corto que le indicaron; pero excepto en esto, no tuvo menos que padecer en este segundo viaje que en el primero.

Llegado al paraje donde había dejado la barca, ya no la encontró, por haber la tripulación, que desesperaba de su vuelta, emprendido de nuevo el camino de la Asunción, a pesar del P. Blende. Mientras deliberaba sobre lo que haría en aquella circunstancia, recibió una esquela del P. Zea que le pedía aguardase a la orilla del lago, de donde bajaría con él a la Asunción. Respondióle por el expreso que, habiendo desaparecido la barca, le rogaba que permaneciese en San Rafael; que en cuanto a él, iría a pie a los Payaguás, que esperaba lo conducirían a la Asunción, de donde en Abril del año siguiente saldría para buscarle. No

había aguardado el Provincial su respuesta, y se había puesto en camino para alcanzarle; pero después de algo más de un mes de marcha, le obligaron las lluvias a retroceder, y así evitó, sin saberlo, la muerte que le tenían prevenida unos salvajes que le aguardaban un poco más adelante.

La barca no pareció en la Asunción. Unos Payaguás, después de seguirla durante cierto tiempo, se habían acercado a ella, y, protestando que querían ser doctrinados en la ley del Dios verdadero, se arrojaron dentro en gran número, y luego, sin dar tiempo a nadie de ponerse en cobro, asesinaron a cuantos allí estaban, con excepción de tres (1). El P. Fernández dice que a nadie perdonaron; que extendieron los cuerpos en una isla, y en medio el del P. de Blende; que en seguida pegaron fuego a la barca, después de haber quitado todo lo que podía servir de algo, y hecho pedazos todos los vasos sagrados y ornamentos de altar que iban destinados a las iglesias de los Chiquitos. Pero una carta del P. Santiago de Haze, de la misma provincia que el P. de Blande, escrita desde Buenos Aires al Provincial de los Jesuítas de Flandes, y fechada en Buenos Aires a 13 de Marzo de 1718 (2), refiere el caso de otro modo; y como

---

(1) Charl. *Historia de los Chiquitos,* pág. 17.
(2) Charl. *Cartas edificantes,* tomo XIV.

eso había sucedido en el Paraguay, parece que debía saberse mejor en Buenos Aires y en la Asunción que en los Chiquitos, donde entonces se hallaba el P. Fernández. Siguiendo, pues, la carta del P. de Haze, los Payaguás, luego que se apoderaron de la barca, pasaron a cuchillo a todos los que en ella se hallaban, menos al P. de Blende, a uno de los dos españoles que llevaban la barca y a un neófito de su nación que servía de intérprete al misionero, cuyo amable trato cautivó al jefe de ellos. Luego que hubieron llegado a sus habitaciones, vendieron a otro indio el español, del que no tenían necesidad, lo que prueba que entonces fué cuando quemaron la barca. Hizo luego su jefe levantar una cabaña para el misionero, y le dejó su intérprete. El santo hombre quiso aprovechar su cautiverio para procurar a aquellos de quienes se veía esclavo, una libertad mucho más preciosa que la que ellos le habían quitado, y nada omitió para hacerles conocer su gran precio.

Su celo, aunque sazonado con cuanto podía hacérselo amable, los irritó, sobre todo a los jóvenes, que llevaban una vida muy licenciosa, y resolvieron por fin librarse de un censor que turbaba todos sus placeres. Un día que su jefe estaba ausente, corrieron a su cabaña. Su neófito, que se llamaba Francisco, viéndolos ir con armas, sospechó su intención; les salió al encuentro, y empleó todos los medios de ruegos, lágrimas, y hasta ame-

nazas de la cólera de su jefe, para estorbársela; pero no consiguió más que ser la primera víctima que inmolaron a su furor. Era un joven de gran inocencia de costumbres, que después de haber vivido doce años en una de las Reducciones del Paraná, se había ofrecido de propio movimiento a seguir al misionero para servirle de intérprete, caso que hallase gente de su nación.

No se dice qué fué lo que contuvo el resto del día a los asesinos; pero no fué sino al día siguiente cuando se acercaron muy de madrugada al Padre de Blende, el cual había sabido ya el día antecedente la muerte de su neófito y había empleado toda la noche en ofrecer a Dios el sacrificio de su vida. Los horribles gritos que lanzaban los bárbaros le anunciaron ya desde lejos que era llegada la hora de consumar su sacrificio. Púsose el rosario al cuello, y salió al encuentro de los infieles. Luego que los vió se hincó de rodillas, con la cabeza descubierta, las manos cruzadas sobre el pecho, y aguardó en esta postura, con ademán sereno y tranquilo, el golpe de la muerte. Descargóle desde luego un joven Payaguá un macanazo en la cabeza, y un momento después fué traspasado por muchas lanzas. Despojáronlo en seguida los bárbaros de sus vestidos y arrojaron su cuerpo desnudo a la ribera del río para que sirviese de juguete a los niños; pero a la noche siguiente, habiéndose desbordado el río, fué arrastrado por las

aguas. Supiéronse estas particularidades por un Payaguá que había sido testigo de ellas, y, hecho prisionero por los españoles, fué enviado a las Reducciones del Paraná.

La suerte del P. Arce fué casi la misma que la del P. de Blende. No habiendo podido saber el misionero qué se había hecho la barca, hizo cortar dos árboles en la orilla del lago Manioré, y de ellos formó una balsa o piragua doble, en la que se embarcó con seis neófitos por no poder llevar más aquella embarcación, y envió los restantes al Padre Provincial con segunda carta en la que le decía que en llegando a la Asunción le iría a buscar a los Chiquitos, donde le pedía le aguardase. No se pudo saber hasta dónde bajó por el río, y el P. Zea no logró saber hasta dos años más tarde la pérdida irreparable que acababa de experimentar su provincia, de un sujeto de tantas prendas.

Todo lo que se llegó a saber fué que los mismos Payaguás que se habían apoderado de la barca del P. de Blende, hallaron la balsa y se acercaron a ella; que el misionero, que les reconoció, y los creía aún en las mismas disposiciones en que le habían parecido estar, al subir por el río, estorbó a sus neófitos, que llevaban fusiles, que tirasen sobre ellos; que abordaron, y mientras les daban mil muestras de amistad, lo asesinaron con dos de sus cristianos, haciendo esclavos a los otros cuatro; que llevaron luego su cuerpo a la ribera del

río, y lo abandonaron a los Guaycurús que iban detrás, quienes lo traspasaron con sus lanzas. Así es como contaron el hecho los cuatro neófitos que felizmente se habían librado de las manos de los Payaguás, y llegaron a San Rafael en 1718.

Otros dos Jesuítas y 30 neófitos asesinados por los Payaguás.

No había en aquella época seguridad alguna en el río. En 1717, bajando muchos misioneros de la Asunción a Santa Fe, para dirigirse a Córdoba, la barca en que iban los PP. Blas de Silva y José Mazó, fué sorprendida por los Payaguás, que los mataron con 30 neófitos Guaranís, que no tuvieron tiempo de ponerse en defensa, y pegaron fuego a la barca, lo que salvó a la que iba detrás, y en que iba el P. de Haze, de quien ya he hablado. Porque al ver que la primera estaba ardiendo, los neófitos que iban en la segunda y vieron a los Payaguás, que a fuerza de remos querían abordar, hicieron sobre ellos muchos disparos con sus escopetas, lo que les obligó a retirarse.

1715-19. Nueva tentativa para ganar los Chiriguanos a J. C.

Mientras esto sucedía en el Paraguay y en los Chiquitos, los Chiriguanos habían dado todavía un nuevo paso para inducir a los Jesuítas a que los reconciliasen con los españoles, haciéndoles las mayores protestas de reparar las faltas que habían obligado a los Padres a abandonarlos. Hé aquí lo que les dió ocasión para ello. Estando de vuelta el P. Francisco de Guevara, que había acompañado las milicias de Tarija en la última expedición de D. Esteban de Urízar, encontró un día a un caci-

que Chiriguano, llamado *Miringa* (1), y le ganó tanto la estima y confianza, que hizo de él un prosélito de buena fe. Ni aun le pudo negar el ir con él a Tariquea, donde residía aquel indio, y donde hemos visto que había una reducción. Fué allí muy bien recibido, y toda la aldea le hizo confiar que pronto vería allí la religión sólidamente restablecida.

Hase podido observar, y se verá todavía más de una vez en adelante, que aquellas primeras proposiciones de los Chiriguanos se habían hecho siempre con mucho calor, y que los misioneros nunca habían dejado de corresponder con toda la facilidad que conviene a los ministros del Señor cuando se trata de aprovechar el instante de la gracia, en el cual, entre el gran número de los que la dejan perder, hay siempre algunos a quienes conduce felizmente al puerto de salvación. Por otra parte, la conversión de aquel pueblo sería de gran importancia, porque ella podría bastar para traer consigo, a la larga, la de todo el Chaco, de la que sería imperdonable desaprovechar ni una sola ocasión. En el caso presente, se habló desde luego de formar una reducción en el valle de Salinas. Fué conducido allá el P. Guevara por un

---

(1) Mur. Del nombre de este cacique se tomó el de la aldea de *Miringa*, que está a mitad de camino entre Tariquea y Salinas.

gran número de Chiriguanos, a los que había inspirado Miringa todo su ardor; edificóse allí a toda prisa una capillita, y el misionero comenzó todas las funciones de su ministerio. Crecía cada día el número de sus prosélitos, habiendo acudido muchos caciques; y si el P. Guevara hubiera querido hacer caso omiso de la regla que se habían prescrito los Jesuítas de no conferir el bautismo a los adultos sino en el caso de muerte próxima, o después de largas pruebas, toda la aldea hubiera sido cristiana dentro de muy pocos días.

Bautismo de un cacique.

No pudo, sin embargo, negar esta gracia a Miringa, que se la pedía con toda instancia, y le alegaba que casi no pasaba noche que no tuviese accidentes en los que temía quedar sofocado. La dificultad del misionero fué la de encontrar razones para concederle esta gracia sin descontentar a los otros que le mostraban el mismo ardoroso deseo. Salió del caso diciendo que tenía que hacer un viaje a Tarija, y que si durante él ocurriese que Miringa quedase muerto, ninguno de ellos le perdonaría el no haber asegurado su salvación. Añadió que iba a encargar a un español que habitaba bastante cerca, y llevaba una vida ejemplar, que bautizase a todos los que lo llamasen, y cuyo bautismo juzgase él peligroso dilatar hasta su regreso.

Reducción de los Chiriguanos.

Parece que el viaje del P. Guevara fué más largo de lo que él había creído. Lo que hallo de cierto es que habiendo ido hacia mitad del año de

1715 el P. de la Roca, Provincial de los Jesuítas, a Tarija, el Marqués del Valle de Tojo le presentó diputados de los Chiriguanos que iban a solicitar de él no difiriese el elegir su aldea como reducción. Apoyó el Marqués la petición, y en atención a ello, ordenó el Provincial al P. Guevara que hiciese lo que pedían los indios, y le dió por tiempo limitado como compañero al P. Restivo, Rector del colegio de Salta, que había trabajado en las Reducciones de los Guaranís, cuya lengua poseía perfectamente; y ya he dicho que es la de los Chiriguanos. Partieron en seguida los dos misioneros para ir al valle de las Salinas; y a 28 de Agosto tomaron posesión con las formas ordinarias y con grandes aclamaciones de los Chiriguanos, de la nueva reducción, a la que llamaron de la *Concepción*.

Efecto maravilloso.

Extraordinario fué el gozo de los Chiriguanos;. pero lo que todavía hizo esperar más que su fe sería inconmovible, fué que el cielo quiso confirmarla con un milagro. Quejábanse desde hacía mucho tiempo de que los demonios se les aparecían en figuras horribles y con aspecto amenazador, causándoles terrores contínuos; y hasta había muchos que habían caído en pasmo. Habíanse lisonjeado de que la presencia de los misioneros les libraría de esta persecución; pero duró todavía algún tiempo después de su llegada. Luego que avisaron a los Padres de ello, hicieron poner cru-

ces en todas las cabañas y en todos los parajes públicos, y al punto desapareció todo. Algunas otras gracias singulares de que fué seguida ésta, y de que los Chiriguanos se creyeron deudores a la Madre de Dios, y la conversión casi milagrosa de un famoso juglar de ellos, les hicieron creer que no se diferiría su bautismo.

Pero se tuvo por necesario probarlos todavía algún tiempo, por haber dado aquella nación tantas pruebas de inconstancia, que no se creía poder tomar suficientes precauciones para asegurarse de ella. Estaban además informados los dos misioneros de que siempre temían estos indios que su agrupación en una tierra extranjera los expusiese a verse sujetos al servicio de los españoles, y aunque la libertad de que gozaban los Guaranís y los Chiquitos debía haberlos desengañado, tales ejemplos no habían disipado todos sus temores, lo que obligaba a los misioneros a no aceptar ningún servicio gratuito de parte de ellos. Adivinaron muy pronto sus prosélitos el motivo de aquella reserva, y lo sintieron; y para mostrar de un modo que no dejase lugar a equivocación lo sincero de su conversión, abandonaron todos los trabajos para ir a edificar la iglesia, precisamente cuando urgían más las faenas del campo, sin que los Padres pudiesen lograr impedírselo, ni aun hacer que acabasen de hacer sus propias habitaciones.

Entonces ya no pudieron negar el bautismo a los que se hallaban bastante instruídos, y tuvieron el consuelo de ver que la gracia del Sacramento había acabado de producir en ellos todos los efectos que podían desear. Concepción llegó a ser pronto una iglesia tan floreciente, que se creyó poder esperar, atento el celo de los que la componían, que surgiese en la cordillera Chiriguana una república cristiana para llevar con el tiempo la luz del Evangelio al Chaco. Estas esperanzas duraron lo bastante para dar al cielo muchos santos, sin hablar de una multitud de niños, que fueron a aumentar el número de los que siguen en el cielo al Cordero sin mancilla.

Estado de la reducción de los Lules.

La esperanza que había tenido el P. Machoni acerca de la reducción de los Lules, después de la retirada de los tres apóstatas, que la habían puesto en tan gran riesgo de deshacerse, no parecía menos fundada. El fervor era allí tan grande, que el misionero empezó por bautizar a todos los niños, y aun a crecido número de jóvenes, que juzgó suficientemente instruídos. Creyó que debía aguardar todavía algún tiempo para dar el bautismo a las personas ya casadas, y durante muchos años no las bautizó sino en el artículo de la muerte, porque preveía bien que la reducción no quedaría en Valbuena; y que mientras estuviese allí, siempre sería de temer que se dispersase el día menos pensado.

Fundábase este temor lo primero en que el terreno no era apropósito para proveer a los habitantes de una porción de cosas sin las que no podían pasar, y en que faltaban absolutamente los pastos para alimentar los animales. En segundo lugar, los indios estaban demasiado cerca de los de su nación que no habían querido seguirlos, o los habían abandonado. Tal vecindad no podía menos de ser muy peligrosa para hombres tan inconstantes y fáciles de seducir como los Lules. Finalmente, todavía no se había logrado acostumbrarlos ni aun a los trabajos más indispensables para su sustento. La holgazanería, que era su vicio dominante, se había aumentado ahora por la facilidad con que hasta entonces había provisto a sus necesidades D. Esteban de Urízar, aunque cada vez que les enviaba provisiones les advertía que, si ellos no trabajaban para procurarse lo necesario, los abandonaría; porque a fuerza de verle reiterar la amenaza, sin que nunca se cumpliese, se habían persuadido de que no era seria, y que la fuente de donde sacaban provisiones no se secaría jamás.

Holgazanería de estos indios.

En vano, por su parte, les daba ejemplo el Padre Machoni para hacerles aficionar al trabajo: veíanle trabajar sin pensar siquiera en ayudarle; y un día que, rendido de fatiga, ofrecía su herramienta a uno de ellos para empeñarle en acabar lo que él había comenzado, le dijo friamente aquél

hombre: «Animo, Padre, que lo haces muy bien», y se quedó con los brazos cruzados. Ni siquiera se tomaban el trabajo de apacentar los rebaños que les había enviado el Gobernador, ni de hacer pedazos los animales que habían muerto, para cocerlos. Como a los principios les hacían todo esto los españoles para enseñarles a hacerlo, se habían encasquetado, y lo decian sin reparo, que la guarnición del fuerte no estaba allí sino para hacerles este servicio, y para cuidar de que nada les faltase.

De aquí venía a suceder que la reducción estuviese siempre llena de españoles. Los primeros se habían portado de modo que edificaban a los indios, porque el Gobernador habia tenido cuidado de escogerlos bien. Pero poco a poco, la distancia a que quedaba el fuerte de la ciudad, y la obligación de hacer en él la guardia con exactitud de día y de noche para evitar sorpresas, hicieron mirar aquella plaza como un lugar de destierro, e insensiblemente se introdujo la costumbre de no enviar allá sino los soldados que habían merecido algún castigo, con lo cual, muy luego se compuso la guarnición de libertinos, a quienes ni la vigilancia de los jefes ni las órdenes del Gobernador, que había autorizado al Comandante para castigar con pena de muerte a quien fuera convicto de haber dado escándalo a los indios, podían contener; y que en la reducción misma se entregaban sin reparo a los más escandalosos excesos.

1716-19. Trasládase la reducción.

El único remedio de tantos males era trasladar la reducción a otro paraje más lejano del fuerte y de mejor terruño. Hizo el P. Machoni un viaje a Salta para proponer al Gobernador el cambio, y hacerle conocer su necesidad, y le pidió el fuerte de Miraflores, apartado del de San Esteban unas diez leguas y situado en el mismo río, que en aquél punto lleva el nombre de *Río de Esteco*. Era cierto que allí se encontrarían excelentes pastos, bosques, piedra para edificar y para hacer cal; y como el fuerte ya no traía ninguna utilidad y se hallaba en muy mal estado, se lo concedió D. Esteban de buen grado, retirando de allí la guarnición, con la que reforzó la de San Esteban. Fué encargado de la transmigración D. Antonio de Zurita; el P. Machoni y el P. Yegros fueron alojados en el fuerte, cuya capilla sirvió de iglesia, mientras la reducción fabricaba la suya, y la casa para los misioneros. Hízose todo con suma prontitud, y a 10 de Agosto de 1716 tomaron los Lules posesión de su nuevo pueblo, que recibió el nombre de San Esteban, y el del *Rosario* que llevaba el fuerte se dió al de Valbuenà (1).

Había tenido el P. Machoni la habilidad de ha-

---

(1) Mur. Perseveró el nombre del *Rosario* mientras duró el fuerte. Mas cuando en lugar del fuerte se puso la reducción de Isistines, tomó el nombre de reducción de *San Juan*.

cer mirar a los Lules aquella mudanza como un señalado favor que les hacía el Gobernador; pero juntamente les advirtió que, no estando ya los españoles cerca de ellos, era preciso que obtuviesen con su trabajo lo que ya no podían esperar del socorro de ellos. Hízoles reconocer que aquel trabajo sería mucho menos penoso en Miraflores que en Valbuena; y que así no tendrían excusa si persistían en una ociosidad no menos perjudicial a su conservación que a la salvación de sus almas. Aseguráronle que quedaría contento de ellos, y le cumplieron la palabra. Mas todavía fué preciso que los misioneros los llevasen al trabajo y tomasen lo más pesado sobre sí, lo que hizo contraer al P. Yegros una enfermedad, por la cual hubo que enviarlo a Córdoba.

Fué sustituído por el P. Antonio de Montijo, quien en breve tiempo se estropeó la salud de forma que nunca más se pudo restablecer. Fué esto gran pérdida para las Misiones del Paraguay, donde la habilidad y destreza de este religioso para la mecánica lo hacían extraordinariamente útil; y su elevado nacimiento y virtud le hacían respetar de todos. Había hecho a la reducción de Miraflores un servicio muy importante, haciendo llevar allá muy buena agua, de que antes carecían en tiempo de sequía, construyendo para ello un hermoso acueducto, cuyo plan había sido juzgado por impracticable, y cuya ejecución fué lo que acabó de arruinar su salud.

Carta del Rey al Gobernador de Tucumán.

No había descuidado D. Esteban el dar cuenta al Rey su amo del celo y paciencia con que se aplicaban los misioneros a hacer a los Lules verdaderos cristianos y fieles vasallos de S. M., ni estaba menos enterado Felipe V de los servicios que le hacía este General en aquella provincia, ni de lo que le impulsaba a hacer su celo por la religión en favor de la conversión de los infieles. Después de haberle dado el príncipe las señales más halagüeñas de lo satisfecho que estaba de su conducta, y mostrado lo mucho que estimaba su virtud, le exhortó a no omitir nada para mantener a los Lules en los buenos sentimientos en que le avisaba estaban; y es cierto que mientras vivió no escaseó para ello ni sus afanes ni los gastos de su hacienda.

Queda casi abandonada la reducción de los Lules. Animo del P. Machoni.

No se mantuvo, sin embargo, aquella reducción en el estado de fervor en que se había entablado en los primeros años de su traslación a Miraflores. Toda la ocupación de los dos apóstatas Fernando y Calixto en su refugio, consistía en idear los medios de juntar aquellos nuevos cristianos con los otros de su nación, a quienes habían seducido; y como estaban persuadidos de que, si podían deshacerse del P. Machoni, nada se opondría ya a su intento, no es fácil imaginar todo lo que pusieron por obra para hacerle perecer. Pero, lleno de confianza en el Dios a quien servía, aunque apenas podía dar un paso sin exponerse a caer en los la-

zos que le tendían, durante nueve años que estuvo al frente de aquella iglesia, iba por todas partes adonde quiera que le llamaba su deber, muchas veces solo; y las más sin otra compañía que la de un indio sin armas, por los parajes donde más fácilmente podía ser sorprendido; y nadie osó poner la mano sobre él ni aun insultarle.

Finalmente fué llamado por su Provincial, quien le dió por sucesor al P. Yegros, cuya salud se había restaurado bastante bien, y no fueron menores los riesgos que corrió de parte de los dos apóstatas. Pero algún tiempo después, quedó sorprendido al verles llegar a su casa y pedir la gracia de ser admitidos en la reducción. Recibiólos, tomando todas las precauciones que de él exigía la prudencia.

Al cabo de seis meses, desertó Fernando, pero Calixto perseveró hasta la muerte. Llevóselo la viruela en 1712; y Dios le hizo la gracia de morir penitente. Poco después fué asaltada una de sus hijas de la misma enfermedad, y también murió con muy buenas disposiciones. Apoderóse el mal de toda la aldea; y cierto día que el P. Yegros y su compañero el P. Lorenzo Fraulo, tomaban un poco de descanso en la hora del calor, quedó la reducción sin otros habitantes que los enfermos graves, lo que la dejaba reducida a 18 adultos y un centenar de niños. Todos los demás habían tomado el camino de su país, que está a 60 leguas de Miraflores.

Diligencias de los misioneros para volver a traer los fugitivos.

Enterados los misioneros de los diferentes caminos que habían tomado los grandes y pequeños Lules, corrieron primero tras de aquellos que les habían dicho que estaban más cercanos; y no habiendo logrado alcanzarlos, no creyeron que debían emplear en buscarlos un tiempo en que era necesaria su presencia junto a la pequeña grey que les quedaba, y aun temían que sería perdido por causa de la enfermedad, que todavía continuaba; y así se contentaron con enviar algunos neófitos a los desertores, para procurar reducirlos al redil. Algunos días más tarde supieron dónde estaban los grandes Lules; fuéronlos a buscar, y tuvieron tanto menor dificultad en traerlos de nuevo, cuanto les había seguido la enfermedad a su refugio. Hicieron traer los enfermos a Miraflores, donde sanaron casi todos. Los Lules pequeños, alcanzados por los neófitos, prometieron seguirlos cuando supieran que se había acabado el mal, y lo cumplieron; viéndose muy presto repoblada la reducción por los cuidados del Gobernador; y el fervor llegó a ser mayor que nunca lo había sido.

Muerte del Gobernador y sus consecuencias.

No cabe duda que se hubieran sostenido en aquel estado tan dichoso, si hubiera vivido algún tiempo más D. Esteban de Urízar; pero murió en el mes de Mayo de 1724, y con él se desvaneció toda la prosperidad de que hacía gozar al Tucumán. Mientras el Rey Católico le señalaba sucesor, la Real Audiencia nombró por Gobernador

interino a uno que procedió tan mal, que por no ver de nuevo a esta provincia sumergida en todas las desdichas de que la había libertado el prudente y virtuoso Urízar, fué menester retirarlo; pero esto se hizo algo tarde. Poco después recibió del Rey despachos de Gobernador y capitán general de Tucumán Don ****Alonso*** de Alfaro, de quien ya hemos hablado más de una vez; y fué la elección universalmente aplaudida. Pero fué muy breve la alegría. Apenas había tomado posesión del gobierno, cuando le sobrevino la muerte; y no bien se hubo esparcido en el Chaco la noticia de su fallecimiento, cuando toda la frontera se vió inundada de bandas de enemigos.

Nueva transmigración de los Lules y sus efectos.

Entonces, no hallándose los Lules seguros en Miraflores, fué forzoso pensar en sacarlos de allí. Mucha dificultad se experimentó para hallar paraje que les conviniese; y mientras se buscaba, haciéndose de día en día más inminente el riesgo, muchos de aquellos indios se retiraron a su país; y el P. Yegros, para impedir la deserción general, condujo lo que le quedaba de su grey a las cercanías de la ciudad de San Miguel. No he podido saber las consecuencias de esta nueva trasmigración. Lo que tenemos dicho de la piedad y buen

---

Antoine.—Hern. *Lozano*, «Historia de la Conquista», lib. V., cap. XII; y Muriel en nota a este nombre.

porte de los moradores de San Miguel basta para hacer ver que no podía obrar mejor el P. Yegros, que llevando sus neófitos a aquella ciudad; pero es cierto que, si se hubiesen logrado distribuir los Lules en las Reducciones de los Guaranís o en las de los Chiquitos a medida que se entregaban a los españoles, la Religión y el Estado hubieran ganado mucho. La cercanía del Chaco y del Tucumán no eran en modo alguno favorables a tales establecimientos; demasiado lo prueba todo el contexto de la presente historia.

Nueva tentativa para comunicar las provincias.

Verdad es que se hubieran podido precaver en gran parte los inconvenientes de que hemos hablado, si se hubiese continuado lo que D. Esteban de Urízar habia establecido con tanto acierto para asegurar la tranquilidad de la provincia. Era tener constantemente en campaña un cuerpo de milicias para resguardar las fronteras más expuestas a las correrías de los pueblos del Chaco, quienes efectivamente no osaron mostrarse mientras esto se hizo, ni aun en las habitaciones más lejanas. Todas las ciudades del Tucumán daban por turno sus milicias; y no había ninguna que no lo hiciese de buen grado, para preservarse de las calamidades que tan frecuentemente habían experimentado. Las de San Miguel, que en 1719 se habían adelantado hasta más allá del *Río Grande*, hallaron un río pequeño, que tomaron por un brazo del Pilcomayo, y dieron aviso de ello al Gobernador de Tucumán.

Esperaba D. Esteban de Urízar abrir por allí la tan deseada comunicación entre su provincia y la del Paraguay. Habló de ello con el P. José de Aguirre, Provincial de los Jesuítas; y convinieron en que el P. Montijo, que entonces trabajaba en la reducción de los Lules, iría con algunos de los que habían dado el aviso, a reconocer el río, y bajarían por él hasta donde fuese posible para saber adonde iba a parar; que al mismo tiempo el P. Felipe Suárez, misionero de los Chiquitos, se adelantaría hasta los Zamucos; y que los PP. Gabriel Patiño y Lucas Rodríguez, acompañados del H. Bartolomé Niebla y de un sirviente llamado Faustino Correa, hombres ambos de resolución, y muy experimentados en la navegación del río Paraguay, saldrían de las Reducciones del Paraná, y subirían por el río Paraguay hasta el punto en que recibe las aguas del Pilcomayo, y entrando en este río, harían lo posible para juntarse con las otras dos partidas, a fin de que, comparando sus observaciones, pudiesen llegar a alguna conclusión cierta sobre lo que se buscaba.

Pusiéronse todos en marcha en 1721. Pero los que iban con el P. Montijo, después de bajar algún tiempo por el río que las milicias de San Miguel habían descubierto, y viendo que no se ensanchaba ni se acercaba al Pilcomayo, no pudieron persuadirse de que fuese brazo de él, y no quisieron pasar más adelante; de lo que resultó, que no

Lo que la hace fracasar.

habiéndolos encontrado las otras partidas, se vieron igualmente forzadas a volver atrás. Conocióse más tarde, dice el P. Lozano en la «Descripción del Chaco», que el río del que habían hablado las milicias de San Miguel, desagua efectivamente en el Pilcomayo, pero que no se hubiera sacado la ventaja que se esperaba, porque el Pilcomayo no siempre lleva bastante agua para asegurar por medio de este río la comunicación que se deseaba establecer.

Desaprovéchase una ocasión de ganar toda una nación para Jesucristo.

Además del pesar de haberse frustrado el objeto de su viaje, tuvieron los misioneros del Paraná el de ver desvanecerse las esperanzas bastante bien fundadas de desquitarse del daño con ventaja. Habían encontrado en su camino una nación de indios a la que habían anunciado a J. C.; y tenían fundamento para confiar que no les sería difícil empeñarla en seguirlos a las Reducciones del Paraná. Pero unos Tobas, que tuvieron noticia de ello, trastornaron todos sus planes, inspirando a aquellos indios violentas sospechas contra los Jesuítas, que no tenían, les decían, más intento que de entregarlos a los españoles, los cuales los reducirían a la más dura esclavitud, luego que los tuvieran en paraje en que no pudiesen recibir los socorros de sus aliados. Y no les faltaron grandes riesgos al volver a sus misiones; donde empezaba a causar a todos los Jesuítas del Paraguay las más serias inquietudes una tormenta nueva que desde

algún tiempo antes se formaba en la Asunción, y tuvo, en efecto, las más tristes consecuencias. Pero para no tardar demasiado en referir lo qne ocurría por entonces en las otras partes de aquel continente, ni haber de interrumpir con tanta frecuencia una serie de sucesos demasiados trabados uno con otro, y que no sería bien perder mucho tiempo de vista, he creído deber narrar aquí lo que pasó en los Chiquitos en el intervalo de tiempo de que he comenzado a hablar.

De todas las misiones establecidas en estas provincias, aquella en que se hacía más abundante cosecha, era la nueva república de los Chiquitos. No había, propiamente hablando, ninguno de aquellos indios por convertir; y todos los neófitos, animados de espíritu apostólico, iban sin cesar, unas veces solos, otras con alguno de sus pastores, a buscar infieles, para invitarlos a participar en la dicha de que ellos gozaban. Rara vez regresaban de estas excursiones apostólicas sin traer consigo numerosas tropas de prosélitos; y compartían luego con el misionero el penoso trabajo que había de pasar para hacer verdaderos cristianos de aquellos salvajes, que de hombres no tenían amenudo más que la figura. 1721-29. Estado de las misiones de Chiquitos.

Acababa de llegar a aquella iglesia el P. Jaime de Aguilar; después de haber suspirado por ella largos años. Después de muchas solicitaciones inútiles, obtuvo cuando menos se lo esperaba, li- El P. Aguilar en los Chiquitos.

cencia de consagrarse a aquella misión: y el Provincial le añadió la orden de que hiciese en ella la visita. Este religioso, nacido con talento superior para las ciencias, había sido destinado al llegar de España para las Reducciones del Uruguay; pero no lo dejaron allí mucho tiempo; y pronto fué llamado para enseñar Teología en Córdoba; y se acreditó desde un principio de modo que justificó la elección que de él se había hecho para desempeñar aquel cargo. No creía, sin embargo, estar donde Dios le llamaba; decíale incesantemente una voz interior que no permanecería allí mucho tiempo; y empezó muy luego a solicitar la misión de los Chiquitos. Fueron por fin oídos sus deseos, y Dios le preparó a ello por medio de una prueba que hubo de serle muy sensible, como hace a menudo con todos los que destina a grandes cosas.

1721-29. Es curado allí milagrosamente.

Pero poco faltó para que no tuviese ni tiempo más que de darse bastante a conocer para ser extraordinariamente echado menos por su muerte. Estaba empezando la visita cuando una especie de arador que en las islas francesas de América llaman *Chique*, y los españoles *Pique*, (1) le entró en el pié: descuidó demasiado el hacérsela sacar, porque no conocia su peligro, y sólo después de haber

(1) Mur. Por otro nombre la llaman los españoles *Nigua*, y los Guaraníes *Tung*.

experimentado los más agudos dolores fué cuando se dirigió para que se la sacase a un indio, que no lo pudo lograr, y no hizo más que irritar la llaga. Continuó caminando, más pronto se vió forzado a detenerse. Hizo entonces que le viesen el pié, que se halló gangrenado; y le declararon que no tenía otro remedio de salvar la vida sino cortarlo. La dificultad era de encontrar un cirujano a quien poder encargar una operación de tal naturaleza; y el mal era demasiado urgente para hacer ir uno desde Santa Cruz. (1) A falta de socorro humano, los misioneros, que con la nueva del estado en que se hallaba, habían acudido allá, acudieron al cielo y tomaron por intercesor ante Dios a su Santo Patriarca. Empezaron una novena en honor suyo, y el primer día, habiendo querido hacerle la cura de la llaga después de Misa, quedaron agradablemente sorprendidos de hallar el pié tan sano como si nunca le hubiera ocurrido nada.

Hace descubrir sal, que no había en aquellas misiones.

Luego que hubo vuelto a ejercitar las funciones de su cargo, reconoció que una de las principales causas de las frecuentes mortandades qne impedían poblarse aquellas Reducciones, como era natural se poblasen con las nuevas partidas que se iban agregando, era la falta de sal, que se veían

(1) Mur. Y lo más cierto es que ni en Santa Cruz se hubiera encontrado médico entendido.

obligados a traer a gran precio de Santa Cruz, y no bastaba ni aun para dar a todos lo necesario. Supo que había algún fundamento para creer que la hubiese en el país de los *Morotocos* y *Zatienos*, que no estaban lejos de la reducción de San Juan Bautista y envió allá una numerosa tropa de Chiquitos. Llegados a aquél país, hicieron hartas indagaciones sin fruto; y ya empezaban a desesperar del éxito de su viaje, cuando habiendo subido uno de ellos a una colina muy elevada vió muy cerca de allí una laguna cercada enteramente de espesos matorrales. Estaba muy fatigado, y aquejado del calor: tuvo gana de bañarse y halló al entrar en el agua que todo el suelo era como hielo, y se rompía con facilidad. Tomó un trozo en la mano y reconoció que era sal. Corrió a dar parte a sus compañeros del descubrimiento; cada uno tomó su carga, y la llevaron a San Juan Bautista. La sal pareció buena sino que era un poco amarga, pero aún eso se pudo corregir facilmente; y el P. Aguilar hizo luego abrir un camino más corto para ir a aquella salina; pero mandó que a nadie se enviase sino bien armado y en estado de poderse defender de los Zatienos, con quienes no se hallaban en buenas relaciones.

El P. Aguilar y el P. Castañares en los Zamucos.

Aquel mismo año 1721, habiendo sabido el P. Aguilar que cerca de San Juan Bautista había una nación infiel que se había retirado allí por temor a los portugueses, los cuales se llevaban

cuantos indios podían hallar para hacerlos trabajar en sus minas de Cuyabá, de las que hablaremos adelante, envió una tropa de neófitos que se los trajeron a todos. Al año siguiente, acabada la visita, le rogaron que fuera a los Zamucos, que todavía quedaba alguna esperanza de ganar. Muy débil era en verdad porque aquellos bárbaros, después de la traición que habían hecho al H. Alberto Romero, se habían retirado a lugares casi inaccesibles; no obstante, el P. Aguilar no vaciló en aceptar esta invitación. Salió de San José a 29 de Abril de 1722 con el P. Agustín de Castañares (1), a quien nada arredraba, como tampoco a él, cuando se trataba de la salud de las almas.

Conversiones inesperadas.

Lo más breve para penetrar en el refugio de los Zamucos era pasar por una comarca toda cubierta de selvas, que no estaba lejos de San Juan Bautista, y donde se retiraban de ordinario los *Carreras*, perpetuos enemigos de los Chiquitos, a los que no obstante no osaban hacer frente; pero no había seguridad para los misioneros en exponerse a caer en sus manos. Fué, pues, preciso dar un rodeo; y sólo después de haber caminado 80 leguas, llegaron nuestros dos Padres, a una aldea de Zamucos llamados *Cucurrates*, quienes los recibieron mal,

(1) Mur. Trátase del P. Agustín de Castañares, natural de Salta, muerto por los Mataguayos en el Chaco el año de 1744.

y los obligaron a pasar adelante. Algo después, habiéndose enemistado con los *Ugaraños* sus inmediatos vecinos, se arrepintieron de no haber escuchado las proposiciones de los misioneros; y sabido que habían vuelto a San Juan Bautista, se fueron allá el año siguiente.

No cesaban de verse llegar a las Reducciones de Chiquitos numerosas tropas de indios, que iban a buscar en ellas un asilo contra los portugueses, pero a quienes su natural veleidad les hacía olvidar pronto el riesgo que allí los había conducido. Un día que habían desertado un gran número de ellos de San Rafael, donde estaba el P. Aguilar, se puso en oración y suplicó al Señor que se los volviese a enviar. Fué escuchado, Los fugitivos hallaron otro gran número de indios que les parecieron iban perseguidos por los portugueses; y al verlos, sintiendo su insconstancia, se les acercaron y los invitaron a ir con ellos a San Rafael, donde les dijeron que hallarían al mejor de los Padres, que los recibiría como a hijos suyos, y proveería por igual a su seguridad y a todas sus necesidades. Persuadiéronlos, y todos juntos se fueron a San Rafael.

1726-20. Estado en que se hallaba esta nueva iglesia.

Tal era entonces, y tal fué siempre el carácter de esta nueva iglesia. Si no hubiera estado compuesta más que de Chiquitos, no hubiera sido inferior ya desde sus principios a la Guaraní, más que en número; pero se necesitaba el influjo del

tiempo para hacer tomar el mismo espíritu a tantos prosélitos congregados de muchedumbre de naciones diversas; y no se puede decir cuánto costó a los misioneros el hacerles subsistir antes de haber podido acostumbrarles al trabajo, para sufrir su grosería y sus excesos, y velar por la seguridad de su grey antes de la llegada del P. Aguilar. Hasta entonces los Chiquitos no habían tomado las armas sino para defenderse de los enemigos que los iban a acometer; y, aunque no empleaban sus armas en favor de los españoles, no dejaban de ser una fuerte barrera contra los bárbaros que pudieran inquietar la provincia de Santa Cruz por aquella parte. Los mismos Chiriguanos, los más incómodos y valientes de todos, evitaban pelear con ellos, y los Chiquitos por su parte habían significado más de una vez que no sería de su gusto el que los sacasen de su país para juntarlos con los españoles, como frecuentemente se hacía con los Guaranís, cuando se trataba de alguna expedición militar.

Hostilidades de los Chiriguanos en la provincia de Santa Cruz.

Fué, sin embargo, necesario recurrir a ellos en 1726, porque los Chiriguanos, saliendo entonces en grandes tropas de sus montañas, llenaron todas las cercanías de Santa Cruz de latrocinios y horrores, saqueando las habitaciones del campo, no perdonando a sagrado ni a profano, y asesinando a cuantos españoles hallaban aislados, sin distinción de edad ni sexo. Aunque no se acercaban al país

de los Chiquitos, no dejaban de incomodarlos bastante, porque no pudiendo sacar nada de Santa Cruz, necesitaban hacer ir con grandes gastos del Perú hasta el vino para decir Misa. Pero estas incomodidades no hubieran hecho nunca a aquellos cristianos cambiar de sistema; persuadidos de que los Chiriguanos no los habían de asaltar.

Van los Chiquitos contra ellos.

Contentáronse, pues, con darles a entender que si se acercaban a su país, no contasen con sorprenderlos. No obstante el P. Aguilar recibió orden de los tribunales superiores de inducirlos a enviar mil hombres para reforzar las milicias españolas, que se habían juntado para dar caza a aquellos bárbaros. Convocó al punto los jefes; y después de haberles representado que estaba interesado su honor en atestiguar al Rey Católico en ocasión tan urgente el celo que tenían de su servicio, añadió que menos podían dispensarse de vengar la majestad de Dios, cuyos templos derribaban los Chiriguanos, destruyendo sus altares y haciendo pedazos sus imágenes. Persuadióles en efecto, y se ofrecieron muy de su grado a hácer todo cuanto les mandase. Sacáronse los mil hombres de todas las Reducciones, pero salieron a la expedición sólo 400 de ellos, tomados de los pueblos más cercanos, que pudieron llegar a tiempo para juntarse con los españoles.

1726-29. Son derrotados los Chiriguanos.

Juzgó conveniente el P. Aguilar acompañarlos, y no se tardó en reconocer cuán necesaria era su

presencia en aquel ejército. Y aun fué preciso que usara de toda su autoridad para hacer a los neófitos soportar los disgustos que más de una vez les daban ciertos españoles, y mostrara toda su paciencia para sufrir los pesares que a él mismo le causaron, y toda su prudencia para evitar que la justa causa no padeciese por aquel mal proceder. Señaláronse los Chiquitos en todas las ocasiones en que hubo que llegar a las manos. Fueron muertos crecido número de Chiriguanos; más de 1.100 quedaron prisioneros; los restantes fueron puestos en fuga y perseguidos aun en su cordillera, donde todavía les tomaron más de mil, y un éxito tan completo no costó ni un solo hombre a los vencedores.

Acabada la campaña, volvieron los Chiquitos a sus casas, sin haber tenido parte en el botín. Sin embargo, los Chiriguanos, más irritados que enflaquecidos con su derrota, juntaron nuevamente todas sus fuerzas y las de sus aliados y resolvieron no dejar las armas de la mano hasta haber borrado su afrenta con la sangre de sus enemigos. A vista de sus preparativos, el Gobernador de Santa Cruz, que, según parece, no ignoraba los motivos de queja que se habían dado a los Chiquitos, y no podía prescindir de ellos, tomó el partido de ir a la Plata para inducir a la Real Audiencia a que emplease toda su autoridad en procurarle un auxilio que desesperaba de obtener por sí mismo. Y

hasta parece que escribió al Virrey del Perú, como se deduce de los términos de la carta del Presidente de la Audiencia al P. Aguilar, que fué la siguiente:

M. R. P., SUPERIOR DE LOS CHIQUITOS,
JAIME DE AGUILAR

«Muy Señor mío: habiendo venido a esta corte el Gobernador de Santa Cruz, D. Francisco de Argumosa Zeballos, a comunicar conmigo sobre la entrada que de orden del Señor Virrey le tengo ordenado haga este año para proseguir el castigo de los indios bárbaros Chiriguanos, que quedaron sin él el año pasado por la parte de Tarija, me ha insinuado lo necesario que serán hasta ducientos Chiquitos de esas misiones por el horror que les tienen los Chiriguanos (1), como para que se haga cuerpo de gente en dicha entrada, significándome les dará cabalgaduras y mantenimientos. En cuyo conocimients he despachado un despacho de rue-

---

(1) Mur. Acaso se dice que tenían horror los Chiriguanos a los Chiquitos por emplear estos flechas envenenadas, cuyo uso se les prohibió en adelante cuando hubieron de pelear contra los portugueses, y quizá acostumbraban conservarlo contra bárbaros que no guardan derecho alguno de guerra ni de gentes.

go y encargo para que V. Rma. se sirva de disponer se remitan dichos ducientos indios con algunos más, por los que pudieren enfermar. Y de mi parte, suplico a V. Rma. se sirva de dar las más vivas órdenes a fin de que se remitan dichos indios a Santa Cruz para fines de Mayo, o a más tardar a fines de Junio, para que no se pueda diferir dicha entrada por este motivo, y haya tiempo de poder conseguir su castigo antes que las aguas los obliguen a retirarse sin conseguirlo, quedando yo con seguro de que el cristiano celo de V. Rma. cooperará en todo lo que estuviere de su parte para el mejor éxito de acción tan del servicio de ambas Majestades. La Divina guarde a V. Rma. muchos años. Plata, y Abril, 13 de 1722 (1).

M. S. M.

B. L. M. de V. Rma. su mayor servidor y afecto,

D. Francisco Herboso.»

Segunda campaña contra los Chiriguanos y su éxito.

Apenas hubo recibido esta carta el P. Aguilar, cuando en las cuatro Reducciones más cercanas a Santa Cruz hizo juntar 240 Chiquitos; y como temía que si los dejaba partir a pie hasta Santa Cruz, donde el Gobernador había prometido proporcionarles caballos, llegarían demasiado tarde, hizo que les diesen caballos con provisio-

---

(1) Mur. No 1722, sino 1728.

nes suficientes para aquel viaje; precaución tanto más necesaria cuanto los excesivos fríos y lluvias que hubieron de soportar por el camino los hubieran retardado muchísimo. Esta segunda campaña en que el P. Aguilar no pudo acompañarlos, porque acababa de llegarle orden del Padre Lorenzo Rillo, su Provincial, para que inmediatamente pasase a las misiones de los Guaranís con cargo de Superior, no les fué menos honrosa, ni tuvo menos feliz suceso que la primera.

DOCUMENTOS Y ACLARACIONES

15

CARTA DEL ILMO. SR. MALDONADO, OBISPO DE TUCUMÁN, AL SUMO PONTÍFICE ALEJANDRO VII (COPIA DEL ORIGINAL).

1658.

Santísimo Padre:

El menor ermitaño de N. P. San Agustín, por la gracia de Dios y de Vuestra Santidad, Obispo de la Catedral de la provincia de Tucumán, Indias Occidentales, Reino del Perú, del Consejo del Rey de Castilla y de León, nuestro Señor, en esta carta hace informe específico a Vuestra Santidad, descargando su conciencia, de la Religión de Clérigos menores de la Compañía de Jesús por dos motivos particulares que le obligan: el primero por particulares aflicciones que con destempladas furias el infierno, por medio de sus fautores, ha causado a esta Religión y a estos varones religiosos; que aunque amansó la tormenta, todavía quedan padeciendo olas muertas, hechas del viento tempestuoso que los ha peloteado. El segundo, por

la paciencia cristiana con que la han sufrido; que aquella es la verdadera paciencia, cuando por la justicia padezco, y en padecer no vuelvo atrás, y persevero en las obras de justicia, sin irritación contra el que me injuria, y con constancia en obrar lo recto y padecer lo adverso.

Santísimo Padre: verdadera grandeza de ánimo y corazón es no sentir la herida. Esta Religión ha recibido muchas. Hela visto meter el escudo de su justa e inculpable y moderada defensa, pasar adelante en sus ministerios, y nunca tirar puñal a quien le clavara saetas. Hánsele muerto en esta región todos los viejos, y entre ellos prudentísimos y santísimos. Basta un Diego de Boroa: por naturaleza la misma cólera, por la gracia y mortificación la misma mansedumbre: un corazón colérico que nunca se irritó con la injuria, y siempre con un silencio sufrido, rendido a la ley del entendimiento, lo gobernaba: conservó, sin quejarse, verdadera paciencia. Fué con manos violentas en el colegio del Paraguay derribada su veneranda persona, arrastrada y ultrajada: venció la mortificación y la gracia a los efectos de la injuria: ni chistó ni se quejó. Fué su aspecto freno de la libertad, sus palabras, medidas con toda regla evangélica: fué horror del infierno su vida y ejemplo de los hombres. Retiróse entre los indios a recomenzar en aquellos montes su gloria, encaminando a la verdadera los recién nacidos en la fe de aquella

región; y para que por falta de fe y de pasto no muriesen recién convertidos, se fué entre ellos, sacando muchos de la idolatría, mamantando a otros recién baptizados con vida ejemplar y penitente: pues se ponía en un hormiguero a que las hormigas le administrasen penitencia. Este varón murió en estas obras, como de la misma Religión han muerto muchos en los mismos ministerios y regiones. Y estas madres dejan hijos que se van criando y ramos de sus raíces.

Esta Religión *sustinet pondus diei et aestus*. Esto ve el Obispo en su Obispado. No reservan trabajo, peligro, salud ni gasto cuando los llaman: y en los tiempos señalados, siempre con orden del Obispo y dando cuenta de las resultas, voluntariamente y no compulsos, salen a correr todo el Obispado, predicando, confesando y administrando los Sacramentos y refrenando disolutos: y ésto no sin riesgo pequeño y con muchos grandes, y sin ayudas de costa, y sin pedirlas.

Al ruego del Obispo, asistieron de doce a catorce años cuatro Religiosos en el valle de Calchaquí, cincuenta leguas de largo, poco de ancho, muchas asperezas de cerros y quebradas; más de veinte mil almas les habitan, inteligentes y prudentes en las conveniencias y astucias de fieros idólatras, sacrificando sus vidas al demonio: hombres de los más remotos de la recta razón, de dura cerviz, de plena libertad, indómitos y fieros, y con-

tinuo trato con el demonio. Entre éstos, con indómito trabajo deprendieron la lengua: estuvieron de diez a doce años en dos residencias, cargando el agua y la leña y sufriendo siempre injurias, y a veces muchos palos: sin gasto ajeno, con corto socorro de los fieles, y con lo necesario de sus colegios. El fruto era justificar los juicios de Dios, minorando alguna cosa el crescimiento de tanta fiereza y pecado el bautismo de algunos niños; y en tiempo de las pestes que los padres y madres, como fieras, echan sin que los llamen a los niños a que mueran por las quebradas y cerros, estos Religiosos anhelaban en su busca por administrarles el bautismo.

Estas cosas en este estado, entró en aquel valle un español astuto, instrumento del infierno, azote de Dios por los pecados del Obispo: perturbó aquellas gentes: moviólas a guerra contra toda esta Provincia: echó de la una reducción, que se llama San Carlos, a los dos Padres, libres las vidas: derribó sus casas, quemó iglesias, echó un arroyo por todo: no sabemos si quemó las imágenes: todo lo asoló. Y en la otra Reducción mandó hacer lo propio. Hiciéronlo, y quisieron matar a los dos Religiosos de ella. Salieron huyendo por cerros y descaminos, cinco días casi sin comer: llegaron milagrosamente a un fuerte de españoles, desnudos, medio muertos, y el uno en una pierna con un saetazo. Estas son las obras con que esta Religión

ayuda al Obispo y la fe, sirve a Dios, solicita la salvación y conversión de sus redimidos: y por estas obras padece, y padeciendo persevera con mayor constancia.

Da cuenta el Obispo a Vuestra Santidad, para que informado, honre a quien tanto sirve a Dios y los llene de gracias, y dé su ayuda apostólica, y a este ejemplo muchos corran a su imitación.

Guarde Dios a Vuestra Santidad. Que es fecha a la ribera de un río, caminando por despoblados, buscando sus ovejas, llevándolas al Evangelio y al conocimiento de Dios, de su misericordia y justicia.

En los oche de Octubre 1658.

Menor ermitaño de Nuestro Padre San Agustín.

El Obispo de Tucumán.

16

CARTA DEL ARZOBISPO DE LA PLATA D. BARTOLOMÉ GONZÁLEZ DE POVEDA AL REY CATÓLICO (IMPRESA EN LA «HISTORIA DEL CHACO» DEL P. LOZANO).

1690.

SEÑOR:

La conveniencia espiritual y temporal que se experimenta en todos los pueblos donde asisten los religiosos de la Sagrada Compañía de Jesús, es

tan conocida y notoria para todo género de gentes, que fuera hacerle conocido agravio querer ponderarla: porque ni son menester ponderaciones, ni las hay equivalentes a poder decir tanto como lo que sin ellas manifiesta y acredita comúnmente la experiencia. Y aunque esto es tan cierto en todo el Universo, todavía es mucho más en estos Reinos de las Indias: y más en estas últimas provincias y retiros de ellos, como lo son este Arzobispado y Obispados de Santa Cruz de la Sierra, Tucumán y Paraguay, por las partes que confinan y pueden hacer correspondencia con él, donde está bastantemente conocida esta utilidad: pues en el de Paraguay y de Buenos Aires se ha debido a su cuidado una conversión que pasa de veinte y dos Doctrinas o Reducciones con innumerable gentío, tan bien doctrinados e instruídos en todo, que es hoy la más florida porción de esta nueva cristiandad. Por Santa Cruz de la Sierra, correspondiente a este Arzobispado, por la parte de Cochabamba, se van logrando otras en los Mojos y otras naciones, que aunque más modernas, se esperan, según los felices principios, de igual fruto que las primeras: acreditando en unas y otras que lo que no han podido conquistar en muchos años ejércitos de soldados, a costa de muchos trabajos y gastos, lo allanan estos Religiosos con sólo su zelo en breve tiempo. Estos de los enemigos hacen amigos, y de los más bárbaros e indómitos, muy

dóciles y seguros vasallos para V. M.: y lo principal, muchos hijos de nuestra Santa Madre Iglesia y muy buenos cristianos, que es el principal fruto que todos debemos solicitar para el desempeño de nuestra primera obligación.

Por cuyo conocimiento, viendo que todos los medios que se han aplicado para reducir los indios Calchaquíes, Tobas y Mocovíes y demás naciones que hay en el medio de las tres provincias del Tucumán, Paraguay y Santa Cruz, aunque se han hecho muchas entradas, y algunas con gran fuerza de gente y gasto; no sólo no han sido de utilidad, ni castigo a sus insolencias, sino que antes han servido de darles mayor atrevimiento y seguridad de que pueden repetirlas, como lo hacen en muy grave daño y perjuicio de habitadores y pasajeros, y especialmente de las dos provincias de Tucumán y Paraguay, hasta llegar a tener algunas ciudades en la última desolación, como lo están hoy las de Esteco y Jujuí, y aventurado, y aun casi perdido o impedido el comercio con estas del Perú: con que no queda otro recurso ni medio que intentar, sino el de encargar esta conquista a estos Padres, que aunque arriesgada y muy trabajosa, ha muchos días que su celo la solicita.

Y siendo imposible poder entrar por toda aquella jurisdicción que hace frontera a estos indios, en la mayor parte conquistados en otro tiempo y ahora rebelados, de quien no se puede fiar, aun-

que dan palabras, porque sólo las dan para cometer después mayor delito, como lo hicieron con Don Pedro Ortiz de Zárate, Vicario de la ciudad de Jujuí, y Religiosos que llevaba en su compañía, es preciso recurrir a la entrada segura, donde haya el resguardo de amigos; y ésta sólo la hay por la parte de Tarija, que es de este Arzobispado, donde además del fomento que se puede esperar de los Chiriguanos y otros indios de su cordillera, que son amigos, hay esperanza de lograr correspondencia con los del Paraguay y Misiones de los mismos Padres, de quien poder ayudarse, así para lenguas, como para ejemplar: porque en ellas hay de todos éstos que poder llevar, para que con su ejemplo, que es el más eficaz predicador, puedan mover los demás. Además que hay devotos que hacen una considerable donación para fundar; y hay comodidad, no sólo para mantenerse, sino para las entradas que hubieren de hacer, y socorros de los que estuvieren en ella, sobre la conveniencia de Chichas y Lipes, que logran la de las Misiones ordinarias. Fundamentos todos que me precisan a rogar a V. M. como lo hago, se digne de conceder la licencia para fundar en aquella Villa un Colegio, y nos haga a todos este bien, seguro que es el mayor favor y utilidad que puedan lograr todos los habitadores de aquellas tierras, y en que se asegura el mayor servicio de ambas Majestades, que es lo que siempre solicita mi cuida-

doso celo, como el pedir a la Divina continuamente guarde la Católica y Real Persona de V. M., como la cristiandad ha menester.

Plata y 3 Marzo de 1690.

El Arzobispo de la Plata.

17

CARTA DEL REY CATÓLICO AL PROVINCIAL DE LOS JESUÍTAS DEL PARAGUAY

1703.

El Rey.—Venerable y devoto Padre Provincial de la Compañía de Jesús en la provincia del Río de la Plata: Por cuanto se ha entendido que entre las ideas de los enemigos de esta Corona es una la de enviar a esas provincias algunos Religiosos españoles con pretexto de asegurar a los naturales de ellas en la permanencia de nuestra católica religión, no siendo éste el motivo, sino el de perturbar esos dominios con los nocivos discursos imperiales: y últimamente se ha sabido se hallan en Londres dos Religiosos Trinitarios, que el uno de ellos es castellano, y otro alemán, de las señas que contiene la relación adjunta, firmada de mi infrascrito Secretario, para pasar a esas provincias: y que si pudieren introducirse secretamente en ellas,

se pondrán los hábitos de su Orden, llevando consigo muchos fardos de papeles impresos en forma de manifiestos del Emperador, para apoyar con discursos en público y en secreto, y tentar la fidelidad de esos vasallos: no siendo misioneros apostólicos. Y asimismo se ha entendido que en Londres hay otros dos sujetos seglares, que se dice irán también: y que uno de éstos ha sido secretario del conde de Harrach, Embajador que fué de Alemania en esta Corte. Y por ocurrir a las perniciosas consecuencias que se pueden seguir al servicio de Dios y mío y quietud de mis vasallos de introducir sujetos extranjeros, enemigos de esta Corona, en esos dominios, he resuelto dar la presente: Por la cual os ruego y encargo (*) que si llegaren o se introdujeren algunos Religiosos extranjeros o españoles, y otras personas, de cualquier estado o cualidad que sean, que puedan motivar sospecha, los hagáis salir de esos dominios, y embarcar y volver a estos Reinos, requiriendo a los Prelados de las Religiones que lo ejecuten así, impartiendo para ello auxilio y brazo Real, en ejecución y cumplimiento de lo dispuesto por leyes: poniendo muy particular cuidado en si va alguno sin licencia, y si conforma con los despachos y señas que en ellos

---

(*) Debe estar trunca la Cédula, pues lo que sigue habla con el Gobernador.

se expresan cuando salen de estos Reinos. Y no concurriendo en ellos esas circunstancias, si llegaren algunos sin ellas, y particularmente los arriba expresados, y los que fueren arrimados, los prenderéis y remitiréis en la primera ocasión segura a la Casa de la Contratación de Sevilla con toda custodia, aunque digan ser religiosos extranjeros, o españoles: y recogeréis los papeles que llevaren, y me los enviaréis; ejecutando lo mismo con todos los en quien no concurrieren las circunstancias arriba expresadas, haciendo información y dando las providencias convenientes, amonestando a los Superiores de las Religiones os den cuenta de los que llegaren. Y por lo tocante a seglares, vigilaréis quién entra o va sin las licencias necesarias, conservando lo dispuesto por leyes: y conforme a ellas procederéis contra ellos, ora sean extranjeros, ora españoles: y los castigaréis a medida de su delito, sin atención ni connivencia, no yendo en partida de registro y con licencia: o bien les enviaréis presos con todo resguardo a estos Reinos, con los procesos que les hiciéredes. De todo lo cual he querido avisaros, para que lo tengáis entendido, para que en la parte que os tocare, cuidéis de su puntual cumplimiento, como lo espero de vuestro celo al servicio de Dios y mío. Y del recibo de este despacho me daréis cuenta en la primera ocasión que se ofrezca.

Fecha en Madrid, a cinco de Marzo de mil sete-

cientos y tres.=Yo el Rey.=Por mandado del Rey nuestro Señor=*Don Domingo López de Calo Mondragón.*

18

CERTIFICADO AUTÉNTICO DE D. BALTASAR GARCÍA ROS SOBRE LOS SERVICIOS HECHOS EN LA TOMA DE LA COLONIA DEL SACRAMENTO CONTRA LOS PORTUGUESES, POR CUATRO MIL INDIOS DE LAS REDUCCIONES DIRIGIDAS POR LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

1705.

Don Baltasar García Ros, Sargento Mayor de la provincia del Río de la Plata, y presidio de Buenos Aires, Cabo principal y Gobernador de todas las tropas que concurrieron debajo de la Colonia del Sacramento, contra los Portugueses, que ocupaban dicha plaza, etc. Certifico al Rey nuestro Señor, a su Real y Supremo Consejo de las Indias, al Señor Virrey de estos Reinos del Perú, señores Presidente y Oidores de la Audiencia y Chancillería Real que reside en la ciudad de la Plata, provincia de los Charcas de este distrito, y a todos los Tribunales y Ministros de Justicia y Guerra de S. M. destos y los demás sus Reinos y

señoríos de España, que habiendo llegado a esta ciudad de la Trinidad, puerto de Buenos Aires, el día siete de Julio del año pasado de mil setecientos y cuatro, un chasqui despachado a toda diligencia por el Excelentísimo señor conde de la Monclova, Virrey y Capitán General de estos reinos, con un Real despacho de S. M. (Dios le guarde), su fecha en Madrid, a nueve de Noviembre de mil setecientos y tres, por el cual es servido de mandar al Maestre de Campo Don Alonso Juan de Valdés Inclán, Gobernador y Capitán General de estas provincias, que juntando las fuerzas de ellas y las auxiliares de la provincia de el Tucumán, por todos los modos posibles desaloje a todo trance los Portugueses de la Colonia del Sacramento, y recupere lo que estaban poseyendo, por los motivos expresados en el dicho Real Despacho.

En cuyo cumplimiento, habiendo prevenido y dispuesto dicho Gobernador las más promptas y eficaces diligencias a este fin: siendo la principal para el intento el hacer bajar los indios de las Misiones que están al cargo de los Religiosos de la Compañía de Jesús, entre los ríos Paraná y Uruguay; participó esta orden al P. Josef Mazo, de la misma Compañía, Procurador General en este colegio de todos los pueblos que componen dichas Misiones, para que bajasen de ella cuatro mil indios armados y bastecidos, con la brevedad que

pedía el caso y esperaba de su celo y del de los Padres Josef Saravia y Leandro de Salinas, Superiores de dichas Misiones en el servicio de Dios y de S. M., a quien les exhortó e hizo expreso sobre esta materia, como también al muy Reverendo Padre Lauro Núñez, Provincial actual de esta provincia, con la Real Orden de S. M., dirigida también a su Paternidad Reverenda, que se hallaba en la ocasión en el Colegio de la ciudad de Córdoba, distante de ésta ciento y cuarenta leguas, desde donde dió las providencias más eficaces a la prompta ejecución de este fin, y dispuso el volver a dichas Misiones, que distan trescientas leguas, para asistir más inmediatamente con su ejecutoriado celo a estas operaciones: ordenando también pasase de este Colegio por Superior de los Padres y Hermanos que vinieron con dichos cuatro mil indios el dicho Padre Procurador de Misiones, cuya acertada elección fué mucha parte de la conformidad de los indios y de los buenos succesos que se tuvieron: y habiendo contribuído unos y otros con el mayor esfuerzo y fineza de su fidelidad a esta expedición, cada uno en el lugar de su obligación.

Y llegado el expreso despachado a dichos Padres Superiores de las Misiones, fué tan especial su cuidado en alistar y armar dichos indios, y prevenir los bastimentos regulares para el viaje y campaña que venían a hacer, y los caballos y mu-

las para su trajín y marcha, que se juntaron y estuvieron fuera de sus pueblos el día 8 de Septiembre, en que esperaron hacer su camino, divididos en tres cuerpos, al cargo de los Maestres de campo Diego Gaivipoy, Bonifacio Capi, Juan Mañani y Pedro Mbacapi, Caciques principales, el uno del pueblo de San Borja, el otro de San Miguel, el otro de la Candelaria y de Itapúa el otro: al cuidado de los padres Josef de Tejedas, Juan de Anaya, Jerónimo de Herrán y Pedro de Medina, sus capellanes: y los Hermanos Pedro de Montenegro, Joaquín de Zubelia y Josef Brasaneli, sus cirujanos.

Los dos cuerpos de este ejército, por los ríos Paraná y Uruguay, en cuarenta balsas de dos canoas cada una, y el tercero por tierra a pie: de manera que llegaron los primeros el día catorce de Octubre al Real que tenía formado con la guarnición de la gente de ese presidio y ciudad y los demás españoles de las milicias de estas provincias, a vista de la dicha Colonia del Sacramento: y los últimos al cumplimiento de los dichos cuatro mil indios, el día cuatro de Noviembre, con seis mil caballos, dos mil mulas y cuarenta balsas, y las armas necesarias para todos, venciendo infinitas dificultades que les ocurrieron en tan penoso y largo camino, como el que hay de ciento y cincuenta, doscientas y trescientas leguas, según las varias distancias de donde salieron al sitio donde llegaron, en tiempo tan estéril, que por la

gran seca que ocurrió, se hallaban las campañas sin ningún pasto: y esto con tan grande obediencia y resignada voluntad en la de sus Superiores, en que se manifestó cuánto deben a la santa educación de los Religiosos de la Compañía de Jesús, cuyos grandes desvelos en el servicio de Dios y de su Majestad lucieron bien en esta conducta, como de tan finos y singulares vasallos se esperaba.

Fuera de esto, trujeron también la yerba, tabaco, maíz, legumbres y carne necesaria para su manutención de venida, estada y vuelta: y en el tiempo que duró el sitio, trujeron al campo, para alimento de los españoles, más de treinta mil vacas, que buscaron en las campañas contiguas a dicho sitio, y guardaron con sus caballos. Y desde el día que se delinearon y empezaron por mi orden a abrir los ataques para las baterías que se pusieron a dicha plaza, hasta el día quince, que la desampararon con su precipitada fuga los Portugueses por medio de los cuatro navíos del socorro que les vino, trabajaron incesantemente en dichos ataques, entrando sus guardias en ellos, armados de armas de fuego, arcos y flechas, lanzas, piedras y macanas, empleándose también en conducir toda la fagina y estacas, que hicieron con gran trabajo y fatiga: y con la misma y superior riesgo llevaron también siempre a los ataques los cestones, herramientas y demás instrumentos necesarios, y la artillería a fuerza de sus brazos hasta las mismas baterías, re-

tirándola en la misma conformidad cuando convino y se les ordenó. De suerte que no hubo trabajo que no les encomendara a dichos indios, por haberlos experimentado tan hábiles, y reconocer superarían sus fuerzas cualquiera dificultad. Y en las ocasiones que se ofrecieron de refriega, se portaron con adelantado espíritu mucha parte de ellos, disparando las armas de fuego con toda destreza: de que resultó quedar muertos ciento y treinta y doscientos heridos. Y siendo tan contraria a su natural la constancia la tuvieron tan firme, qne en más de ocho meses que tardaron desde el día que salieron de sus pueblos hasta que se restituyeron a ellos con licencia de dicho Gobernador, que se la dió el día diez y siete de Marzo, después de hallarnos en posesión de la plaza, artillería y demás pertrechos de guerra, que con su precipitada fuga dejaron los Portugueses, no hicieron la menor insinuación ni movimiento que mirase a volver al cuidado de sus casas y familias, en medio de los trabajos que pasaron, en que manifestaron su gran ley y fidelidad en el servicio de Su Majestad. Y no contentos y satisfechos con haber hecho tan singular servicio a su costa y mención, así en los crecidos gastos de sus avíos, mantenimientos, balsas, mulas, armas y caballos, que todo importa la gran suma que se deja considerar; por más servir a Su Majestad, libres de todo género de interés, reconociendo lo alcanzado que se ha-

llan sus Reales Cajas, le han hecho graciosa y liberal donación del estipendio que en virtud de su Real Cédula se les tiene señalado de real y medio cada día desde el que salieren de sus pueblos para semejantes funciones del Real servicio, hasta el en que se restituyeren a ellos: que en los ocho meses que han gastado en este empleo, importa ciento y ochenta mil pesos: sin haberles dado por ello ninguna remuneración, por ser el principal motivo de su voluntad el mayor servicio del Rey nuestro Señor.

Por lo cual, y haber obrado en todo muy a mi satisfacción, los considero a dichos indios y todos sus pueblos muy dignos, beneméritos y merecedores de cualesquiera gracias, honras, mercedes y preeminencias que Su Majestad (Dios le guarde) y los demás sus Ministros superiores fueren servidos de hacerles por tan especiales servicios. Y por que dimanan de la santa educación, vida cristiana y política con que los Padres de la Compañía de Jesús los han reducido e instruído y criado en la fiel obediencia de ambas Majestades, Divina y humana, a costa de tantos afanes y trabajos como los que padecen y han padecido en las apostólicas Misiones que han ejercitado y continuamente ejercitan, para sacarlos y reducirlos de los eriazos de su gentilidad y bárbara idolatría al estado que tienen; son asimesmo dignos de gloria, y de que Su Majestad les dé las gracias por todo lo

referido, y por el gran celo, constancia y discreción y especial prudencia con que se han portado en esta función, así dicho Padre Superior Josef Mazo, como los Capellanes y Hermanos referidos, que les asistieron junto con el Padre Pablo Restivo, que fué nombrado por Capellán del ejército que se juntó de los españoles.

Y para que a todos conste, lo certifico así de oficio, y doy la presente firmada de mi mano y sellada con el sello de mis armas, en Buenos Aires, a quince de Junio de mil setecientos cinco.

Don Baltasar García Ros.

(De la copia impresa confrontada.)

19

CARTA DEL REY AL PROVINCIAL DE LOS JESUÍTAS DEL PARAGUAY

1706.

El Rey.—Venerable y devoto Padre Provincial de la Compañía de Jesús de las Provincias del Río de la Plata, y Prefecto de las Misiones, Doctrinas y Reducciones que están a cargo de dicha Religión en el Panamá y Uruguay.—El Padre Francisco Burgés, de esa Compañía, Procurador general de las provincias del Paraguay, dió Memorial en

mi Consejo de las Indias, presentando un resumen impreso de los progresos que han tenido los indios del Panamá y Uruguay desde el origen de ellos, y los muchos y varios servicios que han hecho en las ocasiones que se han ofrecido para el socorro y presidio del puerto de Buenos Aires y otras partes, para contener las hostilidades de Portugueses y de las guerras continuadas de los indios infieles: y últimamente la salida que hicieron hasta dos mil indios el año de 1701, comandados por el Sargento mayor Alejandro de Aguirre, según órdenes del Gobernador de Buenos Aires, para impedir los insultos y robos que ejecutaban los infieles, protegidos de los Portugueses que residen en la Colonia del Sacramento: y que bajaron más de doscientas leguas, costeando el río principal con grandes trabajos por lo áspero de los caminos y dificultades de conducir los bastimentos y pertrechos de guerra. Y el día 6 de Febrero de 1702 encontraron los infieles rancheados sobre el rio: y acometiéndoles con arrojo, y peleando por espacio de cinco días, los debelaron y consumieron la mayor parte, cogiendo la chusma de mujeres y niños, que pasaban de quinientas almas, con la caballada y mulas de su transporte, que serían más de dos mil: con que se pudo asegurar la quietud de la provincia, de que no ejecutasen más daños los infieles y Portugueses que los fomentaban; y de que también avisaron los Gober-

nadores de Buenos Aires, y dió certificación el Cabo de los indios Alejandro de Aguirre, teniéndolos por dignos del premio que yo arbitrare. Y habiéndose visto en mi Consejo de las Indias, con los que digo, y oído mi Fiscal en él, ha parecido manifestaros la gratitud con que se han oído estas noticias, y rogaros y encargaros, como lo hago, que en mi Real nombre déis a esos indios las gracias que corresponden a su amor y celo y lealtad, alentándolos a que los continúen con mayores esfuerzos en adelante, con el seguro de que los tendré presentes para todo lo que pueda ser de su consuelo, alivio y conservación de tan buenos vasallos. Y debiéndose atribuir las operaciones de esos indios a la dirección y buena conducta de los Padres de esa Religión, he querido también daros las gracias a vosotros por la aplicación, celo y asistencia con que los mantenéis y dirigís, industriándolos en toda policía, y en el manejo de las armas, como lo informó el Sargento mayor de batalla Don Agustín de Robles, siendo Gobernador de dicha provincia de Buenos Aires, en carta de 4 de Junio de 1697. Así lo daréis a entender a los Religiosos que se emplean con el fervor que pide tan santo ministerio. De Madrid a 26 de Noviembre de 1706.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor.—*Don Bernardo Tinajero de la Escalera.*

(Del original).

20

CAPÍTULO DE UNA CARTA DE D. BALTASAR GARCÍA ROS, GOBERNADOR DEL PARAGUAY, AL REY CATÓLICO, DESPUÉS DE LA VISITA QUE HIZO DE LAS REDUCCIONES.

1707.

No tuve cosa alguna que prevenir o advertir a los indios, así en lo espiritual, como en lo temporal, sino ordenarles y encargarles que mantengan y conserven el buen estado en que se hallan con el régimen que tienen, mediante la educación, celo y trabajo de los RR. Padres de la Compañía de Jesús, a cuyo cargo digna y debidamente se hallan con copiosos frutos de su fervorosa caridad y predicación evangélica, con tan feliz efecto en los dichos pueblos en cuanto a la cristiandad y modestia, que edifica y causa ejemplo y admiración a cualquiera persona que entrase y viese cualquiera de los dichos pueblos: con tal modo, que sólo a la vista se hace verisímil, y queda la explicación corta para los que no llegaren a ver las dichas Reducciones. Especialmente considerando la miseria y trabajoso estado de los pueblos que están en la comarca de la ciudad de la Asumpción, administrados por clérigos seculares, y otros por los Re-

gulares del Seráfico Orden de San Francisco (1): pasando los dichos pueblos del cargo de los Padres de la Compañía de Jesús en el estado de su régimen y gobierno político a conservar cárceles públicas con prisiones y aseguraciones bastantes, libro de Caja de bienes de comunidad en cada pueblo, conforme su Majestad lo manda por sus Reales leyes: y los indios de los dichos pueblos con tal reconocimiento de vasallaje, que los bienes de la comunidad en la mayor parte se emplean en el Real servicio con fervoroso celo de lealtad, etc.

(Del original).

21

CLÁUSULAS RELATIVAS A LOS GUARANÍS, INSERTAS EN DECRETO DEL REL FELIPE V (ENVIADO AL GOBERNADOR DE BUENOS AIRES, A 12 DE NOVIEMBRE DE 1716).

1716.

En lo que mira al tercer punto sobre los indios de las Misiones que en aquellas provincias están al cargo de los Padres de la Compañia de Jesús, estaréis en inteligencia de que ha más de ciento y

(1) CHARL. Es decir, todos aquellos cuyos indios sirven a encomenderos.

trece años trabajan estos Religiosos en aquellas Reducciones, habiendo logrado su celo al servicio de Dios y mío el copioso fruto de haber convertido a nuestra santa fe innumerables almas, teniendo al presente más de ciento y veinte y seis mil indios reducidos a ella, y que el aumento de estas Misiones lo ha facilitado en gran parte el haber sido preservados de ser encomendados dichos indios, y siempre atendidos con equidad por mí y por mis Reales Progenitores, como se reconoce de varias Ordenes y Cédulas expedidas en distintos tiempos, y especialmente el año de mil seiscientos y sesenta y uno, en que se ordenó, entre otras cosas, al Gobernador del Paraguay, incorporase en la Corona Real todos los indios de las Reducciones que la Compañía de Jesús tenía a su cargo en aquellas provincias, cobrando para la Real Hacienda el trihuto de un peso de cada indio, con declaración de que le habían de pagar los que hubiese de edad de catorce años hasta cincuenta. Sobre que después, el año de mil seiscientos y ochenta y cuatro, en atención al mayor aumento de dichas Misiones, se mandó que a los veinte años de esta gracia se aumentasen diez más, para que en los treinta años después de reducidos, no pagasen tributos.—Y por otra Cédula, expedida en el mismo año de mil seiscientos y ochenta y cuatro, a los Oficiales Reales de Buenos Aires, se ordenó que a los indios de las Reducciones de la Compa-

ñía se les guardase el privilegio de exempción que tenían para no contribuir derechos algunos por razón de la yerba y demás géneros propios que beneficiaban; y en esta misma Cédula se expresa pagaban al año aquellos indios nueve mil pesos por razón de trihuto.

En orden a los Sínodos de los Curas de dichas Reducciones, se expidió Cédula el año de mil seiscientos y setenta y nueve, mandando a los Oficiales Reales, en cuyas cajas entraba el importe del tributo de los indios del Paraná y Uruguay, acudiesen a los Religiosos de la Compañía de Jesús, a cuyo cargo estaban estas Reducciones, con el sínodo de veinte y dos Doctrinas que tenían, a razón de cuatrocientos y cuarenta y seis pesos y cinco reales al año para cada Cura de Reducción, pagándolo del procedido de dichos tributos. Y por otra Cédula expedida el año de mil setecientos y siete, se manda también que a los Religiosos que asistían a las cuatro Reducciones nuevas de indios llamados Chiquitos, y a los de las demás que fuesen fundando, se acudiese con trescientos y cincuenta pesos a cada Religioso (incluso su compañero), por razón del dicho sínodo; y que se les pagase del procedido de tributos de los indios.

Por lo respectivo a las armas que tienen dichos indios, consta que los Religiosos de la Compañía, en virtud de facultad Real, repartieron entre los referidos indios, al principio de sus Reducciones,

algunos arcabuces para defenderse de Portugueses y indios infieles, los cuales, entrando por San Pablo en el Brasil, ejecutaron grandes hostilidades, y en diferentes ocasiones captivaron más de trescientos mil de los otros, cuyo daño cesó con el repartimiento hecho de dichas armas. Y aunque por Cédula de mil seiscientos y cincuenta y cuatro se mandó al Gobernador del Paraguay que las armas de fuego de que usaban los indios de las Reducciones de la Compañía de Jesús estuviesen a la disposición de dicho Gobernador, sin cuya orden no se pudiesen mover para ninguna facción; se derogó después esta resolución, a fin de resguardar dichos indios, a cuya conservación se ha atendido siempre, como va expresado, por su grande amor y celo a mi Real servicio, que en repetidas ocasiones lo han acreditado, y por considerarlos muy útiles a él y a la seguridad de aquella plaza de Buenos Aires y término de su jurisdicción: como se experimentó el año de mil setecientos y dos, que habiendo bajado dos mil de ellos de distancia de más de doscientas leguas, por caminos muy ásperos, de orden del Gobernador de ella, para impedir los insultos y robos que, protegidos del Portugués ejecutaban los indios infieles llamados Mamalucos del Brasil (1) (con quienes siempre han tenido

(1) Hern. *(Sic):* en realidad eran los indios infieles Yarós, Mbohanes y Charrúas.

continua guerra), los acometieron, y peleando por espacio de cinco días, debelaron y consumieron a dichos indios, de que informado, fuí servido dar gracias por Cédula de veinte y seis de Noviembre de mil setecientos y seis al Prefecto y demás Superiores de aquellas Misiones, atribuyendo a su dirección y buena conducta las operaciones de los indios de ellas, encargándoles que en mi Real nombre diesen también a éstos las que correspondían a su amor, celo y lealtad, alentándoles a que lo continuasen, con el seguro de que los tendría presentes para todo lo pudiese ser de su consuelo, alivio y conservación.

En las ocasiones de desalojo de Portugueses de la Colonia del Sacramento, han tenido también mucha parte estos indios, los cuales el año de mil seiscientos y ochenta bajaron en número de tres mil, con cuatro mil caballos y doscientos bueyes, y otras provisiones que trajeron a su costa, y obraron en la conquista de ella con grande esfuerzo. Y el año de mil setecientos y cinco, en que se restauró últimamente aquella Colonia, bajaron también para este fin cuatro mil indios de socorro con seis mil caballos, y murieron en la función cuarenta de ellos, quedando heridos setenta (1).

---

(1) Los muertos fueron ciento treinta, y los heridos doscientos: consta del testimonio de su jefe García Ros, núm. 18.

según lo participó el Gobernador de Buenos Aires, D. Juan Alonso de Valdés.

Y el año de mil seiscientos y noventa y ocho, hallándose el Gobernador de aquella plaza Don Andrés Agustín de Robles con recelos de que doce navíos de guerra se armaban en Francia para ir a invadirla, como lo ejecutaron con la de Cartagena, dió orden para que bajasen dos mil de dichos indios armados: los cuales vinieron promptamente a socorrer la referida plaza, donde a vista de sus habitadores (según lo participaron el expresado Gobernador y el Cabildo secular de ella) manejaron las armas y caballos con tanta destreza, orden y disciplina militar, que podían competir y disputarla con cualesquiera enemigos.

Y manifestaron en la misma ocasión su celo al Real servicio y liberalidad en haber cedido a beneficio de mi Real Hacienda noventa mil pesos que importaron sus sueldos devengados en aquella jornada (al respecto de real y medio por día, que en semejantes ocasiones se paga a cada indio) para reforzar de pertrechos los almacenes de aquella plaza. Ponderaron con grandes expresiones el Gobernador y el cabildo secular el amor y lealtad de dichos indios, y lo mucho que convenía conservarlos para la mayor seguridad de aquellos parajes y terror de los enemigos, a quienes ponían límite y freno, por el gran celo que tienen a mi Real servicio.

Y aunque el año de mil seiscientos y ochenta estuvo resuelto, a representación del Gobernador Don Andrés de Robles que de los pueblos de dichos indios bajasen mil familias a la ciudad de Buenos Aires a hacer población en las cercanías de ella; informado el señor Carlos Segundo de las finas demostraciones de lealtad con que servían estos indios en todas las ocasiones que se ofrecían de su Real servicio, y que estando connaturalizados en temple contrario les podría ser de mucho desconsuelo y daño el mudarlos al de Buenos Aires, se sirvió Su Majestad de mandar revocar esta orden por Cédula de mil seiscientos ochenta y tres.

Y finalmente, siendo constante que en varias ocasiones han bajado dichos indios a aquella plaza de Buenos Aires a trabajar en las obras de las fortificaciones de ella, y que siempre que se ofrece ejecutar cualquier facción de mi Real servicio en aquellos parajes, o que la referida plaza se halla necesitada de auxilio para su mayor defensa y seguridad, los que con mayor brevedad acuden a socorrerla son los indios de dichas Misiones: teniendo presentes todos estos justos motivos para atender a dichos indios y mirar por su mayor alivio y conservación, os encargo concurráis por vuestra parte a este fin, estando advertido que no sólo no deberéis gravar en nada a estos indios, sino es que conviene a mi Real servicio que con

los Superiores de la Compañía que cuidan de sus Reducciones, tengáis y paséis una tan sincera y amistosa correspondencia, que los asegure de que jamás vendré yo en gravarlos en nada a estos indios, más que aquello que, según parece, contribuyen para la manutención de las mismas Misiones y Reducciones. Y asimismo os prevengo les guardéis y hagáis guardar y cumplir por vuestra parte todas las exempciones, franquezas y libertades que por las citadas Cédulas les están concedidas, para que de esta suerte, asegurados y satisfechos, en todas las ocasiones, que de hoy en adelante, más que nunca, se podrán ofrecer, puedan acudir a mi Real servicio con sus personas y armas, con la misma puntualidad, esfuerzo y fidelidad que hasta aquí lo han ejecutado.

22

INFORME ENVIADO AL REY POR EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON ALONSO DEL POZO Y SILVA (OBISPO DE TUCUMÁN, Y MÁS TARDE, OBISPO DE SANTIAGO DE CHILE Y ARZOBISPO DE LA PLATA).

1720.

SEÑOR.—Habiendo visitado esta provincia del Tucumán, caminando más de mil leguas para poder reconocer sus ciudades y Doctrinas con

todas las haciendas de campaña, hallé ser mucha la miés, por ser crecido el gentío, así de españoles como de negros y indios, que por su suma pobreza habita lo más fragoso de las sierras y lo más retirado de los llanos, a que no siendo posible den los Curas doctrineros prompta providencia, en las necesidades espirituales de los fieles, por los territorios de cuarenta, cincuenta, y algunos de noventa leguas, ocurre con su vigilante celo la Sagrada Compañía de Jesús, teniendo destinados misioneros que por todo el año, sin perdonar fatiga, corren toda la jurisdicción, sólo a fin de lograr el bien de las almas con su apostólica predicación, cogiendo de parte de noche en sus confesonarios el fruto de sus misiones en que gastaron todo el día. Y si en otras provincias los sujetos de esta sagrada Religión son coadjutores de los Prelados, en ésta lo son con mayor propriedad, siendo mayor su fatiga en la labor espiritual, por ser ésta su provincia la más dilatada de todas las Indias, extendiéndose al desmesurado término de cuatro Obispados y un Arzobispado, que lo son de las provincias de los Charcas, Santa Cruz de la Sierra, Buenos Aires, Paraguay y Tucumán, en que tienen fundados once Colegios, asistidos el que menos de diez sujetos, porque el de esta ciudad de Córdoba mantiene ciento, por ser la cabeza de ésta su provincia, donde está situado el Noviciado o casa de probación, y Universidad, en que se perficionan,

así en las letras, como en la virtud y pureza de su estado religioso, para poder mantener los referidos Colegios y las Misiones del Paraguay, en que tienen ocupados sesenta misioneros: y en las recién convertidas de los Chiquitos en la parte del Perú, diez y ocho a veinte: siendo necesario se vayan aumentando operarios para las nuevas Misiones de infieles que reducen al gremio de la Iglesia y obediencia de vuestra Majestad, con la vigilancia continua de su predicación en estos dilatados términos.

Los sujetos de esta sagrada Religión son los más contínuos en la labor espiritual en las ciudades, en lo inaccesible de las sierras, en lo más dilatado de los llanos, pues nunca dejan el sagrado ministerio del púlpito y tarea de las cátedras, si no es para ocupar los confesonarios en beneficio de las almas, en los términos de todo este Obispado de Tucumán. Soy testigo ocular, pues en los despoblados he encontrado varias veces a los misioneros: y el año que entré a este Obispado, les hallé cincuenta leguas de esta ciudad, corriendo sus misiones a sns expensas proprias. En las ciudades veo ejecutada su caridad todo el año en los templos de sus Colegios, en los extraños, y por las calles, en sus misiones y predicación de la doctrina cristiana. Confieso que a mi tibieza sirvió de grande estímulo verlos en la epidemia que padeció esta ciudad el año de mil setecientos y diez y

ocho, correr las calles y los más retirados arrabales, solicitando con intrepidez religiosa los enfermos para la curación de sus almas, sin ser llamados, sino por saber que muchos pobres se hallaban destituídos de persona que les buscase confesor: pues día ninguno de los que salí llevado de mi obligación, dejé de encontrar varios sujetos, solicitando a todas horas la salvación de las almas, buscándolas con igual ardor en las haciendas de campaña, donde sin duda era más conocida la necesidad.

Fuera de lo referido, se halla a cargo desta Religión un Colegio-seminario en esta ciudad de Córdoba, donde se cría la juventud cursando las aulas de la Universidad hasta conseguir los grados de Maestros en Filosofía y Doctores en sagrada Teología, acrisolando su suficiencia en rígidos exámenes, para poder ocupar los Curatos y Prebendas de las Iglesias, y para administrar la Real justicia con equidad los que se quedan en el siglo por no ser llamados al estado eclesiástico. Todo lo cual referido es sucinta relación de lo mucho que trabaja y se desvela esta Religión por el bien de las almas, arreglándome en su brevedad a lo que Vuestra Real Majestad tiene prevenido en sus Reales leyes y Cédulas, y en descargo de mi conciencia. Hoy es más notoria la falta de estos sujetos, por los muchos que han muerto, así de la epidemia como de otros accidentes, siendo los más

misioneros apostólicos, catedráticos y sujetos de gobierno: necesidad que sólo el ardiente celo y piedad católica de V. M. puede suplir, abriendo sus reales manos para que sea el número de los misioneros que solicito en esta ocasión a proporción de la falta presente, para que se mantengan sus misiones de los convertidos, con aumento de otras nuevas que su predicación pondrá a la obediencia de V. M. y sujeción de la Iglesia. Guarde Dios muchos años la Real Católica Persona de V. M., como la cristiandad necesita, con aumento de mayores dominios.

Córdoba del Tucumán y Julio 24 de 1720.

ALONSO, *Obispo del Tucumán.*

ÍNDICE

LIBRO DÉCIMOTERCIO

LIBRO DÉCIMOCUARTO

LIBRO DÉCIMOQUINTO

LIBRO DÉCIMOSEXTO

DOCUMENTOS

Y ACLARACIONES

ÍNDICE DE PERSONAS

J

L

M

N

O

P

R

ERRATAS

Pág.	Línea	DICE	LÉASE
20	14	ellos	ellos los
24	7	servicio	agravio
46	6	Esteco. Para	Esteco, para
46	nota (2)	*Pula*	*Pulai*
52	5	deja-	dejar
71	3	Deseaba	Deseaban
98	16	retribuyere	restituyere
110	5	armados	armado
140	19	Bautisma	Bautista
155	20	uno de otro, en sus fuentes	uno de otro en sus fuentes,
160	última	indignación	inclinación
167	7	los convirtió	hizo la paz con ellos y procuró su conversión
201	13	de lo	de la
214	20	hacarle	hacerle
260	ladillo	Abispones	Abipones
322	2	pronto	prontos
334	19	caso	paso
358	última	conocimients	conocimiento
390	5	Andrés Agustín	Agustín

Mapa del Paraguay, col. 1.ª, lín. 26.—Dice: 15.—Léase: 15, los entre 20° y 25°; 16, 17, 18, 19 y 20 los entre 25° y 30°.

Aquí da fin
este tomo cuarto referente a la
HISTORIA DEL PARAGUAY,
por el P. PEDRO FRANCISCO JAVIER DE
CHARLEVOIX. *Fué impreso en la muy noble*
y coronada villa de Madrid, en la
Imprenta Clásica Española.
Acabóse a treinta días de
Agosto de mil y nove-
cientos trece
años.

FINITO LIBRO SIT LAUS ET GLORIA
CHRISTO

Librería general de Victoriano Suárez

48, Preciados, 48.—MADRID

COLECCION DE LIBROS Y DOCUMENTOS

REFERENTES A LA HISTORIA DE AMÉRICA

Esta *Colección*, formada por obras inéditas é impresas de gran rareza, se publica por tomos, elegantemente impresos, y se venden á **7** pesetas cada uno para los suscriptores y a **10** pesetas sueltos.

OBRAS PUBLICADAS

I.—FIGUEROA (P. Francisco).—Relación de las Misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Maynas.

II, III y IV.—GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA (Pedro).—Historia de las guerras civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias.

V y VI.—ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA.—Relación de los naufragios y comentarios. (Aumentada con documentos inéditos.)

VII.—HERNÁNDEZ (P. Pablo).—El extrañamiento del los Jesuítas del Río de la Plata y de las Misiones del Paraguay, por decreto de Carlos III.

VIII.—Relaciones históricas y geográficas de la América Central.

IX.—ÇORITA (Alonso de).—Historia de la Nueva España (siglo XVI).

X.—GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA.—Historia de las guerras civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias.—Volumen IV.

XI, XII y XIII.—CARLEVOIX (P. Pedro Francisco Javier).—Historia del Paraguay, con las anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel.

XIV.—Cedulario de las provincias de Santa Marta y Cartagena de Indias (siglo XVI).—Tomo I.

XV.—CHARLEVOIX (P. Pedro Francisco Javier).—Historia del Paraguay, con las anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel.—Tomo IV.

EN PRENSA Y EN PREPARACION

LOZANO (P. Pedro).—Descripción corográfica del Gran Chaco.

ALBURQUERQUE Y COELLO (Duarte).—Memorias diarias de la guerra del Brasil, por discursos de nueve años, empezando desde el MDCXXX.

GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA.—Historia de las guerras civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias.—Volumen V.

ARRIAGA (P. Pablo Joseph).—Extirpación de la idolatría del Perú, con otros documentos inéditos.

CHARLEVOIX (P. Pedro Francisco Javier).—Historia del Paraguay, con las anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel.—Tomo V.

Colección de libros raros o curiosos que tratan de América.

I.—XEREZ (Francisco de).—Verdadera relación de la conquista del Perú. Reimpreso fielmente de la edición de Sevilla, 1533.—Madrid, 1891. Un tomo en 8.°, 2 pesetas.

II.—ACUÑA (P. Cristóbal).—Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas. Reimpreso de la edición de Madrid, 1641.—Madrid, 1891. Un tomo en 8,°, 4 pesetas.

III y IV.—ROCHA (Andrés).—Tratado único y singular del origen de los indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile. Reimpreso de la edición de Lima, 1661.—Madrid, 1891. Dos tomos, en 8.°, 6 pesetas.

V y VI.—COLÓN (Fernando).—Historia del Almirante D. Cristóbal Colón, en la cual se da particular y verdadera relación de su vida y de sus hechos y del descubrimiento de las Indias Occidentales, llamadas Nuevo Mundo.—Madrid, 1892. Dos tomos en 8.°, 6 pesetas.

VII.—RUIZ BLANCO (P. Matías).—Conversión en Piritú de indios Cumanagotos y Palenques, con la práctica que se observa en la enseñanza de los naturales en lengua Cumanagota. Reimpreso de la edición de Madrid, 1690.—Madrid 1892. En 8.°, 3 pesetas.

VIII y IX.—VARGAS MACHUCA (Bernardo de).—Milicia y descripción de las Indias. Reimpresa fielmente según la primera edición hecha en Madrid en 1599.—Madrid, 1892. Dos tomos en 8.°, 6 pesetas.

X.—PALAFOX Y MENDOZA (Juan de), Obispo de la Puebla de los Ángeles.—Virtudes del Indio. Reimpreso en Madrid en 1893. Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

XI.—TRES TRATADOS DE AMÉRICA (siglo XVIII).—Madrid, 1894. Un tomo en 8.º, 3 pesetas.

Contiene. Primer tratado: Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca y su provincia.
Segundo tratado: Razón sobre el estado y gobernación política y militar de la jurisdicción de Quito en 1754.
Tercer tratado: Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de Bocachica y sitio de Cartagena de Indias en 1741.

XII y XIII.—FERNÁNDEZ (P. Juan Patricio), de la Compañía de Jesús.—Relación historial de las Misiones de los indios que llaman chiquitos del Paraguay. Reimpreso de la edición de Madrid, 1726. Dos tomos en 8.º, 6 pesetas.

XIV y XV.—ROMÁN Y ZAMORA (Fr. J.).—Repúblicas de Indias, idolatrías y gobierno en México y Perú antes de la conquista. Fielmente reimpresa, según la edición de 1575. Madrid, 1897. Dos tomos en 8.º, 6 pesetas.

XVI, XVII, XVIII y XIX.—JARQUE (Francisco).—Ruiz Montoya en Indias (1608-1652). Madrid, 1900. Cuatro tomos en 8.º, 12 pesetas.

XX.—SIGÜENZA Y GÓNGORA (Carlos de).—Infortunios de Alfonso Ramírez. Reimpreso de la edición de Méjico de 1696. Hennepin. Relación de la América septentrional. Madrid, 1902. Un tomo en 8.º, 3 pesetas.

XXI.—CISNEROS (Joseph Luis).—Descripción exacta de la provincia de Venezuela. Reimpreso de la edición de Valencia, 1764. Madrid, 1912. Un tomo en 8.º, 3 pesetas.

PRÓXIMOS A PUBLICARSE

XXII.—MONSALVE (Fr. Miguel de).—Reducción de todos los Indios del Pirú. ¿1604?

OBRAS COMPLETAS

DEL

EXCMO. SR. D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

TOMOS PUBLICADOS

Tomo I.—Historia de los Heterodoxos españoles. Tomo 1.°, con retrato del autor, 15 pesetas.

Tomo II.—Historia de la Poesía Hispano-Americana. Tomo 1.°, 10 pesetas.

Tomo III.—Historia de la Poesía Hispano-Americana. Tomo 2.°, 12 pesetas.

SEGUIRÁN

Tomo IV.—Historia de la Poesía Castellana en la Edad Media. Tomo 1.°

Tomo V.—Historia de los Heterodoxos españoles. Tomo 2.°



Teléfono 4430.



152075

HAm.
C6913

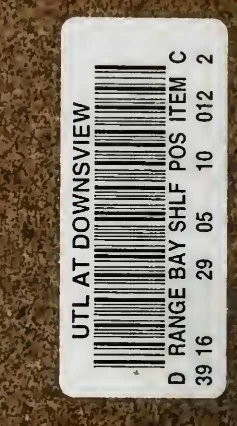
Author

Title Coleccion de libros y documentos referentes á
la historia de América. Vol.15

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 16 29 05 10 012 2